

JOSÉ LUIS CORRAL

NUMANCIA



Lectulandia

José Luis Corral reconstruye el que se ha convertido en uno de los mitos hispánicos por excelencia, que ha dado pie incluso a la expresión 'numantino' y ha generado algunas de las piezas más brillantes de la literatura española de todos los tiempos (La Numancia de Cervantes, por ejemplo). Más que una derrota final que era inevitable, lo que confiere dimensión épica a este episodio es la desproporción de fuerzas en combate. Por un lado, era absolutamente imprevisible, que un grupo de pequeños pueblos sin cohesión aparente, sin ayuda exterior y sin preparación logística y militar fuera capaz de una resistencia tan duradera, y por otra resulta incomprensible a primera vista, que las altamente cualificadas tropas romanas no pudieran domeñar a los celtíberos de un modo expeditivo y definitivo.

Lectulandia

José Luis Corral

Numancia

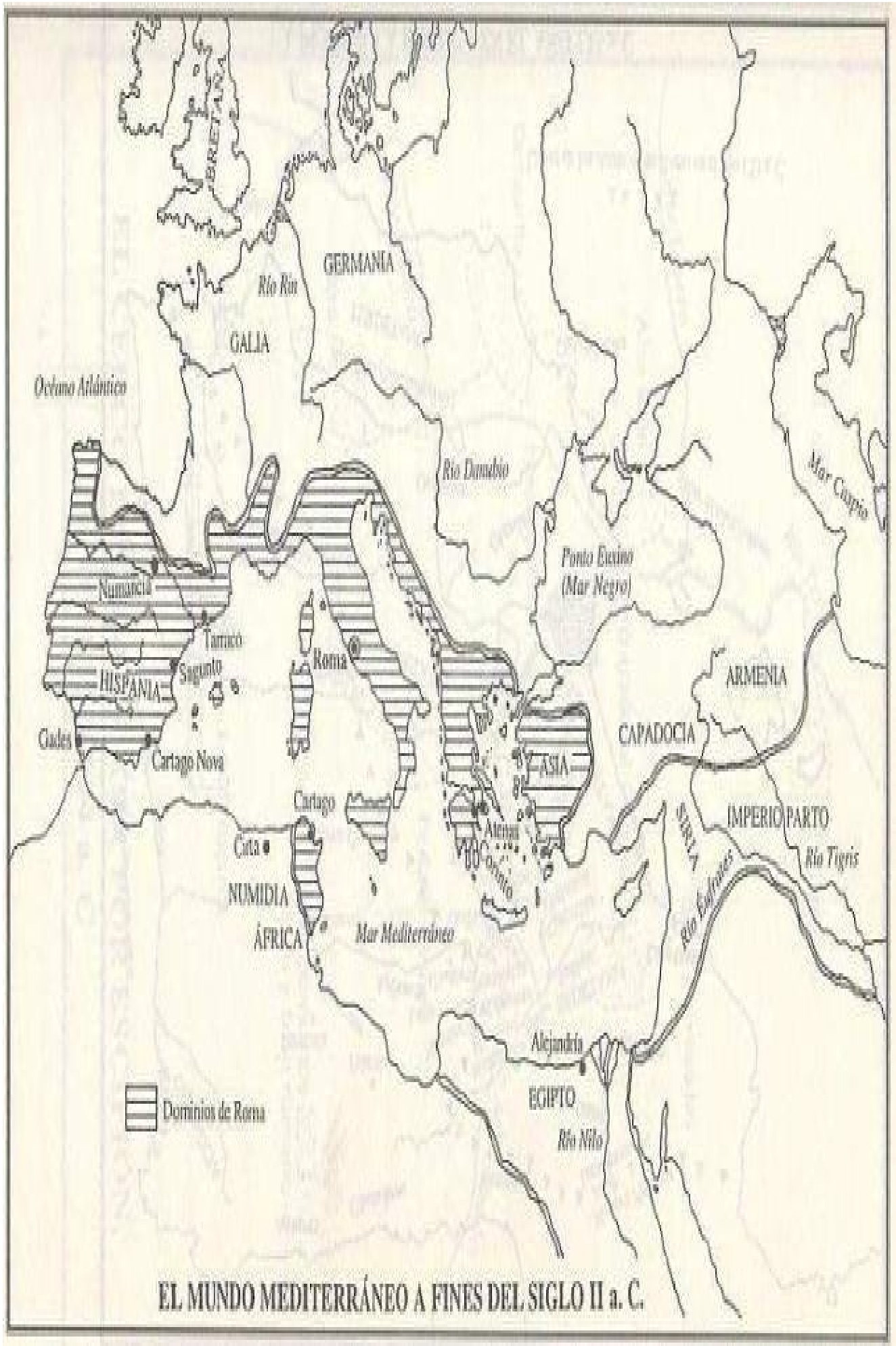
ePUB r1.1

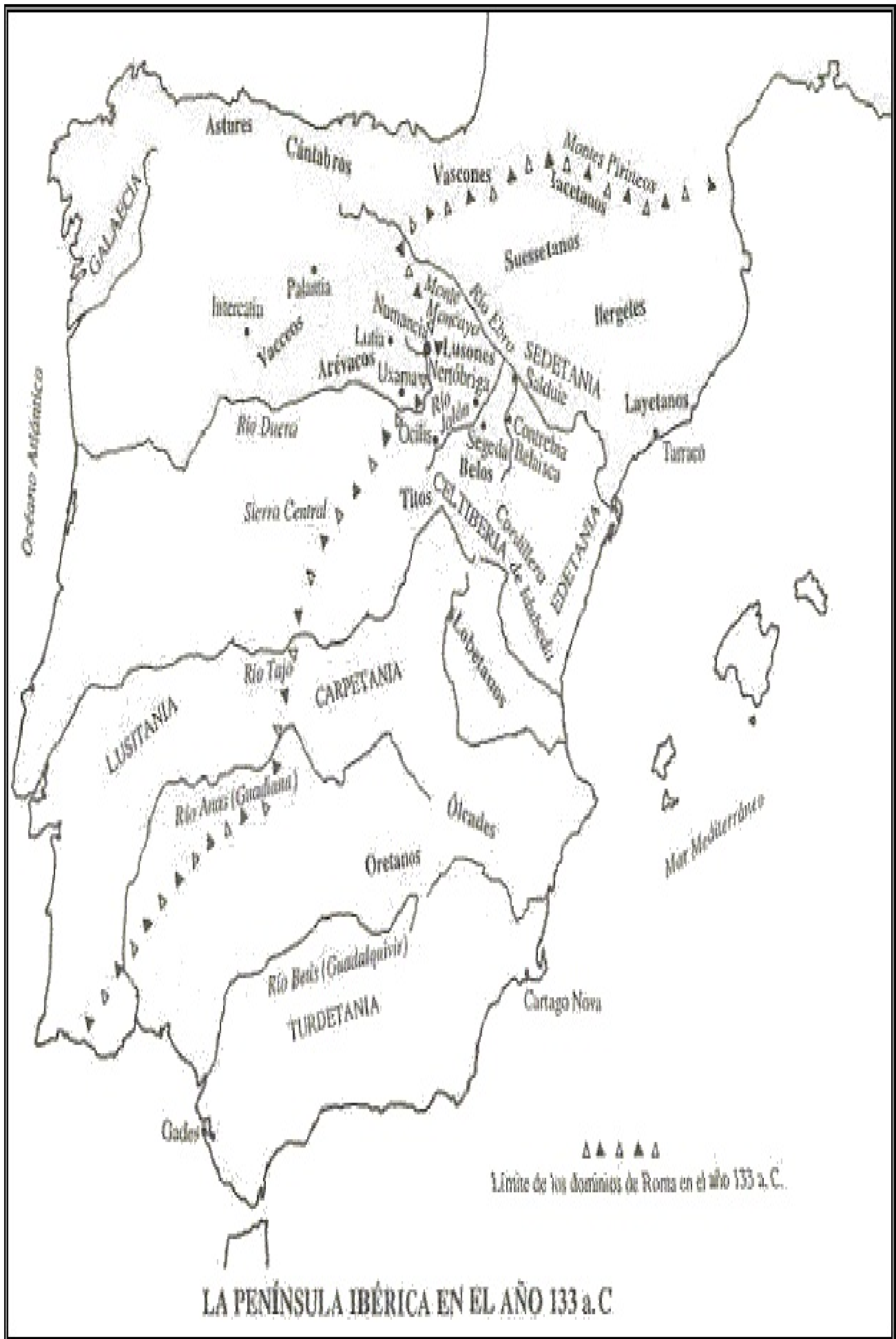
libra 08.05.13

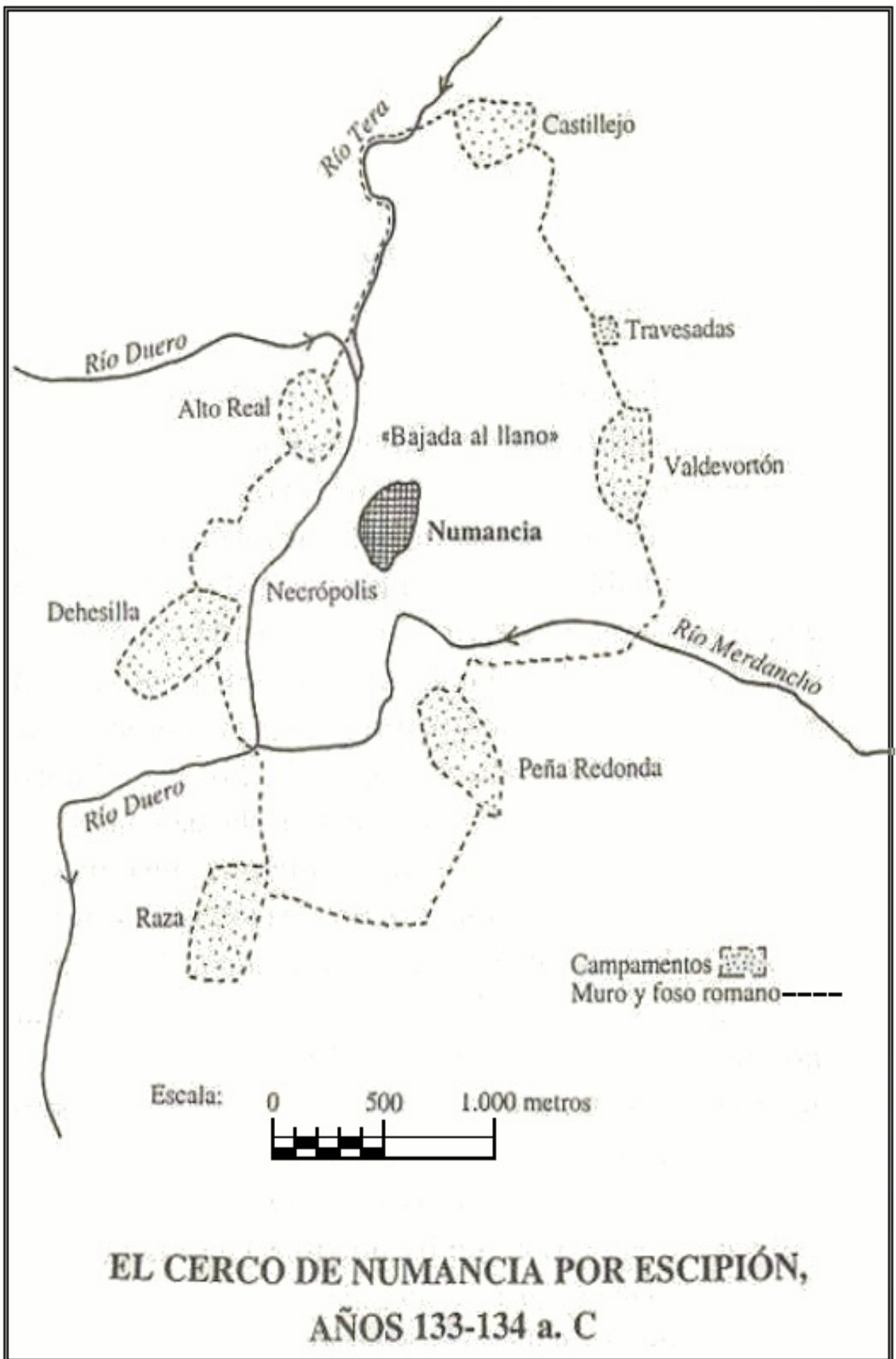
Título original: *Numancia*
José Luis Corral, 2003

Editor digital: libra (r1.1)
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com







Nota previa

Desde que en el año 202 a. C. Publio Cornelio Escipión Africano derrotara al general cartaginés Aníbal en la batalla de Zama, a algo más de cien kilómetros al suroeste de la ciudad norteafricana de Cartago, la República de Roma se convirtió en la principal potencia del Mediterráneo.

Nacida entre guerras y preparada para la guerra, Roma llevó a cabo una expansión militar mediante la cual en los siglos II y I a. C. construyó un gran imperio que se extendía por todas las regiones ribereñas del Mediterráneo, y aún más allá. El Imperio Romano alcanzó una extensión enorme, contenida entre los ríos Rin y Danubio, el Éufrates, los desiertos de Arabia y las arenas del Sáhara, además de Britania (las actuales Inglaterra y Gales) y Dacia (la actual Rumanía).

Centenares de tribus, pueblos y naciones quedaron sometidos al poder de Roma y se administraron por sus leyes. Pero uno de esos pueblos, el celtíbero, un heterogéneo conglomerado de tribus y ciudades asentadas en el corazón de Iberia, en las ásperas y duras sierras del Sistema Ibérico, en la provincia de Hispania, fue el que más problemas le causó a la formidable potencia militar romana.

Los celtíberos libraron tres largas y cruentas guerras contra los romanos entre principios del siglo II y mediados del I a. C.; un puñado de pequeñas ciudades, encabezadas por la mítica Numancia, fueron capaces de mantener en jaque durante más de un siglo a la mayor y más poderosa maquinaria militar que hasta entonces había contemplado la historia del mundo.

Numancia y los celtíberos se convirtieron en nombres cuya sola mención causó terror entre los romanos. La capital de los arévacos resistió varios asedios a lo largo de veinte años, hasta que el general Publio Cornelio Escipión Emiliano, el hijo adoptivo del vencedor de Aníbal, la sojuzgó en el año 133 a. C. Desde entonces, la memoria de Numancia se convirtió en leyenda.

I

AL SERVICIO DE ROMA

Capítulo 1

[Año 154 a. C.]

Aracos jamás pensó en ser un héroe.

Hijo de Abulos, un celtíbero que había servido como mercenario en el ejército romano, había nacido en la recién fundada ciudad de Contrebia Belaisca, al norte de las montañas azules, unas pocas millas al sur del gran río Ebro. Desde niño había oído los relatos de su padre, que había empeñado su juventud en servir a Roma enrolado como auxiliar en sus legiones, y su imaginación de adolescente fue forjando un escenario idealizado de soldados cubiertos de hierro, de formidables batallas libradas en perdidos rincones del mundo y de épicos episodios de compañeros que ofrecían su vida para salvar la del amigo.

Aracos había crecido en un mundo de sueños. Su padre le había dicho que Roma era una gran ciudad que se estaba convirtiendo en la dueña del mundo; una ciudad de murallas tan altas como los cerros de los alrededores de Contrebia y de edificios tan enormes que cada uno de ellos podía albergar bajo su techo a varias veces toda la población de su pequeña ciudad.

Desde que los romanos desembarcaran en Iberia, durante la segunda guerra contra Cartago, habían decidido quedarse para explotar las ricas minas de oro, plata, hierro, cobre y plomo y los yacimientos de malaquita, azur, alabastro y mercurio de la tierra que ellos llamaban Hispania. Siete décadas llevaban sus ejércitos combatiendo contra las indómitas gentes de Iberia, que divididas en diversas tribus no sólo peleaban contra los invasores, sino muy frecuentemente entre ellas mismas. En el centro de Iberia, en el corazón montañoso y agreste de la Península, habitaban varios pueblos que los romanos denominaban como «celtíberos», es decir, los celtas de Iberia. Arévacos, lusones, belos y titos eran los cuatro principales, y cada uno de ellos disponía de su propio territorio y de sus propias ciudades.

Hacía ya algunas décadas que los romanos estaban asentados en el valle del Ebro. De vez en cuando una patrulla de legionarios romanos llegaba a Contrebia para recaudar los tributos debidos. Entonces, Aracos acudía corriendo con otros muchachos a contemplar el pausado y metálico desfile de los legionarios. Sus corazas brillantes, sus cascos de cuero y acero, sus recias sandalias, las espadas cortas al cinto, las largas lanzas y los enormes escudos provocaban al caminar con ellos un chirriante sonido, como el quejido de un animal fabuloso, como el lamento de una bestia herida.

Aquella primavera Aracos acababa de cumplir diecinueve años. Era miembro de la tribu de los belos, de la *gens* de los belaiscos y del clan de los Urdinocos, y el

tercer hijo de una familia poco acomodada; su padre, tras dejar el servicio mercenario de Roma, se había convertido en campesino propietario de una pequeña explotación agrícola, y, como ésta no daría lo suficiente para repartir entre todos sus hijos, se preocupó de instruir al menor en el manejo del arco, la honda, la lanza y el hacha de combate, pues, como ocurría con muchos de los hijos segundones de los celtíberos, su único futuro era servir como auxiliares en los ejércitos romano o cartaginés.

•••

Un oficial romano apareció ante los muros de Contrebia Belaisca al frente de un escuadrón de caballería; solicitó a los magistrados de la joven ciudad tropas auxiliares con las que reforzar al ejército que en unas pocas semanas avanzaría hacia Segeda.

Para responder a la demanda del oficial romano, el senado de Contrebia se reunió en sesión urgente. Roma exigía la entrega de al menos cien jóvenes guerreros para combatir a los rebeldes de Segeda, la capital de la tribu de los belos, que había roto un tratado con Roma y estaba levantando en contra de lo acordado unas nuevas murallas de cuarenta estadios de extensión, argumentando que eran necesarias para ampliar la ciudad ante el aumento de su población.

Los de Segeda habían recibido a una delegación de lusitanos, una tribu celta que ocupaba las tierras más occidentales de Iberia, quienes habían logrado derrotar a dos ejércitos romanos, uno de seis mil y otro de nueve mil hombres mandados por dos pretores. Los victoriosos lusitanos se habían paseado por media Iberia mostrando ufanos los trofeos y las armas ganados en esas dos batallas, alentando a las demás tribus ibéricas, especialmente a los celtíberos, a levantarse en armas contra Roma, alegando para ello que no sólo no eran invencibles, sino que los romanos podían ser derrotados con cierta facilidad, como ellos habían demostrado en las dos ocasiones en las que se habían enfrentado.

El legado romano sólo les había dado seis días para proporcionar los hombres solicitados. Los contrebienses dudaban sobre qué hacer. Conocían de sobra el poder romano, dos de cuyas legiones acampaban a unas pocas millas al norte, en la ciudad sedetana de Salduie, a orillas del Ebro, pero les unían lazos de sangre con los segedenses, miembros de la misma tribu de los belos.

—Los segedenses han optado por desafiar a Roma y ampliar sus murallas para acoger en ellas a las gentes vecinas que están migrando a su ciudad. Enterado de ello, el Senado romano lo ha prohibido y ha ordenado que se abonen los tributos acordados en tiempos de Sempronio Graco, pues el pueblo y el Senado son los únicos con autoridad para perdonar ese pago. Los de Segeda han contestado que el tratado

prohibía construir nuevas ciudades amuralladas, pero no ampliar las ya existentes ni fortificarlas, y en cuanto al asunto de los tributos, aseguran que habían sido condonados por el propio Graco. Roma nos exige cien guerreros como tropas auxiliares para participar en la campaña contra Segeda.

El magistrado contrebiense Letondo informaba al senado de su ciudad sobre el grave asunto que había traído hasta ellos el legado romano.

—Todos nosotros somos belos. Los segedenses son nuestros hermanos, no podemos enviar a nuestros hijos a luchar contra Segeda. Yo tengo parientes en esa ciudad, muchos de vosotros también los tenéis —replicó un anciano.

—El legado de Roma no admite una negativa; nos ha concedido un plazo de seis días para darle una respuesta afirmativa. Si aceptamos su propuesta, nos considerarán como aliados y disfrutaremos de los privilegios de los amigos de Roma; pero si nos negamos... entonces también atacarán Contrebia. Dentro de unas semanas dos legiones saldrán de Salduie camino de Segeda, más de veinte mil hombres perfectamente entrenados y bien equipados. ¿Qué podemos hacer ante esa amenaza?

—Defender nuestra libertad —gritó el anciano—. Roma no se detendrá ante nada. Desconfiad de los romanos, no os fiéis de sus promesas; nunca cumplen su palabra. Cuando yo era joven luché contra ellos en la gran guerra, y una y otra vez nos engañaron con mentiras y falsedades. Utilizan cualquier estratagema para lograr lo que pretenden, que no es sino someter a todos los demás pueblos a la esclavitud. Durante generaciones, los belos hemos vivido libres; estas tierras son nuestras, estos campos son nuestros, estos ríos son nuestros; nos pertenecen y no necesitamos el permiso de nadie para aprovecharlos. Si ahora cedemos ante Roma, acabaremos siendo sus esclavos.

La arenga del anciano sonaba sincera y rotunda y cayó como una losa sobre la conciencia de los reunidos en el edificio del senado contrebiense.

—La libertad es algo muy hermoso —intervino Letondo—; pero, sin la vida, ¿para qué sirve, sin la vida?

En un momento se alzaron varias voces, unas a favor y otras en contra de entregar los cien soldados a los romanos. Los más ancianos, salvo el que había intervenido en primer lugar, parecían ser los más favorables a ratificar la alianza con Roma y alegaban que ningún poder en el mundo podía derrotarla, en tanto los más jóvenes preferían la alianza con los de Segeda y decían que Aníbal había logrado vencer a los romanos gracias a los mercenarios celtíberos. En medio del tumulto, Letondo intentaba en vano poner orden: pero nadie le hacía caso, unos y otros se acusaban de traidores e insensatos.

•••

Al contemplar el semblante serio de su padre, el joven Aracos supo que algo grave estaba ocurriendo.

—Siéntate, hijo.

Aracos lo hizo en el banco corrido adosado a las paredes de la sala grande de la casa de los Urdinocos.

—¿Qué ocurre, padre?

—El senado ha decidido aceptar la propuesta de los romanos: Contrebia entregará a Roma los cien soldados solicitados por su legado.

—Pero van a combatir contra los segedenses, que son belos, como nosotros... —replicó Aracos.

—Han incumplido un tratado y han desafiado la cólera romana; nada podemos hacer. En el reparto de los cien soldados le ha tocado a nuestra familia enviar a uno, y... he decidido que seas tú.

—¿Yo? Padre, sabes que te he obedecido siempre, que te respeto, pero...

—No hay excusas, hijo. La decisión está tomada. Eres el menor de mis tres hijos varones. Tenemos pocas tierras y cuando yo muera no serán suficientes para alimentar a las familias de todos tus hermanos. El senado de esta joven ciudad lo dominan los propietarios de bienes inmuebles; para ser un ciudadano respetable y poderoso es necesario poseer fincas y casas. Entiéndelo, hijo, con lo que ahora poseo no habrá ni tierra ni pan para todos vosotros. De una manera u otra tendrías que marcharte de aquí. Ahora se ha presentado tu oportunidad; en el ejército tienes asegurada la comida y cuando te licencies es probable que incluso te den el dinero o las tierras suficientes como para disponer de tu propia finca, como hice yo. Aquí no tienes esperanza, mis tierras apenas producen para sostener a las familias de tus dos hermanos mayores, y tarde o temprano deberías irte. Lo siento, hijo, la decisión del consejo de ancianos es inapelable y la mía también.

—Yo no soy soldado, padre.

—Te he enseñado para que lo seas. Sabes manejar el arco, la honda, la jabalina y el hacha; tú eres muy hábil en el manejo de esas armas, sobre todo del hacha. Tienes un buen entrenamiento, eres fuerte y resistente; serás un buen soldado.

—Nunca he combatido, padre; no he matado a nadie, no sé si podré hacerlo.

—Es como cazar. Fijas la pieza, aseguras el tiro y la abates. Sólo hay un problema: en la caza, la mayoría de las piezas no te atacan, sólo algún jabalí malherido; pero en la batalla, además de atacar debes defenderte.

•••

El Senado romano había respondido con una contundencia y presteza

extraordinarias al desafío provocado por Segeda. En cuanto se enteró de que los segedenses estaban ampliando su ciudad y construyendo una nueva y sólida muralla, Roma exigió la paralización de la obra, reclamó el pago de los tributos acordados en tiempos de Graco, veinte años atrás, y ordenó que proporcionaran algunas tropas auxiliares.

Los segedenses replicaron de nuevo que en el tratado firmado con Graco se prohibía fundar nuevas ciudades, pero no fortificar las existentes, y en cuanto a los tributos, reiteraron que eran los propios romanos quienes los habían eximido poco después del consulado de Graco. Airados por la respuesta de los de Segeda, los senadores romanos afirmaron que la exención de tributos estaba sujeta a la voluntad del Senado y del pueblo de Roma y declararon la guerra a la capital de los belos.

Hasta entonces, los cónsules romanos se elegían cada año en la última semana del invierno, en los idus de marzo, el décimo quinto día de ese mes, fecha en la que comenzaba el año nuevo. Pero para que los cónsules recién elegidos pudieran llegar ante Segeda en primavera, y antes de que los belos acabaran de completar la ampliación de la muralla de su ciudad, el Senado romano decidió que el inicio del consulado, y por tanto del año, se adelantara a las calendas de enero, el primer día de ese mes, que desde entonces quedó fijado como el del inicio del nuevo año. Y eso no fue todo; el Senado romano enviaba cada año a Iberia a una legión al mando de un pretor, pero desde la rebelión de Segeda decidió enviar dos legiones al mando de un cónsul.

Los segedenses habían levantado los nuevos torreones sobre sepulcros de niños recién nacidos sacrificados a los dioses Aioragato, Descetio y Dialco, para que fueran propicios y protegieran a la ciudad. Habían confiado en acabar la muralla antes de que el Senado romano reaccionara, pero la decisión fue tan rápida y tan inesperada, con cambio del calendario incluido, que cogió por sorpresa a los belos, quienes, reunidos en asamblea en el senado de Segeda, decidieron solemnemente declarar la guerra a Roma.

El legado romano, un pretor que ejercía como gobernador de la Sedetania, se presentó en Contrebia al sexto día de su primera visita, tal cual había anunciado. El senado de la ciudad belaisca estaba reunido. Los tres magistrados que lo presidían mostraban sus semblantes circunspectos.

El legado entró en la sala del senado con paso firme. Se plantó ante Letondo, saludó marcialmente y anunció con toda solemnidad:

—Señores del consejo de Contrebia, recibid el saludo y la amistad del Senado y del pueblo de Roma. Aguardo vuestra respuesta a nuestra petición —el legado miró fijamente a Letondo y apretó con fuerza las mandíbulas.

El magistrado contrebiense se levantó de su asiento de piedra y madera, se ajustó el manto que cubría sus hombros y, con voz firme y solemne, dijo:

—Con plena libertad, el senado y el consejo de Contrebia Belaisca han considerado que desean fervientemente la amistad del Senado y del pueblo romano, y en consideración a dicha amistad les ofrecen cien jóvenes guerreros para que sirvan como tropas auxiliares en su ejército.

—Hombres de Contrebia, magistrados de su consejo, Roma os agradece esta contribución y os brinda su amistad. En cuanto sean designados los dos nuevos cónsules, un ejército integrado por dos legiones saldrá hacia Segeda, en la Hispania citerior; vuestros cien guerreros deberán presentarse en Salduie al amanecer del séptimo día a contar desde hoy. Habéis tomado una decisión sabia y acertada.

El legado saludó de nuevo levantando el brazo, dio media vuelta y salió de la sala.

—Roma es una fiera insaciable, y en lugar de debilitarla, vosotros la habéis fortalecido, y lo habéis hecho alimentándola con la sangre de vuestros propios hijos. Ahora le ha tocado a Segeda, mañana será Contrebia. Desde que derrotaran a Aníbal, los romanos no piensan en otra cosa que no sea aumentar su poder mediante la guerra y la destrucción —intervino de nuevo el anciano que en la sesión anterior se había opuesto a ceder ante Roma.

—No podíamos hacer otra cosa; si nos hubiéramos negado, ahora estaría a punto de caer sobre nuestras cabezas todo el poder de Roma. Tienes muchos años y ya deberías saber que en determinadas circunstancias conviene conservar la vida. Eso es lo que hemos hecho —sentenció Letondo.

•••

Aracos introdujo en una bolsa de cuero un poco de ropa, un queso curado, un gran pedazo de carne seca, una buena hogaza de pan, una cantimplora llena de *caelia*, la espesa cerveza de trigo, un cazo de metal, una pequeña parrilla y una manta de lana. Después se colgó del cinturón una corta espada de hierro, su hacha de combate y su honda de badana gris. Sus padres le abrazaron y le desearon suerte. Cargó la bolsa a sus espaldas y cogió un par de jabalinas de madera con la punta de hierro y un escudo redondo y ligero. Su padre le ofreció un casco cónico de bronce con el que había peleado en su juventud y que le había salvado la vida en más de una ocasión.

Los cien jóvenes seleccionados por el senado de Contrebia habían sido convocados a primeras horas de la mañana en un amplio espacio ante la puerta principal de la ciudad. El día era luminoso y soleado, pero corría un viento invernal que congelaba el rostro y las manos.

Los magistrados pasaron lista y, tras comprobar que no faltaba nadie, ordenaron al jefe del batallón que iniciara el camino en dirección a Salduie. Unas jóvenes despedían a los guerreros portando ramos de olivo, en tanto Letondo se había

cubierto los hombros y la cabeza con un manto y una capucha de lana y observaba la marcha de los guerreros desde lo alto de la muralla.

Caminaron durante todo el día para cubrir las quince millas que separaban Contrebia de Salduie, donde llegaron poco antes del atardecer. Acamparon a las afueras de la ciudad, en un improvisado campamento que los romanos habían levantado para acoger a las tropas que se iban reuniendo en este lugar. Durante una semana fueron llegando mercenarios de las tribus del norte del Ebro, suessetanos, jacetanos e ilergetes, edetanos y layetanos de la costa y turdetanos, ólcades y oretanos del sur de Iberia. Varios decuriones romanos, siempre bajo la atenta mirada de dos tribunos, organizaban a los auxiliares, los formaban y contaban una y otra vez y los instruían a base de largas caminatas a lo largo de las riberas del Ebro, durante las cuales les enseñaban a desfilar perfectamente alineados unos tras otros en formación de marcha.

Las noticias que llegaban a Salduie no eran nada halagüeñas. No sólo los segedenses estaban en pie de guerra, también se habían rebelado los lusitanos, quienes, espoleados por sus dos victorias y alarmados ante el avance de los romanos, habían decidido pasar a la acción sin esperar a que los alcanzara la marca conquistadora de Roma.

—Para los hombres de Segeda, entregar sus armas es como si les cortaran las manos —comentó Aregodas, un compañero de Aracos, mientras los jóvenes contrebienses reclutados cenaban alrededor de un reconfortante fuego.

—Lo es para cualquier helo —añadió orgulloso Aracos.

—Los segedenses se han equivocado al desafiar a Roma. Nunca imaginaron que el Senado iba a responder de manera tan rápida y contundente. Dicen que en menos de treinta días estará aquí uno de los dos nuevos cónsules para ponerse al frente de las dos legiones —dijo otro joven.

—No me gustaría combatir contra los segedenses; son belos, como nosotros —intervino Aregodas.

—Nosotros somos belaiscos; los segedenses siempre nos han mirado por encima del hombro; están demasiado ufanos de su gran ciudad y de su poder; ni siquiera han dudado en someter a los titos y en obligarlos a aliarse con ellos contra Roma. Lo que les pase, lo tendrán bien merecido —reiteró el joven.

—Luchan por su libertad —repuso Aracos.

—¿Libertad? La que ellos mismos niegan a los demás; durante muchos años no han hecho otra cosa que beber vino italiano en esas lujosas copas de cerámica negra traídas de la Campania e imitar la moda y la cultura romana. Ya iba siendo hora de que alguien los pusiera en su sitio —insistió el joven, en tanto despachaba una ración de conejo guisado.

Aracos iba a replicar que los segedenses eran sus hermanos de sangre, que la

libertad de Segeda era la libertad de todos los celtíberos, aún más, de todos los pueblos de Iberia, pero comprendió que sería inútil seguir debatiendo con aquel joven. Acabó de comer el guiso de conejo que quedaba en su cazo de metal, apuró la jarra de cerveza y se retiró a su tienda, donde siguió conversando con Aregodas, el único que le había apoyado en aquella discusión. La noche era fría y un gélido viento que soplaba del noroeste la hacía todavía más desahuciable. Se acurrucó en su manto, procuró ignorar las picaduras de los piojos, se acomodó sobre un saco de paja, cerró los ojos e intentó dormir imaginando una vida más confortable.

Capítulo 2

[Año 153 a. C.]

Apenas había transcurrido un mes del nuevo año que había comenzado por primera vez en las calendas de enero, y el cónsul Nobilior ya estaba en Salduie al frente de uno de los más poderosos ejércitos jamás reunidos sobre el suelo de Iberia. Estaba constituido por dos legiones de ciudadanos romanos y sus correspondientes tropas auxiliares itálicas, que hacían un total de quince mil guerreros, a los que había que sumar otros quince mil procedentes de los pueblos hispanos reclutados para la ocasión. Treinta mil hombres formaban el ejército consular con el que el Senado pretendía acabar con la rebelión de Segeda, escarmentar a los belos y dar a todos los pueblos de Iberia, a la que los romanos llamaban Hispania, una lección del poder y de la contundencia de Roma.

La guerra declarada contra Segeda enfrentaba a dos bandos tremendamente desequilibrados. Los helos eran una tribu celtibérica que ocupaba un pequeño territorio en el corazón de las montañas ibéricas, en tanto la República romana constituía una potencia formidable que dominaba la mitad de las costas del Mediterráneo, que había derrotado a la poderosa Cartago en dos guerras, que había sometido a los griegos y que ambicionaba convertirse en el mayor imperio de la historia.

Para llevar a cabo esos planes, Roma utilizaba su ejército, una extraordinaria maquinaria de guerra bien entrenada y pertrechada, prácticamente invencible en campo abierto, que había atesorado una gran experiencia en los combates mantenidos durante siglos, el mismo que la había convertido de una pequeña ciudad en el pantanoso Lacio a ser considerada la primera potencia del mundo conocido.

Nobilior se presentó en el campamento cuando los decuriones y centuriones habían logrado formar a los miles de soldados en regimientos y escuadrones según su categoría. Primero los ciudadanos romanos, la élite del ejército, los genuinos componentes de las legiones que habían dado a Roma su poder; tras ellos las tropas auxiliares itálicas, formadas por guerreros veteranos, muy hábiles en el manejo de las armas ligeras y fieles combatientes al servicio de los intereses romanos; por fin, tras ellos se alineaban las tropas auxiliares hispanas, un variopinto y heterogéneo conglomerado de guerreros procedentes de las diferentes tribus del sur y del este de la Península, donde se mezclaban expertos veteranos y noveles soldados como el propio Aracos o su amigo Aregodas.

El contrebiense respiró hondo cuando vio desfilar a los legionarios de las dos legiones consulares. Perfectamente uniformados tras sus estandartes de combate,

protegidos sus cabezas y sus cuerpos por brillantes cascos y corazas de metal y cuero, parecían invencibles. Caminaban con paso firme, perfectamente acompasados, con un ritmo vivo y seguro, como si el control de sus movimientos emanara de la voluntad de una sola persona. Aracos sintió un escalofrío al contemplar de cerca a los *hastati* de las primeras filas, los más expertos y veteranos, con sus rostros curtidos y severos, su mirada metálica, sus ojos acerados y fríos, sus robustas mandíbulas apretadas dibujando todos los músculos de la cara. Desde luego, si pudiera elegir a sus contrincantes en la batalla, hubiera puesto en último lugar a los miembros de aquellas cohortes legionarias.

Poco antes de formar para la revista del cónsul Nobilior, un decurión les había dicho que recogieran todas sus pertenencias y las cargaran en los carros de las impedimentas, pues en cuanto concluyera la parada militar, saldrían hacia Segeda.

Desde Salduie hasta la capital de los helos había tres jornadas de camino. Dejaron el valle del Ebro y ascendieron la ladera de un páramo yesoso cubierto de aliagas, espliegos, carrascas y coscojales para caminar a su través durante una jornada entera. En pleno invierno ese camino estaba permanentemente azotado por un viento frío y muy fuerte del noroeste que los indígenas conocían con el nombre de cierzo. En algunos días era tan intenso y soplaba con tal furia que era capaz de derribar a una carreta con toda su carga, y de arrastrar por el suelo a un hombre ligero de peso. Aquel día de invierno, mientras el ejército consular atravesaba el altiplano, el cierzo soplaba con una fuerza inusitada.

Caminando agrupados para no ser arrastrados, los soldados avanzaban penosamente en medio de un vendaval huracanado que lanzaba sobre sus rostros el polvo blanquecino y pequeñas piedrecillas que azotaban la piel como si se tratara de la cinta de un látigo invisible. En ocasiones, cuando el aire se arremolinaba alrededor, se hacía difícil incluso respirar, pues si se abría la boca, el viento y la arena eran capaces de ahogar a un hombre, en tanto que si se inhalaba sólo por la nariz, el polvo obstruía enseguida las fosas nasales y causaba tremendas dificultades para inspirar. Embutidos en sus capotes de viaje, los soldados parecían fantasmas arrastrándose cansinos y temblorosos entre el polvo y la arena.

Si alguien desfallecía o se detenía era de inmediato reincorporado a la formación, con golpes de bastón los auxiliares y de sarmientos los legionarios, pues regía una vieja ley que prohibía azotar con bastones o varas a un ciudadano romano.

En la segunda jornada de marcha alcanzaron el valle del río jalón en Nertóbriga, ciudad aliada de Roma, avanzaron por una vieja senda que los romanos habían convertido en un camino ancho por el que podía circular una carreta, y al tercer día se presentaron ante las murallas de Segeda.

—No hay nadie, la ciudad está vacía —anunció un centurión al cónsul Nobilior.

Una patrulla se había adelantado al resto del ejército para comprobar desde una altura cercana la situación en Segeda. Sorprendidos porque no veían ningún movimiento, se acercaron con cautela hasta las puertas de la ciudad y, con mucho cuidado, pues temían que se tratara de una emboscada, entraron. Allí no había quedado nadie, pero, por lo apresurado que parecía el abandono, daba la impresión de que los segedenses se habían marchado pocos días antes. En los hogares de muchas casas todavía quedaban las cenizas del último fuego y algunas despensas no habían sido completamente vaciadas.

Una vez que las patrullas aseguraron que no había peligro, Nobilior entró en la abandonada Segeda; en las paredes exteriores del edificio del senado todavía estaban clavadas las leyes de la ciudad escritas en los caracteres de la lengua céltica sobre placas de bronce. El cónsul contempló la orgullosa ciudad de los belos, ahora desierta, y tras inspeccionar la nueva muralla que se estaba levantando comprendió por qué sus moradores se habían marchado de manera precipitada. Los nuevos muros cuya construcción había sido el principal detonante de la guerra estaban a medio edificar y apenas habían alcanzado la mitad de su altura definitiva. La fortificación de Segeda, que una vez acabada hubiera resultado formidable, era muy deficiente todavía y estaba claro que en esa situación no hubiera resistido el ataque del ejército romano.

Nobilior se quitó su cimera de combate y llamó a su ayudante de campo. Que venga alguien que conozca el terreno.

De inmediato se presentó un centurión que había recorrido aquellas tierras dos años antes.

—Dime —le preguntó Nobilior—, ¿cuál es la ciudad más cercana?

—Bílbilis, cónsul. Está unas pocas millas al este, apenas a media jornada de marcha de aquí.

—Coge un centenar de hombres y adelántate hasta allí. Recaba cuanta información puedas obtener y averigua dónde se ha escondido toda la gente que vivía en este lugar. Nosotros acamparemos aquí mismo, junto a Segeda.

Esa misma noche regresó el centurión. Informó al cónsul de que los habitantes de Bílbilis, una ciudad en la confluencia del río jalón con un gran afluente, le habían ofrecido la paz y habían jurado por sus dioses que todos los segedenses habían huido tres días atrás con la mayoría de sus enseres hacia el noroeste, y que, según se decía, habían sido acogidos por la tribu de los arévacos en su ciudad de Numancia.

Sin pérdida de tiempo, el cónsul convocó a los tribunos y a los generales a una reunión en una gran sala del senado de Segeda, en una colina que constituía el centro de la ciudad.

—Estos bárbaros han huido hacia Numancia; tenían firmado un pacto de hospitalidad con los arévacos y han recurrido a él. Mi plan es perseguirlos hasta

donde los encontremos.

Sobre una mesa de piedra desplegó un gran plano dibujado en una piel de toro que representaba el contorno de Iberia, sus principales ríos y montañas y el nombre de los pueblos y tribus más poderosos.

—Estamos aquí —continuó Nobilior señalando la posición de la capital de los belos—, y aquí está Numancia y los segedenses. Bien, haremos lo siguiente: subiremos aguas arriba por el cauce del río jalón hasta Ocilis. Me han informado de que ese lugar ocupa una posición estratégica para el control de los caminos que atraviesan estas montañas. Allí estableceremos los almacenes de suministro. Después seguiremos hacia el norte, derechos hacia Numancia. Hay que dar un buen escarmiento a los segedenses y a sus aliados numantinos; nadie, nadie puede burlarse de Roma.

Los tribunos asintieron con la cabeza y ninguno de ellos osó poner objeciones al plan establecido por Nobilior. Poco después, todo el ejército fue avisado de que tenían que construir un campamento junto a Segeda, pues permanecerían allí unos días para preparar el ataque a Numancia.

• • •

Aracos cenaba un guiso de carne y nabos con alcachofas fritas en compañía de Aregodas y de un grupo de contrebienses. Un joven decurión se acercó hasta ellos y les preguntó en latín:

—¿Quién de vosotros habla bien mi idioma?

Seis celtíberos levantaron el brazo. El decurión se fijó en Aracos, que destacaba por su esbelto talle, fibroso y delgado, y su negra cabellera ondulada.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó señalando a Aracos.

—Aracos, hijo de Abulos, del clan de los Urdinocos y de la *gens* de los belaiscos. He aprendido el latín de los comerciantes que vienen a mi ciudad, Contrebia; a veces los he acompañado desde Salduie, como escolta. Mi padre fue auxiliar del ejército romano y también me ha enseñado tu lengua —dijo Aracos.

—Yo soy Marco Tulio, ciudadano romano, del linaje de los Cornelios.

—Eres muy joven para ser decurión —le comentó Aracos sin dejar de comer de su cazo. Tengo veintidós años, ¿y tú?

—Según dice mi padre, hace dos lunas que cumplí diecinueve.

—Me han encomendado el mando de vuestra unidad de contrebienses y necesito a alguien que traduzca mis órdenes del latín al celtíbero. ¿Quieres ser tú? Tendrás mejor ración de comida y no cargarás con todo el equipo en las marchas. Bien, ¿qué decides?

—De acuerdo, seré tu intérprete.

—En ese caso, te nombro mi ayudante; coge tu equipo y ven conmigo. ¿Puedo acabar antes mi cena?

—Por supuesto, pero después ven a mi tienda. La encontrarás enseguida, sólo pregunta por Marco Cornelio Tulio.

El decurión romano se alejó entre las sombras de los fuegos del campamento que los romanos habían levantado frente a las murallas inconclusas de Segeda.

—Vaya, vaya, el águila romana ya ha cazado a su paloma —ironizó entre risas un veterano celtíbero al que Aracos había visto algunas veces en Contrebia.

—¿Qué insinúas? —preguntó Aracos molesto.

—Que tú, muchacho, eres la paloma, y ese romano te devoraba con los ojos. Hace ya varios años que sirvo en el ejército y he presenciado montones de escenas como ésta. A los patricios romanos les gustan los jóvenes esbeltos y apuestos, como tú. Ese decurión no te quiere para que traduzcas sus órdenes, sino para que calientes su lecho.

El veterano rió a carcajadas burlándose de Aracos, que se encaró con él con su orgullo herido.

—Parece que tienes experiencia en estos asuntos; seguro que tú sí has sido la «novia» de algunos romanos —dijo Aracos.

Varios de los que formaban el grupo alrededor del fuego rompieron a reír, ahora mofándose del veterano, quien, despechado y muy ofendido, echó mano a su espada en un intento de desenvainarla.

—¿Estáis locos? —intervino Aregodas sujetando la muñeca del burlado—. Desenvaina esa espada y esta misma noche tu cuerpo colgará de una cruz a la puerta de esta ciudad fantasma. Ya sabes cómo las gastan los romanos con quienes provocan una pelea en el campamento. Y tú, Aracos, vete enseguida con el decurión.

La intervención de Aregodas calmó la tensa situación y los celtíberos retomaron sus cazos y continuaron su cena en silencio.

•••

—¿Decurión?, soy Aracos —advirtió el joven contrebiense a la puerta de la tienda.

—Entra —le dijo Marco.

En la tienda había una docena de hombres, todos ellos vestidos con túnicas y cubiertos con gruesos mantos de lana, que bebían vino agrupados alrededor de un

brasero de hierro. En un lateral se alineaban los cascos, corazas y armas y junto a la puerta había varias lanzas y jabalinas.

—Amigos, éste es Aracos, mi nuevo ayudante y mi intérprete —anunció Marco Tulio a los demás romanos—. Aracos, éstos son mis amigos, los mejores romanos. Todos son hijos de familias patricias, de las más nobles de Roma.

—No es mal mozo —comentó uno de los romanos—. Yo conozco a algunos senadores que entregarían su toga a cambio de un efebo así. Mirad sus ojos y su cabello, tal vez sea hijo de alguno de los dioses indígenas.

—Mi padre es Abulos y mi madre Lituna —replicó muy orgulloso Aracos. Claro, claro; vamos, muchacho, no te ofendas, era sólo una broma. Los romanos somos más risueños de lo que la fama nos atribuye. Desde que derrotamos a Aníbal en Zama, muchas gentes nos consideran lobos sanguinarios, pero no somos tan crueles, ya lo verás. Roma es una gran república y los romanos amamos la paz como ninguna otra nación del orbe, ¿no es así?

—Por supuesto, Claudio —asintieron algunos.

—Si vas a ser ayudante de mi amigo Marco, me presentaré. Soy Claudio Livio Pisón, ciudadano romano, decurión de la primera cohorte. No lo olvides.

—Coloca tus cosas ahí, Aracos —intervino Marco—. Dormirás en ese lugar. Y bien, amigos, creo que es hora de visitar a Morfeo. Mañana nos espera un duro trabajo. Que vuestros sueños os lleven hasta los Campos Elíseos.

Durante varios días los legionarios construyeron un campamento a muy pocos pasos de las murallas de Segeda. Nadie estaba seguro de que sirviera para algo, pero sus muros conferían una seguridad que hasta entonces habían echado en falta.

•••

Varias jornadas más tarde y con las primeras luces del alba, el ejército se puso en marcha hacia Bílbilis. Atrás quedaba Segeda, la ciudad que había desafiado al poder de Roma y que había logrado por sí sola adelantar el inicio del año nuevo romano.

Antes de dar la orden de partida, un tribuno informó a Nobilior de que los segedenses no habían dejado nada aprovechable y le preguntó si prendía fuego a la ciudad.

—No, déjala como está. Arderá cuando metamos a todos los segedenses dentro —aseveró el cónsul.

Durante todo el día caminaron hacia el oeste. Pasaron cerca de Bílbilis, cuyos habitantes respiraron confortados cuando advirtieron que los romanos se alejaban río arriba. Sólo habían tenido que proporcionarles harina, aceite, sal y unas cuantas cabezas de ganado. Dos días después llegaron a Arcóbriga, donde disfrutaron de una

jornada completa de descanso que algunos aprovecharon para visitar unos famosos baños de agua termal que brotaba muy cerca de la ciudad.

Dos días más tarde se presentaron en Ocilis, en el alto Jalón. Esta ciudad era más un campamento que una urbe, aunque estaba amurallada y disponía de baños y una plaza porticada. Había sido construida en lo alto de un cerro de laderas muy pronunciadas desde el que se dominaba el camino del Jalón hacia el interior de Iberia y la vía que hacia el norte se dirigía hasta Numancia. La táctica de Nobilior estaba clara: pretendía atacar a los numantinos y a sus huéspedes segedenses desde el sur, mediante un movimiento envolvente, en tanto reforzaba Ocilis como centro vital de suministros y seguro refugio en caso de necesidad.

Aracos no se dio cuenta de la presencia de Marco hasta que éste lo cogió por los hombros.

—¡Decurión!, no te he oído llegar.

—Pues debes prestar más atención, podría haber sido una emboscada. ¿Qué estabas pensando? Parecías abstraído, como si tu mente estuviera a muchas millas de aquí.

—Intentaba imaginar qué estará pasando en Contrebia. El trigo ya debe de estar brotando en los campos; ésta es la mejor época del año, cuando las cosechas verdean, los tallos despuntan, los almendros ya tienen flores y las abejas han despertado del letargo invernal. ¿Los campos de Roma también son así?

—Roma es una ciudad enorme, la más grande del mundo. Dentro de sus muros, que crecen sin cesar, viven más de trescientas mil personas.

—¿Cuántas has dicho? —preguntó Aracos asombrado.

—Trescientas veces mil, diez ejércitos como éste.

—No puede ser, tanta gente... En Contrebia somos poco más de mil y en Segeda eran unos cuatro mil... ¡Trescientos mil en Roma! ¿Cómo se alimentan?

—Es complicado, pero todos los días llegan a la ciudad centenares de carretas llenas de carne, pescado y vegetales, y el río, el sagrado Tíber, rebosa de embarcaciones que atracan en los muelles con cargamentos procedentes de todas partes del mundo. ¡Ah!, deberías verla ahora. Las mañanas son frescas y limpias, el agua surge de las fuentes tan pura como si acabara de fundirse la nieve, el aire está perfumado por el romero y el espliego... Roma, Roma...

Los dos jóvenes se sentaron uno al lado del otro, ambos soñando con su ciudad; al frente se extendía una tierra dura y agreste, colinas y páramos fríos y desolados entre los que serpenteaba el camino polvoriento que entre encinares y robledos se dirigía hacia el norte, hacia Numancia.

Nobilior decidió establecer un campamento más al norte, a mitad de camino entre Ocilis y Numancia. Sería la cabeza de puente para el asedio y ataque a la ciudad de

los arévacos. En apenas un mes los romanos construyeron lo que parecía una verdadera ciudad. Una gran calle de mil seiscientos pies de longitud y noventa de anchura recorría el campamento de norte a sur, y desde ella se organizaba toda una retícula de calles que dibujaban unas manzanas cuadradas y rectangulares donde, por secciones, se levantaban los edificios de los legionarios según sus tres categorías, además de los de los ligeros vélites y los de los auxiliares itálicos, todo ello rodeado por una muralla con la altura de tres hombres. Casi en el centro del campamento, Nobilior ordenó construir un gran edificio, el pretorio, su cuartel general. En un recinto exterior, también protegido por un muro, se instalaron los auxiliares ibéricos.

Dos meses permaneció el ejército acantonado en Ocilis y en el nuevo campamento, esperando a que llegara el buen tiempo, pues a fines del invierno y principios de primavera el frío era todavía tan intenso que apenas permitía los movimientos de las tropas. Incluso a principios de mayo cayó una considerable nevada que cubrió con casi un palmo de nieve la tierra de Ocilis y sus alrededores.

Capítulo 3

Los segedenses habían llegado a Numancia cansados. Habían caminado cincuenta millas en poco menos de tres días y el esfuerzo los había dejado agotados. Los numantinos los habían recibido con enramadas y cánticos, celebrando su llegada. Los espías numantinos habían anunciado que los romanos, en contra de lo esperado, no habían dado inedia vuelta y regresado a Salduie, como habían supuesto los segedenses que harían, sino que habían levantado otro campamento provisional y luego habían continuado avanzando jalón arriba hasta construir un campamento estable en Ocilis, y otro más a mitad de camino entre éste y Numancia.

Durante varios meses aguardaron el ataque romano, confiados en rechazarlo desde lo alto de la colina donde estaba asentada Numancia, pero la acometida de Nobilior no se producía. Cansados ya de esperar y avanzado el verano, los celtíberos supieron por sus espías que al fin el ejército de Nobilior estaba formándose en Ocilis y que en un par de días a lo sumo partiría hacia Numancia. Ante las novedades que anunciaban el inmediato ataque romano, belos y arévacos se reunieron en asamblea, en una sesión conjunta de los senados numantino y segedense, para elaborar una nueva estrategia y preparar un plan de defensa contra el ejército consular de Nobilior.

—Los romanos están firmemente asentados en Ocilis —dijo Ambón, uno de los más reputados numantinos—. Han preparado durante meses el ataque a Numancia; sus espías les habrán informado de nuestra situación. Dicen nuestros informadores que en un par de días vendrán contra nosotros. No tenemos dudas de que la intención de Nobilior es atacarnos aquí y destruirnos a belos y a arévacos a la vez. Para él sería un triunfo extraordinario.

—No podemos permanecer inmóviles aquí en Numancia, esperando a que nos ataquen. Debemos tomar la iniciativa. Los soldados romanos se manejan bien, muy bien, en campo abierto, pero no saben luchar en una guerra de emboscadas. Sus oficiales los han preparado para maniobrar en grandes batallas, donde la estrategia de los movimientos de las tropas es decisiva. Todavía mantienen vivo el recuerdo de las derrotas que les propinó Aníbal. El caudillo cartaginés los venció en todas las batallas en campo abierto, salvo en la última y decisiva de Zama, y desde entonces la obsesión de los generales romanos ha sido no volver a ser derrotados de esa manera. Sus legionarios maniobran como un solo hombre, y por su formación compacta y cerrada, su mayor número y su armamento superior son invencibles para nuestros guerreros, sobre todo en la lucha cuerpo a cuerpo. Pero nosotros somos más ágiles y ligeros. Si no podemos derrotarlos en una batalla frente a frente, hagámoslo utilizando nuestro dominio del terreno. En amplios espacios nos batirían con facilidad, pero si los sorprendemos en una emboscada en un terreno angosto y escarpado, la victoria caerá de nuestro lado. Por lo que sé, sólo han planteado dos

posibilidades, o enfrentarse a nosotros en una gran batalla campal o asediar Numancia y tratar de rendirnos por hambre. Debemos sorprenderlos con un ataque que no esperen.

Quien así hablaba ante el senado de Numancia era Caro, un afamado caudillo de Segeda que había demostrado en reiteradas ocasiones su valor y que ya sabía cuáles eran las debilidades de los romanos, pues había negociado con ellos antes de que se declarara la guerra.

—Pareces conocer bien a los romanos y sus tácticas de combate, tal vez deberías ser tú quien nos guiara en la batalla —dijo Ambón.

—Si me proponéis como jefe del ejército, os prometo la victoria.

—Pareces muy seguro de obtenerla, pero no olvides que el ejército de Nobilior está compuesto por treinta mil hombres.

—De los cuales sólo diez mil son romanos. El resto está constituido por tropas auxiliares itálicas e iberas. Entre los iberos hay muchos que son «celtíberos», como nos llaman los romanos a todos nosotros; en el ejército consular hay jóvenes guerreros de Contrebia, de Belgio, de Turiaso y de Nertóbriga, sobre cuya fidelidad los romanos no están del todo seguros. Imaginad que en plena batalla decidieran pasarse a nuestro lado, del que nunca debieron salir... —supuso Caro.

—¿Tienes un plan de combate?

—Lo tengo —asentó Caro—; no nos quedaremos aquí, escondidos como conejos en su madriguera; saldremos a por ellos, a su encuentro, retomaremos la iniciativa, y antes de que se den cuenta estarán llorando ante sus dioses la muerte de sus compañeros. Saldremos de noche y nos esconderemos en un lugar estrecho y angosto que necesariamente deben atravesar en su camino desde Ocilis a Numancia. Allí, emboscados, aguardaremos el paso del ejército romano y caeremos sobre él como los lobos sobre sus presas.

—Creo que tienes razón... Propongo que Caro de Segeda sea quien dirija el ejército aliado de arévacos y belos —proclamó Ambón a los reunidos en la asamblea—. Levantad la mano los que estéis de acuerdo con mi propuesta.

Casi la totalidad de los belos y arévacos allí convocados alzó su brazo derecho al cielo y aclamó a Caro por su nombre.

—Acepto vuestra designación —se apresuró a decir Caro.

—Has sido elegido como nuestro caudillo, condúcenos a la victoria —proclamó Ambón.

Aquella noche de verano, Numancia celebró una gran fiesta en la que se comió carne asada y pan de bellotas y se bebió cerveza espesa de trigo y vino áspero suavizado con miel. Durante toda la velada, numantinos y segedenses bailaron por las calles en honor a una divinidad sin nombre que era denominada como «el padre de

todo»; en las esquinas ardían hogueras, y familias enteras danzaban a las puertas de sus casas, con las caras pintadas con líneas rojas y negras, vestidos con amplios mantos rayados y tocados con sombreros hechos con pieles de lobo y cuernos de ciervo. Muchos sabían que al cabo de muy pocos días iban a morir en la batalla, y aquella era una oportunidad de diversión que tal vez nunca jamás volviera a presentarse.

A la mañana siguiente, poco antes de amanecer, en un improvisado altar junto a una de las puertas, dos druidas numantinos ofrecieron al terrible dios Neto, la cruel divinidad de la guerra y de las alturas, un sacrificio. Los celtíberos todavía estaban aturridos por la cerveza y el vino consumidos durante toda la noche anterior cuando una joven muchacha fue conducida ante el altar, ubicado al lado de una gran roca en la que se había tallado una amplia hendidura, como preparada para albergar a un cuerpo humano. La muchacha, vestida con una túnica de lino y coronada con una tiara de flores, fue depositada en el hueco de la roca. Parecía aletargada, como si le hubiesen dado a beber alguna sustancia relajante. Los dos druidas la acomodaron suavemente sobre la roca. Ambos iban tocados con sendos gorros altos y puntiagudos de los que colgaban plumas de buitre, y sus caras estaban ocultas por máscaras de piel que asemejaban la cabeza de un lobo. La muchacha, ajena a cuanto sucedía a su alrededor, perfilaba en sus rojos labios una leve sonrisa, apenas intuida en sus ojos erráticos y vidriosos.

Uno de los druidas inició una frenética danza alrededor de la roca donde yacía la joven, y el otro lo siguió de inmediato; brincaban y giraban como multicolores peonzas, recitando una letanía cadenciosa en una vieja lengua que nadie entendía. De vez en cuando miraban hacia oriente, donde una tenue claridad se hacía cada vez más brillante y anunciaba que no tardaría en salir el sol. Los saltos y los giros de los druidas fueron haciéndose cada vez más pausados hasta que los dos se detuvieron, alzaron sus manos hacia donde estaba a punto de asomar el sol y se encomendaron a todos los dioses célticos: Caldo Vledico, Leiosse, Pendura, Aioragato... los nombres de los dioses de los celtíberos sonaban como un agónico lamento. El primer rayo de sol desbordó la cima de una colina y bañó los muros y las casas de Numancia. Los dos druidas callaron su retahíla de invocaciones y se colocaron uno a cada lado de la muchacha. Uno de los sacerdotes extrajo de su cinturón un cuchillo de hoja tan ancha como gruesa y esperó un instante a que la luz solar alcanzara la piedra de sacrificios. El otro cogió un cuenco de cerámica pintada y lo alzó ofreciéndolo al cielo. Cuando los rayos del sol bañaron el cuerpo de la joven, el druida lanzó un rapidísimo y certero tajo con su cuchillo y cercenó limpiamente la yugular de la muchacha. La joven arqueó su cuerpo y, tras dos estertores, quedó inmóvil mientras de su cuello manaba un abundante chorro de sangre. El segundo druida colocó entonces el cuenco de barro debajo de una muesca tallada en la roca al final de un canalillo, por el que

corría la sangre derramada, y con una efectista parsimonia mojó sus dedos en el líquido rojo y viscoso y se los llevó a la boca.

—¡Los dioses nos son propicios! ¡Neto y Lug estarán con nosotros en la victoria sobre los romanos! —sentenció el druida.

Los asistentes al sacrificio, saturados por la noche en vela y excitados por el sangriento espectáculo, alzaron sus manos y dieron vítores a Neto, a Lug y a su nuevo caudillo, el belicoso Caro. Después, ante una interminable procesión, los dos druidas fueron marcando con sus dedos dos rayas rojas en la frente de los guerreros segedenses y numantinos, sirviéndose de la sangre de la joven recién sacrificada mezclada con un tinte vegetal.

• • •

Nobilior dio orden a los tribunos y generales para que las dos legiones y las tropas auxiliares latinas e iberas se pusieran en marcha de inmediato. Lentamente, como una enorme oruga roja y metálica, el ejército consular comenzó a avanzar. En línea de a cuatro, primero un escuadrón de caballería, después varios regimientos de auxiliares iberos, luego las cohortes de los legionarios romanos y al fin el grueso de auxiliares latinos e iberos, caminaron hacia el norte, hacia Numancia. En Ocilis quedaron cinco mil soldados custodiando los almacenes y protegiendo las rutas de avituallamiento, esenciales para sostener una campaña que se presumía larga y cruenta.

El paisaje que se extendía ante los ojos de los romanos era monótono: extensos páramos de laderas rojas y amplias vaguadas cubiertas de encinares. El frío invierno había dejado paso casi de repente, sin primavera interpuesta, a un verano inmisericorde. Las asoladas llanadas por las que avanzaban los legionarios estaban abrasadas por un sol plomizo cuyos rayos caían como metal fundido sobre las cabezas de los soldados.

—¡Maldito país!, un invierno de hielos y nieves es seguido por un infierno de polvo y fuego —se lamentaba Marco Cornelio Tulio, que caminaba al lado de Aracos y al frente de un escuadrón de auxiliares de Contrebia.

—Aquí son así las cosas, decurión. No sé qué ha podido ver Roma en esta región para hacer semejante esfuerzo por someterla.

—Simplemente porque está ahí, Aracos, y porque Roma siempre vence.

—Creo que sois un pueblo temeroso.

—¿Temerosos, nosotros los romanos, temerosos? ¡Qué dices! Nuestra principal virtud es el valor. Estamos aquí, ¿no? Escucha, mientras nosotros caminamos por esta

inmunda cloaca en el confín del mundo hacia Numancia, hay otros romanos que a miles de millas de distancia están conquistando África, Grecia y aún más allá, la misma Asia. Nuestra República ha pisado tierras que ni siquiera Alejandro Magno pudo soñar, y nadie será capaz de detenerla, nadie hasta que todo el mundo sea romano, hasta que la autoridad de Roma se extienda por todos los rincones de la tierra.

—Eso os costará muchas guerras y muchas muertes —replicó Aracos.

—Pero al final llegará la paz, la paz romana. Tendréis que dejar muchos muertos por el camino, será una paz empapada en sangre.

—Tal vez, pero una vida no importa, ni siquiera un millar de vidas, sólo importa Roma, sólo Roma.

El ejército consular hizo alto en el campamento que se había levantado unas semanas antes entre Ocilis y Numancia. El calor era terrible y apenas había agua con que calmar la sed. En los alrededores del campamento se habían excavado algunos pozos, pero el agua era muy salobre y eran muchos los soldados que habían enfermado del estómago por consumir demasiada.

Numancia se encontraba a una jornada de marcha. Nobilior reunió al atardecer a sus generales y les explicó su plan.

—Belos y numantinos ya saben que estamos aquí, a un día de camino de Numancia. Mañana saldremos muy temprano, antes de que amanezca; avanzaremos todo lo deprisa que sea posible. Revisad con meticulosidad a todos los hombres: el que esté en perfecto estado que prepare su equipo y que camine raudo; aquellos que estén enfermos o impedidos, que se queden aquí mientras se recuperan. Cada legionario portará dos lanzas, su espada, un puñal largo y el escudo grande, y además cinco estacas para construir un parapeto si fuera necesario. En los almacenes de este campamento están dispuestas para ser usadas. Los auxiliares itálicos portarán cinco jabalinas ligeras, una espada corta, el escudo pequeño redondo y un puñal. En cuanto a las tropas hispanas, llevarán su espada curva, dos jabalinas y tres venablos, y el que tenga escudo que lo lleve también. Cada hombre será provisto de tres raciones de comida, abundante queso, una cantimplora de agua y una libra de pan.

»Marcharemos directos hacia Numancia; si todo sale como he previsto, estaremos ante sus muros antes de que se ponga el sol. Nuestros espías nos han dicho que hace dos días celebraron un sacrificio a sus dioses y que todos los hombres en edad de portar un arma han sido convocados a la lucha. Entre los numantinos, los segedenses y algunos aliados de las ciudades cercanas son casi ocho mil guerreros, de modo que tened mucho cuidado, pues no somos tan superiores en número.

• • •

Esa misma noche, mientras los romanos y sus aliados dormían en el campamento, Caro había ordenado que seis mil de los ocho mil hombres de los que disponía salieran de Numancia al encuentro del ejército consular. En cuanto se puso el sol, y para evitar que los espías destacados por Nobilior cerca de Numancia presenciaran el movimiento de tropas, los guerreros dejaron sus casas y con todo sigilo fueron formando en el llano que se extendía ante la puerta norte de la ciudad. Cinco mil celtíberos a pie y mil jinetes avanzaron rumbo sur por el camino hacia Ocilis. Caro había localizado una profunda, estrecha y larga hondonada por la que necesariamente debía pasar un ejército que se dirigiera desde el sur hacia Numancia; ese lugar era el elegido para esperar emboscados a los romanos. Caro estaba convencido de que los legionarios, con su pesado equipo de combate, tendrían muchas dificultades para moverse en un espacio tan angosto y que desde las alturas que rodeaban la hondonada serían presa fácil para los ágiles guerreros celtibéricos.

Alcanzaron la hondonada antes del amanecer. Caro fue distribuyendo a sus tropas por las alturas, revisando que estuvieran perfectamente camufladas entre las encinas, que en esa zona eran especialmente frondosas y densas. Dispuso a un pequeño grupo a la entrada de la hondonada, como si se tratara de un destacamento de guardia en la zona. Pretendía hacer creer a los romanos que ese puñado de guerreros era una patrulla de vigilancia. Con ello imaginó que, al verlos allí acampados, Nobilior ordenaría darles caza y penetraría en la hondonada para perseguirlos. Sería en ese momento cuando desde las alturas caerían los emboscados sobre los romanos.

Entre tanto, la caballería esperaba oculta en un bosque cercano, apenas a una milla de distancia, para cargar con sus largas lanzas y con sus espadas de doble filo en cuanto los romanos estuvieran totalmente cercados.

Mediaba la tarde cuando apareció tras una colina el primer destacamento romano. Los celtíberos que hacían de cebo humano a la entrada de la hondonada habían encendido una fogata y habían desplegado varias tiendas de fieltro y de cuero. En cuanto vieron a los romanos hicieron ademán de levantar el campamento, pero subieron a sus caballos y se introdujeron a toda prisa en el interior de la hondonada. El centurión que mandaba la vanguardia romana, a la vista de la desordenada huida de los celtíberos, ordenó a sus hombres que se detuvieran; oteó el horizonte, pero todo le pareció en calma. De un ágil brinco subió a lomos de su caballo y lo acicateó para que corriera en dirección a Nobilior.

—Ave, cónsul —saludó el centurión—. Ahí delante hemos sorprendido a unos pocos bárbaros; parecían ser una compañía de vigilancia. En cuanto nos han visto aparecer han huido hacia el norte a través de una vaguada.

—Ojo, Nobilior, pudiera ser una trampa. Los hispanos sólo saben combatir utilizando la argucia —le avisó un tribuno de la primera legión.

—¿Dices que han huido? —preguntó Nobilior.

—En cuanto nos han visto aparecer. ¿No has observado nada más? —insistió el cónsul.

—Nada, todo parece en calma.

—Tribuno, coge un escuadrón de caballería e inspecciona el terreno. Tal vez sea una trampa.

El tribuno partió al galope al frente de un grupo de jinetes. Regresó poco después.

—Ahí delante el camino se estrecha y discurre por una vaguada entre dos cerros muy poblados de vegetación. No parece que haya nada extraño, pero yo no me fiaría de las apariencias, pues hay quien dice que los hispanos son capaces de ocultarse bajo la misma tierra.

—No tenemos tiempo que perder. Ordenad que avancen las tropas, pero que la retaguardia se mantenga fuera de esa vaguada hasta que la hayan atravesado las tropas de vanguardia. Démonos prisa, tal vez todavía podamos alcanzar a los fugitivos y darles caza.

A la orden de Nobilior, la vanguardia del ejército consular se puso en marcha a través de la hondonada, que se iba haciendo cada vez más profunda y estrecha.

—¡Por todos los dioses del Olimpo, esto es una ratonera! —clamó el tribuno que encabezaba la marcha con las primeras cohortes.

Si desde la entrada sur la hondonada parecía mucho más amplia y abierta, en cuanto se penetraba en ella y se avanzaba hacia el norte el camino se complicaba, y su angostura provocó una enorme inquietud entre los legionarios.

Caro observaba oculto tras unos matorrales los movimientos de los romanos, contemplando cómo se adentraban más y más en la trampa que les había preparado. Cuando calculó que toda la vanguardia del ejército romano estaba dentro de la hondonada, ordenó a sus hombres que hicieran sonar las trompas de cerámica. A lo largo de la profunda vaguada el sonido ronco de las trompas fue rebotando por las paredes de los cerros que la perfilaban. Los romanos, desconcertados por el sonido y el eco, miraron a lo alto y comenzaron a inquietarse. De repente una lluvia de dardos cayó sobre sus cabezas, a la vez que llovían piedras de todos los tamaños y flechas incendiarias.

—¡Formad la tortuga, formad la tortuga!, ¡protegeos, protegeos! —gritaban los centuriones, intentando que sus hombres mantuvieran la calma.

Los legionarios más veteranos se agruparon en un perfecto cuadrado, protegiendo los lados de las filas exteriores con sus grandes escudos rectangulares, mientras los del interior levantaban los escudos colocándolos sobre sus cabezas en una perfecta formación impenetrable. Pero algunos manípulos integrados por los legionarios más jóvenes y menos expertos se pusieron muy nerviosos y trataron de cubrirse individualmente tras su escudo, rompiendo la formación y mostrando los flancos al

enemigo.

Desde lo alto, aprovechando la ventaja de su posición, los arqueros y los honderos celtibéricos disparaban casi a placer sobre los legionarios. Los mayores estragos se produjeron en aquellas cohortes que no fueron capaces de formar la tortuga, en tanto que las que habían logrado cerrar perfectamente los flancos rechazaban las piedras y flechas que rebotaban en los escudos sin apenas causar daño. Caro vio ganada la batalla y ordenó a sus tropas atacar frontalmente en la vaguada y lateralmente desde los cerros, sin dejar de castigar desde arriba a los romanos. El choque cuerpo a cuerpo fue terrible, y aunque la superioridad de los legionarios en la lucha cara a cara era muy grande, la sorpresa, la contundencia del ataque y la rapidez de movimientos de los celtíberos equilibraba la situación. Durante un tiempo el combate se estabilizó. Los romanos habían respondido bien al terrible envite de los celtíberos y, al haber logrado recomponer sus filas, los mantenían a raya. Por un momento la situación pareció indecisa. Caro ordenó entonces a la caballería que atacara por un flanco en el que la pendiente de los cerros era menos pronunciada. La irrupción en masa de los reputados jinetes celtibéricos causó estragos entre los legionarios, que intentaban desesperadamente mantener la formación. Tres cohortes se descompusieron y sus integrantes fueron masacrados por la ágil caballería celtíbera. El temor comenzó a extenderse entre las filas romanas y fueron muchos los soldados que retrocedieron en desorden, aterrados, en busca de la salida de la vaguada.

Nobilior contemplaba la masacre desde lo alto de una colina frente a la entrada de la hondonada. Desesperado por la derrota, ordenó a la retaguardia que formara un amplio frente de trescientos soldados en línea por diez de fondo frente a la salida de aquella ratonera.

Entre tanto, los celtíberos de Caro, ebrios de victoria, persiguieron a los romanos que huían dejando tras de sí centenares de cadáveres. El mismo Caro, ansioso por convertirse en un héroe legendario, desenvainó su espada y cargó al galope.

Los celtíberos, obnubilados por un triunfo tan rotundo y fácil, no se habían apercibido de que la retaguardia romana los esperaba en perfecta formación de combate a la salida de la vaguada, en un amplio llano donde su superioridad era manifiesta. Ciegos en su persecución, varios miles de celtíberos que encabezaba el mismo Caro se encontraron de frente con los legionarios de la segunda legión, perfectamente formados. Ahora, ya en campo abierto, se entabló una cruel pelea entre los dos bandos, y poco a poco los romanos consiguieron recobrar el terreno perdido. Los legionarios luchaban tal cual habían aprendido en el ejército, maniobrando en masas homogéneas de soldados, abriéndose y cerrándose cuando los centuriones lo ordenaban. En la primera carga lanzaron sus lanzas pesadas sobre los celtíberos y sacaron de inmediato sus espadas para luchar cuerpo a cuerpo. Entre tanto, los celtíberos lo hacían a su libre albedrío, lanzando desordenadamente sus jabalinas,

usando sus hondas y cargando con sus espadas para retirarse deprisa evitando la pelea cuerpo a cuerpo.

En ese tipo de combate y en espacio abierto los celtíberos tenían las de perder, y Caro, advirtiéndolo con nitidez lo que estaba pasando, ordenó a sus hombres que se retiraran hacia la vaguada, sabedor de que los romanos no volverían a penetrar allí. Al mando de un puñado de hombres, el propio Caro se quedó protegiendo la retirada de los celtíberos. Los hombres con los que Caro hizo frente a los legionarios eran sólo un centenar, pero pudieron aguantar el tiempo suficiente como para que la mayoría se pusiera a salvo. Cuando no pudieron soportar más la presión de los legionarios, intentaron escapar, pero ya estaban rodeados y cayeron luchando, con las espadas en la mano.

Las primeras sombras de la noche se extendieron sobre las colinas rojizas y los celtíberos, al enterarse de que su caudillo había caído, se retiraron hacia el norte; sólo entonces los romanos pudieron respirar tranquilos.

Aquel día era el vigésimo quinto del octavo mes del nuevo calendario, el día octavo para las calendas de septiembre. Desde ese año ningún general romano entabló voluntariamente combate en esa misma jornada, que pasó a ser considerada nefasta en los anales de la República, pese a que en Roma se celebraba ese mismo día una concurrida procesión, la Vulcanalia, en honor del dios Vulcano.

• • •

Los romanos pasaron la noche parapetados en los carros de la impedimenta, agotados por la dura pelea y temerosos ante un ataque enemigo, y a la mañana siguiente se contabilizaron los muertos y heridos. De los celtíberos no había ni rastro y pronto se supo que esa misma noche se habían retirado hasta Numancia, alegres por la victoria pero desconsolados por la muerte de su caudillo Caro, lo que entre las tribus de Iberia era considerado como una gran desgracia. Seis mil muertos había entre las filas romanas por apenas un millar de celtíberos.

Nobilior, colérico, desenvainó su espada y cortó las manos al cadáver de uno de los celtíberos.

—Cortadles a todos los bárbaros caídos las manos y la cabeza; después enterradlos, pero sin sus armas.

Aracos tradujo a la compañía de contrebienses la orden del cónsul que le había sido transmitida por Marco. Entre los auxiliares ibéricos se extendió un murmullo de desaprobación.

—¿Qué pasa, qué murmuran? —preguntó Marco.

—Los celtíberos acostumbramos a incinerar a nuestros guerreros difuntos y a

enterrarlos con sus armas; a veces dejamos a los muertos expuestos en el campo de batalla para que los buitres coman su carne y eleven sus espíritus hasta el cielo, donde mora Lug, el dios de la luz; para nosotros las armas son más importantes que la propia vida. Si se muere con honra, en el campo de batalla, la muerte es un honor; un celtíbero jamás entregaría sus armas en la batalla, y si muere en combate, su máximo anhelo es ser quemado y enterrado con ellas. Esos guerreros murieron peleando con honor, y deberían ser enterrados con sus armas, o dejar que los buitres los lleven al cielo.

—No importa lo que piensen esos bárbaros, una orden del cónsul debe ser cumplida —replicó Marco.

—Y en cuanto a cortarles las manos y la cabeza...

—Esa costumbre la hemos aprendido de vosotros; pero no se hable más, cumplid la orden —sentenció el decurión.

• • •

Numantinos y segedenses, de regreso a Numancia, celebraron la victoria. La muerte de Caro hizo necesaria la convocatoria de una nueva asamblea en la que se eligieron como nuevos caudillos militares a dos numantinos, Ambón y Leucón, que aceptaron la designación como jefes del ejército.

—Hemos vencido en una batalla, pero hemos perdido mil hombres —lamentó Ambón.

—Ellos han tenido muchas más bajas —replicó un guerrero.

—Pero son muchos más que nosotros. Nuestros oteadores dicen que entre Ocilis y Numancia todavía quedan veinticuatro veces mil soldados romanos y auxiliares ibéricos. Nosotros sólo podemos oponerles siete veces mil hombres. Esta vez los hemos sorprendido y los hemos derrotado, pero a partir de ahora será muy difícil repetir una emboscada semejante. Mi propuesta es resistir en Numancia, fortificar la ciudad, construir trincheras y empalizadas, reforzar y recrecer los muros, proteger los accesos, almacenar cuantos víveres y provisiones podamos y aguardar su ataque. Estamos a fines del verano y en unas semanas caerán las primeras heladas. Los romanos no podrán sostener el asedio durante el invierno. Si resistimos hasta entonces, la victoria definitiva será nuestra, y tal vez se convenzan de que jamás podrán someternos, y quizá nunca regresen dijo Ambón.

—Eres muy optimista, Ambón —intervino un anciano—. Yo conocí bien a los romanos. Luché primero contra ellos en la gran guerra y después serví como auxiliar en su ejército. Su ambición no conoce límite, y no se detendrán ante los muros de una pequeña ciudad como Numancia. A vosotros Numancia os parece una gran ciudad,

pero no habéis visto Roma. Es cien veces Numancia y por cada numantino hay al menos mil romanos. Roma se ha hecho desde la guerra y vive para la guerra; su razón de ser es la guerra misma. Sus dioses reclaman la guerra, sus hombres sienten la guerra, su poder se asienta en la guerra. Es posible que podamos derrotarlos una, diez, cien veces, pero volverán, siempre volverán. Muchos de vosotros no habéis visto el mar, pero yo os digo que los romanos son como sus aguas, que se retiran con la marea, pero siempre vuelven, siempre.

—¿Propones entonces que nos rindamos, que nos entreguemos sin luchar? —demandó Leucón al anciano.

—No, no. Nuestro deber es luchar por nuestra independencia, por nuestra libertad, pero escuchad mi voz, es la de la autoridad que me otorgan mis años y mi experiencia. Los romanos no luchan para sí mismos, lo hacen por Roma; cada uno de ellos es una pequeña parte de un todo, como un pedazo de roca en una cantera. Cada romano encarna el ideal de su ciudad, que ellos llaman República; sólo les interesa la grandeza de Roma, de la que se consideran meros instrumentos. Para ellos, Roma es una obsesión; más que eso, es toda la razón, la única razón de su existencia, y contra semejante razón es muy difícil luchar.

—Nosotros lo hacemos por la libertad, por nosotros mismos —replicó Ambón.

—En efecto, ahí radica la diferencia, porque ellos, los romanos, no luchan por sí mismos, lo hacen por Roma, por eso no cederán jamás, porque su propia vida les importa menos que la gloria de su República.

Las palabras del anciano cayeron sobre la asamblea como una losa. Los numantinos se miraban como aturcidos. Tras la victoria de la hondonada habían albergado esperanzas de que todo había acabado. Decían los oteadores que al menos seis mil romanos habían quedado sobre el campo de batalla, tantos como todo el ejército de numantinos y segedenses, pero todavía quedaban veinticuatro mil, y aquel anciano decía que tras ellos vendrían más y más, que nunca cederían, que tras un ejército vendría otro, y otro, y así hasta la victoria definitiva.

La desesperación se extendió entre los celtíberos. ¿Qué hacer?: ¿resistir hasta el final?, ¿entregarse a Roma?, ¿vivir como esclavos?, ¿morir como hombres libres? Aquella noche nadie pudo dormir en Numancia.

•••

Sólo habían pasado tres días desde la batalla de la hondonada cuando unos oteadores que Ambón y Leucón habían destacado para observar los movimientos de Nobilior acudieron a todo galope hasta Numancia para anunciar que el ejército romano se dirigía a plena marcha hacia la ciudad.

—¡No puede ser! ¡Tres días!, hace sólo tres días que acabamos con seis mil de sus hombres y ya están en camino hacia aquí —se sorprendió Ambón.

—Hay que actuar deprisa, que todos se refugien tras las murallas —ordenó Leucón—. Vamos, no perdáis tiempo, los romanos estarán ante estos muros mañana.

Nobilior había salido del campamento hacia el norte hasta alcanzar el curso del Duero unas pocas millas aguas abajo de Numancia. Desde allí había ascendido por su curso hasta detenerse a una distancia de veinticuatro estadios de Numancia, donde se apostó y levantó un campamento en el que se mantuvo a la espera.

Durante más de un mes, numantinos y romanos permanecieron en sus posiciones; los numantinos refugiados tras las murallas de su ciudad, en lo alto de la colina, y los romanos en el campamento que Nobilior había ordenado levantar sobre un gran cerro a seis mil pasos al este de Numancia. Sin que los numantinos lo supieran, Nobilior había enviado heraldos hasta la costa, a Tarraco, para reclamar del gobernador de la provincia, la Hispania citerior, más tropas; y sobre todo una sorpresa que tenía guardada para los celtíberos.

En cuanto recibió los refuerzos, entre ellos trescientos jinetes nómadas que había aportado el rey Masinisa y que Nobilior había reclamado para contrarrestar a la veloz y versátil caballería celtibérica, el cónsul dio la orden de atacar Numancia.

Desde lo alto de los muros, los numantinos vieron aproximarse a tres cohortes de legionarios romanos a los que acompañaban unos puñados de auxiliares. Se aproximaban a la ciudad desde el sur, con suma cautela, y aparecieron tras unos escarpes rocosos que perfilaban un estrecho barranco.

Leucón y Ambón se sorprendieron ante el escaso número de atacantes y, aunque sospecharon que podría tratarse de un ardid, sabían que detrás de aquellas tropas no habría muchos más contingentes, pues el barranco por el que habían aparecido era demasiado estrecho y poco profundo.

—No entiendo qué pretenden —dijo Leucón—. Un ataque así los conduce al desastre. Vamos, rápido, que mil hombres y cien jinetes salgan de la ciudad y carguen contra esos romanos.

La gruesa puerta de madera reforzada con planchas de hierro se abrió pesadamente y los celtíberos descendieron la rampa de la colina aullando como posesos, con las jabalinas en alto y prestos a lanzarlas sobre las tres cohortes legionarias. A una orden de silbato, los legionarios se detuvieron y se desplegaron en abanico ocupando toda la salida del barranco al llano, formando un sólido frente con los escudos y las largas picas. Cuando los celtíberos llegaron ante los romanos, sonó una nueva orden del silbato y los legionarios se abrieron justo por el centro de la formación. Del interior del barranco, en la retaguardia de la avanzadilla romana, aparecieron al trote diez elefantes que había enviado a Nobilior el rey nómada Masinisa, el mejor aliado de los romanos en África. Las enormes bestias cargaron

contra los sorprendidos numantinos barritando como demonios, agitando sus orejas y trompas y levantando sus enormes y amenazantes colmillos.

Los primeros guerreros numantinos y sus caballos, a la vista de aquellas formidables bestias, quedaron como petrificados.

Aunque algunos de los más ancianos los habían visto cuando Aníbal los utilizó en sus guerras contra Roma, la mayoría de los numantinos jamás había visto animales de semejante tamaño, por lo que, tras unos primeros instantes de confusión, fueron invadidos por un pánico insuperable. Desatendiendo las órdenes que daban los jefes de los escuadrones de caballería, la mayoría de los jinetes dio media vuelta y corrió hacia la ciudad, arrollando a los infantes que venían tras ellos. El desorden entre los celtíberos fue absoluto; presos de pánico, los atribulados guerreros se retiraron perseguidos por los elefantes y las cohortes romanas, que habían vuelto a recuperar su formación en cuanto los paquidermos atravesaron el pasillo que habían dejado al abrirse a los lados.

Algunos celtíberos fueron alcanzados por los elefantes y murieron aplastados bajo sus enormes patas o ensartados en los colmillos; otros se tropezaron entre ellos y cayeron al suelo, donde fueron rematados por los legionarios. Nobilior, que había presenciado la maniobra desde una atalaya cercana, ordenó entonces al grueso del ejército, desplegado tras unas colinas, que atacara los muros de la ciudad.

Al pie de los muros se entabló una terrible batalla. Los numantinos acudieron a la defensa de las murallas, desde donde arrojaban flechas y piedras sobre los romanos, que intentaban encaramarse con escaleras y cuerdas. En la zona más accesible de la colina, donde se abría la puerta principal, la carga de los romanos iba precedida por los diez elefantes, que, acicateados por sus conductores, empujaban las puertas y los muros provocando el temor de los defensores. Leucón, que estaba al frente de las tropas que protegían la puerta, ordenó a dos de sus hombres que le ayudaran a levantar una enorme roca. Entre los tres la alzaron en vilo por encima de la puerta, a la que uno de los elefantes estaba propinando unos tremendos envites, y la arrojaron sobre su cabeza. La bestia recibió el impacto justo en el parietal, al lado de una de sus gigantescas orejas, que sufrió un tremendo desgarró al tiempo que se oyó el seco crujir de los huesos del cráneo del paquidermo.

El elefante, enloquecido por el dolor, comenzó a menear la cabeza de un lado a otro y a agitar la trompa con violencia, golpeando a cuantos romanos estaban a su alrededor. Los otros nueve elefantes, al oír los angustiados barritos de su compañero, también enloquecieron y, desatendiendo las órdenes de sus cuidadores, comenzaron a pisotear a cuantos encontraron en su camino. Los combatientes romanos se habían amontonado ante los muros de Numancia, por lo que la locura de los elefantes provocó entre ellos una masacre. Aterrorizados por la embestida ciega de las diez bestias, que ahora cargaban hacia todas las direcciones, los romanos abandonaron sus

armas y sólo se preocuparon por escapar de la locura de sus elefantes.

Leucón, al observar el desconcierto de sus enemigos, ordenó a sus hombres que salieran de la ciudad y aprovecharan la circunstancia para eliminar a cuantos enemigos pudieran. Preocupados por evitar el envite mortal de los elefantes que asolaban el campo de batalla, los romanos se desentendieron de los numantinos, que salieron en tropel por la puerta y se descolgaron por las murallas para cargar sobre los aterrados romanos. Una cruenta batalla se libró entonces al pie de la colina de Numancia. Hombres y bestias mezclados entre nubes de polvo y sangre caían ensartados en las jabalinas o atravesados por las espadas.

Algunos elefantes, agotados tras sus frenéticas carreras por la ladera y el llano, cayeron al suelo jadeantes, y allí fueron rematados por los celtíberos, que alzaron sus armas al cielo proclamando su victoria cuando vieron que los romanos se retiraban maltrechos, cubiertos de sangre y sudor, hacia su campamento. Cuatro mil romanos y auxiliares habían quedado tendidos junto a las murallas numantinas por tan sólo mil celtíberos, la mayoría aplastados por la primera carga de los elefantes.

•••

En el campamento romano, Aracos ayudaba a Marco Cornelio Tulio a limpiar sus heridas con un unguento hecho con esencia destilada de rosas, mostaza y berros. Un elefante desbocado había atravesado a la carrera el escuadrón de auxiliares contrebienses que éste mandaba y en el tumulto el decurión había sido herido en la pierna y en el brazo izquierdos.

—Tus heridas no son profundas; un poco de este unguento, hierbas y aceite de oliva, y en un par de semanas estarán curadas —pronosticó Aracos.

—Vaya, ¿también eres médico? —preguntó Marco.

—No, pero se lo he visto hacer a mi padre en Contrebia; nos decía que lo había aprendido de un médico griego que lo curó varias veces de las heridas que recibió peleando como auxiliar de las legiones en las campañas de Macedonia.

Aracos contempló los maltrechos restos de su unidad. La mayoría, de los hombres que habían participado en el frustrado asalto estaban heridos, magullados o tenían algún hueso roto. Los médicos del ejército consular no daban abasto a curar a tantos heridos. Apoyado en una pared, un joven legionario estaba sentado con las piernas abiertas y la mandíbula desencajada, sus manos se apretaban junto a su estómago, en el que por una enorme raja se veía parte de sus intestinos. Un hediondo olor a sangre, humo y excrementos lo inundaba todo.

—Pronosticaste que los numantinos se rendirían ante la presencia de los elefantes, pero han resultado ser sus mejores aliados —dijo Aracos mientras vendaba la herida del brazo de Marco.

—Los elefantes son un arma formidable en la batalla. Los cartagineses los emplearon con gran maestría en las guerras contra Roma. Para Aníbal eran imprescindibles y buena parte de sus éxitos contra nosotros los debió a sus elefantes. En campo abierto y con unos buenos guías son imbatibles, pero aquí, en estas laderas y barrancos, no parecen el arma más eficaz. Además, son unos animales imprevisibles. Hay quien los llama «los enemigos comunes», porque en no pocas batallas, como ha sido el caso de hoy, se vuelven contra sus amos y se convierten en los peores enemigos.

—En ese caso, ¿por qué los seguís utilizando? —preguntó Aracos.

—No sé, tal vez porque son un símbolo, un retazo de la memoria. ¿Sabes, Aracos?, en Roma todavía se sigue recordando, y tal vez temiendo, la figura de Aníbal. Fue nuestro enemigo, pero era un gran general. Sólo cometió dos errores en su vida.

—¿Cuáles? —demandó Aracos.

—El primero, no conquistar y arrasar Roma cuando pudo hacerlo por sus victorias en Italia, tras destruir varias legiones en Trasimeno y en Cannas. Roma estaba entonces a su merced; si después de su victoria en Cannas se hubiera dirigido a Roma, no sé, tal vez ahora todos estaríamos bajo el poder de Cartago.

—¿Y el segundo?

—Ser vencido en Zama. Fue la batalla decisiva de la segunda guerra púnica. Aníbal estaba en su terreno, defendía su patria, era el todo o la nada. Y perdió.

—¿No supo ganar a batalla?

—Dudó. Quizá por primera vez en toda su vida como soldado, dudó. Y lo hizo en el peor momento y ante el peor enemigo. En Zama tenía enfrente a Publio Cornelio Escipión, llamado el Africano por ese triunfo. Hubo un momento en el que la batalla parecía decantarse en favor de Aníbal, pero el gran general cartaginés vaciló en el momento crucial, quizá fue la única vez en toda su carrera militar que tuvo una duda, y ese instante de indecisión fue su ruina.

—Bueno, el cónsul Nobilior no ha dudado, y también ha perdido.

—Ha perdido Nobilior, sí, pero no ha perdido Roma. Roma volverá a intentarlo, una y otra vez, hasta que Numancia sólo sea un incómodo recuerdo. Los numantinos han despertado la ira de Roma; que se encomienden a sus dioses para que los protejan por ello.

Oyendo a Marco, Aracos sintió un escalofrío en toda su piel.

«¿De qué condenada materia estaban hechos esos romanos? —se preguntó—;

sufren una terrible derrota y apenas tres días después ya están librando otra batalla, vuelven a ser derrotados y de nuevo sólo piensan en retornar al combate. No parece importarles cuántos muertos ni cuántos sacrificios les costará su empeño; todo lo justifican por el triunfo de Roma.»

Capítulo 4

Derrotado por segunda vez en tres días, el ejército consular se retiró hacia el sur; se habían perdido diez mil hombres y tres elefantes en dos batallas. Desesperado por lograr algún triunfo que levantara la moral de sus tropas, Nobilior ordenó atacar una pequeña y cercana ciudad llamada Uxama, pues sus espías le habían informado de que los celtíberos habían guardado allí algunas provisiones para aguantar el duro invierno de la Meseta. Esa pequeña ciudad estaba construida en lo alto de un escarpe rocoso de acceso casi imposible. Los romanos intentaron un ataque rápido, pero fueron fácilmente rechazados. Uno de sus generales le hizo ver al cónsul que si los numantinos contraatacaban mientras se asediaba Uxama podrían ser atrapados en medio de una tenaza enemiga, por lo que Nobilior ordenó la retirada al campamento que había levantado entre Numancia y Ocilis.

—Me he equivocado —reconoció apesadumbrado Nobilior ante el consejo de generales y oficiales del ejército—. Los celtíberos nada saben de táctica y estrategia en campo abierto; si nos enfrentáramos en una batalla convencional los derrotaríamos con facilidad, pero ellos aprovechan su conocimiento del terreno y la sorpresa. Necesitamos más auxiliares hispanos de caballería que sepan combatir de esa misma manera, que aparezcan de improviso, lancen un ataque como un relámpago y se retiren a lugar seguro. Esa táctica causa muchas bajas en el enemigo, y además desmoraliza a las unidades pesadas, como nuestras cohortes legionarias, que no pueden desplazarse con tanta rapidez y agilidad.

»Enviaré una embajada a la tribu de los vacceos. Nos han dicho que son buenos jinetes y que tienen ciertas causas pendientes con los arévacos, pues en algunas ocasiones éstos han penetrado en sus tierras y las han devastado en busca de trigo.

»¡Biesio! —gritó Nobilior dirigiéndose a un oficial de caballería—. Mañana mismo partirás con cien jinetes hacia la tierra de los vacceos, hay cinco jornadas en dirección oeste. Te acompañarán algunos de nuestros auxiliares carpetanos, que son buenos amigos de los vacceos. Proponles una alianza: la amistad y la ayuda de Roma a cambio de que Os proporcionen mil jinetes y cuantos infantes les sea posible. Ofréceles cinco denarios de plata a cada jinete y dos a cada infante, y dos talentos al jefe de esa tribu si nos proporciona esas tropas.

Biesio se puso firme ante Nobilior y aseguró que regresaría con esos refuerzos.

Habían transcurrido ya dos días desde que Biesio partiera hacia la tierra de los vacceos cuando, en la lejanía, los vigías del campamento vieron acercarse a media docena de jinetes al galope. Nobilior fue avisado de inmediato y al intuir que algo grave ocurría salió corriendo hacia la puerta del campamento. Lo que vio le produjo una sensación de horror y vómito. Cinco de los seis jinetes tenían cortadas las dos manos, la nariz, las orejas y la lengua, y les habían sacado los ojos. Parecían guiñapos

ensangrentados y se sostenían sobre sus monturas porque los habían atado con correas por la cintura. Sólo uno de los seis conservaba los ojos, la lengua, la nariz y las orejas, pero había perdido la mano derecha.

—¡Por todos los dioses!, ¿qué ha pasado? —demandó Nobilior.

—Nos estaban esperando emboscados —respondió el único jinete que podía hablar—. Eran dos, quizá tres mil hombres. Creo que conocían nuestra misión y la ruta que íbamos a seguir. Uno de los guías hispanos que venían con nosotros dijo que había percibido algo extraño un par de millas delante de donde nos encontrábamos. Biesio lo envió a que inspeccionara el terreno acompañado de cuatro jinetes de los nuestros, mientras los demás aguardábamos por precaución. Al cabo de un buen rato el hispano apareció con los cuatro jinetes sobre la cima de una colina. Se acercó hacia nosotros al galope mientras nuestros compañeros se quedaban en lo alto. Nos dijo que se habían encontrado con unos mercaderes que llevaban vino y aceite de la Bética a la región de los vacceos y que podíamos seguir adelante. A mí me extrañó que nuestros cuatro jinetes permanecieran en lo alto de la colina y no se reunieran con el resto del grupo.

»Biesio dio la orden de continuar la marcha confiado en el informe del hispano y penetramos en un estrecho desfiladero que apareció de repente, como tallado en medio del páramo por la mano de un gigante. Cuando quisimos darnos cuenta del engaño ya era tarde; dos de los guías hispanos acicatearon a sus corceles y salieron a todo galope hacia delante. Fue entonces cuando comprendimos que nos habían tendido una trampa. Los cuatro romanos que acompañaron al hispano en su inspección habían sido capturados y asesinados; los que cabalgaban sobre la colina eran cuatro celtíberos que se habían puesto los uniformes de nuestros compañeros. A lo lejos y con el sol casi de frente no pudimos apreciar el cambio. La huida de los dos hispanos fue la señal para que los celtíberos apostados a ambos lados del desfiladero cayeran sobre nosotros con toda su furia. Recibimos una lluvia de piedras, flechas y jabalinas que nos diezmaron, y cuando todavía no nos habíamos recuperado de ese ataque aparecieron por los dos extremos del desfiladero sendos escuadrones de caballería de los bárbaros, a la vez que desde las escarpadas paredes de roca caían sobre nosotros centenares de demonios aullando como fieras y acribillándonos con sus jabalinas.

»Nada pudimos hacer. Nos superaban en veinte a uno al menos, tenían ganada la posición y luchaban con la ventaja que les proporcionaba su número y la sorpresa de la emboscada. Mataron a todos; sólo nos dejaron con vida a nosotros seis, para que, según dijeron, fuéramos testigos de lo que le ocurriría a cualquier romano que pretendiera acabar con su libertad. El que hablaba era un celtíbero al que los demás llamaban Ambón, y que parecía ser el jefe de todos ellos. Se dirigió a nosotros en latín, no muy bien hablado pero lo suficiente como para entenderlo.

»Ante nuestros ojos, que mis cinco compañeros todavía conservaban, alinearon los cadáveres de nuestros soldados y de los auxiliares hispanos que no habían desertado para unirse a ellos, y uno a uno les fueron cortando las manos y la cabeza, con las que hicieron una macabra pira a la que prendieron fuego avivándolo con ramas y leña seca.

»El cadáver de Biesio fue atado a la cola de uno de sus caballos y arrastrado por el desfiladero hasta que quedó hecho trizas. Después vinieron hacia nosotros; a mis cinco compañeros les arrancaron primero la nariz, la lengua y las orejas con unas tenazas de hierro, y luego les cortaron las manos con una hachuela; por fin, les sacaron los ojos, y arrojaron todo a la hoguera.

»El tal Ambón se dirigió a mí; me dijo que recordara bien cuanto había visto y con su propia espada me cortó la mano derecha. Mientras un bárbaro me vendaba la herida, Ambón me habló de nuevo y me indicó que si conservaba la nariz, los ojos, las orejas y la lengua era para que jamás olvidase el olor de la carne quemada de mis compañeros legionarios, la visión de la venganza de los numantinos, los gritos de terror de los romanos torturados y para que contara a todos lo que nos iba a suceder si volvíamos a atacar su ciudad.

Acabado su relato, el soldado romano se derrumbó exhausto y lloró como un niño.

Nobilior ordenó que llevaran a una tienda a los seis supervivientes y que los atendiera su médico personal.

Marco irrumpió como un caballo desbocado en la tienda donde Aracos y varios auxiliares contrebienses comían un caldo caliente, queso y un poco de pan.

—¡Hay traidores; entre vosotros los hispanos hay traidores a Roma! —gritaba el decurión.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó Aracos.

—Traduce a esos malditos bárbaros que el escuadrón de Biesio ha sido atacado por los numantinos en una emboscada preparada por unos traidores hispanos. Sabemos que hay más, muchos más, entre vosotros. Si alguien conoce a uno de esos traidores, debe denunciarlo de inmediato a un oficial romano, o en caso contrario...

—Aguarda un momento, Marco. Puede ser que alguno de los iberos sea un espía al servicio de los numantinos, pero la mayoría ha sido fiel servidora de Roma. En la batalla de la hondonada, en Uxama y en el ataque a las murallas de Numancia fueron las tropas auxiliares iberas las que llevaron la peor parte y las que sufrieron más bajas.

—Limítate a traducir lo que te he dicho, y que les quede a todos bien claro.

En ese momento unos gritos sonaron en el exterior de la tienda. Marco y Aracos salieron fuera y vieron a un legionario romano que corría por la calle del campamento gritando como un loco:

—¡Ocilis se ha pasado a los celtíberos, nos han dejado sin reservas!, ¡estamos atrapados, vamos a morir todos, todos!

Un centurión pudo reducir al legionario enloquecido y, tras inmovilizarlo con cuerdas y acallarlo, se lo llevaron de allí.

—¡Hemos perdido Ocilis! —clamó Marco.

—¿Que significa eso? —demandó Aracos.

—¿No lo entiendes? En Ocilis guardábamos la mayoría de nuestros suministros, armas, municiones, dinero, plata, oro... Ocilis era nuestro seguro en caso de retirada, y ahora estamos atrapados aquí, en medio de Celtiberia. Ocilis es la llave de los caminos del curso alto del río Jalón, sin esa llave no podemos retirarnos. Nuestra situación es muy grave.

• • •

El cónsul Nobilior maldecía a Hispania, a los celtíberos y a su fortuna. Los de Ocilis, ante las noticias que les llegaban de los desastres romanos frente a Numancia, habían decidido reducir a la guarnición que se había quedado en la pequeña ciudad y pasarse al lado de los numantinos. Los habitantes de Ocilis eran titos, una tribu celtíbera que había sido sometida por los belos y que había firmado un pacto con los romanos por miedo a ser atacados por los arévacos. Pero las derrotas del ejército romano y las catástrofes ante Numancia y Uxama los habían inducido a romper el acuerdo con Roma y ofrecerse como aliados de los arévacos.

La situación del ejército consular era desesperada. El corto verano de la meseta hispana había llegado a su fin y las noches comenzaban a ser frías. Unas pocas semanas más, y las primeras nieves cubrirían los caminos de Celtiberia haciéndolos impracticables. Nobilior, reunido con su consejo de generales y oficiales, estudió varias posibilidades. Una era retirarse por el valle del Jalón hacia el Ebro o al campamento levantado junto a Segeda, pero Ocilis estaba ahora en manos del enemigo, y esa ruta, sin las espaldas a cubierto, podía ser una ratonera, sobre todo al atravesar los desfiladeros del Jalón aguas abajo de Ocilis, donde un puñado de celtíberos apostados en las alturas podía acabar con cierta facilidad con todo un ejército. Otra consistía en descender por el Duero hasta la tierra de los vacceos y, o bien invernar allí, o bien atravesar las montañas del centro de la Meseta para pasar el invierno en la Carpetania. Una tercera, apuntada por un jefe tribal de los lusones de Turiaso, una tribu celtíbera aliada de Roma, era atravesar la cordillera de Celtiberia por el paso del norte de la gran montaña sagrada llamada Moncayo para invernar en

Turiaso y sus alrededores; esta alternativa presentaba serias dificultades: desde el campamento romano hasta Turiaso había tres o tal vez cuatro duras jornadas de marcha, no existía ningún camino apropiado para los carros y carretas y había que caminar durante toda una jornada a través del enorme bosque de encinas de Buratón, que los celtíberos consideraban sagrado, lo que significaba que algunos de los auxiliares romanos podían negarse a hacerlo. Además, el bosque era a su vez un terreno muy propicio para las emboscadas.

Un tribuno, ante la falta de decisión de Nobilior y las dificultades de una retirada segura hasta tierras aliadas, propuso quedarse en ese campamento durante todo el invierno, enviar correos que informaran de su situación y esperar a que en la primavera siguiente llegara otro ejército de reserva con el cual conquistar Numancia.

—Somos muy superiores en número a los arévacos y a los helos. Podemos resistir con facilidad en este campamento. Esos bárbaros desconocen las tácticas de asedio a fortificaciones y no tienen máquinas con las que batirnos. Lo más seguro es mantenernos aquí y aguardar la llegada de la primavera.

—Perdona, tribuno —intervino un general veterano de las guerras de Iberia—; creo que es la primera vez que combates en Hispana. Aquí, en el interior de esta península, los inviernos son los más duros que puedas imaginar. Durante días y días no deja de helar, estos páramos son barridos incesantemente por vientos del norte que soplan con tanta fuerza que son capaces de derribar a una carreta con dos bueyes y, además, apenas tenemos víveres. Nuestras principales reservas de trigo, aceite, vino y dinero estaban en Ocilis. Como encargado de la intendencia, no puedo asegurar que con lo que nos queda podamos alimentar a todos nuestros hombres durante más de tres meses. En la mejor de las circunstancias, un ejército de ayuda tardará al menos seis meses en socorrernos; para entonces todos estaremos muertos de hambre o de frío.

—Dices, general, que tenemos alimentos para tres meses... —intervino Nobilior.

—Así es, cónsul.

—Bien, en ese caso mandaremos a sus casas a la mitad de los auxiliares hispanos. Este campamento es suficientemente grande como para acoger al resto. Nos fortificaremos aquí, racionaremos las provisiones y aguardaremos la llegada de la primavera.

—Escucha, cónsul: aun reduciendo el ejército a la mitad, seguimos siendo demasiados. Este campamento apenas tiene espacio para diez mil hombres —insistió el general encargado de la intendencia.

—Esta es mi última decisión. Ordenad a vuestras tropas que se pongan de inmediato manos a la obra. Hay que reforzar las murallas del campamento, mejorar la defensa de las puertas y excavar trincheras y fosos exteriores. Todos los víveres se recogerán en unos almacenes junto al edificio del pretorio y serán racionados de

manera que se garantice su duración al menos hasta mediada la primavera. Respondeste de ello con tu cabeza, general.

Nobilior dio instrucciones para que unos diez mil auxiliares hispanos marcharan a pasar el invierno a sus casas. Pero antes de que eso ocurriera planeó un nuevo ataque sorpresa a Uxama. Los arévacos seguían teniendo en esa pequeña ciudad, a dos jornadas al suroeste de Numancia y a una y media al oeste del campamento romano, sus principales almacenes de provisiones para el invierno; si los sorprendían, podían apoderarse de las provisiones.

Diez mil soldados, la mayoría auxiliares hispanos, salieron del campamento hacia Uxama. Nobilior confiaba en que tras el primer ataque fracasado, los arévacos no esperarían que se produjera tan pronto un segundo envite, pero los caminos que llevaban al campamento romano estaban permanentemente vigilados por oteadores numantinos, que enseguida informaron sobre las intenciones de los romanos.

El ataque a Uxama se produjo al atardecer. Los romanos y sus auxiliares, sobre todo carpetanos, oretanos, nertobrigenses y belaiscos, batieron las murallas mediante escalas, catapultas y ballestas con fiereza, pero los defensores, que habían sido advertidos del ataque y se habían reforzado con mil numantinos, los rechazaron una y otra vez. En una de las cargas, el decurión Marco Tulio logró alcanzar la parte superior de uno de los muros. Durante unos instantes mantuvo su posición firme en lo alto de la muralla, aguardando a que se fueran incorporando nuevos efectivos de su escuadrón de contrebienses, pero antes de que pudieran hacerlo llegaron corriendo por el camino de ronda una docena de guerreros arévacos de la reserva, que desde el interior de la ciudadela acudían con mucha movilidad a cubrir aquellos sectores de la muralla donde era necesario un refuerzo. Cuando Marco quiso darse cuenta de su situación, ya estaba rodeado por media docena de guerreros, en tanto los demás habían rechazado a los que escalaban el muro tras el decurión. El joven oficial romano, viéndose rodeado y perdido, encaró a sus oponentes dispuesto a morir matando. Gracias a su mayor destreza en el manejo de la espada en el combate cuerpo a cuerpo abatió a un celtíbero que lo acometió con mucha violencia pero dejando desprotegido su flanco derecho, por donde Marco lo atravesó con una certera estocada. Un segundo enemigo también cayó, pero en la pelea el decurión perdió su espada, y estaba a punto de ser atravesado por la jabalina de otro celtíbero, cuando en lo alto del parapeto, de un ágil brinco, apareció Aracos, quien de un certero golpe de hacha descabezó al atacante. Los otros tres combatientes quedaron paralizados al ver la cabeza de su compañero volando por encima de las suyas y salpicando de sangre sus rostros.

—Vamos, decurión, salta, éste es un mal sitio para quedarse —le gritó Aracos a Marco ofreciéndole la mano izquierda, mientras en la derecha mantenía firme y desafiante el hacha de combate.

El joven romano se encaramó al parapeto con un fuerte impulso de piernas y la ayuda del brazo de Aracos y ambos saltaron al exterior de la muralla, donde se amontonaban decenas de cadáveres. Rodaron unos cuantos pasos por la ladera y al levantarse pudieron ver a los romanos que se retiraban derrotados mientras desde lo alto de los muros de Uxama los defensores agitaban al aire sus armas, aullando ebrios de victoria.

—Me has salvado la vida, no lo olvidaré —le dijo Marco a Aracos.

—Los romanos nos pagáis para eso —respondió el joven belaisco.

—Desconocía tu habilidad en el manejo del hacha de combate.

—Sabes muy pocas cosas de mí.

—Jamás olvidaré esto —reiteró Marco.

Aracos miró al oficial romano con una expresión distante.

—«Jamás» es una palabra que no existe en vuestra lengua —le dijo.

Capítulo 5

Los numantinos celebraron una gran fiesta en el primer plenilunio de otoño. Habían logrado derrotar a un formidable ejército romano muy superior en número en cuantas ocasiones se habían enfrentado. Lo habían humillado, habían acabado con un tercio de sus efectivos iniciales y habían logrado aislarlo en un campamento en medio de Celtiberia, sin posibilidad de recibir suministros durante todo el invierno, con todas las vías de escape cortadas y en una situación desesperada por la escasez de alimentos ante la inminencia del invierno.

Los caudillos Ambón y Leucón eran aclamados por los numantinos como auténticos héroes y algunos bardos ya habían compuesto canciones en las que se loaban sus hazañas y sus victorias con un encendido tono épico.

Unos druidas, vestidos con pieles y tocadas sus cabezas con unas cornamentas de ciervo, recorrieron las calles de Numancia gritando loores en honor de Cernunnos, el dios de la fecundidad y la inmortalidad. Portaban unos cuencos de cerámica decorada con pinturas en las que aparecía la figura de este dios con la cornamenta de los cérvidos y llenos de un líquido sagrado, mezcla de agua, miel y vino con el que, mediante la ayuda de unas ramas de romero, asperjaban los umbrales de las casas para que sus moradores tuvieran una vida larga y muchos hijos, los nuevos guerreros con los que seguir luchando contra el enemigo romano.

Los numantinos, como todos los arévacos y los demás celtíberos, carecían de templos donde adorar a sus dioses, pero se reunían en santuarios al aire libre, junto a las fuentes, en los linderos y claros de los bosques o en cuevas sagradas.

Alrededor de hogueras donde se asaba carne de venados, jabalíes y conejos, los numantinos bailaban frenéticas danzas guerreras y de fecundidad mientras consumían *caelia*, su pastosa cerveza de trigo, y aullaban cánticos de guerra y de victoria.

—Míralos —le dijo Leucón a su esposa señalando a unos jóvenes guerreros numantinos que bailaban ebrios de cerveza abrazados a unas muchachas—, están eufóricos, han derrotado a Roma y se sienten invencibles, casi como si fueran dioses.

—Y así ha sido, esposo.

—Sí..., por ahora así ha sido, pero volverán; los romanos siempre vuelven. Los viste cuando atacaron nuestra ciudad. Eran miles, y a pesar de que los derrotamos han vuelto a atacar Uxama por dos veces. Dicen quienes conocen la ciudad de Roma que dentro de sus murallas hay cien romanos por cada numantino, y todavía hay muchos más romanos en otras ciudades casi tan grandes como la propia Roma. Aunque los derrotemos cien, mil veces, seguirá habiendo miles de romanos, y continuarán viniendo contra nosotros, una y otra vez, hasta que no podamos resistir más.

—Tal vez se cansen, y se vayan para siempre.

—No —dijo Leucón rotundo—. Lo he visto en sus curtidos rostros, en las caras

metálicas de esos legionarios. Aunque sus rostros se contraen con rictus de pánico, sus ojos están llenos de ambición, de deseos de triunfo.

—Son hombres, sólo hombres, y tienen miedo —puntualizó la esposa.

—Sí, claro que tienen miedo, lo llevaban grabado en sus rostros cuando agonizaban atravesados por nuestras armas, pero su ambición es capaz de superar a su propio terror ante la muerte y el dolor.

Leucón apoyó los codos sobre un muro de piedra y perdió su mirada entre los jóvenes que se divertían ajenos a lo que les deparaba el destino. Su esposa lo abrazó por los hombros y al contacto con la piel de su marido sintió que su espíritu se encontraba lejos, muy lejos de allí.

• • •

Tres mil hombres habían muerto en el segundo ataque a Uxama. Desde que comenzara la campaña contra Segeda la primavera anterior, Nobilior había perdido a más de la tercera parte de sus tropas y otro tercio al menos estaba herido, enfermo, cansado o con la moral por los suelos. Mediado el otoño, con los romanos y sus aliados encerrados en el campamento entre Ocilis y Numancia, comenzaron a caer unas lluvias torrenciales que dejaron los caminos impracticables; sólo unos pocos hispanos pudieron regresar a sus casas a pasar el invierno, con lo que el problema de alimentar al ejército se agudizó.

Tras dos semanas de lluvias intensas cayeron las primeras heladas y las primeras nieves. Bloqueados en el campamento, los soldados del ejército consular pasaban las largas jornadas invernales jugando a dados, calentándose con la escasa leña que podían recoger en los alrededores, pues nadie se atrevía a alejarse más allá de mil pasos de la muralla por miedo a caer en una emboscada de los arévacos, a los que suponían permanentemente apostados y al acecho, y comiendo sopa de hierbas y de huesos con la que llenaban sus hambrientos estómagos. Afortunadamente no les faltaba el agua, que recogían fundiendo la abundante nieve que se amontonaba sobre los tejados de paja y los muros de piedra.

Una vez a la semana Nobilior ordenaba sacrificar dos o tres acémilas para complementar la dieta de sopa y de pan con la que se alimentaban los soldados. Los mejores pedazos de carne eran para los oficiales y los legionarios romanos, en tanto los auxiliares iberos debían conformarse con las entrañas, las vísceras y la grasa, que fundían en grandes calderos de bronce y mezclaban con harina, agua y semillas para elaborar unas grasientas tortas.

Mediado el invierno, el frío se hizo insoportable. La leña de los alrededores había sido ya agotada y las hogueras se mantenían vivas gracias a las bostas secas de los

animales, que se quemaban junto con todo aquello que no sirviera para otra cosa que conservar encendido el fuego. Durante el día, los hombres, arrebujados dentro de sus mantas y capotes de piel y de lana, se apostaban al sol, al abrigo de los gélidos vientos del norte en las solanas de los muros. Pero las noches eran terribles; al amanecer solían despertar ateridos, con los pies y las manos casi congelados. Cada día una docena de soldados moría de frío, con las piernas gangrenadas y la sangre envenenada por la falta de riego, y otros tantos tenían que ser trasladados a un pabellón donde los médicos y cirujanos apenas daban abasto para curar las terribles llagas que el frío abría en la piel de los más afectados.

La disentería se cebó entre los romanos y sus aliados, que, mal alimentados y poco acostumbrados a semejantes condiciones, sufrían los rigores del clima y de la escasez mucho más que los celtíberos.

—Si esto sigue así, moriremos todos —comentó Marco a Aracos en el transcurso de una guardia—. Debiste marcharte a Contrebia con tus compañeros cuando pudiste hacerlo; seguro que en tu ciudad no faltará el pan y el aceite.

—Tal vez, pero cuando mi padre me ordenó que me uniera a vosotros juré ante mis dioses que mantendría mi fidelidad a los romanos. Y además, ¿qué otra cosa puedo hacer? Mi padre no posee las tierras suficientes como para dotar a todos sus hijos, y en ese caso los jóvenes celtíberos no tenemos otra opción que dedicarnos a la guerra. Antes de que llegarais a Iberia vosotros los romanos, hacíamos la guerra entre nosotros mismos: los celtíberos de las vertientes occidentales de la Idubeda atacaban a los vacceos, a los vetones y a los carpetanos, y nosotros, a los que llamáis citeriores, lo hacíamos contra los edetanos y sedetanos, siempre en busca de botín con el que complementar lo que esta tierra dura, áspera y fragosa no es capaz de proporcionarnos.

»Afortunadamente —continuó Aracos, aparecieron primero los cartagineses y nos contrataron como soldados para sus ejércitos, y luego lo hicisteis los romanos. Nos pagáis un sueldo por hacer lo que antes hacíamos por un escaso botín, y gracias a ello ahora nos consideran honorables soldados en lugar de abominables bandidos. Y todo eso lo debemos a vosotros los romanos; sólo por ello os profesamos agradecimiento.

—No te entiendo, Aracos, no entiendo a los hispanos. Tan pronto habláis de la necesidad de ser libres y de luchar contra Roma por vuestra independencia, como os sometéis de buen grado y os mostráis satisfechos por combatir a nuestro lado contra otros hispanos que son vuestros hermanos de sangre y de raza.

—Tal vez lo entiendas cuando lleves más tiempo en Iberia. Los que poblamos esta tierra no tenemos la conciencia de pertenecer a un único país, a eso que vosotros llamáis la nación y la República. En Iberia prestamos más atención e interés a la familia, al clan y a la tribu que a cualquier otra cosa. No tenemos ninguna «roma» que engrandecer, ni ninguna «república» que reivindicar. Aquí, en Iberia, los jóvenes

sólo aspiramos a vivir día a día, a luchar por nosotros mismos y a morir con una espada en la mano. Por lo demás, a las gentes de Iberia no nos une ningún sentimiento común, por eso, tarde o temprano, acabaremos sometidos a Roma.

—Pese a tu juventud, parece que conoces muy bien a la gente de esta península.

—¡Ah, bueno!, no es demasiado difícil. Todos somos iguales, pese a que vivimos divididos en multitud de pueblos, todos desconfiamos del vecino y a veces preferimos combatirlo que aliarnos con él. Fíjate, decurión, yo soy un belaisco, un belo, y he llegado hasta aquí persiguiendo a los segedenses, belos igual que yo, y he combatido contra los numantinos, celtíberos como yo, al lado de los romanos como tú. No me extraña que no entiendas nada de lo que pasa con nosotros, nadie que no sea de Iberia lo entendería.

—Si las cosas son como tú dices, ¿por qué los numantinos resisten de esta manera? —le preguntó Marco.

—Sólo defienden su vida, nada más —asentó Aracos.

—¿Tanto vale para ellos?

—Es lo único que tienen.

[Año 152 a. C.]

Parecía imposible que pudieran resistir encerrados en aquel campamento durante todo el invierno, pero lo hicieron. A pesar de la escasez de alimentos, de las manadas de lobos que merodeaban en busca de algún bocado o de algún hombre herido en la nieve, a pesar del frío y de las enfermedades, la primavera del nuevo año consular trajo la esperanza al ejército de Nobilior.

Ese nuevo año había sido elegido cónsul el noble Claudio Marcelo, que de inmediato organizó un ejército de expertos veteranos para socorrer a las tropas de Nobilior, de las que de vez en cuando se recibían algunas noticias que llevaban hasta Salduie y Tarraco espías hispanos al servicio de Roma. Mediada la primavera, Claudio Marcelo, al frente de ocho mil infantes y quinientos jinetes, atravesó la Celtiberia desde el valle del Ebro por el del jalón, y se presentó ante los muros de Ocilis, frente a los que acampó. Allí ofreció a sus habitantes el perdón por haberse pasado al bando de los arévacos a cambio de algunos rehenes y del pago de treinta talentos de plata.

Los de Ocilis, amedrentados por la amenaza del nuevo cónsul de que arrasaría la ciudad en caso de que no aceptaran sus demandas, acataron las condiciones y abrieron las puertas a Claudio Marcelo.

Nadie daba crédito a lo que sus ojos estaban viendo. Durante aquel largo y terrible invierno, los oficiales más animosos habían intentado inculcar moral a sus

tropas acantonadas en el campamento entre Ocilis y Numancia anunciándoles que un ejército poderosísimo estaba en marcha para rescatarlos. Pasaban los días y fueron muy pocos los que creyeron que ese anuncio tantas veces reiterado fuera a hacerse realidad alguna vez, pero así fue. Cuatro cohortes bien uniformadas, perfectamente pertrechadas y avanzando en formación compacta aparecieron en el horizonte enarbolando los estandartes de la sexta legión y los emblemas del Senado y el pueblo romanos, a la vez que tras ellos una banda de trompas y tambores marcaba el ritmo de paso.

Un centurión acompañado por cuatro jinetes alcanzó la puerta del campamento, donde Nobilior esperaba portando su bastón consular y con el manto púrpura sobre sus hombros.

—Soy Lucio Atilio, centurión del segundo escuadrón de caballería de la sexta legión; el cónsul Claudio Marcelo agradece vuestro valor y el encono que habéis demostrado en mantener enarbolada en este rincón perdido del mundo la enseña de la República. La sexta legión ha recuperado Ocilis y ha sometido a los rebeldes, vuestro encierro ha terminado.

Ante aquellas palabras, los legionarios comenzaron a lanzar sus cascos al cielo y aclamaron al Senado y a los dioses romanos.

Nobilior ordenó de inmediato levantar el campamento y ponerse en marcha hacia Ocilis. Una vez allí, se produjo el traspaso de poderes. Nobilior entregó el mando sobre el ejército a Claudio Marcelo, que torció el gesto cuando se enteró de que apenas quedaban con vida veinte mil de los treinta mil hombres que habían iniciado la guerra contra Segeda, hacía justo un año. Pero no tardó en mudar su faz cuando, casi a la vez que se producía el relevo, un mensajero le anunció que el Senado ponía a su disposición otra legión y una enorme cantidad de dinero para contratar más auxiliares hispanos. El nuevo cónsul tenía ahora bajo su mando a un ejército de cuatro legiones y treinta y ocho mil hombres, el más numeroso que los romanos habían formado desde la segunda guerra contra Cartago, en los tiempos de Aníbal.

Capítulo 6

En Roma habían vuelto a aparecer los fantasmas y los temores del pasado. Durante la primera guerra celtibérica, hacía más de veinticinco años, los pretores romanos habían tenido tanto miedo a venir a combatir a Iberia que en muchas ocasiones habían roto el código de honor patricio. Aquella primera gran rebelión se había producido a causa de los muchos abusos que los romanos habían cometido sobre la población de Celtiberia, esquilmando los bienes de ciudades y aldeas y violentando a sus moradores. Durante los primeros años de la presencia romana, los cónsules se habían llevado a Roma oro, plata y esclavos en grandes cantidades, y todo para recibir triunfos y ovaciones y ganar méritos en la pugna política, además de para incrementar sus ya cuantiosas fortunas. En lo alto de algunos cerros todavía podían verse, ennegrecidas por el fuego de los incendios provocados por los romanos, las ruinas de lo que antaño fueran pequeñas aldeas.

Algunos cónsules, como Catón, habían dejado tras su paso una retahíla de horrores y atrocidades que dos generaciones después todavía se recordaban por la crueldad y los abusos a que sometieron a la población de algunas regiones de Iberia. La situación llegó a ser tan terrible que algunos iberos viajaron hasta Roma para quejarse ante el Senado de la avaricia y soberbia de los generales y cónsules, y para pedirle a la más alta institución de la República que no siguiera con semejante expolio.

Aquella guerra había dejado a Celtiberia exhausta, y durante veinte años los enfrentamientos entre romanos y celtíberos se redujeron mucho, aunque siguieron produciéndose algunos estallidos de violencia. Pero el año anterior al consulado de Nobilior toda la Celtiberia explotó como impulsada por un resorte y la guerra se encendió por todas partes. La ampliación de la muralla de Segeda fue el detonante principal, pero los celtíberos no estaban dispuestos a seguir soportando las vejaciones de Roma y se alzaron en armas. Para entonces, las regiones orientales de Celtiberia, las que se extendían por el piedemonte ibérico hacia el valle del Ebro, las tierras de los lusones y de los belos orientales, estaban iniciando el proceso de romanización y sus habitantes comenzaban a adoptar de manera habitual usos, modos y costumbres romanas: Celtiberia se estaba partiendo en dos.

Marco y Aracos desayunaban unas tajadas de jabalí asado en Ocilis. Nobilior había dejado Iberia y el nuevo cónsul Claudio Marcelo estaba recabando información de todos los generales de las legiones con el objetivo de elaborar un plan para acabar con la resistencia de los celtíberos.

—Un centurión amigo que ha llegado con el nuevo cónsul me ha confesado que este invierno han tenido muchos problemas en Roma para reclutar tropas para venir a luchar aquí. Como ya ocurriera hace más de veinte años, la sola mención de guerra en

Hispania provoca un pánico atroz entre los jóvenes romanos —le confesó Marco a Aracos.

—No parece que tú tengas miedo. Cuando escalaste los muros de Uxama y te enfrentaste a los arévacos, ni siquiera miraste hacia atrás para comprobar si te seguían algunos de tus hombres.

—Bueno, allí apareciste tú.

—Yo no soy romano —afirmó rotundo Aracos.

—Pero luchaste como un romano.

—Un centurión que vio esa acción me dijo que peleé como un verdadero celtíbero.

—Bien, digamos que luchaste utilizando lo mejor de la astucia y la ferocidad de los celtíberos y lo mejor de la inteligencia y el valor de los romanos. Una buena mezcla, ¿no crees?

—Tal vez —asintió Aracos.

Un centurión apareció de pronto preguntando por Marco Cornelio Tulio.

—Yo soy —dijo el joven decurión incorporándose.

—Acompáñame, el cónsul Claudio Marcelo demanda tu presencia de inmediato.

—¿Puede acompañarme mi ayudante? —preguntó Marco señalando a Aracos.

—Sí, claro.

El cónsul estaba apoyado en una mesa de madera sobre la que estaba desplegada la piel de toro con el mapa de la Península.

—Cónsul Claudio —anunció el centurión—, aquí está el decurión Marco Cornelio Tulio.

Marco avanzó unos pasos y saludó marcialmente al cónsul golpeándose con el puño en el pecho.

—Se presenta Marco Cornelio Tulio, decurión de la quinta legión.

—Vaya, el joven Marco. Tenía ganas de conocerte. ¿Sabes?, tu padre y yo fuimos muy amigos en nuestra juventud. Luego, las diferencias políticas nos alejaron un poco. Lamenté su muerte, pero, por lo que sé, su hijo ha heredado muchas de sus virtudes, entre ellas el valor.

»Me han dicho que luchaste con gran valentía en el segundo ataque a Uxama. — El cónsul se inclinó sobre el mapa y buscó la ubicación de la ciudad—. Sí, aquí está, al noroeste de Ocilis. Tú solo contra todos esos bárbaros.

—Mi ayudante, el contrebiense Aracos, estaba conmigo.

—¿Quién dices? —demandó el cónsul.

—Aracos. Es un belaisco de Contrebia al que adopté como ayudante para que tradujera mis órdenes a los auxiliares indígenas. Es éste —dijo Marco señalando a Aracos, que se mantenía un par de pasos tras él.

—Bien, bien —comentó el cónsul sin siquiera mirar a Aracos—, pero te he hecho

llamar para darte una buena noticia. He decidido ascenderte a centurión.

Marco se sorprendió y balbució algunas palabras.

—Yo..., te lo agradezco..., yo no...

—Sí, ya sé que la nobleza de tu linaje te hace merecedor de ser tribuno, o general al menos, pero eso llegará con el tiempo. Mas ahora Roma necesita oficiales valientes que no duden en dirigir, espada en mano, a sus hombres en la batalla. Esa querida ciudad nuestra está llena de cobardes.

¿Sabes?, este invierno hemos tenido muchos problemas para reclutar tropas. Los jóvenes romanos viven en la molicie que les proporciona el ejército. Pero olvidan que su riqueza y su lujo proceden de los impuestos que las legiones cobran a los pueblos sometidos a nuestro poder, y creen que eso durará para siempre. Sólo se preocupan de su aspecto personal, del cuidado de su cuerpo y de sus propios gustos, pero en cuanto oyen las palabras «guerra», «ejército», «alistarse» o «Hispania», corren despavoridos a ocultarse bajo las túnicas de sus madres. Roma está perdiendo el espíritu que la ha hecho grande y temida en todo el Mediterráneo, y eso no lo podemos consentir.

»Tu acción en los muros de Uxama tiene que ser recompensada para que sirva de ejemplo a los jóvenes. Actos como ése son los que han hecho de la República lo que es, lo que debe seguir siendo.

—Te agradezco el ascenso, cónsul, pero te pediría que me mantuvieses al frente de mi escuadrón de auxiliares belaiscos —solicitó Marco.

—No, eso no podrá ser. Te he dicho que necesitamos ejemplos para los romanos. Te incorporarás como centurión en la primera centuria de la sexta legión. Esos legionarios acaban de llegar y tienen que aprender que Roma se ha hecho grande gracias a soldados como tú.

—Al menos, pido mantener a Aracos, hijo de Abulos, como ayudante.

—Esa atribución te pertenece, haz lo que estimes oportuno.

El cónsul chasqueó los dedos, y un criado acudió presto con una bandejita de plata sobre la que había una plaquita de metal grabada con el nombramiento de centurión para Marco y los entorchados de su nuevo grado.

—Y ahora, centurión Marco Cornelio Tulio, incorpórate a tu nuevo puesto, y sirve a Roma con la lealtad y el valor con que hasta ahora lo has hecho.

•••

Claudio Marcelo ejercía el consulado por tercera vez. En una de las dos ocasiones anteriores había servido en Iberia, y ya conocía el carácter y la belicosidad de los indígenas, pero también sabía que entre ellos las disputas eran habituales y que si era capaz de manejar bien las disputas que los enfrentaban le sería fácil ahondar en sus

discordias, y así sería mucho menos difícil su sometimiento definitivo.

Envió varios mensajeros a ciudades cercanas ofreciéndoles las mismas condiciones de amistad y alianza que a los de Ocilis si, como éstos, se sometían al dominio de Roma. Lo que el cónsul había supuesto se produjo de inmediato, y la propuesta de Claudio provocó la divergencia de opiniones entre las ciudades celtíberas y entre sus propios ciudadanos. Había quienes pensaban que tras decenios de guerras y masacres, las legiones romanas regresaban una y otra vez, y que pese a las derrotas que habían sufrido, volvían de nuevo con más soldados y armamento; otros decían que lo más importante que poseían era la libertad y que la voracidad recaudadora de Roma no tenía fin, que si se entregaban sin luchar, una vez estuvieran indefensos, los romanos les quitarían hasta la propia sangre. Unos sostenían que era mejor formar parte de la República que estar siempre en pie de guerra y sufrir por ello hambre y miseria; otros denunciaban que Roma nunca cumplía sus promesas, que violaba los tratados que firmaba y que la experiencia desaconsejaba fiarse de la palabra de un romano.

Conforme Claudio recibía los informes que le llegaban sobre sus propuestas a las ciudades celtíberas, su ánimo fue creciendo y pensó que no parecía muy lejano el día en que Celtiberia acabaría entregándose.

La primera propuesta de alianza firme llegó de Nertóbriga, la ciudad celtíbera ubicada en el bajo Jalón. El embajador nertobrigense se presentó en Ocilis ante el cónsul acompañado de cien jinetes que ponía al servicio del ejército consular como señal de su amistad; pero en tanto este encuentro se producía, un jinete entró a todo galope gritando que un destacamento de la retaguardia romana que se dirigía con provisiones hacia Ocilis había sido atacado por los de Nertóbriga cerca de Bílbilis, y que los atacantes se habían apoderado de algunas bestias de carga y de todas las provisiones.

El cónsul Claudio hizo llamar al embajador de Nertóbriga, que aún permanecía en Ocilis, y le informó sobre ese ataque. El desorientado embajador alegó que esa acción artera era obra de unos pocos nertobrigenses que no estaban de acuerdo con lo que opinaba la mayoría, que habían obrado por su cuenta y que no representaban a su ciudad, que pretendía una alianza estable y duradera con Roma.

El cónsul escuchaba al atribulado embajador con un semblante serio, sin apenas pestañear. Cuando éste acabó su alegato, Claudio Marcelo intervino:

—No me importa si han sido unos pocos rebeldes quienes han atacado a mis tropas; lo cierto es que ha sido gente de tu ciudad la que ha contravenido tus palabras y tus obras. Como castigo a vuestra acción, los cien caballos que nos habéis traído serán vendidos y lo que se obtenga de ellos se repartirá entre los soldados de mi ejército; y en cuanto a los cien jinetes, se quedarán aquí en Ocilis como rehenes. Roma no puede consentir actos como éste, y yo no lo voy a dejar impune.

Esa misma tarde Claudio dio la orden de que la sexta legión se pusiera en marcha, jalón abajo, hacia Nertóbriga y que lo hiciera con todas sus máquinas de ataque y las plataformas de asalto.

La sexta legión se desplegó frente a Nertóbriga, en la amplia llanura del jalón, frente a la colina donde se alzaba la ciudad celtíbera. El estandarte de guerra y las enseñas del Senado ondeaban esperando la orden de ataque.

Los de Nertóbriga, asustados ante el despliegue de las fuerzas de Roma, enviaron un heraldo al encuentro de Claudio. El nuncio vestía una túnica blanca y se cubría la cabeza y los hombros con una llamativa piel de lobo que conservaba las fauces abiertas mostrando los feroces colmillos.

—Por todos los dioses, ¿qué es eso? —preguntó Marco a Aracos a la vista del asombroso atavío del enviado.

—Un hombre-lobo; es una señal de paz. Ese hombre representa al dios Sucello, nuestra deidad de los infiernos y de los muertos, cuyos atributos son el mazo, el tonel y la piel lobuna. El dios lobo es Vaélico, una deidad infernal y maléfica. Sucello lo engaña vistiéndose como él y logra que la paz triunfe sobre la guerra y la muerte. Ése es el mensaje que ese embajador está transmitiendo a Roma: ofrece la paz.

Marco corrió a informar de ello al cónsul.

—¿Quién te ha dicho eso? —le preguntó Claudio tras oír el informe de Marco.

—Mi ayudante, el contrebiense Aracos.

—¿Y qué sabe él de todo esto?

—Es un celtíbero, como los de Nertóbriga; es de la misma gente, sus creencias religiosas y sus dioses son idénticos.

—Bien, centurión, ordena a ese fantoche que se acerque hasta aquí; veremos qué tiene que contarnos.

Marco llamó a Aracos y, acompañado por su ayudante, se adelantó hasta el encuentro con el hombre-lobo, que se había detenido a una distancia de unos doscientos pasos del estandarte que encabezaba la sexta legión.

—Pregúntale qué quiere —le dijo Marco a Aracos. El belaisco le preguntó en su lengua céltica.

—Dice —tradujo Aracos— que Nertóbriga sólo desea la paz; viene vestido con la piel de lobo para ofrecer sus condiciones.

—Dile a este hombre que nos acompañe, esto debe saberlo el cónsul.

La extraña comitiva caminó los doscientos pasos que los separaban del cónsul.

—¿Qué pretende este bárbaro? —preguntó Claudio.

—Nos ofrece la paz —asentó Marco.

—Pregúntale por sus condiciones —dijo Claudio dirigiéndose a Aracos. Tras escuchar al hombre-lobo, Aracos tradujo:

—Dice que el senado de Nertóbriga desea una paz duradera con Roma. Pide

perdón por el ataque que algunos desheredados de su ciudad realizaron contra la retaguardia de la sexta legión y solicita, puesto que son merecedores de ello por esa acción, que se les imponga un castigo pero que esté en proporción con el delito cometido. Ruego al cónsul que tenga en cuenta su arrepentimiento y que el senado de Nertóbriga ha condenado la acción, de la que no se consideran responsables. Los rehenes han sido despojados de su ciudadanía nertobrigense y si son capturados serán ejecutados de inmediato.

—Dile que Roma está dispuesta a perdonar este y otros ultrajes, pero que el perdón debe ser solicitado por todas las tribus y ciudades celtíberas, que de nada sirve perdonar a una ciudad si las demás siguen atacando a nuestras tropas mediante traiciones y engaños, o encubriendo y protegiendo a los rebeldes. Dile que aguardaré durante un mes su respuesta en Ocilis.

—El cónsul Claudio es muy inteligente —comentó Aracos a Marco mientras caminaban de regreso a Ocilis por el curso del Jalón—. Se ha ganado a los de Ocilis y a los de Nertóbriga, las dos llaves del curso del río Jalón, con lo que se ha asegurado la ruta más directa hacia el corazón de Celtiberia, y con su propuesta ha logrado sembrar las dudas y las discrepancias entre los celtíberos. Nobilior era un hombre impulsivo que estaba convencido de que sólo con mentar el nombre de Roma era posible ganar una batalla; se equivocó. Claudio es mucho más sagaz, utiliza un arma contra la que los celtíberos no tenemos defensa.

—¿Cuál es esa arma? —preguntó Marco.

—La ambigüedad.

•••

Los numantinos recibieron la propuesta de Claudio Marcelo a través de una embajada de Nertóbriga.

Leucón y Ambón, los dos caudillos que habían derrotado a Nobilior, se debatían entre continuar con la resistencia o solicitar la paz tal como demandaba el nuevo cónsul.

—Ya sabéis nuestra situación —habló Ambón dirigiéndose a la asamblea de numantinos—; en las batallas del año pasado causamos diez mil muertos a los romanos; los creíamos vencidos y han aparecido de nuevo, ahora con ocho mil hombres más en su ejército. Entretanto, nosotros hemos perdido dos mil hombres, y no hemos recuperado sino algunos jóvenes que han alcanzado la edad suficiente como para combatir.

»Si se repite esta situación, quizá podamos vencer en cuantas batallas se presenten hasta que un día apenas quedemos hombres para luchar. Cada guerrero

nuestro que muere en combate no tiene reemplazo, en tanto que por cada uno de ellos que cae aparecen dos al año siguiente.

—La paz que ofrecen los romanos es una treta, como todas sus propuestas. Recordad lo que ha pasado en otras ocasiones, jamás cumplen lo que pactan si no les interesa en cada momento; su palabra vale tanto como un puñado de paja —intervino Leucón.

—Si yo fuera joven, tal vez apostara por seguir peleando, pero mi experiencia me dice que frente a Roma no tenemos otra salida que una paz honrosa —propuso un anciano—. Sólo tendríamos una oportunidad de vencer para siempre a las legiones, pero para ello deberíamos estar unidos todos los celtíberos y todos los habitantes de Iberia, y no es así. Los arévacos tenemos serias disensiones entre nosotros mismos, los helos están muy divididos, pues los de Contrebia Belaisca y los de Nertóbriga son aliados de Roma, en tanto los de Segeda les han declarado la guerra y continúan entre nosotros, y los lusones y los titos están del lado romano.

»El nuevo cónsul ha logrado dividirnos más que nunca, y por eso mismo ya ha vencido su primera batalla —finalizó el anciano entre el silencio de la asamblea.

—Yo propongo —intervino un mercader de Segeda— solicitar de Roma la vuelta a la situación de los tiempos de Graco; han sido muchos años de paz y de tranquilidad, durante los cuales ha florecido el comercio y la agricultura en nuestra tierra. La paz nos ha traído la prosperidad, apostemos por ella.

—¡Ni hablar! —gritó un joven numantino—. Han sido precisamente las imposiciones aceptadas en tiempos de Graco las que nos han arrastrado a la situación bélica en la que nos encontramos. Enfrentémonos a los romanos en una guerra sin concesiones. Que sepan que los arévacos y las demás tribus hermanas jamás nos rendiremos, hagamos que esta tierra que ellos llaman Celtiberia sea una tumba para sus legionarios. Todos hemos oído decir que en Roma nos tienen un miedo insuperable y que los jóvenes romanos se aterrorizan sólo con pensar que tienen que venir a combatir a las montañas de Iberia. Pues bien, hagamos que ese terror aumente hasta que no lo puedan soportar, que tiemblen de pánico al escuchar nuestros nombres.

Durante un buen rato se siguieron oyendo las opiniones encontradas de los que pretendían la paz aun a costa de perder libertad, y de los que deseaban la guerra para recuperar la libertad en parte perdida. Al fin, ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo por consenso, Leucón propuso:

—Que sea la asamblea la que decida.

Los arévacos, los titos y los helos decidieron acatar una pena moderada, siempre que los romanos aceptaran volver a la situación del tratado firmado en los tiempos de Graco.

Ambón fue el encargado de comunicar la decisión de las asambleas de los celtíberos al cónsul Claudio Marcelo, quien aguardaba en Ocilis la respuesta.

—Habéis sido sensatos —le dijo Claudio a Ambón tras escucharlo—. Creo que el Senado de Roma aceptará vuestra propuesta, pero a cambio de plata, de mucha plata.

—Los romanos os habéis llevado ya demasiada plata de Celtiberia, vuestro Senado debe saber... —dijo Ambón.

—Habéis causado mucho daño y habéis costado mucho dinero al erario de la República —le interrumpió el cónsul—. Si tanto empeño tenéis en conocer la opinión del Senado, nombrad una delegación que os represente, y dentro de una semana viajaréis hasta Roma; vosotros mismos tendréis la oportunidad de oír de boca de los senadores qué es lo que piensa Roma de todo esto.

Claudio Marcelo llamó a Marco Tulio y le dio orden de que escoltara a la embajada de celtíberos hasta Roma.

—Bueno, Aracos, vas a conocer Roma —le dijo Marco a su ayudante.

—¿Estás de broma? le preguntó.

—En absoluto. El cónsul nos envía para que escoltemos a una delegación de celtíberos hasta el Senado. Claudio Marcelo ha aceptado la propuesta de arévacos, titos y belos de tornar a la situación que acordaron con Graco hace más de veinte años, pero siempre que así lo ratifique el Senado.

—El cónsul es un experto negociador, pero todavía no me explico cómo ha podido convencer a los numantinos para que cedan en su enconada resistencia. Hasta ahora siempre habían vencido en todas las batallas, y en cambio parece que hubieran sido los perdedores de esta maldita guerra —alegó Aracos.

—Nosotros podemos reponer hasta cien veces nuestros muertos en combate, mientras que cada numantino muerto es irremplazable, y ellos lo saben. Dos o tres campañas más como ésta y, aunque siguieran venciendo en todos los combates, no quedaría nadie en Numancia para empuñar las armas. Los caudillos numantinos no tenían otra salida que negociar la paz o encaminarse hacia un exterminio seguro.

Capítulo 7

Una extraña comitiva se puso en marcha hacia Roma. La componían veinte miembros de cada una de las tres tribus celtíberas enemistadas con Roma, arévacos, belos y titos, y la primera cohorte de la sexta legión, que mandaba el centurión Marco Cornelio Tulio.

Caminaron durante cinco jornadas jalón abajo hasta el Ebro; en Salduie subieron a unas barcas con las que descendieron por el gran río hasta su delta, desde donde caminaron de nuevo hasta Tarraco, la mayor ciudad de los romanos en la Península.

—Mira, Aracos, ésa es Tarraco, la Roma de Hispania. Y así serán todas las ciudades cuando Roma sea la dueña de toda esta tierra, una imagen repetida de la Roma eterna.

Los legionarios de la primera cohorte fueron acomodados en unos pabellones de la guarnición de Tarraco, en tanto los celtíberos acamparon en sus tiendas junto a una de las puertas de la ciudad. Fueron muchos los curiosos que se acercaron a contemplar de cerca a los que llamaban bárbaros. Los tarraconenses eran iberos en su mayoría, pero se consideraban romanos y estaban orgullosos de ello. Muchos eran legionarios licenciados que habían recibido tierras y solares para construir sus casas como pago a muchos años de servicio en las guerras en Hispania.

En cuanto lo permitieron los vientos, dos birremes zarparon de Tarraco hacia la capital de la República. Ninguno de los celtíberos había visto antes el mar, y por ello fue muy difícil convencerlos para que subieran a bordo de las naves. Marco tuvo que emplear todas sus dotes persuasivas para explicar al jefe numantino Ambón, que encabezaba la embajada celtíbera, para que a su vez transmitiera a sus compañeros que más allá de aquella extensión de agua que no parecía tener límite estaba Roma. Al fin, los celtíberos aceptaron subir a bordo, muchos de ellos a regañadientes, y no sin antes celebrar un sacrificio a Dercenna y Nutha, las deidades de las aguas en el panteón celta, que eran adoradas como divinidades de las fuentes, y al dios Alto, deidad de las aguas que moraba en las lagunas y los ríos.

—¿Estás seguro de que más allá de este mar está Roma? —preguntó Aracos.

—Así es, créeme —aseguró tajante Marco.

El joven belaisco subió a la primera de las birremes y ojeó con cierto temor la nave.

—¿Allá dices que está Roma? —preguntó señalando con el brazo hacia el este.

—Sí, en esa dirección, pero navegaremos primero hacia el norte, siguiendo la costa; es una ruta más larga, pero más segura. Parece que los cartagineses están inquietos; el gobernador de Tarraco me ha dicho que es probable que estalle una nueva guerra entre Roma y Cartago. Sería la tercera. Unos mercaderes de *garum* que han llegado de Málaga han visto naves de guerra púnicas entre la isla de Ibiza y la

costa de la Península, debemos tener cuidado por ello.

La travesía del Mediterráneo occidental la hicieron en apenas dos semanas, navegando siempre con la costa a la vista. Los tres primeros días la mayoría de los celtíberos los pasó inclinados sobre la borda, vomitando cuantos alimentos ingerían. Alguno de ellos dijo que prefería morir devorado por los monstruos cuyas sombras se veían de vez en cuando bajo las aguas que continuar en aquel estado. Pero al cuarto día de navegación ya casi nadie se quejaba y todos recuperaron el apetito. No se cruzaron con ningún navío hostil, sólo con algunas barcas de pescadores y con dos naves grandes y panzudas de las que se utilizaban para transportar vino y aceite de Italia a Iberia.

Las dos birremes llegaron al puerto de Ostia, a media jornada de Roma, al atardecer.

—Desembarcaremos antes de que anochezca y pernoctaremos aquí. Mañana saldremos temprano hacia Roma. Este puerto es el de Ostia; todavía no alcanza la grandiosidad del de Alejandría o Cartago, pero no tardará mucho en ser el mayor del mundo —comentó Marco mientras las birremes realizaban la maniobra de atraque.

• • •

—Roma —anunció Marco señalando la ciudad que se extendía al frente.

Habían salido de Ostia con los primeros rayos del sol y, tras media jornada de marcha por una vía empedrada que los celtíberos no habían dejado de mirar asombrados, alcanzaron a ver la ciudad que pretendía convertirse en señora del mundo. Roma se extendía sobre siete colinas, en la orilla izquierda del río Tíber, el mismo cuyo curso habían seguido durante toda la mañana desde el puerto de Ostia los sesenta celtíberos y la primera cohorte de la sexta legión.

Ambón quedó paralizado ante la extensión de Roma.

—¡Es cien veces Numancia! —exclamó ¡Fijaos en esos edificios, en esas columnas! Sobresalen por encima de las murallas, y tanta gente...; debe de haber mil veces mil romanos.

El efecto de asombro que había pretendido provocar el cónsul Claudio Marcelo en los celtíberos en cuanto éstos vieran Roma lo había conseguido. Los arévacos, titos y belos caminaban hacia la ciudad con los ojos desorbitados, contemplando el tropel de carretas y bestias de carga que iban y venían de un lado para otro.

La noche anterior Marco había enviado a un mensajero para que anunciara al Senado que los embajadores de los celtíberos llegarían al día siguiente. Un decurión

con una escuadra de caballería de la guardia del Pretorio alcanzó al galope a la embajada hispana cuando ésta se encontraba a unos mil pasos de los muros de Roma.

—Sé bienvenido a Roma, centurión Marco Tulio. Tengo orden de que los bárbaros acampen en la campiña, junto al bosquecillo de cipreses; ahí aguardarán hasta que los senadores decidan recibirlos.

—De acuerdo. Aracos, comunícales a los celtíberos que acamparán junto a aquellos árboles.

—¿No pueden entrar en Roma? —preguntó el belaisco.

—No en tanto no lo permita el Senado.

Unos pretorianos indicaron a los celtíberos el lugar donde debían desplegar sus tiendas. Junto a ellos se instalaron también las tiendas de los legionarios.

—Tú, Aracos, ven conmigo, deseo que mi familia conozca al hombre que me salvó la vida sobre los muros de Uxama.

Marco y Aracos entraron en Roma por la puerta de Ostia, en el tramo de la muralla Serviana que discurre al pie de la colina del Aventino. La casa de la familia de Marco estaba situada entre las colinas del Palatino y del Celio; era una amplia mansión en torno a un gran patio porticado y abierto a un estanque en el centro.

—¡Marco, Marco, ha regresado Marco! —gritó su hermana pequeña Claudia avisando al resto de la familia.

La madre de Marco salió al encuentro de su hijo y lo abrazó con efusión.

—Me anunciaron que no llegarías hasta dentro de una semana —le dijo.

—Tuvimos una buena travesía, buen tiempo y viento favorable.

—¿Y éste, es acaso tu esclavo? —le preguntó señalando a Aracos.

—No, no, es un hombre libre. Es mi ayudante, un hispano de la ciudad de Contrebia Belaisca; su nombre es Aracos.

El joven belaisco no entendía la lengua en la que hablaban madre e hijo, pero al escuchar su nombre, sus labios dibujaron una sutil sonrisa.

—Aracos, ven, voy a presentarte a mi madre —le dijo Marco en latín.

—Madre, éste es Aracos, hijo de Abulos. Aracos, mi madre, Livia.

—Sé bienvenido, hispano —lo saludó Livia en latín, alzando la mano al estilo romano.

—Gracias, señora; pero perdona, ¿en qué lengua hablabais entre vosotros?

—En griego. El latín es la lengua de los romanos, pero algunas familias patricias solemos emplear el griego para hablar entre nosotros; no sé, es un signo de distinción, de estilo tal vez. Aquí el idioma griego se considera muy elegante y culto, no en vano buena parte de nuestra cultura procede de Grecia, y la mayor parte de los preceptores de los hijos de la aristocracia son esclavos griegos. Desde que los derrotamos en Pydna hace dieciséis años muchos sabios griegos se han instalado en Roma. La griega es una civilización en decadencia que ya ha cumplido su papel en la historia,

ahora ha llegado nuestro tiempo, comienza la edad de oro de Roma. Al fin y al cabo, Roma fue fundada por griegos que emigraron desde Troya cuando esta ciudad fue destruida por los aqueos.

Marco se dirigió con su madre a un jardincillo en la parte posterior de la casa y, ante un nicho abierto en un muro que contenía un altar dedicado a los dioses manes, lares y penates, los protectores del hogar y de la familia, quemó un poco de incienso en memoria de su padre y de sus antepasados.

—Bien, ya he cumplido con los dioses familiares. Ahora comamos, estoy hambriento.

Marco le contó a su familia que Aracos le había salvado la vida combatiendo contra los arévacos en una pequeña ciudad llamada Uxama, en el extremo del mundo, tras las montañas azules de la profunda y misteriosa Celtiberia.

—Celtiberia... —murmuró Livia—; sólo con escuchar ese nombre los jóvenes romanos tiemblan de miedo. Esta República está perdiendo algunos de los valores que la han hecho poderosa. Cuando eran jóvenes, tu padre y todos los muchachos de su edad ardían en deseos de empuñar la espada para mayor gloria de Roma, pero ahora son muy pocos los que quieren ir a combatir a la guerra de Hispania.

—La guerra sólo causa desgracias —se atrevió a intervenir Aracos.

—Mi esposo me enseñó que la guerra nos ha hecho grandes; Roma es así por la guerra. Nosotros no queríamos la guerra, pero Aníbal, ese astuto cartaginés, nos la impuso. Él fue el causante de que Roma se dotara de una poderosa maquinaria militar que ahora es difícil de detener. El general púnico cometió un terrible error al subestimar el orgullo romano. Fue nuestro gran enemigo, pero debemos agradecerle que levantara nuestro ánimo. Un poeta llamado Nevio escribió hace unos años un poema titulado *La guerra púnica* en el que une el destino de Roma a la voluntad de los dioses, y Ennio, uno de nuestros mejores poetas actuales, nos enseña en su poema *Euhémero* que los dioses no fueron sino simples mortales divinizados en un tiempo pasado a causa de sus hazañas. Por eso hay algunos romanos que anhelan ser considerados como dioses en un futuro, y saben que sólo podrán lograrlo si consiguen protagonizar grandes gestas épicas. Así se construye la grandeza de Roma.

—Pero, señora, acabas de decir que los jóvenes romanos tienen miedo —replicó Aracos.

—La mayoría, tal vez. Pero los imperios no los construyen las masas, sino los grandes hombres. Grecia era un conglomerado de ciudades enfrentadas entre sí hasta que Filipo y su hijo Alejandro Magno las unieron a todas para constituir las bases de un formidable imperio. Nuestro problema radica ahora en que patricios y plebeyos compartimos el poder en la República. Hasta hace algún tiempo los patricios éramos los únicos que gobernábamos Roma, pero desde que participan en el gobierno los

plebeyos... sólo nos quedan algunos privilegios, como suministrar sacerdotes a algunos colegios. Yo siempre he sostenido, como mi difunto esposo, que el poder político debe ser ejercido por los mejores, por la aristocracia, pero algunos plebeyos se han enriquecido gracias a los negocios, al préstamo y al comercio, y el dinero se ha convertido en el principal aval de los poderosos. Afortunadamente, sigue habiendo en Roma hombres capaces de sobreponerse a todo eso.

—La guerra en Hispania es terrible, madre —intervino Marco. Los celtíberos pelean como fieras heridas; su valor es extraordinario. Pese a que los superábamos en número, nos vencieron en cuantas ocasiones nos enfrentamos a ellos. Utilizan su conocimiento del territorio como su mejor aliado y saben emplear muy bien sus armas. Será difícil conquistar toda Hispania.

—Ya lo sé. En el Senado se ha propuesto cambiar el sistema de leva de tropas. Ante las quejas de favoritismo, en la recluta de los nuevos contingentes se va a proceder al sorteo y el tiempo de cumplimiento del servicio militar se reducirá de diez a seis años, y todo gracias a la ferocidad de los celtíberos. Sabes, hijo, la semana pasada oí un poema satírico en el que se decía que ante la necesidad de terrenos en el Quirinal, Hispania sería el próximo gran cementerio de Roma.

—No entiendo qué significa eso —se extrañó Aracos.

—El Quirinal es una de las siete colinas sobre las que se asienta la Roma de los antiguos reyes. Su ladera norte es un cementerio público que algunos ricos comerciantes quieren comprar para construir un barrio de casas para el pueblo, alquilarlas a altos precios y hacerse así mucho más ricos todavía. Los poetas satíricos utilizan la voracidad de esos nuevos ricos para criticar lo que está pasando en la ciudad. Roma crece muy deprisa y los nuevos barrios engullen antiguos cementerios.

Todo terreno es poco para los edificios que surgen por todas partes, y por eso el poeta ironizaba con construir los cementerios de Roma en Hispania, porque así habría más espacio para edificar y de paso los romanos serían enterrados donde más mueren, en la propia Hispania.

Aracos se extrañó de que una mujer hablara de esa manera y demostrara semejante conocimiento de la política romana, pero sobre todo de que asumiera la voluntad de hacer grande a Roma, la misma que había tenido su marido y la que había heredado su hijo.

• • •

En los días que siguieron, los dos amigos, el romano Marco y el belaisco Aracos,

no hicieron otra cosa que esperar a que el Senado se decidiera a recibir a la embajada de los celtíberos. Marco le enseñó la ciudad a su ayudante y aprovecharon el tiempo para visitar Roma, e incluso asistieron al teatro, a una representación de una tragedia de Eurípides que fue escenificada en griego y que Marco le tuvo que ir traduciendo a Aracos.

Por fin, Marco recibió en su casa el aviso de que al día siguiente escoltara a los celtíberos hasta el Senado, pero en la orden había unas instrucciones inesperadas.

—El Senado recibirá mañana a los embajadores celtíberos, pero no a todos —le dijo a Aracos.

—Los sesenta son demasiados, claro.

—No, no es eso. Sólo permitirá que entren en Roma los representantes de los belos y de los titos; los arévacos no pueden hacerlo.

—Los arévacos son el pueblo más orgulloso de toda Celtiberia; se sentirán ofendidos. Fue el propio cónsul quien los invitó a venir.

—Pues la decisión del Senado es firme.

Marco acudió al campamento de los celtíberos para comunicarles la decisión del Senado. El jefe arévaco Ambón enarcó las cejas y dijo:

—Creo que el Senado de Roma no desea la paz. Ahora comprendo: nos ha hecho venir hasta aquí para ganar tiempo, para humillarnos y para dividirnos todavía más. Debimos desconfiar de ese nuevo cónsul.

Marco Tulio escoltó a la delegación de belos y titos hasta la Grecóstasis, un edificio cercano al del Senado donde los embajadores extranjeros esperaban hasta ser recibidos en audiencia. Desde allí pasaron al Senado, donde los senadores ocupaban sus escaños vestidos con sus reglamentarias togas blancas ribeteadas de púrpura. Todos ellos calzaban los *calceus*, las sandalias de tiras de cuero encarnado con un arco de luna de marfil en el empeine, su principal distintivo, del que se mostraban muy celosos. Los celtíberos, vestidos con sus chaquetas de cuero y sus capotes de piel de lobo, fueron observados por los senadores como lo hace un comprador que visita el mercado y se encuentra con un objeto exótico y extraño.

Aracos había sido avisado por Marco para que actuara de traductor del latín al celta.

Tras una fría y distante bienvenida de los senadores, se concedió el turno de palabra al jefe de la delegación de los belos, quien ofreció la paz a los romanos y la vuelta a la situación como estaba en tiempos del cónsul Graco. Los belos y los titos se comprometían a seguir pagando tributos a Roma pero manteniendo su autonomía, y además conservando la facultad de acuñar moneda propia, con su leyenda y sus símbolos. De una bolsa, el portavoz de los belos sacó unas monedas de Segeda; eran unos ases de bronce y unos denarios de plata acuñados dos años antes en los que había una cabeza junto a un león y un jinete con un ave rapaz sobre el brazo y el

nombre de Segeda en caracteres ibéricos. El belo dijo que Segeda había acatado veinte años atrás la autoridad de Roma, pero que aquellas monedas eran la prueba de que era posible mantener su propia autonomía y a la vez reconocer la supremacía romana.

•••

—¿Ahora queréis la paz? —clamó uno de los senadores—. Esta propuesta deberíais haberla hecho el año pasado a Nobilior, pero por el contrario abandonasteis Segeda y os fuisteis a aliar con los numantinos. El Senado de Roma debe rechazar la paz que ahora ofrecéis.

Belos y titos, asustados ante la ira de muchos senadores, pidieron al Senado que castigase a los arévacos, pues dijeron que si en alguna ocasión habían obrado contra Roma era porque temían las represalias que los arévacos pudieran tomar contra ellos a causa de su actitud conciliadora.

Los senadores sonrieron. Habían logrado lo que el hábil Claudio Marcelo había previsto en su plan: enfrentar a los celtíberos entre sí y ganar tiempo para la guerra.

El portavoz del Senado anunció a belos y titos que la decisión final les sería comunicada por el propio Nobilior, que había regresado a Roma tras ejercer todo su año como cónsul en Hispania.

De inmediato y como ya estaba previsto y pactado, el Senado aprobó que la siguiente leva de tropas se produciría por sorteo, pues los ciudadanos seguían molestos y acusaban a los cónsules por haber sido injustos y sectarios en años anteriores en la recluta de soldados para el ejército de Hispania.

Capítulo 8

A mediados de otoño los embajadores celtíberos y la primera cohorte de la sexta legión regresaron a Hispania. Marco informó de inmediato al cónsul Claudio Marcelo sobre las intenciones del Senado de enviar a comienzos del siguiente año al nuevo cónsul con un poderoso ejército para liquidar la guerra celtibérica.

El cónsul se reunió a solas con el caudillo belo, que ya barboteaba algo de latín, había encabezado la embajada a Roma y había planteado las propuestas de belos y titos ante el Senado.

—¿De qué estarán hablando? —preguntó Aracos a Marco.

—De la inmediatez de la guerra, claro. ¿De qué otra cosa iban a hablar?

Claudio Marcelo, que deseaba por todos los medios ser el vencedor y el pacificador de Hispania, no quiso esperar más, y a la salida de la entrevista con el caudillo de los belos declaró la guerra a los arévacos en una solemne y pública intervención en Ocilis, delante de los embajadores numantinos, a los que les devolvió los rehenes entregados para garantizar la tregua mientras viajaban a Roma.

La respuesta de los arévacos fue contundente. En una cabalgada rapidísima, tres mil numantinos atravesaron la sierra del Moncayo y ocuparon por sorpresa la ciudad bela de Nertóbriga. Enterado de esa acción, Claudio Marcelo se presentó ante las murallas de Numancia con dos legiones y casi todas sus tropas auxiliares hispanas, más de treinta y cinco mil hombres, y acampó tan sólo a una distancia de cinco estadios; además de una veintena de torres de asalto y otras tantas catapultas, quince elefantes con protecciones de cuero y metal en el lomo y la cabeza amenazaban todos los días a los numantinos barritando furiosos a menos de un centenar de pasos de las murallas.

El despliegue de poder romano amedrentó a Litenno, el nuevo jefe numantino que había sustituido a los más belicosos Ambón y Leucón, a quienes se les responsabilizaba del fracaso de las negociaciones en Roma a causa de su intransigencia y de su falta de capacidad para la diplomacia.

Encerrados tras sus muros, los numantinos propusieron a Claudio celebrar una entrevista. El cónsul aceptó y Litenno se presentó en el campamento romano con aire sumiso. Aracos actuó de traductor entre el cónsul romano y el caudillo arévaco.

—Arévacos, titos y belos se ponen en tus manos, cónsul —tradujo Aracos las palabras de Litenno.

—Y yo lo acepto, pero dile que deben entregarnos rehenes y dinero; sólo así pondré fin a la guerra y firmaré la paz.

Los celtíberos acataron todas las condiciones del cónsul y se firmó un tratado de

paz por el que arévacos, ritos y belos se sometían a Roma y se comprometían a entregar seiscientos talentos de plata, además de no ayudar a ningún enemigo del pueblo romano.

Seiscientos talentos equivalían a más de tres millones y medio de denarios, una enorme cantidad que los celtíberos poseían gracias a las grandes cantidades de plata atesoradas durante los decenios en los que sus hombres habían servido como mercenarios en los ejércitos romanos y cartagineses.

[Año 151 a.C.]

Licinio Lúculo, el nuevo cónsul, se presentó en Ocilis a finales de febrero del nuevo año consular. Acababa de llegar desde Roma a toda prisa, ansioso por acabar la guerra que todavía creía encendida con los celtíberos, pues traía órdenes concretas del Senado de concluirla a cualquier precio. La leva de tropas de ese año ya se había realizado por el nuevo sistema de sorteo, sin excluir a nadie por favoritismo, como venía siendo norma habitual hasta entonces.

Cuando a fines del año anterior se planteó en el Senado la nueva campaña contra los celtíberos, ningún noble romano quería ser tribuno o legado en ese ejército. Algún anciano senador acusó a la juventud romana de cobarde y dijo que, si su edad y sus achaques se lo permitieran, sería el primero en acudir a Hispania para combatir por Roma. Tuvo que ser el joven Publio Cornelio Escipión, el hijo adoptivo del vencedor de Aníbal en Zama, Escipión el Africano, quien diera un paso al frente en el Senado y anunciara, para vergüenza del patriciado romano, que él aceptaba cualquier puesto que se le encomendase, en Celtiberia o donde fuera. La valerosa actitud de Escipión, a quien el Senado nombró legado militar en Hispania, sirvió de acicate a otros jóvenes romanos que también se alistaron sin condiciones.

Pero Lúculo y Escipión llegaron demasiado tarde. Claudio Marcelo los esperaba en lo alto del cerro donde se asentaba Ocilis.

—Bienvenidos a Ocilis, cónsul y legado —los saludó Marcelo con una amplia sonrisa de triunfo—. Celtiberia está de nuevo en paz. Arévacos, belos y titos acatan el poder de Roma. Seiscientos talentos de plata lo certifican.

Lúculo apretó los dientes; esperaba recibir el mando para actuar de inmediato y ser él quien se hiciera con el honor y el triunfo de haber sido el vencedor de los celtíberos, pero Claudio Marcelo, considerado el mejor negociador de Roma, le había ganado por la mano.

—¿Quién es este nuevo cónsul? —le preguntó Aracos a Marco.

—Un hombre muy ambicioso, aunque pobre. Dicen quienes lo conocen que sólo busca fama y fortuna y que todo lo que hace va en beneficio propio. Mi madre me

advirtió que tuviera cuidado con él, pues tiene tanta necesidad de dinero que hará cualquier cosa por conseguirlo. Creía que la guerra contra los celtíberos le proporcionaría la fama que anhela y el dinero que necesita para saldar sus muchas deudas, y se ha encontrado con la sorpresa de una Celtiberia en paz.

»Observa su cara de disgusto. No sé..., su ambición nos puede conducir a situaciones poco deseables.

—¿Y ese joven que lo acompaña? Tiene poca estatura, pero aparenta el porte de un rey —dijo Aracos señalando con la barbilla al legado.

—Es Publio Cornelio Escipión. Su padre carnal fue Lucio Emilio Paulo, pero a su muerte prematura lo adoptó como hijo mi tío, también llamado Publio Cornelio Escipión Africano, el conquistador de Cartago y vencedor de Aníbal. Dicen en Roma que desde su nacimiento está tocado por los dioses.

—Tiene ojos de halcón —observó Aracos.

—Es un halcón —apostilló Marco.

• • •

Sólo hacía una semana que Licinio Lúculo estaba al mando del ejército consular en Hispania cuando ordenó a la sexta legión y a diez mil auxiliares hispanos que se prepararan para salir en campaña. Cuando Marco le transmitió la orden a Aracos para que se la tradujera a los auxiliares celtíberos, el belaisco se sorprendió:

—¿Salir en campaña?, pero si Iberia está en paz. Ningún pueblo ha roto ninguno de los tratados firmados. ¿Qué pretende el nuevo cónsul?

—No tengo la menor idea, pero ha ordenado que nos preparemos para una campaña de al menos un mes.

—¿Hacia dónde vamos?

—Hacia el oeste, a la tierra de los vacceos, ¿los conoces? —preguntó Marco.

—No, pero sé que son gente muy pacífica que de vez en cuando ha sido atacada por los arévacos, que ambicionan sus grandes reservas de trigo. Es un pueblo agricultor y ganadero que vive aguas abajo del río Duero, el que pasa junto a Numancia; por lo que he oído, son muy pacíficos. Tienen ciudades amuralladas para protegerse de las incursiones de los arévacos y de los astures, un primitivo pueblo casi desconocido que habita en las brumosas montañas del norte. ¿Qué pretende el cónsul atacando a los vacceos?

—Imagino que botín, dinero fácil.

El ejército salió de Ocilis hacia el oeste, bordeando una serranía boscosa y agreste para alcanzar el curso del río Duero, cuya corriente descendió hasta Cauca, la primera ciudad de los vacceos con que se encontró. En la arenga que dirigió a las tropas, el

cónsul justificó su ataque a los vacceos aduciendo que le habían pedido ayuda contra ellos los carpetanos, tradicionales aliados de Roma, por el maltrato que los vacceos les habían causado.

Lúculo formó al ejército colocando al frente a los auxiliares iberos e inmediatamente detrás a la sexta legión, situando en la retaguardia a la caballería y a los auxiliares itálicos. Los vacceos, alertados de la llegada de los romanos, habían logrado reunir a cuatro mil hombres, muy pocos para resistir el ataque de los doce mil legionarios y auxiliares de la sexta legión.

Los vacceos habían decidido enfrentarse con los romanos en el llano, frente a Cauca. Confiaban en mantenerlos a raya gracias a su pericia en el manejo del arco. A una orden de Lúculo, las primeras líneas de auxiliares iberos cargaron a la carrera contra los vacceos, que se habían colocado al otro lado de una rambla. Los hábiles arqueros vacceos lograron mantener su posición diezmando con sus certeros disparos las cargas de los auxiliares, pero sus municiones comenzaron a agotarse. Escipión observó que la cadencia de disparos de los arqueros vacceos disminuía deprisa, y le dijo al cónsul que lanzara a la legión a la carga. Los legionarios, protegidos por sus amplios escudos, atravesaron la rambla, sobre la que había centenares de cadáveres de iberos, y cayeron sobre los vacceos. Fue entonces cuando se puso de manifiesto la tremenda superioridad de los romanos en el combate cuerpo a cuerpo. Los vacceos apenas poseían armas de combate adecuadas para luchar a pie y tampoco sabían utilizarlas con eficacia. La batalla se convirtió en una verdadera carnicería en la que en apenas unos instantes sucumbieron más de dos mil vacceos, ensartados como conejos en las lanzas y espadas de los legionarios romanos.

—Esto es una matanza, ordena que se detenga —le pidió Aracos a Marco.

—¡Basta, basta! —gritó Marco alzando su espada ensangrentada al comprobar que los vacceos no sabían combatir empuñando la espada.

Los legionarios de la primera cohorte bajaron sus espadas. Escipión, que dirigía los movimientos de la legión desde el centro, observó el cese de la lucha en el ala izquierda, donde combatía la primera cohorte, y miró a su pariente, quien le devolvió la mirada meneando la cabeza de izquierda a derecha.

—¡Alto, alto! —ordenó Escipión.

Poco a poco la orden del legado se transmitió a todas las cohortes y en unos instantes cesó la lucha.

—¿Qué ocurre?, ¿quién ha ordenado detener la batalla? —demandó Lúculo, que al presenciar desde la retaguardia el fin del combate había acudido a todo galope hasta el frente.

—He sido yo, cónsul —asentó Escipión—. Hemos vencido, no hay necesidad de derramar más sangre.

—Esos bárbaros son enemigos de Roma, es preciso acabar con ellos —afirmó

Lúculo.

—Somos soldados, no matarifes —aseveró con rotundidad Escipión.

Lúculo estuvo a punto de ordenar que continuara la matanza, pero, a la vista de la determinación del legado, no estaba seguro de que los legionarios le obedecieran y no se sintió con garantías para poner a prueba su autoridad.

—De acuerdo, que cese el combate —asintió a regañadientes.

A la vista de la masacre, los ancianos de Cauca salieron de la ciudad para entrevistarse con Lúculo. Se acercaron en procesión, coronados con ramas de laurel, y demandaron la paz.

Lúculo les prometió la paz a cambio de cien rehenes, de cien talentos de plata, de cien caballos y de la entrega de dos mil soldados como auxiliares para su ejército. Los ancianos de Cauca aceptaron las condiciones de Lúculo si éste les aseguraba que respetaría la ciudad y la vida de sus moradores. El cónsul romano les dio su palabra y los de Cauca entregaron el tributo.

Esa noche Lúculo convocó a los generales y oficiales en su tienda.

—Estos confiados vacceos... Mañana atacaremos Cauca. Estarán desprevenidos y serán presa fácil. Al amanecer nos acercaremos hasta las puertas; que todos los hombres tengan sus espadas desenvainadas y estén preparados para atacar. Cuando suenen las trompas, cargaremos contra los vacceos. Habéis podido comprobar que no saben utilizar la espada. En las calles de la ciudad no podrán hacer uso de sus arcos. Mis órdenes son acabar con todos los varones que tengan la edad suficiente para empuñar un arma. No debe quedar ningún hombre vivo. Las mujeres y los niños serán apresados y vendidos como esclavos. El producto del botín se repartirá entre todos nuestros soldados.

El centurión Marco Tulio apretó las mandíbulas con fuerza y miró a su pariente Escipión, quien no parecía mostrar ningún sentimiento ante los planes de Lúculo. Cuando se levantó la reunión, Marco se acercó a Escipión y le dijo:

—Un noble romano jamás actuaría así. Si permitimos que esto ocurra, el nombre de Roma se llenará de ignominia. No puedes consentirlo, eres el legado del Senado. Los miembros de la familia Cornelia no podemos participar en un acto tan vil, no es propio de la grandeza de Roma.

—Son órdenes del cónsul —asentó Escipión.

—Es una acción infame —replicó Marco.

—Todo en beneficio de Roma.

—¡Maldita sea!, esa vesania nada tiene que ver con nuestra República y con lo que significa, ¿no te das cuenta? Hoy, en la batalla, has dado la orden de detener la matanza y te has enfrentado al cónsul; haz ahora lo mismo ante la masacre que se avecina sobre una población que ha confiado en nuestra palabra, en la palabra de Roma.

—Ya has oído las órdenes, centurión. Obedece sin rechistar o te juro por todos nuestros antepasados que pasarás muchos meses pudriéndote en una mazmorra —sentenció Escipión.

Al alba, los legionarios tomaron posiciones y rodearon las murallas de Cauca. En cuanto recibió el informe de que todos estaban preparados, el cónsul ordenó que sonaran las trompas y los legionarios se lanzaron al asalto de la confiada ciudad. Irrumpieron por las puertas, que estaban indefensas ante la garantía dada por el cónsul a los ancianos, y entraron en las casas matando a cuantos hombres encontraron. Más de dos mil vacceos sucumbieron aquella mañana y sólo unos pocos pudieron huir ocultándose entre los arbustos y las veredas de los alrededores. Iras la matanza, la ciudad fue saqueada e incendiada, y Lúculo, que Observó la masacre sobre su caballo desde un altozano, no movió un solo músculo de su rostro mientras duró semejante villanía.

Desde la arrasada Cauca, Lúculo ordenó marchar hacia el noroeste, hasta la ciudad de Intercatia, en donde se habían refugiado algunos huidos de Cauca. La sexta legión atravesó un territorio desierto en medio de nubes de polvo y bajo un sol cegador. La aparición de unos ampos de cereales bien cuidados anunciaron la inmediatez de la ciudad de Intercatia.

Cuando se presentaron ante sus muros, las puertas estaban cerradas las murallas parecían reforzadas a toda prisa. Lúculo envió a una delegación para ofrecer a los moradores de Intercatia un acuerdo, pero estos se negaron diciéndole al heraldo del cónsul que no se fiaban de los, manos después de lo que habían hecho en Cauca.

Intercatia tenía unas murallas mucho más poderosas que Cauca, y aculo, previendo que su conquista sería mucho más difícil a causa de las mejores defensas y de la prevención de sus habitantes, ordenó excavar unas trincheras alrededor de la ciudad. Mientras los zapadores cavaban, los defensores lanzaban saetas y dardos que causaron algunas bajas en el ejército consular.

Todos los días y a la misma hora, mientras los romanos mantenían el asedio, salía de Intercatia un formidable jinete vacceo que lucía una extraordinaria armadura. Alzado sobre su caballo, agitando una enorme y pesada maza de combate, retaba en lengua céltica a los romanos a una pelea individual. Día tras día, el guerrero provocaba a los romanos a gritos, encaraba su caballo hacia los legionarios, les hacía burlas y al fin bailaba una danza ritual para regresar a Intercatia pavoneándose de su valor y riéndose de la cobardía de los romanos, a los que llamaba «gallinas».

—Se burla de nosotros, ese bárbaro... —comentó Escipión a Lúculo.

—Su aspecto es terrible, y su tamaño... debe medir siete pies de altura. No hay en nuestro ejército ni un solo hombre cuya cabeza alcance siquiera el nivel de sus hombros. Fíjate en su maza, es como el tronco de una acacia. Harían falta dos hombres al menos para levantarla y en cambio él solo la maneja como si sostuviera

entre sus manos una ligera pluma. Hace tres días que demando a algún hombre que quiera enfrentarse a ese gigante, pero todos tienen miedo —dijo Lúculo.

—Lo haré yo —asentó Escipión.

—¿Estás loco? Eres el legado del Senado, no te puedes arriesgar de esa manera. Y además, no tienes ninguna posibilidad ante ese bárbaro. Sí, eres valeroso y muy hábil en la lucha a espada, pero casi te dobla en tamaño. No podrías parar sus golpes. Es demasiado fuerte para ti, para cualquiera de nosotros.

—Cartago y Aníbal también parecían demasiado fuertes para Roma hasta que mi padre adoptivo se enfrentó a ellos y los venció. Yo creo en la fuerza de la determinación y de la voluntad; ésa es la energía que ha hecho a Roma tan grande —dejó sentado Escipión.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Aracos cuando oyó que las trompas sonaban ante una nueva salida del gigante vacceo.

—Eso significa que alguien ha aceptado el reto, al fin —respondió Marco—. ¿Quién habrá sido el loco?

El interrogante de Marco quedó despejado cuando vio que su pariente Publio Cornelio Escipión Emiliano se adelantaba unos pasos y salía a campo abierto desde las trincheras.

—¡Por todos los dioses del Olimpo, es Publio! —exclamó Marco.

—Creo que pronto tendrás un pariente menos —comentó Aracos.

El gigante vacceo se sorprendió al ver al pequeño romano que se acercaba hacia él con tan sólo una espada en la mano, un escudo, el casco, una coraza de láminas de cuero y de metal y unas grebas que se prolongaban hasta la punta del pie con una lengüeta de cuero. El vacceo vestía un casco de bronce que le cubría toda la cabeza, dejando a la vista sólo los ojos, la boca y la barbilla; protegía su pecho con una coraza de grueso cuero en cuyo frente y dorso había cosidos sendos petos de hierro. En su mano derecha agitaba una maza de hierro con una cabeza con púas y en la izquierda un enorme escudo redondo.

Escipión se acercó hacia el vacceo con paso firme y decidido, a la vez que estudiaba los movimientos de su oponente y observaba los puntos más débiles de su armadura. Sobre las murallas de Intercatia, donde se agolpaban cada día centenares de curiosos para observar la ceremonia de desafío de su campeón, fueron acudiendo otros muchos espectadores en cuanto se corrió la voz de que un romano había aceptado el duelo. Confiados en el triunfo de su guerrero, se acomodaron en el parapeto.

—Lo hará pedazos —se oyó comentar a uno de los legionarios que también se habían agolpado sobre las trincheras para presenciar el desigual duelo.

—No creas, es un Cornelio; los de ese linaje nunca se rinden —replicó otro.

Escipión se puso en guardia, flexionando las piernas y afrontando al gigante

vacceo por un flanco, mientras éste agitaba su maza volteándola sobre su cabeza entre terribles rugidos que eran coreados por aullidos de ánimo desde las murallas.

El gigante avanzó hacia Escipión con dos grandes zancadas y descargó un terrible golpe de su maza que no alcanzó al legado por apenas dos dedos. El romano sabía que sólo tenía una oportunidad, y que para vencerlo debía aprovechar algún descuido del vacceo, quien estaba tan seguro de su superioridad que no tardaría en cometer un error. Consiguió esquivar un segundo golpe gracias a un felino movimiento, y al girar sobre sí mismo para escapar observó que los costados de la coraza del gigante estaban desprotegidos, pues allí había tan sólo unas cintas de cuero que anudaban los petos de hierro del pecho y de la espalda.

Con una sangre fría extraordinaria, Escipión aguardó firme y estático, pero con los brazos bajados como si se hubiera rendido de antemano, una nueva acometida. Esta vez aguantó hasta que el golpe de maza pasó rozándole la piel del brazo, esperando un leve desequilibrio de su oponente, que se produjo durante un breve instante, el suficiente como para girar a toda velocidad hacia su lado derecho, que había quedado desprotegido tras errar el mazazo, y con un rapidísimo golpe de muñeca asestar una certera estocada entre las costillas del vacceo. La espada corta de Escipión quedó clavada hasta la empuñadura, pero el gigante no cayó fulminado, sino que se mantuvo en pie con cara de sorpresa. Escipión retrocedió dos pasos al verse privado de su espada y sin comprender por qué su enemigo no había caído fulminado tras semejante estocada. El vacceo miró a su costado derecho, de donde sobresalía la empuñadura de la espada, se fijó después en Escipión y dibujó una terrorífica sonrisa. Levantó la maza hacia lo alto, pero antes de que pudiera descargar un nuevo golpe se tambaleó; después sus rodillas se doblaron como si una fuerza invisible se las hubiera quebrado de repente y el coloso cayó hacia delante vomitando sangre y dando con su rostro en el polvo.

Un estallido de alegría brotó de las gargantas de los legionarios romanos, que blandieron sus armas en señal de victoria ante los ojos desconsolados de los de Intercatia, que quedaron en silencio abatidos por la derrota de su mejor guerrero.

Escipión se acercó al gigante y arrancó la espada de su costado, empapado en sangre. Algunos legionarios le pidieron a gritos que le cortara la cabeza, pero el romano se limitó a mirar al caído y a saludar su cadáver llevándose la espada al pecho. Después, dio media vuelta y regresó hacia los suyos.

Cuando Escipión llegó ante sus filas, los legionarios se abalanzaron sobre el legado; todos querían tocarlo, verlo de cerca, saludar al héroe que les había devuelto la moral perdida. Algunos comentaban que con un jefe así al frente del ejército la victoria sobre los numantinos era cuestión de semanas.

•••

Aquella misma tarde se celebró una gran fiesta en el campamento romano. Los legionarios estaban tan contentos que hubo una cierta relajación en la guardia. A medianoche, cuando la mayoría estaba durmiendo en sus tiendas, se oyeron unos terribles gritos en el exterior. Marco salió corriendo con la espada en la mano creyendo que se trataba de un ataque de los de Intercatia, pero miró hacia la ciudad y en las sombras de la noche cerrada vio que todo estaba tranquilo. Los gritos y aullidos procedían de más allá del recinto exterior del campamento. Un decurión corría de tienda en tienda avisando a los legionarios de que aquellos aullidos procedían de indígenas de las aldeas vecinas a Intercatia que se habían acercado aprovechando la oscuridad para desanimar y atemorizar a los romanos. Pero algunos auxiliares indígenas comentaban en voz alta que se trataba de los espíritus de los antepasados, que habían regresado del más allá para vengar a sus muertos.

Algunos romanos, al oír lo que decían los auxiliares iberos, dudaron de la versión del centurión y sintieron temor. Aquellas incursiones nocturnas se repitieron durante varios días. Los romanos sólo oían los aullidos que llegaban del exterior del campamento, pero nunca vieron a ningún hombre, por lo que la idea de que se trataba de espíritus que reclamaban venganza se fue extendiendo entre los legionarios. Hubo quien dijo que algunas de las tiendas se habían levantado sobre un cementerio vacceo, y que eran los espíritus de los muertos los que aullaban por ello.

Día a día, y a pesar del recuerdo del triunfo de Escipión, la energía de los romanos se debilitaba. Los habitantes de Intercatia mantenían firme la defensa de sus fuertes murallas, que parecían inexpugnables ante cualquier intento de asalto. Además, el cónsul Lúculo había decidido con tanta premura la incursión contra los vacceos que apenas disponía de máquinas de asedio, absolutamente imprescindibles para batir aquella fortaleza; a esas carencias tácticas se unía además la escasez de víveres. Lúculo había supuesto que la incursión sería breve, que derrotaría con suma facilidad a los vacceos, que lograría una rápida victoria y que regresaría a Ocilis en poco menos de un mes cargado de tesoros y de triunfo.

Pero nada de eso había ocurrido. La victoria sobre Cauca estaba marcada por la indignidad, y salvo Lúculo, ningún otro romano se sentía orgulloso de ella; hacía ya varias semanas que se mantenían bloqueados ante Intercatia y apenas habían logrado botín. Sólo la victoria de Escipión sobre el gigante vacceo compensaba los esfuerzos sostenidos hasta entonces.

El centurión encargado de la intendencia se acercó una mañana a Escipión, después de que el legado regresara de inspeccionar los puestos de guardia que vigilaban el cerco de Intercatia.

—Legado —lo saludó con el brazo—, ¿puedes atenderme unos instantes? Escipión asintió con la cabeza mientras se secaba las manos con un gaño.

—¿Qué deseas?

—Informarte del estado de nuestras provisiones. Se nos han acabado la sal, el vino, el vinagre y el aceite; sólo nos queda un poco de harina de cebada. Afortunadamente, los venados, los jabalíes y las liebres son abundantes en los bosques de los alrededores y nuestras partidas de cazadores suelen abatir varias piezas cada día, pero sin aceite y sal no tardaremos en caer enfermos. Dice nuestro físico que si los soldados se alimentan sólo con pan y carne enfermarán muy pronto.

—¿Has informado de esto al cónsul?

—Hace unos instantes, legado, pero no ha resuelto nada sobre ello a pesar de mi insistencia. He pensado entonces que tal vez tú... El centurión dejó la frase inacabada a propósito.

—Bien, retírate. Y gracias por tu informe. Escipión se dirigió a ver a Lúculo.

—El oficial encargado de las provisiones me ha dicho que tenemos una gran escasez, y que...

—Ya, ya lo he oído yo también. Mañana mismo intentaremos el asalto a Intercatia. Prepara un plan de ataque.

—No disponemos de máquinas de asedio para enfrentarnos a semejantes murallas, y tampoco de elefantes.

—Pues olvídate de las máquinas y de esas bestias, legado, y busca otros recursos.

Durante toda la tarde Escipión estuvo estudiando con sus generales y centuriones las defensas de Intercatia. Tras evaluar varias alternativas, Publio Cornelio se decantó por atacar un sector del muro que parecía más débil, concentrando sobre él a una gran cantidad de tropas. Un grupo de zapadores protegido por una improvisada máquina de asalto cubierta con escudos y cueros mojados horadaría la muralla, a fin de abrir el hueco suficiente como para que los legionarios se precipitaran por él al interior de la ciudad. Para distraer a los defensores, un par de cohortes atacarían un poco antes una de las puertas ubicadas en el extremo opuesto de la muralla.

Al amanecer del día siguiente así se hizo. Mientras dos cohortes atacaban la puerta con lanzamientos de piedras mediante catapultas y disparos de arco y de honda, los zapadores, protegidos bajo el armazón, horadaron un hueco en la zona opuesta de la muralla, por el que penetraron a la carrera los legionarios de la primera cohorte de la sexta legión, con Escipión y su pariente Marco Tulio al frente. Atravesado el muro, los romanos se sorprendieron al contemplar que los vacceos habían tapiado las calles interiores, de modo que entre la muralla exterior y las casas de la ciudad se alzaba otro muro desde el cual los defensores atacaron a los legionarios. Al lado de la muralla había una gran cisterna cubierta por un entramado de cañas en la cual cayeron muchos romanos. Desde lo alto de los muros, los legionarios de la primera cohorte fueron presa fácil para los hábiles y certeros arqueros vacceos, que los fueron eliminando uno a uno. Viendo la situación perdida, Escipión ordenó a sus hombres que se retiraran por la brecha de la muralla. Un virote

de hueso se clavó en el antebrazo izquierdo de Marco justo cuando salía por el boquete del muro, un instante antes de que lo hicieran Aracos y el propio Escipión.

Ya en el campamento, Escipión informó a Lúculo del ataque frustrado.

—Nos encontramos dentro de una ratonera. Han sellado con altos muros de piedra todas las calles en las inmediaciones de la muralla, de modo que al otro lado sólo hay una calle que rodea la ciudad a modo de camino de ronda, interrumpida a su vez por otros muros, creando así unos compartimentos estancos donde es imposible maniobrar. Una vez que logramos entrar, nos topamos con un espacio cerrado en el que éramos presa fácil, pues nos saetearon desde lo alto sin darnos oportunidad de defendernos. A un lado de la plazuela había una profunda cisterna llena de agua que estaba oculta bajo una enramada de cañas; allí cayeron algunos de los nuestros. Mi pariente el centurión Marco Cornelio Tulio, su ayudante belaisco y yo mismo fuimos los últimos en salir tras los heridos. Creo que allí dentro no quedó ninguno... vivo.

—No contábamos con eso —se justificó Lúculo.

—¿Cuántas bajas hemos tenido? —preguntó Escipión dirigiéndose a Marco.

—Casi media centuria, veintinueve hombres muertos y dieciocho heridos, de ellos seis al menos están muy graves.

—¿Y tu brazo, decurión? —Escipión señaló el antebrazo izquierdo de Marco, cubierto por una venda con manchas de sangre.

—No es grave. Una flecha me alcanzó cuando nos retirábamos; la herida es limpia. Afortunadamente, el guardabrazo de cuero me protegió lo suficiente como para que la punta no quebrara el hueso.

—No nos queda otra salida que negociar con Intercatia. Creo que también andarán escasos de provisiones y estarán ansiosos por que se levante el asedio —dijo Escipión.

—Podemos intentar otro ataque —propuso Lúculo.

—No estamos en condiciones de hacerlo. Ya saben cómo rechazarnos. Ahora que nos han visto actuar reforzarán sus defensas y agudizarán la guardia. Será muy difícil sorprenderlos de nuevo —alegó Escipión.

Aquella misma noche los de Intercatia repararon el boquete que habían abierto en la muralla los zapadores romanos. Por la mañana, Escipión reiteró al cónsul que lo más oportuno sería negociar un buen acuerdo para ambas partes. Lúculo, a la vista del muro reparado por los vacceos, aceptó.

El propio Escipión fue el encargado de entablar las negociaciones con el senado de Intercatia. Tras dos días de encuentros entre los negociadores, en los que Aracos actuó como intérprete, se llegó a un pacto mediante el cual los romanos levantarían el cerco de la ciudad a cambio de la entrega de diez mil mantos de lana y cincuenta rehenes. Un auxiliar indígena había advertido a Escipión de que la principal riqueza

de Intercatia era la fabricación de piezas de lana, muy famosas en toda Iberia por su calidad y su resistencia. El ejército romano estaba muy necesitado de ropa de abrigo para soportar el invierno, por lo que Escipión estimó que los diez mil mantos eran un buen botín.

Los habitantes de Intercatia, confiados en la fama y el valor de Escipión, aceptaron su palabra y sellaron el acuerdo.

Lúculo pretendió repetir la estratagema que había empleado para destruir Cauca, pero Escipión miró al cónsul con fiereza y se limitó a decir que los vacceos tenían su palabra de romano de que, si pagaban lo acordado, el ejército se marcharía en paz. El cónsul cedió de nuevo ante la determinación del legado, que había alcanzado tanta popularidad entre los legionarios que Lúculo no tenía la menor duda de que en caso de discrepancia entre ambos todo el ejército se pondría del lado de Escipión.

El cónsul comenzaba a desesperarse, y se ofuscó de tal manera en su ansia de conseguir más botín que decidió atacar la ciudad de Palantia, de la que había oído decir que era la más rica de los vacceos. Desde Intercatia se dirigió hacia el oeste a toda prisa, tan rápido que los carros con los pocos suministros que le quedaban no pudieron seguir su ritmo y se retrasaron. Poco antes de llegar a Palantia, un heraldo le dio la noticia de que los carros con los suministros habían quedado cortados tras un ataque sorpresa de los vacceos, y que se había perdido la mayor parte de las provisiones y las catapultas.

El otoño estaba ya bastante avanzado y Lúculo se vio entonces perdido en el centro de la Meseta, al norte del río Duero, con un ejército cansado y carente de provisiones. Los de Palantia, animados por lo que iban sabiendo del ejército consular, organizaron una salida contra los romanos.

Escipión, a la vista del despliegue del ejército vacceo, ordenó a la legión y a los auxiliares hispanos que hicieran una formación cerrada en cuadro, y ante la incapacidad de Lúculo para resolver la situación, ordenó la retirada hacia el sur con la idea de alcanzar las tierras de los turdetanos, fieles aliados de Roma, en el cálido valle del río Betis, donde podrían pasar el invierno y recuperarse de aquella desastrosa campaña.

Acosados por la caballería ligera vaccea de Palantia, que de vez en cuando atacaba a la sólida formación romana lanzando una andanada de venablos y flechas para retirarse de inmediato evitando el combate cuerpo a cuerpo, los legionarios alcanzaron el curso del río Duero, que atravesaron entre graves penalidades, sin cesar de ser atacados desde la distancia por los escurridizos jinetes vacceos.

Gracias a la pericia y a los ánimos que infundía Escipión, que no dejaba de ir de un lado a otro de la formación interesándose por el estado de todos y cada uno de sus soldados, pudieron atravesar la cordillera del centro de la Meseta y entrar primero en Carpetania, donde encontraron cobijo y víveres, y ya a fines de otoño en Turdetania,

la región más romanizada de toda Iberia, donde las costumbres y el modo de vida romanos se habían asentado de tal modo que ciudades como Ástigi, Híspalis o Cástulo parecían urbes del Lacio trasladadas al sur de Hispania.

•••

El cónsul Lúculo, frustrado por su fracaso ante Numancia y enterado de que el general Servio Galba estaba combatiendo a los lusitanos, el pueblo más al occidente de toda la Península, se dirigió hacia Lusitania y asoló varias aldeas y algunas pequeñas ciudades, derramando en ellas su frustración.

Galba, ante la desesperada petición de paz de los lusitanos, les prometió que, si dejaban de hacer incursiones contra los pueblos vecinos aliados de Roma, les proporcionaría tierras y campos que paliaran sus escasas propiedades. Los lusitanos confiaron en la palabra de Galba y el general los dividió en tres grupos. Como señal de amistad les dijo que no tenían nada que temer y que entregaran las armas. Los lusitanos así lo hicieron, y Galba encerró a cada uno de los tres grupos en un recinto rodeado con un foso y una valla. El general romano dio entonces a sus legionarios la orden de acabar con los lusitanos; uno a uno, los tres grupos fueron pasados a cuchillo sin la menor posibilidad de defenderse.

Sólo unos pocos pudieron escapar de entre los muertos. Uno de ellos se llamaba Viriato, un pastor que había confiado en las promesas de Galba y que vio morir a casi todos los miembros de su familia; Viriato juró odio eterno a Roma.

Galba se apropió de las pertenencias de los lusitanos y, tras repartir una pequeña parte, se quedó con la mayoría de los objetos de valor, con lo que incrementó mucho su riqueza, aunque ya era uno de los hombres más ricos de Roma.

Capítulo 9

[Año 150 a. C.]

La sexta legión se retiró al valle del Betis. Marco y Aracos, que se habían asentado con Escipión en la ciudad de Híspalis, no habían presenciado la matanza de lusitanos que tan arteramente había perpetrado Galba, pero oyeron los comentarios que circulaban entre los legionarios de la sexta: se rumoreaba que había sido terrible, mucho peor que lo ocurrido en Cauca.

Lúculo y Galba fueron acusados de perfidia por los propios romanos; Lúculo por haber iniciado la guerra contra los vacceos sin permiso del Senado y por haber pasado a cuchillo a los habitantes de Cauca empleando la traición y el engaño tras haber firmado un pacto con ellos en nombre del propio Senado, y Galba por haber incumplido su palabra y haber masacrado a los lusitanos una vez que se habían entregado y estaban desarmados.

—Me ha dicho un centurión de la guarnición de Híspalis que el cónsul Lúculo no va a ser llamado a declarar ante el Senado, aunque Sergio Galba parece que sí. Me extraña que los senadores permitan que queden impunes unas acciones tan ignominiosas como las tuyas —le dijo Marco a Escipión mientras comían aceitunas dulces de Lusitania, alcachofas aderezadas con aceite y comino, pescado asado con salsa *garum* y unos higos confitados en una taberna de Híspalis, a orillas del Betis, donde había invernado la sexta legión.

—Ambos tienen amigos muy poderosos entre los senadores —asentó Escipión.

—Pero actuaron de forma muy negligente; Lúculo desencadenó una guerra por su cuenta y no causó sino molestias y perjuicios; de no haber sido por ti, los vacceos hubieran acabado con nosotros a orillas del Duero. Y luego está lo de Cauca; esa matanza absurda. ¿Cómo podemos ganarnos la confianza de los hispanos si actuamos de semejante manera? Y en cuanto a Galba... ordenó el asesinato de miles de lusitanos indefensos que habían entregado sus armas confiando en la palabra de un general de Roma.

—A veces la guerra requiere de acciones poco nobles, Marco.

—Pero somos romanos, patricios romanos; nuestras venas están llenas de la sangre más noble; somos herederos de los emigrados de la legendaria Ilión, de la Troya a la que sólo la fuerza de Aquiles y la pericia de Ulises pudieron destruir —alegó Marco.

Escipión miró con ironía al joven centurión antes de llevarse a la boca un buen pedazo de pescado bien aderezado en salsa *garum* de Carteia.

Fue en Híspalis, mientras la sexta legión se recuperaba de la campaña del año anterior, donde se enteraron de que Cartago, harta de las provocaciones que por instigación de Roma le causaba su vecino el rey Masinisa de Numidia, había decidido declarar la guerra a este soberano aliado de Roma. Ante semejante situación, que abocaba a Cartago al colapso y al hambre, un grupo de generales apoyados por las clases populares había declarado la guerra al rey de los númidas. La reacción de Roma había sido sopesada por los cartagineses antes de la declaración de guerra, pero no habían evaluado que iba a ser tan contundente y rápida. En realidad, Roma llevaba años aguardando a que Cartago no pudiera soportar su situación, rompiera las humillantes cláusulas del tratado que le fuera impuesto e iniciara una guerra en la que Roma esperaba alcanzar la victoria definitiva sobre su gran rival.

Un mensajero llegó desde Gades buscando precipitadamente a Escipión, a quien encontró en la palestra adiestrando en el manejo de la espada corta a un grupo de jóvenes turdetanos que habían decidido alistarse como auxiliares en el ejército romano.

El Senado ordenaba a Escipión que, en su condición de legado, se trasladara de inmediato a Roma para preparar la inminente guerra contra Cartago.

—Al fin, es lo que tanto tiempo él andaba buscando —le dijo Marco Tulio a Aracos.

—¿A qué te refieres?

—A Escipión y a la nueva guerra contra los púnicos, la tercera que Roma y Cartago van a librar. Su padre adoptivo ha pasado a los anales de la historia romana gracias a su victoria en Zama sobre Aníbal, eso ocurrió hace... —Marco pensó un rato e hizo cuentas con sus dedos— cincuenta y dos años. Se llaman igual: «Publio Cornelio Escipión», y son iguales en ambición, intrepidez, arrojo y avidez de gloria.

»Roma le dio una oportunidad a Cartago para alcanzar la paz; debía quemar la flota y licenciar al ejército, pero no sólo no ha hecho eso, no que se ha reforzado contratando a nuevos mercenarios. Ha firmado su sentencia de muerte; creo que se trata de una guerra definitiva. Ahora entiendo el interés de los dos últimos cónsules por pacificar cuanto antes la Celtiberia y alcanzar una paz estable en Hispania. El Senado estaba previendo una inminente guerra contra Cartago. Si Roma quiere dominar el mundo, antes debe acabar con los púnicos. No caben dos soles bajo un mismo cielo.

—Entonces, ¿irás con Escipión al norte de África? —le preguntó Aracos.

—Sí; creo que mi legión será destinada a esa guerra; hace ya casi cuatro años que fuimos reclutados en Roma, estamos bien entrenados, hemos combatido contra los más formidables guerreros del mundo y seguimos vivos... bueno, algunos. El Senado

nos premiará —Marco pronunció esta palabra con ironía— con el regalo de una nueva guerra en África. Bien, creo que esta nueva campaña será un paseo, comparada con las batallas contra los numantinos.

»¿Y tú, qué vas a hacer tú, Aracos? Puedes volver a casa. No es mal momento para regresar a Celtiberia; las cosas están en calma y creo que así seguirán por algún tiempo, al menos hasta que Cartago sea vencida y deje de ser una molestia para nosotros.

—No sé... Hace ya más de tres años que estoy enrolado; he luchado tantas veces que me temo que no sabría hacer otra cosa. Mi padre me adiestró desde muy pequeño para ser un guerrero, un mercenario, ahora al servicio de Roma. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Mi padre no tiene tierras suficientes para repartir entre todos mis hermanos, y con lo que he ganado en estos años no podría comprar lo necesario para mantenerme.

—Yo sigo necesitando un ayudante; me gustaría tenerte a mi lado cuando nos enfrentemos a los púnicos.

—En ese caso, cuenta conmigo —asentó Aracos.

Marco se acercó hasta Aracos, lo abrazó con fuerza y lo besó en los labios.

—¿Te has acostado con alguna mujer? —le preguntó al joven belaisco.

—Sí, claro, en mi ciudad, en Contrebia Belaisca, con algunas muchachas. Suele ser frecuente en las fiestas en las noches de plenilunio. Encendemos hogueras al atardecer a la puerta de las casas y bailamos, comemos y bebemos. Los jóvenes solteros aprovechamos esas ocasiones para entablar relaciones con las muchachas que más nos atraen y en algunos casos esos contactos acaban en boda; es nuestra manera de encontrar esposa.

»Después, en el ejército, ya sabes, las hetairas que siempre acompañan a los legionarios... Bueno, en el campamento de Ocilis había una joven de Sagunto con la que me acosté varias veces. Cobraba medio denario, pero a mí sólo lo hacía una vez de cada dos.

—¿Y con hombres, te has acostado con algún hombre?

Aracos se puso tenso y desvió su mirada de los ojos de Marco.

—No, no. Entre las gentes de mi tribu —Aracos empleó a propósito una palabra arcaica que apenas se usaba porque muchos la identificaban con un tiempo de barbarie—, las relaciones entre varones no son tan frecuentes como entre vosotros los romanos; las consideramos un error de la naturaleza. Nuestros dioses están en armonía con el mundo, y esa armonía implica que el mejor complemento de un hombre es una mujer.

—Pero, ¿no tienes amigos?

—Sí, claro. La amistad es el sentimiento que más aprecia un celtíbero. La amistad entre hombres, ciudades o pueblos es para nosotros algo sagrado; y solemos firmar con sangre los pactos de amistad, pero no la entendemos tal como lo hacéis vosotros.

—Creo que no has comprendido cuál es nuestro concepto respecto a la relación entre dos hombres. Escucha: los romanos creemos que el hombre es un ser superior a la mujer. Por eso, la relación entre dos hombres es la más perfecta que existe. El amor entre dos hombres es el sentimiento más noble y más elevado; es la conjunción entre dos iguales, la armonía sublime.

—Yo no soy romano. Y si lo fuera... Creyendo en eso que dices, ¿por qué os casáis con mujeres? —preguntó Aracos.

—Es algo imprescindible.

—¿Por qué ha de ser imprescindible contraer matrimonio con un ser inferior?

—Para tener hijos, claro. La mujer es insustituible en la procreación de un hijo, de alguien que continúe el linaje familiar y haga perdurar el nombre de la casa.

—Y para el goce sexual. El campamento de Ocilis estaba lleno de hetairas, y aquí en Híspalis he visto al menos tres burdeles atiborrados de prostitutas que apenas daban abasto para aliviar la entrepierna de los legionarios de la sexta..., legionarios que son romanos.

—Son romanos, pero plebeyos. En Roma hay una gran diferencia entre pertenecer al estamento de los plebeyos o al de los patricios.

—Pero todos sois ciudadanos romanos.

—Sí, pero hemos sido los patricios quienes hemos hecho grande a Roma. Los plebeyos tienen otros sentimientos, otras pasiones, y no entienden muchas cosas de nuestro modo de vida.

Marco se acercó de nuevo hacia Aracos y le cogió las manos.

—Yo te aprecio, Marco, y deseo seguir siendo tu amigo, pero...

—No te preocupes —lo tranquilizó Marco—, un patricio romano jamás obliga a compartir su lecho a otro hombre si éste no consiente antes en ello.

—Y qué me dices de las violaciones de mujeres que vimos en Cauca.

—¡Ah!, eso es la guerra, Aracos, la guerra, y en la guerra hasta un patricio romano puede olvidarse por algún tiempo de lo que es —Marco se quitó un collar de oro del cuello y lo colgó del de Aracos—. Quédate con este collar, será el símbolo de nuestra amistad.

Aracos se sorprendió.

—Lo siento, pero no tengo nada de similar valor para corresponder a este regalo. Tal vez...

El belaisco echó mano a la fíbula que servía de broche de su túnica, la desprendió de su hombro izquierdo y se la entregó a Marco.

—Toma. Me la entregó mi padre cuando cumplí dieciséis años y vestí la túnica varonil. Es de bronce, pero tiene incrustados hilos de plata.

Marco contempló el broche; se trataba de la figura de un jinete ataviado como un guerrero celtibérico. Las patas del caballo reposaban sobre un pasador de cuyos

extremos surgían dos grandes volutas con incrustaciones de hilo de plata.

—Es muy hermoso.

—Fabricado en el taller del mejor orfebre de Belgio —añadió orgulloso el belaisco.

La sexta legión recibió la orden de partir de inmediato hacia Gades, en cuyo puerto embarcaría rumbo a Roma. En Gades, algunos legionarios visitaron los grandes santuarios de Hércules, Baal-Hammón y Astarté, donde, pese a estar prohibidos por Roma bajo pena de muerte, seguían celebrándose algunos sacrificios humanos.

El Senado romano había acusado a Cartago de violar el tratado que ambas repúblicas firmaran cincuenta y dos años atrás. Las condiciones de ese acuerdo eran muy perjudiciales para Cartago, pero no le había quedado otro remedio que aceptarlas tras la derrota de Aníbal en la batalla de Zama, donde se dirimió el resultado de la segunda guerra púnica. Cartago estaba siendo asfixiada comercialmente por Roma, que le negaba y boicoteaba una y otra vez el acceso a sus mercados tradicionales en el Mediterráneo occidental, en tanto Masinisa, fiel aliado de Roma, impedía el suministro de alimentos y amenazaba con ocupar las ricas y feraces tierras al sur de Cartago, donde se encontraban los campos de cereales que abastecían los graneros cartagineses.

Capítulo 10

Las calles de Roma bullían de gente aquella templada mañana de octubre. Hacía ya dos meses que Escipión había llegado a la capital de la República y, pese a sus informes, los senadores seguían sin ponerse de acuerdo sobre el destino de Cartago. En una reunión secreta en la que participaron los senadores más relevantes y media docena de influyentes patricios, Escipión entre ellos, se había acordado que el Mediterráneo debería convertirse en un mar romano. Ya no bastaba con controlar el comercio y someter a tributos a los pueblos y naciones ribereños; era necesario colocarlos directamente bajo la autoridad política romana. Aquella trascendental decisión implicaba que todo el mundo conocido hasta entonces sería conquistado en una gigantesca operación en la que el ejército sería el colosal instrumento, y el terror la principal razón para evitar que los pueblos atacados se resistieran. Roma era una nación en guerra y la guerra era la razón misma de la existencia de esa nación.

Marco y Aracos andaban entre la multitud camino del teatro que lindaba con el templo de Apolo, en el campo de Marte, una zona llana a orillas del Tíber que antaño fuera campo de ejercicios militares pero que el crecimiento de la ciudad había engullido dentro de sus murallas.

Aquel día la compañía de Cneo Pompilo, un famoso actor de Pompeya, ponía en escena una tragedia del dramaturgo griego Sófocles. El teatro era el más antiguo de Roma y ese mismo año su arrendatario había intentado que le permitieran construir unas gradas, pues era muy incómodo seguir las representaciones de pie, pero el cónsul Cornelio Násica lo había prohibido; había alegado para ello que el coraje y el valor de los romanos eran debidos a su fortaleza y a su resistencia al dolor, al hambre, a la sed y las comodidades, y que así debía seguir siendo su carácter. El pueblo tenía que asistir en pie a los juegos y a los teatros para que no olvidara que los grandes logros sólo era posible conseguirlos con sufrimiento y esfuerzo.

Násica ni siquiera era partidario de construir nuevos edificios para el ocio. Acababa de lograr del Senado la aprobación de la demolición de parte ya construida de un nuevo teatro alegando que se había diseñado con gradas, que era innecesario y que tanto espacio para el ocio sería perjudicial para la moral de los ciudadanos.

De pie entre otros espectadores, Aracos confesó a Marco que no entendía qué tenía que ver la moral romana con contemplar los espectáculos de esa manera tan incómoda.

—Násica es un estoico —le explicó. Aracos se encogió de hombros.

—No comprendo.

—Un estoico —repitió Marco—. El estoicismo es una nueva corriente filosófica nacida en Grecia y que se ha puesto de moda entre algunos romanos. Los estoicos defienden la idea de que el ser humano tiende inevitablemente hacia el placer, y que

para evitarlo no queda otra opción que el cultivo de la ascesis, el único modo de resistir las tentaciones y alcanzar la verdadera libertad del espíritu. Sostienen que el valor, la justicia y el dominio de uno mismo son las principales virtudes del hombre. Pretenden llegar a la verdad absoluta a través de la sabiduría, del conocimiento del bien y de la práctica de un método que los libere de la esclavitud de los placeres terrenales. Tienen muchos seguidores en Roma, aunque casi todos ellos poseen magníficas casas y comen muy bien todos los días, incluso se visten con las mejores telas traídas de Egipto y con seda de Sérica.

Aracos escuchaba a Marco embobado. Jamás hasta entonces había oído hablar de los estoicos o de un país llamado Sérica. Sí que había visto algunas prendas confeccionadas con ese tejido maravilloso llamado seda, el único que los romanos no sabían de qué animal o vegetal se obtenía el material con el que estaba hecho y que tenían que limitarse a comprar en Alejandría o en algunos mercados de Asia y de Siria. Ahora había aprendido que procedía de ese remoto lugar en Oriente que los romanos llamaban Sérica, el país de la seda, que estaba situado hacia donde nacía el sol, tan lejos que ningún romano había llegado nunca hasta allí.

—Es frecuente que los hombres vivan de forma diferente a lo que predicán —dijo Aracos.

—Bueno, los estoicos se justifican diciendo que uno de sus filósofos más leídos y apreciados, un rodio llamado Panecio, sostiene que a los sabios les está permitido disponer de un mínimo de ventajas materiales. Claro que, siendo originario de la isla de Rodas, no me extraña que Panecio piense así; allí se produce uno de los mejores vinos de Grecia, aromático y dulce como la propia miel, una verdadera bebida de dioses.

—No parece que sean de tu agrado estos estoicos, pese a que, por lo que me estás diciendo, defienden el mismo modo de vida que tú consideras modélico para un romano.

—No, no me caen del todo mal. Desde luego, mucho mejor que los cínicos, esa banda de filósofos que rechazan todos los valores que un romano considera sagrados: la vida familiar, la organización cívica del Estado mediante las leyes, la dignidad y el honor personal...

—¿Cínico? Eso significa «perruno» en griego, ¿no? —se extrañó Aracos, quien ya iba conociendo algunas palabras y expresiones griegas de tanto oír esta lengua en Roma.

—Sí, los cínicos, los perros. Alguien muy sabio debió de ponerles ese nombre, y en verdad que acertó, pues eso es lo que son, unos perros. Claro que todavía son peores los epicúreos. Éstos defienden que el origen de toda ética es la búsqueda del placer. ¿Te imaginas qué sería de Roma si nos gobernaran los epicúreos o los cínicos?

Afortunadamente, Escipión está más cerca de los estoicos.

»Fíjate en él, su figura encarna los más profundos valores, los ideales eternos de Roma, renovados si cabe con más fuerza y vigor. Es el mejor de los soldados y el más inteligente de los estrategas, pero sabe rodearse de sabios como el griego Polibio, un gran escritor de historias, que es su verdadero maestro, y cuenta entre sus amigos más íntimos con el propio Panecio, que desde que vino de Grecia se ha convertido en uno de sus principales consejeros.

—Vaya, me he equivocado; me parece que, aunque no quieras reconocerlo, tú también eres un estoico.

—He asistido a algunas clases de Panecio, en las cuales nos ha hablado de Crates, el que fuera su maestro en Grecia...

Antes de que Marco pudiera seguir, dos trompas sonaron con fuerza y el gran telón que tapaba la escena cayó al suelo dejando a la vista un fastuoso decorado que simulaba un paisaje de enormes montañas rocosas.

• • •

El Senado había iniciado el proceso contra Servio Galba por su acción contra los lusitanos. Lucio Escribonio, tribuno de la Plebe, había preparado un proyecto de ley en el cual proponía que los lusitanos que fueron vendidos como esclavos en la Galia recobrarán la libertad. El senador Catón apoyaba la moción.

Galba, temiendo ser condenado, pidió ayuda a todos sus amigos, entre los que se encontraba el ex cónsul Nobilior. Éste actuó como defensor de Galba y se presentó en el Senado acompañado de los hijos de Galba, quienes vestían la toga pretexta. Nobilior pronunció un discurso conmovedor, alegando los extraordinarios servicios de Galba a la República, mostrando a sus hijos desconsolados y alegando que a su defendido no le quedó otro remedio que actuar como lo hizo porque los lusitanos no pensaban cumplir lo pactado, pues incluso habían sacrificado a un joven y a un caballo para preparar la guerra. El proyecto de ley fue rechazado y Galba se libró de cualquier condena. Su riqueza fue suficiente como para comprar la voluntad de algunos senadores, cuyo voto fue decisivo para evitar su procesamiento y condena.

Y es que el Senado, tras muchas semanas de debates, se encontraba en un punto sin salida con respecto a qué hacer con Cartago, que era el asunto que realmente le preocupaba; el tiempo apremiaba y había que tomar una decisión. En la última sesión, el cónsul Násica había defendido, siempre desde su posición estoica, que una vez desaparecido el poder cartaginés, los romanos perderían su referente histórico, su gran enemigo secular, y que como consecuencia de ello se abandonarían a la molición y al lujo desaforado, perderían sus valores tradicionales y su grandeza, y al debilitarse

su carácter y su espíritu de superación y de triunfo acabarían siendo presa fácil de pueblos más ambiciosos.

El senador Catón, el orador más brillante del Senado, había sostenido en esa misma sesión que Roma sólo sería realmente grande si se convertía en la única República en verdad grande de todo el mundo, en la dueña y señora del orbe, y que para ello había que eliminar a Cartago. En su brillantísimo discurso alegó que los cartagineses habían sacado un ejército fuera de sus límites fronterizos, que habían atacado a un fiel aliado de Roma, como era Masinisa, que no habían permitido que entrase en Cartago Gulusa, hijo de Masinisa, cuando acompañaba a una embajada pacífica de romanos, y que habían roto el tratado anterior que les impedía tener una nueva flota de guerra, pues habían armado varias trirremes. Catón acabó con una terrible frase que ya se había hecho famosa, pues la repetía en todas sus intervenciones como contundente colofón: «Y además, pienso que Cartago debe ser destruida», frase sentenciosa que aquel día había sonado con más fuerza y rotundidad que en ninguna otra ocasión. Tras los discursos de Násica y de Catón, se decidió votar el destino de Cartago.

—Catón ha vencido en el Senado: Cartago será destruida —comentó Escipión.

El legado había invitado a cenar en su casa de Roma a algunos otros parientes y amigos. Allí se encontraban el historiador Polibio, un tanto apesadumbrado porque el discurso que había preparado para que Násica respondiera a Catón no había tenido el efecto esperado entre los senadores, así como el filósofo Panecio, Marco Tulio y Aracos, quien por primera vez asistía como invitado a la mesa de Escipión.

El celtíbero parecía un extraño en medio de aquellos personajes tan singulares: aristócratas romanos de la más alta alcurnia, tan orgullosos de su linaje que se exhibían como pavos reales, y filósofos e historiadores griegos a los que los romanos habían sometido a la esclavitud y luego liberado a cambio de que se sentaran a sus mesas como ilustrados contertulios en sus debates filosóficos y trabajaran como pedagogos de sus hijos.

—Násica no ha sabido estar a la altura del debate —terció Panecio mientras contemplaba el higo confitado que sostenía entre sus dedos—. Polibio le había preparado una magnífica intervención, documentada en datos históricos y en ejemplos irrefutables, pero el tono de Násica... Para convencer al Senado no bastan los argumentos, aunque éstos sean brillantes e irrefutables; es necesaria una actitud más... digamos más estoica. Násica se dejó arrastrar por el estilo vehemente y encendido de Catón, y en ese terreno el veterano y astuto senador no tiene rival: es un viejo zorro de la retórica.

—Gracias por tu apoyo, Panecio, pero mis argumentos tal vez no fueran tan sólidos como en principio me lo parecieron; además, Catón no sólo es un hábil polemista, pues es considerado el hombre más sabio de Roma —intervino Polibio.

—No, no, tu discurso estaba bien y Násica hizo lo que pudo, pero el debate sobre el destino de Cartago se había alargado demasiado. Además, todavía quedan vivos algunos ancianos que fueron testigos de las terribles derrotas que nos propinó Aníbal y son muchos los romanos que no considerarán cerrada esa herida hasta que Cartago sea borrada de la faz de la tierra y vengados los caídos en la batalla de Cannas. No existe una sola familia romana que no venera en el altar de los lares a un antepasado muerto por el ejército púnico, y claman venganza por ello; a esos sentimientos supo apelar Catón. Tarde o temprano tendría que llegar el día en que nos viéramos obligados a destruir Cartago, y ese día ya está aquí.

Las palabras de Escipión dejaban bien claro que los partidarios de mantener viva la ciudad de Cartago habían fracasado y que al fin, tras tantos años de debates, había llegado el momento de acabar lo que Publio Cornelio Escipión Africano dejara inconcluso medio siglo antes, tras la batalla de Zama.

[Año 149 a.C.]

Nada más ser elegidos Lucio Marcio y Manio Manlio como los dos nuevos cónsules, recién comenzado el año, el Senado les encomendó la dirección de la guerra contra Cartago. Que los dos cónsules participaran en una misma campaña era muy raro, pero en esta ocasión se estimó que la conquista de Cartago bien lo merecía. Desembarcaron en la costa africana y comenzaron el asedio pidiendo a los cartagineses que abandonaran su centenaria ciudad y construyeran una nueva a más de diez mil pasos del mar.

Pocas semanas más tarde, Escipión fue nombrado tribuno militar y se incorporó con su legión al ejército consular que asediaba Cartago. Desde que unos meses atrás viajara a Roma llamado por el Senado, las cosas habían cambiado mucho. Escipión y el partido de los estoicos habían planeado un largo asedio, tal vez durante cinco o seis años, que fuera debilitando poco a poco a la patria de Aníbal a la par que enriqueciendo las arcas romanas. Las conquistas militares y los triunfos políticos habían convertido la República en una voraz consumidora de todo tipo de lujos. El dinero y los caprichos que su posesión acarrearaba eran la mayor obsesión de los romanos. La austera ciudad de los primeros tiempos de la República se había transformado en una urbe con decenas de edificios fastuosos cuya construcción requería de unas enormes sumas de dinero. Con los tributos procedentes de Hispania y Grecia se estaba comenzando a construir un templo en mármol dedicado a Júpiter como nunca antes se había visto en Roma. Imitaba a los grandes templos de Atenas, rodeados de columnas, seis en las fachadas principales y once en las laterales; quienes conocían el famoso Partenón de Atenas decían que el de Júpiter era

comparable en belleza y grandiosidad y que no pasaría mucho tiempo antes de que Roma superara a la famosa ciudad de Grecia en la magnitud y riqueza de sus edificios.

Toda Roma estaba siendo reformada. Calles estrechas y sucias eran ampliadas y embellecidas con pórticos, y en sus intersecciones se abrían pequeñas plazas en las que no faltaba un templo, una basílica o unas termas; tal era la cantidad de dinero que fluía hacia la capital de la República.

El lujo de la ciudad era parejo al que derrochaban las grandes familias patricias. Muchos jóvenes nobles vivían ociosos, sólo preocupados por la ostentación y la diversión. La demanda de muebles, telas, sedas, joyas, perfumes y esclavos era tan grande que en cada barrio se habían habilitado espacios específicos para el comercio de este tipo de carísimas mercancías. Las tres grandes basílicas, la Emilia, la Porcia y la Sempronía, tenían todo su espacio absolutamente colmado de mesas de cambistas, banqueros y mercaderes que durante todo el día realizaban sus operaciones comerciales a un ritmo frenético. La guerra era el mejor negocio para Roma y su principal fuente de ingresos; hacía dos siglos que la República se había convertido en una máquina militar que necesitaba alimentarse permanentemente de nuevas conquistas y para ello se realizaban continuas campañas. Los romanos tenían abiertos frentes de combate en todas las direcciones y mantenían operativo un gigantesco ejército que oscilaba entre ochenta y cien mil hombres, además de otros tantos auxiliares indígenas de las naciones ocupadas. Muchos varones romanos tenían que cumplir el servicio militar obligatorio y no se emprendía una carrera política si antes no se había realizado una brillante carrera en el ejército.

—Escipión me ha escrito y me pide que vaya con él a África. Sigue pensando que es un error destruir Cartago, pero acata la orden del Senado.

Marco le comunicó a Aracos que en dos días partirían rumbo a África.

—Por lo que he oído, esa ciudad es magnífica, merecería la pena conservarla —alegó Aracos.

—Cuando el Senado toma una decisión, nada ni nadie pueden impedir que se cumpla. El debate sobre qué hacer con Cartago ha acabado ya; ahora no importa quién defendía una postura u otra, lo único que interesa es que se cumpla lo acordado por los senadores. Cartago ha sido sentenciada, falta que se cumpla la sentencia.

Aracos, tras cuatro años en el ejército, conocía perfectamente la determinación de los romanos, y tras oír a Marco no le quedó duda alguna de que, tal como había decidido el Senado, Cartago sería destruida; la única duda era cuál sería el momento determinado por Escipión para ejecutar la orden senatorial.

—¿Será este próximo verano? —preguntó Aracos.

—¿Qué dices?

—Me refiero a si Escipión destruirá Cartago en cuanto desembarquemos en sus

costas.

—Bueno, tal vez se prolongue el asedio uno o dos años más. Escipión tiene orden de destruir esa ciudad, pero existen métodos para dilatar el cumplimiento de semejante sentencia. Imagino que mi pariente alargará la vida de Cartago hasta que su agonía deje de ser rentable.

Capítulo 11

En cuanto Escipión llegó ante los muros de Cartago, los cónsules Lucio Marcio y Manio Manlio ordenaron lanzar un precipitado ataque, aprovechando que uno de los sectores de la muralla parecía desguarnecido. Tres cohortes se abalanzaron sobre ese sector de la muralla, pero los defensores aparecieron inesperadamente en lo alto y comenzaron a batirlos con flechas y piedras. Las tres cohortes estaban perdidas, pero Escipión, que contemplaba desde un lugar cercano la torpe y precipitada maniobra ordenada por los cónsules, mandó a los legionarios de la primera cohorte de la sexta legión que desenvainaran sus espadas, se cubrieran con los escudos grandes rectangulares y acudieran a toda prisa al rescate de sus compañeros. Las tres cohortes habían sido rodeadas por una partida de cartagineses que había salido desde un portillo del muro para ganarles las espaldas, y su situación era desesperada.

La carga de la cohorte de Escipión fue brutal. Los cartagineses, que no esperaban la llegada de ese refuerzo, fueron atacados con fiereza. Escipión y Marco Tulio blandían sus espadas liquidando a decenas de enemigos, mientras junto a ellos el hacha de combate de Aracos hacía estragos en las filas de los sorprendidos púnicos. Con gran esfuerzo lograron abrir un pasillo hasta las tres cohortes cercadas y aguantaron lo suficiente como para que los que no habían muerto pudieran huir lejos de las murallas y buscar refugio en el campamento.

Esa misma noche, los cartagineses, esperanzados por la derrota de las tres cohortes y la retirada posterior, cayeron sobre una posición romana; de nuevo acudió Escipión con sus cohortes para librarla de los cartagineses.

Por fin, dos días después, todos los soldados que Cartago tenía disponibles en el interior de la ciudad salieron en tromba y cargaron contra el campamento romano, en el cual los cónsules no habían previsto las medidas de guardias y las defensas oportunas. De nuevo la situación parecía insuperable, hasta que apareció Escipión al frente de un escuadrón de caballería para desbaratar el ataque púnico. Aracos seguía causando terror con su hacha de combate por el furor con el que peleaba y por la fuerza y confianza que transmitía a los auxiliares celtíberos, entre los que estaba su amigo Aregodas. Los senadores, ante la evidencia de la ineptitud de los cónsules, aceptaron las condiciones de Publio Cornelio.

Ante tanta improvisación y falta de capacidad para el mando que los dos cónsules estaban demostrando, Escipión reclamó ante el Senado el imperio militar sobre el ejército de África, y pidió algún tiempo para continuar el asedio de Cartago en mejores condiciones.

La sexta legión embarcó en varias naves que pusieron de inmediato rumbo oeste. Durante dos días recorrieron la costa del norte de África, navegando a unas pocas millas de tierra firme, pero siempre con ésta a la vista, hasta que desembarcaron en un

pequeño pero seguro puerto al norte de Cirta, la capital del reino de los númeridos. Sin perder un solo día, Escipión se puso en marcha hasta esta ciudad, donde lo esperaba Masinisa, que ya había sido avisado de la llegada de Escipión.

El rey de Numidia tenía noventa y un años. Todos consideraban que era el hombre más viejo del mundo y muchos eran los que se asombraban cuando les decían que ya tenía cerca de cuarenta años cuando combatió contra Aníbal al lado de Escipión Africano. Durante toda su vida había sido un fiel y leal aliado de Roma y había sido distinguido con el título de amigo del Senado y del pueblo romano. Numidia y Roma se habían necesitado mutuamente, y de ahí la férrea alianza entre ambos. Para Numidia, Cartago constituía una gran amenaza, pues los cartagineses ambicionaban sus ricas y feraces tierras del este, para las que Roma constituía la garantía de su supervivencia, pues la República no estaba dispuesta a consentir la anexión de Numidia por los cartagineses, ya que en ese caso todo el occidente del norte de África quedaría en sus manos y con ello la hegemonía que Roma había logrado en el Mediterráneo occidental desaparecería.

El anciano monarca estaba sentado en su trono de madera forrado con pieles de leopardo. Tenía la mirada acuosa, en unos ojos negros y profundos; decenas de finas arrugas cubrían todo su rostro como una cascada de pequeños pliegues de piel. Vestía una túnica también de piel de leopardo, y en sus manos temblorosas sostenía una daga con la empuñadura de oro engastada de piedras preciosas.

—Sé bienvenido a Numidia, noble Escipión. Cuando el embajador del Senado me dijo que tú eras el elegido para dirigir esta guerra, mi corazón se colmó de alegría. «¡El hijo del vencedor de Aníbal!», exclamé cuando oí tu nombre. Que Cartago se dé por vencida.

Masinisa fue ayudado a incorporarse por dos esclavos negros y saludó a Escipión al estilo romano; el legado se limitó a corresponderle levando su puño derecho a la altura del corazón.

Escipión puso enseguida manos a la obra. Revisó las tropas númeridas, entre las que destacaba una formidable caballería en la que los magníficos y avezados jinetes montaban unos caballos que no tenían igual en belleza, rapidez y resistencia.

—Está bien. En cuanto a efectivos de infantería y de caballería somos superiores, pero carecemos de elefantes. Por lo que me han informado nuestros espías, los púnicos disponen al menos de medio centenar de elefantes de combate. Si nos enfrentamos en campo abierto sin elefantes, una carga de los paquidermos púnicos podría ser letal para nuestras cohortes de la primera fila, pese a nuestra superioridad con armas cortas. Nuestras legiones están capacitadas para detener cualquier carga de hombres, pero no la de estas bestias. Una sola de ellas podría desbaratar a todo un manípulo. Debemos contrarrestar sus elefantes con otros elefantes.

—Permíteme, tribuno, que te recuerde que un elefante se volvió contra nosotros

en el primer asalto a Numancia y causó grandes estragos entre nuestras filas — intervino Marco Tulio.

—Aquélla fue una mala maniobra. Las armas son eficaces si se sabe utilizarlas. El cónsul Nobilior no supo usar a sus elefantes en Numancia y ésa fue la causa de aquel desastre. El elefante es un animal imprevisible, pero sólo en ciertas circunstancias.

Durante todo el verano Escipión reclutó elefantes, que pagó a muy alto precio. Estos animales eran aportados por mercaderes que procedían de las ardientes tierras del sur. Los romanos no conocían de África más allá de una franja costera de unas cien millas. Se decía que era una enorme isla que podía ser circunvalada por una nave pero que esa travesía estaba llena de peligros y duraba al menos tres meses, y que un general cartaginés llamado Hannón lo había logrado muchos años atrás. Sin embargo, había quien negaba esa posibilidad, pues se decía también que, conforme se avanzaba hacia el sur, el calor ascendía hasta llegar a un punto en el que se hacía tan insoportable que no permitía el desarrollo de la vida humana.

En las afueras de Circa, mientras se reunían los treinta elefantes que Escipión consideraba imprescindibles para enfrentarse a los cartagineses, los legionarios de la sexta, los auxiliares latinos e iberos y los jinetes nómadas practicaban una y otra vez los movimientos que luego deberían repetir miméticamente en la batalla.

Por fin, cuando el tribuno consideró que ya estaba preparado, formó a su ejército y lo lanzó hacia el oeste, en busca de las murallas de Cartago.

Un ejército cartaginés salió a su paso en un vado del río Meyerda, a unas cien millas al este de Cartago. El choque entre los dos ejércitos se decantó del lado romano, y los cartagineses supervivientes huyeron despavoridos a refugiarse en su ciudad. Los elefantes de Escipión habían contrarrestado a los púnicos, y la infantería de las legiones era tan superior a la cartaginesa que la victoria pareció muy fácil.

—Ha sido sencillo —dijo Aracos—. Los púnicos han huido en cuanto vieron caer a los hombres de su vanguardia. Ni siquiera ha sido necesario emplear la caballería.

—Tienes razón. Ha bastado con que supieran que también teníamos elefantes para que surgieran entre ellos muchas dudas, demasiadas como para combatir con confianza. Escipión sabe muy bien lo que hace. No es sólo un gran estratega, es también un magnífico conocedor del alma humana y eso le proporciona unos enormes recursos ante sus enemigos. Mi pariente sabe utilizar como nadie la ventaja de su posición. Como ya conoces, en Roma hay quien opina que debería restablecerse la monarquía, y que el mejor rey posible sería el propio Escipión.

La derrota atemorizó de tal modo a los cartagineses que éstos condenaron a muerte a los generales que, siguiendo al pueblo y en contra de la opinión de la aristocracia púnica, habían declarado la guerra a Numidia, y, por extensión y como aliada suya, a Roma.

Una delegación púnica solicitó de Escipión una tregua para explicar ante el

Senado que habían sido ejecutados los instigadores de la guerra y proponía entablar negociaciones para alcanzar un acuerdo de paz. Al regreso de esta embajada, el Senado se mostró inflexible y los argumentos esgrimidos por los púnicos no cambiaron su decisión de llevar a cabo una guerra total y definitiva. A cambio de la paz, el Senado romano exigió de Cartago unas condiciones terribles: se insistió en que los púnicos debían abandonar su ciudad para instalarse en una nueva, y sin murallas, tierra adentro y a más diez millas de la línea de costa, y además se añadió que los cartagineses deberían entregar todas sus armas, que serían requisadas y confiscadas.

—Nadie aceptaría esas condiciones —le dijo Aracos a Marco cuando se enteró de las exigencias de Roma sobre Cartago.

—Por supuesto que no, pero eso ya lo sabía el Senado antes de dictarlas.

—Entonces, ¿todo esto de la negociación, la embajada...?

—Puro teatro. Tal vez para ganar tiempo, o para prolongar una agonía inevitable.

Los cartagineses solicitaron una tregua de treinta días para tomar una decisión, que todos sabían que iba a ser negativa, pero ambos ejércitos la aprovecharon para pertrecharse y reforzarse y preparar el que se presumía como el envite definitivo.

Pasados los treinta días, un heraldo anunció a Escipión que las condiciones que Roma exigía eran inaceptables para Cartago. Y así fue como se reinició el sitio de la capital de los púnicos.

Escipión planteó un asedio a largo plazo. No quería estrangular demasiado deprisa a la gran ciudad comercial, sino hacerlo poco a poco, obteniendo entre tanto cuanto provecho pudiera extraer. La resistencia de los púnicos amenazaba con ser tan heroica como estaba siendo la de los numantinos, pero el suave clima de Cartago y las facilidades de aprovisionamiento para el ejército romano hacían que a los sitiadores de la capital púnica les pareciera aquello un recreo, comparado con el duro invierno que debieron pasar atrapados en el campamento entre Ocilis y Numancia.

Ante la carencia de algunos materiales por el asedio, los cartagineses se las ingeniaron para fabricar armas y cuerdas de manera hartamente imaginativa. Con los huesos de los animales que comían hicieron puntas de flecha y cuchillos, y las mujeres se cortaron sus largos cabellos para con ellos trenzar cuerdas que suplieran la carencia de cáñamo.

Capítulo 12

Aquel verano fue especialmente caluroso en el norte de África; sitiados y sitiadores se relajaron ante la canícula abrasadora. Durante las horas centrales del día el sol era tan brillante e intenso que los hombres y los animales buscaban la sombra desesperadamente. Sólo la brisa del mar, que comenzaba a soplar a media tarde, aliviaba los rigores del mediodía.

Durante varios meses, el ejército romano mantuvo el sitio sin apenas hacer otra cosa que evitar que se introdujeran en la ciudad armas y materiales que pudieran servir para fabricarlas. Cualquier otra mercancía entraba o salía sin mayores problemas; muchos consiguieron hacer apreciables fortunas comerciando con esos productos.

Fue en aquellos días de bochorno y sudor cuando Aracos comenzó a echar de menos su tierra de Celtiberia. En los tórridos atardeceres de África, tumbado sobre su catre de campaña, pensaba en las templadas noches de Contrebia Belaisca, en sus campos de trigo, que estarían siendo cosechados en aquellos días, en el pequeño río de aguas frías y transparentes que venía desde las montañas azules del sur, en las alegres fiestas de plenilunio, en los bailes a la luz de las hogueras y en los encuentros furtivos con las muchachas en los sotos de las riberas del río de Contrebia. Recordaba la primera vez que hizo el amor con una joven, después de una fiesta en honor a la diosa Luna, en la orilla del río, sobre la fresca hierba, entre junquerales y cañaverales. Ahora tenía veinticuatro años, una edad a la que la mayoría de los hombres de su pueblo ya estaban casados y con varios hijos, y él seguía soltero. Pensó en cambiar su vida, en dejar el ejército romano, regresar a Celtiberia y vivir de nuevo en su ciudad. Pero no, ¿qué otra cosa podía hacer que no fuera servir en el ejército? Sí, sabía cultivar los campos porque lo había aprendido de adolescente ayudando a su padre y a sus hermanos, pero no tendría dinero suficiente como para poder comprar una pequeña propiedad al Menos hasta que llevara diez o doce años de servicio. Tal vez pudiera dedicarse al comercio, que por lo que había visto en Roma era la manera más rápida de enriquecerse, pero ser comerciante era peligroso, tanto o incluso más que ser soldado, y había que tener muchos contactos y buenas relaciones.

A fines de verano unos legionarios recién llegados de Iberia trajeron unas inquietantes noticias. Lucio Licinio había saqueado la región de Lusitania, en el extremo occidental de la Península. La campaña del antiguo cónsul se había realizado como represalia a las permanentes razias que los lusitanos realizaban contra los carpetanos y turdetanos, tradicionales aliados de Roma.

Escipión se alteró cuando conoció estas noticias. Un nuevo estallido en Iberia significaba la necesidad de enviar allí más tropas, que eran necesarias para someter a Cartago. Además, también corrían noticias de que en Macedonia y Grecia había

movimientos de resistencia a los romanos, y los retios, una de las tribus bárbaras del norte, estaban realizando algunas incursiones en el limes de la provincia de la Galia Cisalpina. De repente estallaron los problemas por todas partes.

—Hispania, Grecia, Macedonia, África, los bárbaros del norte, también Asia... Tal vez sean demasiados frentes abiertos, incluso para Roma —le confesó Escipión a Marco, mientras paseaban por el campamento frente a Cartago.

Escipión caminaba como una fiera enjaulada, con pasos cortos y rápidos. Miraba a uno y otro lado y nada parecía escapar a sus ojos de halcón.

—Creo que hemos estado en peores situaciones, a veces —dijo Marco mirando al historiador Polibio, que los acompañaba.

—Mucho peores, centurión, recuerdo ahora...

Escipión interrumpió a Polibio, que aprovechaba cualquier ocasión para narrar episodios de la historia de Roma.

—No, Marco ya no es centurión.

Marco miró sorprendido y temeroso a la vez a su pariente.

—¿Qué he hecho? —preguntó angustiado.

—Acaba de llegar tu nombramiento como legado de la sexta legión. Enhorabuena, general Marco Cornelio Tulio.

—¿Le... le... legado dices? balbució Marco.

—Sí, legado. Propuse tu ascenso en el Senado poco antes de regresar a Cartago, y ya ves, acabo de recibirlo. Eres un Cornelio, y por si eso no fuera suficiente, todavía se recuerda cómo peleaste en las murallas de Uxama y en la batalla contra los púnicos. Roma necesita soldados como tú, y más en este tiempo en el que se avecinan grandes retos.

»La primera cohorte de la sexta legión es probablemente la mejor unidad de todo nuestro ejército, y eso se debe al sentido de la disciplina y al valor que has infundido en esos legionarios. Mereces el ascenso.

Marco salió corriendo a darle la noticia a Aracos. El belaisco estaba sentado a la puerta de su tienda puliendo el filo de sus armas, trabajo que le gustaba hacer personalmente, como solía ser tradicional entre los celtíberos, que consideraban sus armas como una parte más de su propio cuerpo.

—¡Aracos! —gritó Marco—; ¡legado, el Senado me ha nombrado legado de la sexta legión! Aracos se incorporó de su silla de tijera.

—Enhorabuena, general.

—Vayamos a celebrarlo. Me han dicho que el dueño del lupanar del campamento acaba de traer unas muchachas recién llegadas de Nubla, una región al sur de Egipto; dicen que son negras como la noche pero ardientes como ascuas. Tú y yo solos, con dos de esas bellezas de ébano.

—Pero tú, un romano, un patricio, ¿dónde ha quedado tu idea del amor, de la

superioridad del hombre...?

—Vamos, Aracos, se trata de celebrar mi ascenso, no mi boda. Y además, ¿quién te ha dicho que no me gustan las mujeres? El amor más excelso, te reitero, sólo puede darse entre dos seres iguales, es decir, entre dos hombres, pero el placer también se alcanza con una mujer. Bien, pues dediquémonos a ese placer; seamos, al menos por una noche, dos apasionados epicúreos, y busquemos la moral a través del placer.

Los dos amigos pasaron la tarde bebiendo vino ahumado de Marsella, comiendo codornices asadas con miel de Ática y bañándose en una tina de agua perfumada con canela y cinamomo. El mercader de esclavos que abastecía de hetairas el burdel del campamento se presentó al atardecer en la tienda de Marco con media docena de esclavas. Era un orondo y grasiento egipcio que olía a un perfume dulzón de algalia y almizcle. El mercader levantó la mano para saludar a Marco y dejó ver sus dedos, gruesos como salchichas, cubiertos de anillos de oro y piedras preciosas. Vestía una amplia túnica de seda teñida de púrpura de las que se fabricaban en Siria, las más lujosas y caras.

—Mi señor, Marco —dijo el mercader entre sonrisas—, aquí te traigo las más delicadas bellezas que puedas imaginar. Son hijas de la luna que te colmarán de placer. No hay nada que no sepan hacer ni ningún deseo que dejen sin satisfacer. Pídeles que hagan lo que más te agrada, cualquier cosa que te dé placer, y ellas te lo proporcionarán.

Marco y Aracos contemplaron la belleza de las seis muchachas que el mercader mostraba ante ellos en el interior de la tienda.

—Te he pedido dos, y has traído seis —dijo Marco.

—¡Oh!, mi general, es para que elijas. Yo me he atrevido a seleccionarte las seis mejores que poseo, recién llegadas de Nubia, ahora qué, quédate tú con las dos que más te gusten.

Marco se acercó hasta las muchachas, las observó detenidamente, las acarició y las olió. Todas eran muy hermosas. Cuatro de ellas eran de piel completamente negra y las otras dos tenían la piel muy tostada, con tonos marrones y dorados.

—Nos quedamos las seis —dijo Marco—, ¿no te parece, Aracos?

—¿Las seis?, sí, claro —afirmó el belaisco entre divertido y excitado.

—General, las seis te costarán, digamos... ejem —tosió el mercader—, digamos el triple de lo acordado.

—Que sea el doble, maldito avaro.

—Ten en cuenta, general, que esta noche yo ganaría mucho más si las alquilara por separado. Hay docenas de legionarios esperando disfrutar de semejantes exquisiteces...

—Imagino que estarán limpias...

—¡Oh!, recién bañadas y perfumadas con áloe de Arabia; mira sus bocas y sus dientes, brillan como perlas del mar de Persia, y sus labios rojos como cerezas, y sus cabellos, suaves como la mejor seda de Sérica. Son como diosas, general. Ni el mismo Júpiter hubiera imaginado unas hembras tan perfectas.

—Toma —Marco arrojó al mercader una bolsa de cuero con monedas, que éste contó con avaricia.

—Pero general, aquí sólo hay el doble de lo que acordamos para las dos muchachas; el precio de las seis es el triple.

—Te daré el resto mañana... si nos satisfacen tus chicas. Y ahora vete antes de que ordene que te echen a patadas.

El egipcio salió de la tienda abriendo la boca como un pez e inclinando la cabeza hasta casi tocar con la barbilla el pecho.

—Bueno, aquí están. ¿Te gustan? De éstas no tenéis en Celtiberia, ¿eh?

Ninguna de las seis muchachas sabía una palabra de latín, pero nada importaba porque alguien les había dicho en su idioma cuál iba a ser su trabajo, y por lo que disfrutaron Aracos y Marco, se lo habían explicado muy bien.

—No puedo más —le confesó Aracos a Marco.

Los dos amigos habían salido de la tienda con las primeras luces del alba, envueltos en sendas sábanas de algodón.

—A mí me tiemblan las piernas como si hubiera cabalgado un mes sin parar —dijo Marco.

—Y a fe que lo has hecho, y sobre hermosas yeguas —rió Aracos.

—¡Ah!, estos higos confitados de Quíos... —Marco llevaba un frasco de cerámica en la mano del que cogió una fruta empapada en almíbar que se llevó a la boca—. Hay quien prefiere los de Siria, pero para mí los de la isla de Quíos son los mejores.

—¿Sabes?, no me disgusta el modo de vida romano —dijo Aracos.

—No hay nada como Roma; nada es equiparable a ser un patricio romano, poseer una gran casa con jardines y huertos, baños, tierras y esclavos... Eso es Roma, Aracos, eso es Roma.

El amanecer en Cartago era ese día cálido y suave, como la piel de ébano de las muchachas de Nubia.

—Ha sido una noche extraordinaria —suspiró Aracos.

—Sí, pero tenemos que reponer fuerzas; esta noche hemos dejado muchas en esas prodigiosas esclavas negras. Un buen desayuno y a dormir hasta mediodía —dijo Marco.

Desayunaron un buen pedazo de jamón ahumado de Cerdeña, unos filetes braseados de gacela del desierto, huevos cocidos con salsa hispana de boquerones, vino de Tarento y un par de jarros de horchata de cebada.

Saciados y satisfechos, los dos amigos se acostaron de nuevo entre los cuerpos desnudos de las seis nubias, que dormitaban tumbadas en un lecho de almohadones y alfombras. Aracos soñó con muchachas negras que corrían desnudas y sonrientes por los dorados campos de trigo de Celtiberia.

•••

Los acontecimientos se sucedían conforme había programado Escipión, y Cartago se debilitaba día a día. Utilizando sus enormes dotes persuasorias, Escipión logró convencer al jefe de la caballería cartaginesa, un general llamado Fameas Himilcón, hombre de gran valía, para que se pasara a su lado con muchos de sus jinetes, con lo que Cartago perdió una de sus últimas esperanzas de vencer a los romanos en campo abierto.

Todo parecía bajo control, pero a mediados de otoño, el cónsul Marcio tuvo que regresar a Roma para preparar las nuevas elecciones al consulado, y el que quedó en África, Manio Manlio, decidió acelerar la toma de Cartago y envió un ejército a combatir a un general cartaginés que había ocupado las alturas de un desfiladero cercano a la ciudad con cinco centenares de hombres. Escipión aconsejó al cónsul que evitara atacar en condiciones tan desfavorables, pero éste, ansioso por ganar la gloria en solitario, no le hizo caso y se internó en el desfiladero. Los cartagineses contraatacaron y desbarataron al ejército romano, tal como había predicho Escipión. Dos cohortes, las que encabezaban la marcha, fueron atrapadas por los cartagineses, pero de nuevo fue el tribuno, con algunos escuadrones de caballería y con una maniobra arriesgada y valiente, quien logró rescatar de allí a todos los legionarios de las dos cohortes y pudo lograr que salieran vivos del desfiladero.

En Roma se tomaron el sitio de Cartago con gran interés, y el futuro de la ciudad que había sido la gran rival de Roma en el Mediterráneo despertó una encendida discusión política. Pacificada Celtiberia, con Hispania en calma, el asunto de Cartago copaba casi todos los debates en el Senado. Los partidarios de Escipión consideraban que el gran general debía mantener el asedio hasta la rendición incondicional de los púnicos, sin intervención de los cónsules, que seguían demostrando su incapacidad para el mando militar. No faltaban quienes aseguraban que la supervivencia de Cartago era imprescindible para la de Roma, pues sostenían que Roma necesitaba una potencia que fuera su rival, de manera que se mantuviera una pugna que provocara el que siempre estuviera en guardia y no se relajase ante las riquezas que tan masivamente afluían allí. Mantener vivo a un enemigo tan formidable suponía que Roma jamás desatendería su defensa, y sólo por ello merecía la pena dejar vivir a Cartago.

El propio Catón, a la vista de los informes que emitieron los senadores enviados como observadores en una comisión especial, pronunció en el Senado un vibrante discurso en el que llegó a decir que los generales que combatían en África eran como sombras de revoloteadoras mariposas, en tanto que Escipión era un león pletórico de energía. Las hazañas de Escipión corrieron de boca en boca por toda Roma, y aquellos días de fines de otoño aparecieron muchos pasquines y carteles proponiendo su nombre para el consulado, pese a que no tenía la edad legal para ejercerlo.

Cartago había dejado de ser un rival comercial para Roma, pero todavía mantenía un gran nivel en la producción agrícola, muy deficiente en la República romana y tan necesaria para mantener alimentados diariamente a los centenares de miles de personas que vivían en Roma. El trigo del norte de África era imprescindible para el abastecimiento de la creciente población romana, como lo fuera unas décadas antes el de Sicilia. Entretanto, Roma mantenía a Cartago apretada en un puño, sin querer aplastarla del todo. Ya no había entre los púnicos un gran general como Aníbal capaz de hacer frente a Escipión, pero entre los romanos seguía vivo el recuerdo del soldado que los derrotó una y otra vez en el campo de batalla y eran muchos los que sostenían que el recuerdo de Aníbal podía animar a los cartagineses a resistir hasta el fin. No obstante, los cartagineses cometieron el enorme error de asesinar a uno de sus mejores generales, que era nieto de Masinisa, al considerar que su parentesco con los númidas podría inclinarlo hacia Roma.

Capítulo 13

[Año 148 a.C.]

Inesperadamente, la rebelión de Macedonia obligó a los dos nuevos cónsules, Espurio Postumio y Albino Magno, a tomar la decisión de levantar el asedio de Cartago. Escipión montó en cólera cuando le llegó la orden de interrumpir el trabajo que tanto tiempo y esfuerzo le había llevado, y consideró que esa decisión era producto de los deseos de algunos senadores por apartarlo de una victoria a causa de la envidia que despertaba entre sus enemigos.

El Senado, siguiendo los consejos de los nuevos cónsules, relevó a Escipión del mando como tribuno militar de la sexta legión, a la que envió a Macedonia para reforzar las operaciones en esa región, que acababa de levantarse en armas y amenazaba con arrastrar detrás a toda Grecia; Marco y Aracos debían acudir con su legión a reforzar al pretor Cecilio Metelo, el designado por el Senado para pacificar Macedonia.

Una embajada enviada a Asia y compuesta por Marco Licinio, enfermo de gota, Aulo Hostilio, a quien tiempo atrás una teja le había quebrado la cabeza, y Lucio Manlio, un estúpido, se retrasó mucho en su cometido y empeoró los asuntos de Macedonia; el senador Catón hizo reír a sus colegas cuando criticó a los tres enviados diciendo que esa esperpéntica comitiva no tenía ni pies ni cabeza ni cordura.

Los cinco mil legionarios y los ocho mil auxiliares de la sexta fueron embarcados en sesenta y dos navíos que pusieron rumbo a Grecia. Hicieron escala en Siracusa, en la isla de Sicilia, donde cargaron trigo, vino, aceite y caballos; desde allí, siempre hacia el este, bordearon el Peloponeso y ascendieron por la costa griega del Egeo hasta la bahía de Pydna, donde hacía veinte años los romanos habían derrotado a los griegos en una de las mayores batallas jamás librada.

La sexta legión desde el sur y la tercera desde el norte sometieron Macedonia y todo el norte de Grecia. El pretor Quinto Cecilio, que dirigía el ejército, fue honrado por ello con el sobrenombre de Macedónico. Una vez más, los griegos no habían podido resistir el empuje romano. El solar patrio de Alejandro Magno y de sus generales había visto sucumbir en las grandes batallas de Magnesia y Pydna a las otrora invencibles falanges, fácilmente superadas por las legiones. Todas las ciudades griegas enviaron emisarios al Senado sometiéndose, salvo Corinto, la poderosa ciudad-estado que controlaba el istmo de la península del Peloponeso, una ubicación estratégica que era la causa fundamental de su poder y de su riqueza. Los corintios estimaban que el sometimiento a Roma acabaría con su bienestar y con su fortuna.

En la campaña de Macedonia, Aracos se familiarizó con el culto al dios oriental

Mitra, que los legionarios destinados en Oriente venían practicando desde hacía tiempo. Pese a no ser un dios romano, Mitra era la deidad más venerada entre los soldados; la mayoría de ellos y casi la totalidad de los oficiales practicaban los cultos y ritos dedicados en honor a este dios de la guerra.

Claudio Livio Pisón, el decurión que conociera Aracos en la campaña de Segeda, había sido ascendido a centurión de la segunda cohorte; fue él quien le habló a Aracos de los misterios de Eleusis. El belaisco andaba en los últimos meses buscando respuestas a las preguntas que se venía haciendo desde que dejara su casa de Contrebia. En Roma había aprendido las soluciones que los estoicos, los cínicos y los epicúreos daban a alguna de ellas, pero no le habían convencido. Sus dioses célticos no parecían atenderle en tierras tan lejanas, y en Grecia bullían decenas de sectas que predicaban nuevas maneras de enfrentarse al reto diario de la vida, y sobre todo a la inevitable presencia de la muerte.

Aquel centurión hablaba de un dios único, creador de todo el universo, un dios padre que velaba por la humanidad y que se encarnaría en un hombre para conducir a todos los seres humanos a la salvación eterna, y le dijo que en Eleusis, un santuario cercano a Atenas, era donde se veneraba a ese hombre-dios.

Aracos apenas tuvo que insistir para que Marco viajara con él y con Claudio Livio desde el sur de Macedonia, donde estaba acantonada la sexta legión, hasta Atenas. El legado ardía en deseos de conocer la ciudad en la que habían vivido los más grandes sabios del mundo antiguo, y Aracos quería ver el famoso santuario de Eleusis.

Los dos amigos y el centurión Claudio Livio sintieron una especial emoción cuando pisaron las calles de Atenas. Desde luego que ya no era la gran ciudad cuyo brillo deslumbrara al mundo trescientos años atrás, aunque conservaba intactos los grandes templos y monumentos que la habían hecho famosa en todo el orbe, sobre todo los que se arracimaban en lo alto de la escarpada colina de la Acrópolis, en la que el Partenón destacaba por su tamaño y su majestuosidad; perfilado por sus columnas de mármol blanquísimo, decorado con esculturas pintadas en amarillo, dorado y azul, ornado con puertas labradas de madera y de bronce, sus muros de sillares de mármol albergaban una colosal estatua de la diosa Atenea, la protectora de Atenas, labrada por Fidias en oro y marfil.

A la vista del Partenón, Marco reconoció que aquellos que decían que el nuevo templo de mármol levantado en Roma en honor de Júpiter era un segundo Partenón, o no habían estado nunca en Atenas o exageraban.

Aracos, boquiabierto ante la belleza a la vez serena y monumental del Partenón, repetía una y otra vez a sus compañeros que en Celtiberia los dioses se mostraban a los hombres mediante el trueno, el agua de una fuente o la cima de una montaña, y que por eso no tenían templos, aunque sí santuarios al aire libre, unos lugares

sagrados donde se celebraba el contacto entre los dioses y los hombres.

Claudio Livio le había hablado a Aracos de la celebración de los misterios en el santuario de Eleusis, el culto en honor al dios-hombre Dionisio, un rito que crecía en Oriente día a día. Esperaron hasta principios de otoño a que llegara el día de la gran peregrinación a Eleusis alojados en una lujosa posada entre la puerta del Dípilon y el pie de la Acrópolis, presenciaron las procesiones rituales hasta el Partenón y escucharon en algunas esquinas los lamentos de poetas anónimos que clamaban por el esplendor perdido, por la edad dorada de la antigua Grecia de los prodigiosos sabios y por el añorado tiempo en que Atenas era la antorcha que iluminaba el mundo.

Por fin llegó el día. Aquella mañana, al amanecer, unos veinte mil atenienses y devotos de otros lugares se arracimaban en el inicio de la vía sagrada hacia Eleusis, un santuario ubicado en la costa, cerca de Atenas; hacía ya semanas que algunos se habían preparado para la peregrinación en honor del dios-hombre Dionisio, ofreciéndole sacrificios, rezando y purificándose. Una estatua de Dionisio en madera policromada encabezaba la procesión y, tras la estatua, llevada en andas por ocho fornidos iniciados, una banda de músicos con címbalos y panderos tocaba una frenética melodía. Los peregrinos iniciaron el camino descalzos, absortos en la música y moviendo la cabeza y el cuerpo para entrar enseguida en éxtasis. Unos hombres cubiertos con máscaras burlescas y provistos de palos correteaban en torno a los peregrinos y los golpeaban en los brazos y en las piernas, a la vez que los insultaban y maldecían.

—¿Pero qué están haciendo? —preguntó Aracos.

—Es una prueba de humildad y sumisión ante Dionisio —le explicó Claudio—. Los peregrinos deben presentarse en el santuario desprovistos de todo orgullo, de toda altivez. Los seguidores de Dionisio han de aparecer ante su dios como los seres más humildes del universo, descalzos, golpeados y humillados; tienen que ser capaces de demostrar que pueden soportar todo tipo de vejaciones antes de ser dignos de entrar en el templo del dios-hombre y recibir la sabiduría.

Tras un buen rato caminando al son de la música, golpeados por los enmascarados, insultados y escupidos, los peregrinos alcanzaron la orilla del mar. Miles de ellos dejaron en la playa sus ropas y se bañaron desnudos, gritando loas a Dionisio y haciendo votos para ser considerados dignos de gozar de su eterna presencia. El baño en el mar era un rito que significaba la purificación, necesaria para presentarse ante el dios-hombre libre de cualquier mácula en el espíritu.

Marco cogió a Aracos por el brazo y le preguntó al oído:

—¿Habías visto algo semejante a esto?

—No. Allá, en Celtiberia, hacemos las cosas mucho más expeditivas. Cuando queremos ganarnos la confianza de un dios, le sacrificamos aquello que sabemos que

más le va a gustar: una cabra, un cordero, un caballo, incluso a veces, aunque cada vez menos, una muchacha o un muchacho.

—¡Mira! —exclamó sorprendido Marco.

Tras una colina se encontraron con el santuario de Eleusis, cuyo principal edificio era un enorme templo, el Telesterion, edificado para celebrar en su interior los ritos de la iniciación a los misterios.

—¡Es tan grande como el Partenón! —se asombró Aracos—. En su interior cabrían todos los habitantes de mi ciudad.

Las puertas del templo se abrieron lentamente y del interior salió un sacerdote que vestía una larga túnica blanca, se tocaba con un sombrero de dos picos y se apoyaba en un alto cayado rematado con una voluta dorada. Cuando alzó el cayado al cielo, la multitud se sumió en un silencio expectante.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Aracos.

—Los iniciados entrarán en el templo y allí asistirán a la representación de los misterios —dijo Marco.

—Vamos —apremió Aracos.

—No podemos entrar; sólo tienen acceso los ya iniciados en el culto a Dionisio. Lo que ahí dentro se celebra es un secreto celosamente guardado, nadie puede comentarlo siquiera.

Aracos miró a Claudio y a Marco, que alzó los hombros indiferente.

—Pues yo voy a entrar —asentó el celtíbero.

—Suerte —le deseó Marco.

Aracos se mezcló con la multitud que se aprestaba ante las puertas del templo. Unos guardianes armados con largas varas intentaban que se mantuviera un cierto orden de acceso. Aracos logró colarse por el centro, sin que nadie le interrumpiera el paso. Tras él se cerraron las gigantescas puertas de madera, dejando atrás a muchos peregrinos relegados a su mala suerte.

El espacio interior del templo todavía era más sorprendente que el exterior. Una amplia nave cubierta por enormes vigas de madera estaba iluminada por decenas de candelas de aceite. En el lado enfrente a la puerta había un espacio elevado al que se accedía mediante doce gradas de mármol y sobre el que se colocó la peana con la estatua de Dionisio que había encabezado la procesión desde Atenas.

Entre el humo de las lámparas y el de unos quemadores de incienso que aromatizaban el templo, el sacerdote que los había recibido a las puertas apareció ahora en el altar al son de unos címbalos. Los iniciados comenzaron a repetir en griego una letanía en la que Aracos pudo entender que se referían a Dionisio, el hombre-dios que había nacido, vivido y muerto para la salvación de los demás hombres, y que regresaría de nuevo a la tierra. Dionisio resucitaba tras la muerte y

esa resurrección llevaba al éxtasis a todos los asistentes, que vivían aquella experiencia como un rito de purificación espiritual llamada catarsis. De allí salían como hombres nuevos, renacidos a una nueva vida, confortados en sus almas y fundidos en un cuerpo místico de amor con Dionisio.

Acabada la ceremonia, Aracos se reencontró con Marco y Claudio, que habían pasado el día entre los demás peregrinos, asistiendo a diversas actuaciones de músicos, títeres, actores y predicadores y comiendo pescado asado en los puestos de frituras.

—¿Qué ha ocurrido ahí adentro? —le preguntó Claudio Livio.

—Un hierofante nos ha hablado de ese dios único que se hizo hombre en el ser llamado Dionisio, que murió y resucitó para salvar a todos los hombres. El propio sacerdote era quien actuaba como Dionisio. Decía cosas muy extrañas sobre el amor entre los hombres, la paz universal... El ambiente estaba muy cargado de penetrantes aromas y dulziones perfumes, y en el aire flotaba un humo denso y aromático que producía una especie de duermevela. Es probable que en los braseros de incienso quemaran algunas sustancias embriagadoras, pues nos movíamos como si flotáramos sobre nubes. Ha sido todo muy extraño, pero de sentido una sensación que jamás antes había conocido; una tranquilidad similar a la que queda sobre el campo después de la más terrible de las batallas, pero sin ningún dolor; no sé, muy extraño, todo muy extraño.

—Bien, regresemos a Atenas, si nos apresuramos es probable que lleguemos antes de que sea noche cerrada —dijo Marco.

—Muy extraño, todo era muy extraño... —repetía Aracos, como si acabase de regresar de un profundo trance.

Capítulo 14

Cuando Quinto Cecilio regresó de Macedonia a Roma, lo hizo cargado de trofeos. Toda la ciudad, uno de cuyos barrios más populosos acababa de ser destruido por un pavoroso incendio, pudo contemplar las decenas de carros que introdujo por la puerta Ardeatina y las estatuas expoliadas de los santuarios helenos que habían sido colocadas en pedestales a lo largo de los pórticos de los templos de Júpiter Stator y de Juno. En el templo de Júpiter óptimo Máximo, en la colina del Capitolio, ubicó siete enormes esculturas en mármol del Pentélico de los grandes sabios de Grecia y una estatua de madera recubierta de láminas de oro y marfil que representaba a Júpiter, el Zeus de los griegos, con un rayo en la mano; la estatua del dios era de tamaño natural y el rayo estaba fabricado en una pieza de oro macizo.

Junto a las estatuas, jarrones de cerámica, bandejas de plata y cofres de piedras preciosas y semipreciosas, desfilaron tres centenares de esclavos y esclavas macedonios cargados de cadenas. Escipión no había sido el vencedor de Macedonia, pero también a él se le consideró artífice del triunfo, pues habían sido los hombres de la sexta legión, la que él había entrenado en Hispania y en África, los principales protagonistas de la victoria; en agradecimiento a la gente que lo aclamaba, Publio Cornelio ofreció un enorme donativo para que se comprara pan y aceite para repartirlos entre la población de la capital de la República. Fuera por donde fuera, Escipión era aclamado por las masas, que se agolpaban para verlo pasar.

Desde que le ordenaran abandonar el asedio de Cartago, Escipión había pasado los meses en su casa de Roma como un león enjaulado. Eran muchos los que clamaban por él y lo proponían para el consulado, y por ello había decidido presentarse a los comicios para la elección para el año siguiente. Una reciente ley había prohibido que un mismo candidato pudiera ejercer dos veces el consulado, para evitar así la tentación de monopolizar tan importante cargo. Y aunque Escipión no tenía la edad legal mínima para ejercer como cónsul, no pareció importarle, pues tan convencido estaba de su prestigio entre los romanos que no dudaba en que se modificarían las leyes o que se le procuraría una dispensa especial si fuera necesario para que pudiera acceder al consulado.

Según las leyes romanas, para ejercer cada una de las principales magistraturas había que haber cumplido determinadas edades. No se podía ser curul antes de los treinta y seis años, pretor antes de los treinta y nueve y cónsul antes de los cuarenta y dos. Y todo ello sólo tras haber realizado una carrera de militar de diez años, que los romanos llamaban el *cursus honorum*.

—Vuelvo a combatir —le anunció Escipión a Marco, que visitó a su pariente en cuanto regresó de Grecia.

—¿Otra guerra? —preguntó el legado.

—Sí, pero de otra forma. He decidido presentar mi candidatura al consulado.

—Pero... si no me equivoco, no tienes la edad legal para optar a ese puesto; es preciso haber cumplido los cuarenta y dos años y tú tienes, ¿treinta y ocho? Te faltan al menos cuatro años.

—Qué importa eso. La situación es muy delicada. Me veo obligado a ir de un lado para otro a resolver los problemas que cónsules y pretores incompetentes crean. Dejé resuelta y pacificada la situación en Hispania y la inutilidad de algunos ha vuelto a encender los fuegos que yo apagué; el asunto de Cartago está inacabado por la ceguera de algunos senadores y la ineptitud de los cónsules de este año, y se ha venido abajo todo el trabajo y el esfuerzo que realizamos el año pasado; Macedonia ha sido sometida, pero en Grecia se han cometido tantos errores que la rebelión ha estallado por todas partes. La República requiere de un nuevo impulso, nuevos dirigentes que acaben con la incompetencia de esos grupos que sólo se mueven por sus propios intereses. Necesitamos otra política.

—Bien, no hay duda de que eres el romano más prestigioso y de que ganarás los comicios. Cuenta conmigo.

—En ese caso, prepárate para esta nueva guerra, más cruenta si cabe que las que libramos en el campo de batalla.

Marco y Aracos acompañaron a Escipión en su campaña. El nuevo legado y su ayudante habían estrechado su amistad desde que en aquellos meses ociosos frente a Cartago, dedicados tan sólo a vigilar convoyes, requisar mercancías prohibidas y practicar esgrima y tiro con arco, compartieran la piel de las seis esclavas nubias.

La campaña para la elección de los dos nuevos cónsules estaba comenzando cuando Escipión anunció en unos pasquines que, a pesar del impedimento legal por razón de su edad, optaba a uno de los dos cargos del consulado. El Senado debatió el asunto y, aun con la oposición de algunos afectos a la facción de Catón, entre los que el propio Catón se abstuvo para no entrar en contradicción con los elogios que había dedicado meses atrás a Escipión, se aprobó una dispensa legal para que Publio Cornelio, pese a no cumplir la edad necesaria, pudiera ser candidato a los comicios; esta vez, Násica, empleando argumentos de Polibio, pudo convencer a los senadores para que Escipión fuera eximido del precepto legal a causa de su edad.

La campaña electoral de Escipión se basó en dos sólidos argumentos: la recomposición del poder militar de Roma mediante la designación de los mejores soldados y estrategias para dirigir el ejército, y la mezcla de mano dura y hábil negociación para someter a los pueblos que se resistieran, especialmente a los de Hispania y Grecia; a ello sumó la promesa de conquistar Cartago.

La población de Roma, cansada de tantos fracasos militares en Hispania, centró todas sus esperanzas en Escipión, cuyo prestigio era tal que medio mundo lo

consideraba invencible. Sus hazañas se comentaban en mercados y tabernas; se decía que no había habido en Roma ningún estratega de su talla desde que muriera su padre adoptivo, el gran Escipión el Africano, cuyo prenombre, nombre y cognomen compartían. Los legionarios que lo habían visto luchar contaban cómo había vencido al gigante vacceo, al que ningún otro romano se había atrevido siquiera a retar. En la batalla siempre era el primero en atacar y, si las cosas venían mal dadas, el último en retirarse. Su valor era legendario y se consideraba que su habilidad en el manejo de la espada era tan grande que no tenía rival. Sus hombres lo adoraban como a un semidiós, y todos hubieran marchado sobre la misma Roma si él se lo hubiera pedido.

Sus adversarios criticaban su megalomanía, sus aires de grandeza y su desmesurada ambición; decían que tenía tanta ansia de poder y de mando que, una vez alzado al frente del consulado, se proclamaría rey de Roma y que con él se acabaría la República y regresaría la odiada monarquía. La clase dirigente romana estaba dividida en torno a su figura, pero la plebe lo consideraba un héroe, pues, a pesar de su origen patricio, Escipión prefería para el mando a un plebeyo, si éste demostraba más capacidad para ello, que a un incompetente noble de alta alcurnia.

Marco se inmiscuyó de lleno en la campaña de su pariente y se encargó de hablar personalmente con aquellos electores que tenían una mejor relación con su familia. Hasta entonces, Marco no había ambicionado ningún cargo político, pero el ejemplo de Escipión le despertó una cierta inquietud, e incluso hubo momentos en los que también soñó con ser elegido cónsul en el futuro.

La familia Cornelia, una de las más nobles del patriciado romano, había contado entre sus miembros con políticos muy ilustres. Desde luego, el más famoso y apreciado en Roma era Escipión el Africano, a quien los romanos veneraban como el más grande de sus héroes, pues no sólo se le reconocía el triunfo sobre Aníbal, sino la salvación misma de la República. Hijo de Cneo Cornelio, el primer romano en pisar Hispania por el puerto de Ampurias, y nieto del gran Lucio Cornelio, había adoptado a Escipión Emiliano, a quien había transmitido su nombre y su linaje.

Los Cornelios estaban emparentados por matrimonio con los Gracos, la familia más influyente en el bando de los plebeyos. La hija de Escipión el Africano y hermana adoptiva de Escipión Emiliano estaba casada con Tiberio Sempronio Graco, un combativo defensor de los derechos de los menos favorecidos, y padre del también llamado Tiberio Sempronio Graco y de Cayo Sempronio Graco. La relación matrimonial era dúplice, pues Escipión Emiliano era esposo de Sempronio, hija de Tiberio Graco y hermana mayor de Tiberio y Cayo; es decir, que era a la vez cuñado de Tiberio padre y cuñado de Tiberio hijo y de Cayo.

Escipión había sabido además rodearse de los más inteligentes y justos individuos. Era amigo del historiador griego Polibio, que lo acompañaba en todas sus campañas y que escribía todas sus hazañas, y se dejaba asesorar por hombres sabios.

Como estaba previsto, Escipión fue elegido cónsul pese a no haber cumplido la edad legal, y arrasó en los comicios. Su primera decisión fue el anuncio de reanudar el asedio de Cartago. Grecia e Hispania hervían en revueltas, pero la conquista de Cartago era imprescindible para Escipión, pues no deseaba mantener dos frentes abiertos en ambos extremos de los dominios de Roma y, además, que Cartago pudiera mientras tanto maniobrar libremente en el centro del Mediterráneo.

Por otra parte, Masinisa, el rey de Numidia, había muerto a los noventa y dos años sin haber designado cuál de sus tres hijos debía sucederle; Escipión tuvo que mediar para repartir el reino en tres regiones que cada uno de los tres gobernara una de ellas, a fin de evitar una guerra civil entre los propios númidas, cuya ayuda seguía siendo imprescindible para Roma. Ante semejante situación, la conquista de la capital de los púnicos ya no podía esperar.

Marco Tulio, avisado de que su legión partiría hacia África en unas pocas semanas, contrajo matrimonio con una joven patricia; se llamaba Julia y pertenecía a una de las familias más antiguas de Roma. El matrimonio se celebró en casa de Marco y, dada la alcurnia y nobleza los contrayentes, fue celebrado por el Pontífice Máximo.

Tras la ceremonia, los invitados participaron en un banquete para el que se dispusieron varias mesas y bancos de madera. Aracos fue acomodado en un lugar de honor junto al *impluvium*, al lado de los hermanos menores de Marco, que entre plato y plato no cesaron de acosarle con preguntas sobre Celtiberia.

Capítulo 15

[Año 147 a. C.]

El nuevo cónsul partió de Roma rumbo a Cartago entre las aclamaciones de una enorme multitud que se agolpó para ver salir a las tropas en lo que se suponía que iba a ser la guerra definitiva contra su gran enemiga. Antes de partir, Escipión juró solemnemente ante la estatua de Marte, en el templo del dios de la guerra, que no levantaría el asedio de Cartago hasta que esta ciudad o bien se entregara sin condiciones o bien fuera reducida por la fuerza. Hizo la promesa vestido con la toga curul, y para cumplirla se encomendó a los dioses protectores de la familia, de los antepasados y del hogar.

A fines del mes de abril se formalizó el nuevo asedio de Cartago.

Escipión comenzó por bloquear el viejo puerto, por donde los púnicos recibían los suministros que hacían soportable el asedio, pero comprobó indignado que durante el invierno los cartagineses habían edificado otro contiguo aprovechando el tiempo durante el cual los romanos habían levantado el asedio.

Había que volver a hacer todo el trabajo que dos años antes había estado a punto de lograr la rendición de la patria de Aníbal. De nuevo había que excavar fosos y trincheras, levantar campamentos, organizar los turnos de guardia, destacar patrullas en los puestos más relevantes...

—¡Cuánto tiempo, cuántos esfuerzos perdidos! —se lamentaba Escipión a la vista de las veintitrés millas del perímetro murado de Cartago.

—Estamos aquí de nuevo, eso es lo importante —le dijo el legado Marco Tulio.

—El tiempo también importa, Marco, y mucho. Si me hubieran permitido continuar con el asedio el año pasado, Cartago ya sería tierra romana, y Macedonia hubiera sido sometida de cualquier modo. No hacía falta la sexta legión para derrotar a los macedonios, pero Cecilio Metelo no quería tener ningún contratiempo y aprovechó su influencia ante los cónsules y el Senado para que se la enviaran. Sabía muy bien que era la mejor unidad militar de la República, la más preparada y la mejor entrenada; si en vez de dedicar su atención a conseguir el envío de la sexta, se hubiera afanado en equipar y adiestrar mejor a la tercera, este sobreesfuerzo que ahora tenemos que hacer para someter Cartago no hubiera sido necesario.

»Pero bueno, todo eso ya no importa, ahí delante está Cartago, es hora de ir a por ella.

•••

Esa misma primavera el pretor Cayo Vetilio fue enviado con una legión a Iberia. Los lusitanos habían pasado todo el invierno realizando razias en territorio turboleta y carpetano, y el Senado había decidido enviar a un ejército para restablecer la calma. Cartago y Lusitania eran ese año los dos grandes frentes abiertos en las eternas guerras de Roma.

Un ejército de diez mil lusitanos arrasó en primavera las comarcas occidentales de Turdetania. La historia terrible de la guerra con los celtíberos parecía repetirse de nuevo, ahora en el extremo occidental de la Península. Hacía ya más de dos generaciones que los romanos habían desembarcado en la península que ellos llamaban Hispania, pero la vieja Iberia de las tribus en permanentes guerras intestinas seguía resistiendo el poder de las legiones. Roma dominaba toda la costa peninsular mediterránea, el valle del Ebro, el del Betis y casi todo el sur, pero no había logrado imponerse en el centro, en la dura tierra de Celtiberia, ni en las extensas tierras del oeste ni mucho menos en las húmedas y boscosas montañas del norte, cuyas brumosas tierras ni tan siquiera había pisado. Una tras otra, todas las legiones habían fracasado ante el bastión de Numancia, donde el carácter indómito de los belicosos pueblos de Iberia se manifestaba con todo su vigor.

El pretor Cayo Vetilio logró derrotar a una partida de lusitanos encabezada por un audaz caudillo llamado César, que fue muerto en una escaramuza. Entonces, los lusitanos eligieron como nuevo jefe a un pastor de nombre Viriato, el mismo que había visto morir a casi toda su familia a consecuencia de la traición de Galba y había jurado vengar aquellos asesinatos tras proclamar su odio eterno al pueblo de Roma.

La elección de Viriato, que se había ganado un gran prestigio entre los lusitanos por su valor, su intrepidez y su espíritu de lucha, levantó el ánimo de los lusitanos. En cuanto fue proclamado nuevo jefe, Viriato se dirigió en busca del ejército de Vetilio, al que encontró acampado junto a la ciudad de Tríbola. Los lusitanos cargaron con una ira terrible y acabaron con una legión; entre los muertos estaban el propio Vetilio y cinco mil auxiliares titos y belos que, recién llegados de Celtiberia y sin apenas entrenamiento militar, se acababan de enrolar en el ejército romano.

La noticia de los desastres de Iberia llegó a Escipión en plenos preparativos para el asalto sobre Cartago, que el flamante cónsul había planeado para fin de ese año. Si todo hubiera marchado como él había previsto, Cartago habría sido ocupada en otoño, de manera que Escipión hubiera regresado como vencedor antes del invierno, justo un poco antes de dejar la magistratura para la que había sido elegido para ese año.

Pero los problemas de Hispania habían dado un giro inesperado a la situación. El Senado tuvo que enviar refuerzos, pues los triunfos relampagueantes del nuevo caudillo lusitano Viriato amenazaban de tal modo a la Turdetania que la presencia misma de Roma en Hispania estaba en entredicho. Además, agentes al servicio de la

República se habían enterado de que los lusitanos estaban enviando embajadas a los celtíberos, a los cántabros y a los astures, animándolos a levantarse en armas contra el dominio de las legiones.

El nombre de Viriato, un simple pastor lusitano, comenzó a ser bien conocido por los romanos, y en unos pocos meses pasó de ser un personaje anónimo a despertar en ellos un terror incontrolable.

—Con esto no contaba. Los hispanos han tenido buenos caudillos, valientes y arrojados, pero ninguno de ellos alcanzó jamás la categoría de héroe que ahora atribuyen a ese tal Viriato. Los pueblos de Hispania han estado secularmente enfrentados entre ellos y no hubo nadie capaz de unificarlos contra los cartagineses o contra nosotros los romanos. Sus jefes desaparecían con la misma rapidez con la que habían surgido de la nada. Este Viriato parece distinto; no sé, tal vez consiga, si le dejamos, unificar a los hispanos, y eso sería terrible para nosotros.

Escipión estaba contrariado por las malas noticias que llegaban de Iberia.

—No creo que lo consiga —intervino Marco. Conozco bien a los hispanos; siguen ciegamente a sus jefes y son capaces de dejarse matar por ellos, pero jamás se unirán en un objetivo común; son demasiado independientes, no entienden que pueda existir algo superior a su ciudad o a su tribu. Cuando les hablas del interés de toda una nación o de la grandeza de Roma, se encogen de hombros como si lo hicieras en griego o en persa.

—Así es —terció Aracos—. Vuestros historiadores nos han clasificado en grupos y nos han dividido en pueblos y tribus según su propio criterio, pero se han equivocado. Los hispanos, como vosotros llamáis a los pobladores de Iberia, nos agrupamos en torno a una gran ciudad por interés mutuo. Consideráis befos a todos aquellos que están alrededor de Segeda y arévacos a los de la región de Numancia, como si todos tuviéramos unos mismos intereses. Y os equivocáis. Los contrebienses somos befos, sí, pero antes somos belaiscos, y antes incluso contrebienses. Los romanos creéis que la República es lo más excelso, que todos los demás pueblos debemos opinar como vosotros y que sentimos eso que llamáis la nación de la misma manera. En Iberia las cosas no son tan fáciles; por encima de los lazos jurídicos, del derecho que para vosotros parece tan importante, las gentes de Iberia colocamos los lazos de la sangre y los sentimientos. Para vosotros, Roma lo es todo; para nosotros, Iberia es sólo un lugar donde vivir, pero es nuestro lugar, el único que tenemos.

—Un lugar que nos está causando muchos problemas —dijo Escipión.

—Ningún pueblo digno de serlo se somete sin luchar; los romanos deberíais saberlo mejor que nadie. ¡Ah!, y no os preocupéis tanto por ese Viriato, baste que sea un lusitano para que lo odien los turboletas o los carpetanos; Iberia, vuestra Hispania, ha sido siempre así.

La tarde caía sobre Cartago azul y púrpura. A lo lejos, las murallas de la ciudad

púnica parecían desvanecerse entre las primeras sombras.

Escipión miró los poderosos muros, los torreones almenados y los hachones encendidos en lo alto de las murallas. La ciudad púnica era mucho más grande, más poblada, más rica, más famosa y más fuerte que la pequeña Numancia de los arévacos, pero algo le dijo en su interior que sería mucho más fácil conquistar Cartago que aquella perdida ciudad en la meseta celtibérica.

Capítulo 16

[Año 146 a. C.]

Una vez oficiado el cambio de titulares en el consulado para el nuevo año, Escipión regresó a África, ahora como procónsul, con mando supremo sobre la sexta legión, a la que sometió a unas durísimas maniobras. Había decidido acabar con Cartago ese mismo año, y como los cartagineses no se rendían ni parecía que tuvieran intención de hacerlo, debido a que la situación de la ciudad y del nuevo puerto propiciaba que recibieran suministros con cierta facilidad, optó por atacar los muros y conquistarla al asalto, pues las victorias de Viriato sobre los pretores y generales romanos en Iberia se sucedían una tras otra y amenazaban con debilitar la moral de todo el ejército, a la vez que incitaban a algunos pueblos sometidos a rebelarse. Además, el caudillo lusitano se había atrevido a exigir de los carpetanos el pago de un tributo periódico, desafiando así a la autoridad de Roma en esa región del centro de Iberia.

A comienzos de primavera se incorporó al asedio de Cartago el veterano general Tiberio Sempronio Graco, el suegro de Escipión, que llegó de Roma con nuevas tropas de refresco; su prestigio entre los soldados era enorme desde que salvara del desastre a una legión entera frente a Numancia.

—Con dos generales como Escipión y Tiberio al frente del ejército, Cartago está perdida. Fíjate, Aracos, cómo han aclamado los legionarios la llegada de Tiberio. ¿Recuerdas su sagacidad en Numancia? Si no hubiera sido por su intervención, probablemente ahora no estaríamos aquí. Tiberio es uno de los hombres que han hecho de Roma lo que hoy es.

—He oído decir que no es demasiado popular entre vosotros, los patricios —alegó Aracos a las palabras de Marco.

—Bueno, tal vez se incline demasiado en defensa de la plebe, pero Roma es una mezcla de plebeyos y patricios. Ha sido en los períodos en los que se ha mantenido la armonía entre los dos grupos, cuando la República ha prosperado y se ha hecho más fuerte y más grande. Sí, a Tiberio le gusta estar cerca del pueblo, como yo mismo le he oído decir en alguna ocasión, pero no me cabe la menor duda de que siempre estará del mismo lado: del de Roma.

El yerno de Escipión era un gran estratega en el ataque a fortalezas, y con la ayuda de ingenieros y zapadores diseñó el plan de asalto a Cartago, que se realizaría de inmediato.

Una escuadra integrada por veinte navíos de guerra bloqueó el puerto, en tanto las tropas de refresco de Graco atacaron y conquistaron un campamento cartaginés

situado en una ciudad llamada Néferi, a unas pocas millas al sudeste de Cartago, en el interior, desde donde hostigaban a los romanos y reclutaban algunas tropas mercenarias de las tribus nómadas del desierto de África.

En cuanto Escipión recibió la noticia de que sus espaldas estaban a salvo y cubiertas por la caída de Néferi, lanzó a la sexta legión a la toma de las murallas de Cartago. Las torres de asalto comenzaron a moverse hacia los muros. Habían sido construidas en muy poco tiempo gracias a la dirección de un ingeniero griego y estaban diseñadas para contener en su interior a cien hombres. La altura de las torres era algo superior a la de las murallas, lo que permitía atacar desde una posición elevada a los defensores. Los cartagineses, que habían soportado el asedio con cierta facilidad, se aterrorizaron cuando vieron acercarse las grandes torres de madera, que crujían como monstruos iracundos al desplazarse sobre sus enormes ruedas macizas.

Apoyados y cubiertos por los continuos lanzamientos de las catapultas, los zapadores lograron situar seis de las torres de asalto junto a uno de los sectores más débiles de las murallas. A una señal de Escipión, las seis torres dejaron caer las rampas hasta apoyarlas en lo alto de los muros, y a través de ellas salieron corriendo y gritando los legionarios de la sexta. Marco y Aracos fueron los primeros en ganar el muro; la espada del legado romano y el hacha de combate del celtíbero derribaron a los primeros defensores con los que se toparon. En ese primer envite, Aracos notó que los cartagineses caían abatidos con suma facilidad y que su pericia en el manejo de las armas era muy escasa.

En muy poco tiempo el flanco de las murallas en el que los romanos habían centrado su ataque se había convertido en una vorágine de cuerpos ensangrentados que gritaban para ahuyentar el miedo o a causa del dolor de las heridas. Una tras otra, las demás torres de asalto fueron alcanzando sus objetivos; la ciudad de Cartago estaba perdida. Marco y Aracos saltaron desde la muralla a una de las calles, y seguidos por dos docenas de legionarios corrieron hacia la ciudadela, en donde se estaban refugiando los defensores que huían ante la avalancha romana.

Aracos volvió la vista atrás y contempló los primeros incendios que surgían en diversos barrios. No le cupo entonces ninguna duda de que Escipión, pese a que en principio no había estado de acuerdo con la desaparición de Cartago, cumpliría a rajatabla la orden del Senado: «Cartago debe ser destruida».

Asdrúbal, el gran general cartaginés que dirigía la defensa, vio perdida la situación y ofreció la rendición de sus tropas para evitar una masacre. Aracos levantó el hacha de combate y gritó a los legionarios y a su grupo de auxiliares celtíberos, entre los que estaba Aregodas, que se detuvieran. El general cartaginés se plantó frente al guerrero contrebiense, cuyas ligeras y fibrosas piernas le habían permitido llegar el primero ante la puerta de la ciudadela.

—No es necesario derramar más sangre —gritó Asdrúbal—, nos rendimos; Cartago se rinde a Roma.

Tras Aracos llegó Marco, todavía jadeando por la carrera.

—Entregad vuestras armas —ordenó el legado a los cartagineses que se agrupaban tras su general.

Espadas, lanzas y mazas fueron cayendo al suelo, y los soldados cartagineses se despojaron de sus cascos.

Aracos pudo ver entonces con claridad los rostros de los púnicos y comprendió la facilidad de la victoria. La mayoría era jóvenes inexpertos o ancianos carentes de la energía suficiente como para participar en una batalla de tamañas proporciones. Los soldados veteranos o habían muerto durante las escaramuzas de los meses y años anteriores, o se habían pasado al bando romano o habían desertado buscando cobijo en Egipto y en Nubia.

La orden de rendición se extendió por toda la ciudad, y Escipión entró en Cartago victorioso.

Ante Asdrúbal, Publio Cornelio exigió la entrega de la ciudadela, donde todavía resistían algunos cartagineses que no habían acatado la orden de su general.

—Ahí se encuentran mi esposa y mis hijos —le dijo Asdrúbal—. Les he pedido que se rindan, pero me han respondido que yo no quise hacerlo cuando hace unos días tú me ofreciste que te entregara la ciudad y me pasara a tu lado. Mi esposa me recriminó por no aceptar tu oferta, pero yo recurrí al honor de Cartago y a su historia. Ahora, ella ha empleado mis propios argumentos para desobedecerme.

—Maldita sea, dile a esa terca mujer que abra las puertas de la ciudadela y se entregue con los que aún están ahí dentro, o juro por todos los dioses, los nuestros y los vuestros, que no dejaré piedra sobre piedra de esta desgraciada ciudad, pues la arrasaré hasta los cimientos.

La esposa de Asdrúbal y los que se habían refugiado en la ciudadela, horrorizados por lo que habían visto y por la ferocidad del ataque romano, no se entregaron. Un mensajero le dijo a Escipión que preferían quitarse ellos mismos la vida antes que ser esclavos de un romano.

Escipión no quería perder ni más hombres ni más tiempo, y ordenó que se rodeara la ciudadela de leña y que se le prendiera fuego. Y así se hizo. Asdrúbal contempló impotente cómo su mujer y sus hijos, acosados por las llamas y el humo, se arrojaban desde lo alto de la ciudadela en medio de las hogueras.

Cartago ardía convertida en una gigantesca pira. La ciudad de los bárcidas, la patria de Aníbal, la república que durante siglos había sido la dueña de los mares, se abrasaba en un infierno de fuego, pavesas y humo. Los grandes templos, los palacios de los nobles y de los ricos comerciantes y los jardines otrora legendarios se estaban convirtiendo en nubes de cenizas que el viento del sur arrastraba mar adentro.

Sobre una colina cercana, los victoriosos generales Publio Cornelio Escipión y Tiberio Sempronio Graco contemplaban la inmensa hoguera. A su lado, el historiador Polibio no perdía detalle de cuanto estaba sucediendo, y sus ojos iban de un lado a otro, centelleantes como las chispas que inundaban el cielo. Escipión tenía la mirada atenta, fija en el fuego devastador que lo estaba consumiendo todo.

—Guardemos este momento en nuestra memoria, amigos, pues ante nuestros ojos sucumbe Cartago, la legendaria. Tú mismo, Polibio, y otros historiadores como tú, narraréis en vuestros libros este momento, y así quedará escrito para siempre en los anales de la Historia, pero ahora vivámoslo, porque jamás volverá a repetirse algo semejante. Es un momento único en nuestra vidas que bien merece ser honrado.

»Polibio —continuó Escipión dirigiéndose a su amigo el historiador—, ¿recuerdas aquellos versos en los que Homero anuncia la destrucción de Troya?

—Claro que sí, Publio: «Llegará también un día en que perecerá Troya la Sagrada...» —recitó Polibio en griego.

—No, esos no; los del canto primero de la *Ilíada*, los primeros versos después de que Apolo conjurara a unirse a todos los aqueos contra Troya —precisó Escipión.

—«Que los dioses inmortales que habitan en los palacios del Olimpo os permitan destruir la ciudad de Príamo, y regresar sanos de allí...» —cantó Polibio.

—No, esos tampoco, un poco más adelante —insistió Escipión.

—¡Ah, claro! —Polibio carraspeó y declamó en el lenguaje de los griegos—: «No salí de mi patria por mi placer para atraer a los troyanos armados con lanzas, pues ningún agravio me causaron. Nunca se apiadaron de mis bueyes ni de mis caballos y jamás asolaron mis cosechas; nos separan el mar y sus arrullos y las montañas rocosas».

—A éstos me refería exactamente. Tu memoria es prodigiosa, Polibio, yo no los recordaba bien.

—Has vencido a un pueblo grandioso; eso convierte tu triunfo en algo mucho más importante aún. Los cartagineses circunnavegaron África hace más de trescientos años; lo hizo un almirante púnico llamado Hannón cuando Roma no era sino un villorrio pantanoso perdido en el Lacio. Y ahora esa gran nación yace derrotada a los pies de Roma.

El general romano no dejó de mirar ni un solo instante las densas y altas columnas de humo que emanaban de las ruinas ardientes. Tras recitar los versos de Homero, Polibio miró a Escipión, cuyos ojos brillaban cubiertos por una lámina de lágrimas, que se derramaron por las mejillas del conquistador de Cartago. Nadie hasta entonces lo había visto llorar.

—Roma tenía que vencer, Roma siempre tiene que vencer —aseveró Escipión, enjuagándose las lágrimas con el pañuelo púrpura que había llevado hasta entonces anudado en su cuello.

—Era una gran y hermosa ciudad; la cuna del inmortal Aníbal y del noble Asdrúbal, la que fuera señora de los mares. Pero osó enfrentarse a Roma y ahora arde consumida por el fuego —lamentó Tiberio.

—Roma siempre tiene que vencer —reiteró Escipión.

Polibio hizo entonces una comparación entre la victoria de Escipión el Africano y la de Escipión Emiliano cincuenta y cinco años después; mirando a Aracos, que acompañaba a Marco Tulio en una segunda fila, añadió que también en aquella ocasión los celtíberos lucharon al lado de los romanos contra los cartagineses. Escipión se volvió hacia Aracos, lo felicitó por el valor demostrado en el combate y le dijo que transmitiera esa felicitación a todos los auxiliares celtíberos, a los que expediría un diploma reconociendo su esfuerzo.

Se cumplían seiscientos siete años de la fundación de Roma; después de tres guerras y una centuria de cruentísimos enfrentamientos, los romanos habían logrado la derrota definitiva de los cartagineses, sus principales rivales en la lucha por la supremacía en el Mediterráneo, y al fin estaban en condiciones de convertir a este mar en un «lago romano». Y era Escipión quien en mayor medida había contribuido a semejante logro.

Capítulo 17

Ese mismo año también fue destruida la ciudad griega de Corinto. La excusa que adujo Roma fue que los embajadores romanos que habían acudido allí para mediar en el conflicto entre las ciudades griegas habían sido humillados, maltratados y expulsados de esa urbe. Fue el propio cónsul Lucio Murrio quien ordenó arrasar Corinto, además de Tebas y Clacis, que le habían prestado ayuda. Antes de ser quemada y asolada, el cónsul retiró las obras de arte que atesoraba la ciudad y las repartió por otras ciudades griegas y por la propia Roma.

La noticia de la conquista de Cartago llegó a Roma casi a la vez que la del saqueo y la destrucción de Corinto, la próspera ciudad griega que se había negado a aceptar la autoridad romana. El Senado festejó ambas victorias en una sesión extraordinaria.

—No debe quedar ni una sola duda de nuestra voluntad, firme e inalterable, de convertir el Mediterráneo en un mar romano, en el «Mare Nostrum». Por ello, todas las tierras, naciones y pueblos que habitan sus orillas deben someterse o ser sometidas a la autoridad de la República, del Senado y del pueblo. Roma siempre vence.

Así acabó su discurso Carón, el principal orador del bando de senadores que defendían la expansión de Roma mediante el terror y la fuerza. Este bando, el más numeroso e influyente del Senado, estaba integrado por ricos terratenientes del patriciado cuyos antepasados habían conseguido grandes latifundios gracias a la anexión de tierras del Lacio durante las guerras sostenidas en los tres siglos anteriores con los etruscos, los sabinos, los volscos y otros pueblos del centro de Italia. Dueños de inmensas fortunas, propietarios de enormes latifundios y de centenares cuando no de miles de esclavos, acaparaban las principales magistraturas de la República, manejaban los hilos del poder y controlaban los puestos clave del gobierno y del ejército. Utilizaban los recursos del Estado en su beneficio, y aunque a veces tenían que ceder momentáneamente en sus pretensiones ante el prestigio y carisma de personajes como Escipión o Tiberio, a la larga siempre conseguían imponer sus criterios y alcanzar sus propósitos.

Pacificada Macedonia, sometida y aterrorizada Grecia a la vista de lo que había ocurrido con Corinto, en calma Celtiberia y destruida Cartago, Roma apenas tenía otro enemigo que Viriato, el pastor lusitano que seguía resistiendo en las regiones occidentales de Iberia.

Los vencedores de Cartago fueron recibidos en Roma como héroes. Escipión Emiliano y Tiberio Graco desfilaron al frente de sus dos legiones por la orilla del Tíber, hasta el campo del Vaticano, donde se rindieron honores a los caídos y se condecoró a los más destacados. El pueblo aclamaba entre tanto a los soldados que habían logrado acabar con la ciudad que había sido la pesadilla de varias

generaciones de romanos. Publio Cornelio fue distinguido por el Senado con el honor del triunfo y el sobrenombre de Africano, el mismo que había llevado su padre adoptivo.

Escipión celebró a sus expensas unos juegos en el anfiteatro, y en ellos fueron arrojados a las fieras algunos soldados romanos y auxiliares itálicos que habían desertado durante la guerra de África y los esclavos que habían aprovechado la confusión tras las batallas para intentar huir.

Los celtíberos que participaron en la conquista de Cartago fueron recompensados con una paga extra, y Aracos recibió además, de manos del propio Escipión, una bolsa de cuero que contenía cien denarios. El vencedor de Cartago emitió y firmó un documento escrito en una placa de bronce en el que destacaba el valor de los celtíberos de las ciudades de Contrebia Belaisca y de Belgio adscritos como auxiliares a la sexta legión. Hacía ocho años desde que Aracos se enrolara en el ejército romano que se enfrentó a los numantinos y segedenses, y ya había luchado en Celtiberia, en Macedonia y en África. Recién cumplidos los veintisiete años, creyó llegado el momento de regresar a Contrebia.

Acabados los fastos y triunfos por la conquista de Cartago, Aracos le confesó sus planes a Marco.

—Medio centenar de auxiliares belos va a retornar a Celtiberia en unos días; los encabezará Aregodas, un buen amigo mío de Contrebia que peleó en Numancia y Cartago como el mejor de los soldados. Regresaré con ellos. Gracias al botín logrado en Cartago, he reunido el dinero suficiente como para poder comprar una pequeña hacienda en Contrebia, o tal vez en Salduie, donde existen amplios espacios para roturar y poner en cultivo.

—Entonces, nos... me dejas dijo Marco.

—Tú ya tienes una esposa y pronto tendrás hijos. Tu vida es Roma, tu futuro es Roma. Yo sigo siendo un extranjero entre vosotros y si aguardo más tiempo para regresar a mi patria también seré un extranjero en ella, tal vez ya lo sea. Todos los hombres necesitamos sentir nuestras raíces, saber que estamos sujetos por ellas, que nos alimentan, nos nutren y nos fortalecen —asentó Aracos.

—Vaya, yo creía que para ti esas cosas de la patria eran intrascendentes.

No, no me refiero a la patria tal como la entendéis los romanos; hablo de la tierra, de la gente. Soy un celtíbero y no quiero dejar de serlo. Necesito sentirme de alguna parte. Compraré tierras y las cultivaré.

—Tú no has nacido para ser campesino —dijo Marco.

—Todos somos campesinos. Una vieja leyenda de mi tierra cuenta que un rey llamado Gágoris se acostó con su hija; de ese incesto nació un niño llamado Habis. En esos oscuros tiempos Iberia era una tierra boscosa donde habitaban los curetes, sobre los que reinaba Gágoris. Habis fue desterrado, pero luego lo cazaron con un

lazo y lo llevaron a presencia de su padre, quien lo reconoció como hijo y lo nombró sucesor. Fue Habis quien instauró las leyes y quien trajo la agricultura a mi tierra. Como ves, no nos hicieron falta las leyes ni las costumbres romanas para entrar en eso que vosotros llamáis la civilización.

—Una hermosa leyenda, como todas. Nosotros tenemos algunas parecidas.

—Mi tierra me reclama.

—En Roma siempre habrá un hueco para ti, en mi casa siempre estará tu casa, en mi corazón siempre estará tu nombre —dijo Marco.

Los dos amigos se abrazaron con fuerza y Marco acarició los cabellos rizados y negros de su amigo.

—Ha sido un honor combatir a tu lado y disfrutar de tu amistad —añadió Aracos.

—¿Cuándo piensas partir?

—He de arreglar mis asuntos financieros. Ya sabes que he ido ahorrando parte de mi salario de estos años en el banco de Julio Máximo; es el que me recomendaste.

—Es uno de los pocos banqueros de Roma de los que aún se puede uno fiar.

—Retiraré todo el dinero y regresaré a Hispania —Aracos se sorprendió a sí mismo, pues era la primera vez que denominaba con el nombre romano a Iberia dentro de dos o tres semanas. El alquiler de una habitación en Roma es muy caro y no quiero dilapidar mis ahorros.

—Sabes que puedes quedarte en mi casa todo el tiempo que desees. Mi esposa te aprecia y estará encantada de que vivas con nosotros.

—No quiero ser un estorbo. Hace meses que no la has visto y desearéis estar juntos todo el tiempo que os sea posible, antes de que vuelvas a enrolarte en otra guerra.

—Vamos, sé razonable; mi casa es muy grande. Me ha dicho Escipión que el Senado está barajando mi nombre como legado de la República en Asia; si me destinan allí, en el lado del mundo opuesto a Celtiberia, cuando te marches, en dos o tres semanas, quién sabe, tal vez nunca jamás volvamos a vernos.

—De acuerdo, me quedaré en tu casa, pero sólo hasta que embarquemos hacia Iberia.

—Que ojalá sea dentro de mucho tiempo —replicó Marco.

Fueron tres semanas en las que los dos amigos no se separaron un solo instante, salvo para dormir, momento en el que Marco y su esposa Julia se retiraban discretamente a sus aposentos privados después de cenar.

El segundo día para las calendas de octubre se cumplieron las tres semanas. La noche anterior habían celebrado la despedida con el mejor atún en conserva de Antibes, y vino de Falerno, aromático, negro y sedoso como la piel de una hermosa muchacha nubia, y de Creta, amarillo, dulce y resinoso como el trigo y la miel.

Marco y su esposa desayunaron con Aracos. Cuando un esclavo retiró el servicio de mesa del triclinio, el general hizo una señal y una esclava trajo una caja de madera.

—Es un regalo, para que cada vez que bebas te acuerdes de este romano.

Aracos abrió la caja y extrajo de ella una brillante copa de oro, con un hermoso pie y dos asas finamente cinceladas.

—Es maravillosa, gracias. Yo también tengo un regalo para ti. Aracos sacó de la bolsa de cuero que pendía del cinturón de su túnica dos manos labradas en bronce.

—Esta tésera sellará nuestra amistad para siempre —dijo Marco.

Cada uno de los amigos cogió una de las manos de bronce, del tamaño de la de un niño. La zona de la palma estaba plana y ambas coincidían perfectamente.

—Quédate tú la derecha —dijo Aracos.

Marco le dio la vuelta, miró la palma y leyó en voz alta la inscripción que en latín y en celtibérico había ordenado grabar Aracos:

—«Aracos, de la *gens* de los Urdinocos, hijo de Abulos, de Contrebia Belaisca, hizo esta tésera con Marco Tulio, de la familia Cornelia, ciudadano de Roma. Por siempre.» La guardaré y cuando los dioses me concedan hijos, ellos la conservarán por mí el día que la muerte me reclame.

Cincuenta celtíberos, todos del pueblo de los belos, embarcaron en el puerto de Ostia rumbo a Tárraco. Poco antes Aracos se había despedido de Marco en un embarcadero junto al puente Sublicio, a orillas del Tíber. Desde la barca, descendiendo la suave corriente del río, Aracos levantó el brazo para ofrecer a Marco su último saludo; junto a él estaba Aregodas. En ese mismo instante tuvo la intuición de que alguna vez volvería a encontrarse con el romano.

II

REGRESO A CELTIBERIA

Capítulo 1

[Año 146 a. C., continuación]

Contrebia Belaisca apareció en el brumoso horizonte como una nave terrosa varada en medio del valle. Aracos caminaba al frente de veinte belaiscos que regresaban a su tierra tras varios años al servicio de Roma. Desde Ostia habían viajado en un convoy de cuatro naves mercantes cargadas de vino, cerámica y aceite de Campania que todos los otoños hacían la ruta desde el puerto de Roma hasta el de Tarraco y que regresaban a la primavera siguiente con plata, plomo, pieles y armas de Hispania. Desde Tarraco habían caminado río Ebro arriba hasta Salduie, donde los otros treinta celtíberos se habían dirigido hacia Nertóbriga, Belgio, Damianu y otros poblados belos, en tanto los veinte belaiscos habían tomado el camino viejo de la Idubeda, hasta Contrebia.

—¡Ya estamos en casa!, ¡ya llegamos! —gritaban alegres algunos del grupo de mercenarios.

La noticia ya se conocía en la ciudad desde la tarde anterior. Por el eficaz sistema de señales visuales, se había transmitido desde Salduie que los contrebienses que habían vencido a Cartago regresaban a sus hogares.

Unos niños fueron los primeros en salir corriendo por el camino que conducía a Salduie hasta alcanzar a los guerreros, que los saludaron henchidos de alegría. La mayoría de la comitiva de bienvenida los aguardaba a la puerta de la ciudad, aunque algunas mujeres, esposas y madres sobre todo, no pudieron aguantar la espera y corrieron tras los chiquillos.

Aracos no reconoció a ninguna de aquellas mujeres. Buscó algún rostro familiar, pero tampoco pudo identificar ningún rasgo, aunque su atención se agudizó cuando oyó una voz casi infantil que pronunciaba su nombre.

—¡Yo soy Aracos!, ¿quién me llama? —preguntó.

—¿Aracos, Aracos? —insistió la vocecita.

—¡Aquí, aquí! —gritó el belaisco levantando la mano.

Una jovencita se acercó hasta él; tenía unos siete años. Aracos sólo necesitó verle los ojos para saber que era su hermana.

—Tú eres... ¿eres mi hermana? —balbució.

—Sí —repuso la niña con firmeza.

—¿Y madre, y padre? —demandó ansioso.

—Allí, padre está allí —dijo la niña señalando hacia la multitud que se agolpaba junto a la puerta de la ciudad.

Aracos cargó con su hermana al hombro y avanzó raudo. Al acercarse a la ciudad,

enseguida distinguió a su padre. Estaba viejo y parecía cansado, casi no había perdido pelo, pero lo tenía completamente cano.

—¡Padre, padre! —gritó.

Los dos se abrazaron un buen rato, con la hermanita entre ellos.

—¿Y madre, dónde está madre?

Abulos bajó la mirada.

—Murió al nacer la niña. Fue un parto muy difícil, tu madre era muy fuerte, pero no lo pudo soportar.

Aracos sintió que se le partía el corazón, pero no quiso parecer débil y acarició la cabeza de su hermanita.

—Tiene sus mismos ojos.

—En ellos veo a tu madre todos los días.

—¿Y tú, padre?

—Desde hace cuatro años vivo con una esclava que compré a unos mercaderes romanos en Belgio; es vaccea.

—¿Te ha dado algún hijo?

—No, no, no puede procrear, creo que es estéril.

—¿Y mis hermanos?

—Están en Nertóbriga. Han ido a vender trigo. Ahora nos va bien, nuestros campos producen buen trigo y buena cebada. Tenemos suficiente para nosotros, y el ejército romano nos compra a muy buen precio cuanto nos sobra. Desde que ese demonio lusitano, Viriato, se levantó en armas contra Roma, las hambrientas legiones necesitan trigo para sus soldados y nosotros se lo proporcionamos. Mientras dure esta situación, ganaremos dinero, mucho dinero.

Viriato. Ése era el nombre que corría de boca en boca por toda Iberia. Aquel mismo año el intrépido lusitano había atacado Segontia y Segóbriga, a muchas millas al oeste de Lusitania, y había logrado que de momento los arévacos no proporcionaran las tropas que la República les demandaba. Algunos pueblos ibéricos comenzaban a creer que Viriato podría ser el caudillo que los unificara a todos y consiguiera el fin del dominio romano, pero otros muchos, alentados por la propaganda de Roma, lo consideraban como el cruel jefe de una banda de ladrones sanguinarios que sólo pretendía arrasarse las regiones vecinas en busca de botín. Cansados de tantos años de guerra, muchos iberos creían que la sumisión definitiva a Roma reportaría al fin la paz que tanto anhelaban, y solían hacer procesiones solemnes portando ramas de olivo y rogando a sus dioses que les trajeran esa paz.

[Año 145 a. C.]

Animado y aconsejado por su padre, Aracos gastó casi todo su dinero en la compra de unas fincas, un espartizal y un zumacal a unas dos millas al norte de Contrebia. La ciudad era muy joven y todavía quedaban a su alrededor algunas tierras por labrar. Los campos habían sido roturados hacía diez años y la tierra era de la suficiente calidad como para proporcionar una buena cosecha, el espartizal apenas estaba explotado y el zumaque era muy demandado por los tejedores de Contrebia para teñir sus paños.

—Para cultivar esa extensión necesitarás al menos dos hombres; hay algunos jóvenes en la ciudad que son fuertes y buenos trabajadores. Yo mismo los suelo emplear ocasionalmente en el tiempo de la siembra y de la recolección. Si te queda algo de dinero después de pagar las fincas, puedes incluso comprar algún esclavo; a fines de este invierno hay anunciada una venta de cimarrones en Salduie. Se trata de esclavos que huyeron y que han sido apresados por patrullas romanas. Como nadie los ha reclamado una vez cumplido el plazo legal, el gobernador romano los subastará en el foro de la capital de los sedetanos.

—¿Ya no se enrolan los jóvenes en el ejército romano? —preguntó Aracos.

—Desde que hace dos años Viriato acabara con una legión y cinco mil auxiliares de los nuestros y de los titos, los jóvenes belos han cambiado sus preferencias. Ahora admiran al pastor lusitano y algunos se atreven a decir en público que prefieren morir combatiendo al lado de Viriato que vivir siendo siervos de Roma. Los triunfos de Viriato han hecho cambiar de opinión a muchos. Creen que ese caudillo puede devolver a Iberia su libertad. Ha pasado de ser considerado un ladrón a ser venerado como un héroe.

—Padre, tú has combatido al lado de las legiones y sabes cuál es la determinación de sus generales. Yo también lo he hecho; cuando luchamos en Numancia, nos rechazaron una y otra vez, pero los romanos siempre vuelven. Yo he estado en Roma y he visto sus calles porticadas, sus edificios gigantescos, las lujosas casas de sus patricios y las multitudes infinitas que pueblan esa ciudad. Créeme, padre, sus moradores son varias veces cien mil, tienen en permanente pie de guerra una docena de legiones y si lo necesitaran podrían reclutar otra docena más. Todos los varones romanos entre los diecisiete y los sesenta años capaces de empuñar un arma pueden ser movilizados y llamados a filas si la República los necesita. Es un pueblo que vive por y para la guerra; podrán ser derrotados una y otra vez en cien, en mil batallas, pero siempre volverán, hasta que Roma se imponga. Ellos dicen que «Roma siempre vence».

—Bueno, eso ya no es asunto tuyo. Ahora eres un honrado propietario, y como tal deberás censarte en Contrebia y tomar un asiento en el senado de la ciudad. Aquí hay muchas cosas que hacer. Los romanos necesitan trigo para alimentar a sus legionarios

y a sus auxiliares, y nuestros campos pueden producir mucho más si mejoramos los cultivos. Precisamente ahora estamos debatiendo cuánto costaría la construcción de una presa aguas arriba del río, para sacar de ella un canal que riegue los campos de secano de la margen derecha y poder plantar trigo en las esparteras; con ello aumentaríamos el rendimiento de esos campos y quintuplicaríamos los beneficios.

»Por cierto, deberías buscar una muchacha para casarte. Un propietario necesita una esposa, y una casa. Bueno, no pretendo echarte, puedes seguir viviendo en la mía mientras quieras, pero un hombre necesita una familia y una casa propia. Hay varias parcelas disponibles en el nuevo barrio bajo, en la ladera este de la acrópolis. Las calles están bien empedradas. Con mi ayuda y la de tus hermanos podrías tenerla lista en un par de meses, tal vez antes. Y en cuanto a tu boda... Conozco a una muchacha que sería una esposa apropiada. Es hija de un propietario agrícola que además posee dos tiendas y una fundición con dos hornos para hierro y para bronce; es un negocio muy próspero. Los romanos también compran espadas y cascos de hierro.

Capítulo 2

En la fiesta de la última luna llena del verano, después de la cosecha de cereales y antes de la vendimia, el padre de Aracos invitó a un banquete a todos sus hijos y a la familia de la muchacha de la que le había hablado meses atrás. La noche era cálida y clara y los contrebienses bailaban tras la cena en las calles, al son de trompas de terracota, tambores de piel de cerdo y liras hechas con cuernos de venado y tendones de caballo. Con los estómagos llenos de carne de cordero y de jabalí, pan de cebolla, *caelia*, la cerveza de trigo preferida de los celtíberos, vino e hidromiel, cantaban salmos al dios creador de todas las cosas, señor del universo, el dios nocturno y misterioso del que los celtíberos se consideraban descendientes y de quien jamás pronunciaban el nombre.

Abulos se había cuidado, con la complicidad del padre de la muchacha, de que Aracos y la joven estuvieran juntos en el banquete, y en el baile todos les animaron a que danzaran abrazados, lo que suponía el inicio de una larga y amena noche. Hacía ya varias semanas que Aracos no se había acostado con ninguna mujer; desde que regresara a Contrebia había ido dos veces a Salduie, pero no había visitado su afamado lupanar donde varias prostitutas despachaban a los numerosos clientes que demandaban sus servicios, sobre todo a los soldados de la guarnición romana destacada en esa ciudad a orillas del Ebro.

La muchacha se llamaba Briganda, como la diosa de la luz. Tenía diecisiete años y era pelirroja. No era muy hermosa, pero su aspecto era saludable, sus piernas fuertes y sus brazos largos y fibrosos. Sus anchas caderas y sus grandes pechos eran un excelente síntoma de que podría ser una mujer fértil y con abundante leche para amamantar a sus hijos.

—Mírala bien, Aracos. Te dará hijos sanos y robustos. Su padre está de acuerdo con este matrimonio y aportará una buena dote. Podríais casaros después de las fiestas de la vendimia. Este año ha sido bueno, celebraríamos un gran banquete. El ejército romano nos ha comprado todos los excedentes de grano y a muy buen precio; los dioses nos son propicios. Aprovecha esta conjunción de buena suerte; he consultado con un druida y me ha asegurado que los augurios son favorables para vuestro matrimonio, lo ha visto en las entrañas de un cordero que le entregué para el sacrificio.

A medianoche, cuando muchos contrebienses yacían tumbados por las esquinas, ebrios de vino, cerveza y licor de higos, Aracos y Briganda salieron de la ciudad y caminaron por el sendero del río. En un pequeño calvero de un cañaveral, sobre un lecho de juncos, se tumbaron bajo la luna amarilla.

El rostro de la muchacha brillaba bañado por una luz nacarada y sus ojos verdes y melados destacaban como ascuas en su rostro ovalado. Olía a canela y cinamomo y se

había perfumado el cabello con unguento de mirobálano. Llevaba el cabello rojo recogido en una redcilla de hilo engastado con filamentos de plata, y de su cuello pendía un amuleto de bronce con forma de caballo y un cuerno de la abundancia, los dos símbolos de la diosa Epona, la protectora de los difuntos, la diosa madre que conducía a las almas de los muertos al más allá. A Aracos le extrañó que una joven portara semejante amuleto, pero se limitó a acariciarle el rostro y a besarla. Los labios de Briganda se abrieron inexpertos para recibir a los del belaisco.

La mano de Aracos descendió despacio a lo largo del cuerpo de Briganda, que jadeaba y se convulsionaba de placer; le masajeó con suavidad el pecho por encima de la túnica y notó cómo se le erizaban los pezones, y continuó hasta alcanzar el pubis. Sus dedos jugaron con el vello rizado de la muchacha y con delicadeza comenzaron a acariciar su sexo húmedo y caliente.

—Soy virgen —dijo Briganda como excusándose.

—No te preocupes, si no quieres...

—Sí, sí —musitó Briganda—; ahora es el momento, es el tiempo, la luna, la luna... Los susurros de la muchacha eran como el ronroneo de una gata en celo.

Aracos se despojó de su túnica corta y la muchacha cogió su pene enhiesto entre las manos; lo acarició como si se tratara de un tótem y lo lamió suavemente.

—¿Estás preparada? —le preguntó excitado Aracos.

—Sí, es el tiempo, ahora es el tiempo —susurró Briganda.

Aracos se ayudó con la mano derecha para colocar su pene en el sexo de la joven mientras la abrazaba por la cintura con la izquierda. Empujó con la pelvis con fuerza pero lentamente hacia la de la muchacha, ayudando con la mano a que su miembro penetrara en su destino. Briganda se contrajo con un espasmo violento al sentir la penetración y gimió de dolor.

—Si te hago daño...

—No, no, sigue, sigue, es el tiempo, es el tiempo, la luna, la luna... —reiteró la joven.

Aracos siguió intentando la penetración ante el rostro contraído de Briganda, que reflejaba una mezcla de punzante dolor y extraordinario placer. El belaisco hizo ademán de retirarse, pero la muchacha lo evitó abrazándose con fuerza a su cuerpo y pidiéndole que siguiera, que siguiera, que siguiera...

Al fin, tras varios intentos, Aracos sintió cómo provocaba en el interior de la joven una ligera rasgadura y su pene entró plenamente en la vagina de Briganda, que emitió un gemido sordo y profundo. Ambos amantes iniciaron entonces un acompasado bamboleo de caderas y troncos, acoplándose uno al otro, complementando sus movimientos a un ritmo cada vez más rápido. Aracos notó cómo Briganda alcanzaba el éxtasis de placer cuando sus piernas le rodearon la

cintura y su vientre se convulsionó con fuerza tras varios espasmos; aceleró entonces sus movimientos hasta que se derramó en el interior de la pelirroja.

Tumbado boca arriba, contemplando la luna, Aracos, satisfecho y aún jadeante, le preguntó:

—¿A qué tiempo te referías?

—Al tiempo sagrado, al tiempo luminoso, al tiempo en que la luna y el sol se cruzan en el cielo, el momento en que sus dos cuerpos celestes se funden en uno solo y nace la luz.

El belaisco no entendió a qué se refería su amante, pero no insistió y se limitó a acariciarla. Aracos siguió los consejos de su padre; con los beneficios de la primera cosecha, algo de dinero que le quedaba de sus ingresos en el ejército y un pequeño préstamo de un comerciante de paños sobre el aval de sus tierras, compró un solar al final de la calle del Sol, junto al tramo de muralla que bordeaba el río. Tenía ocho pasos de ancho por veinte de largo, suficiente para una buena casa. Con la ayuda de su padre, de sus hermanos y de unos criados y el consejo de un maestro de obras de Tarraco que residía aquel año en Contrebia para construir un edificio como sede del senado y del archivo de la ciudad, levantó su casa sobre paredes de piedra y adobe, y la cubrió con tejas al estilo romano, un sistema muy caro pero más sólido y seguro que las techumbres de bálago y ramas, que solían arder con suma facilidad.

En la estancia principal de la casa colocó un suelo de cal, polvo de arcilla y yeso, y en el umbral escribió con piedrecitas blancas y en lengua celtibérica la leyenda LO HIZO ARACOS, DE CONTREBIA. En la parte posterior construyó un pequeño establo para guardar algunos animales.

Acabada la construcción de la casa, Aracos y Briganda se casaron. La ceremonia tuvo lugar en plenilunio, el primero del otoño, recién recogidas las uvas. Un druida certificó el matrimonio, que fue inscrito en los archivos de Contrebia, depositados en el recién inaugurado edificio del senado. La dote del padre de Briganda fue muy generosa, lo suficiente como para comprar algunas viñas, un olivar y dotar a la casa de muebles, vajilla y otros utensilios. Aracos ofreció a los dioses el sacrificio de un cordero, y Briganda colocó en el altar de la casa dos exvotos de terracota; uno era un caballo pintado en rojo y el otro una figurita femenina en forma de campanilla de la que colgaba un enorme falo a modo de badajo.

—Estos amuletos nos librarán de una muerte temprana, nos protegerán de las enfermedades y nos asegurarán muchos hijos, sanos y fuertes —dijo Briganda.

—Que así sea —deseó Aracos.

Capítulo 3

Aquel año había transcurrido tranquilo en las montañas y valles de Celtiberia, pero en el sur y en el oeste de Iberia Viriato había continuado sus triunfales enfrentamientos con los romanos. El general Claudio Nigidio había sido derrotado y una legión entera había sido aniquilada ese mismo verano. Para intentar paliar el desastre, el Senado había enviado al cónsul Quinto Fabio Máximo, el hermano mayor de Escipión Emiliano, quien de inmediato se había dirigido hacia Lusitania para enfrentarse con Viriato, a quien por primera vez había logrado poner en dificultades. Siguiendo los consejos de su famoso hermano, Quinto Fabio había ganado a algunas ciudades de la Celtiberia para la causa de Roma, como ocurrió con Segóbriga, a cuyo senado convenció para que ayudara a los romanos y cerrara el paso a Viriato desde la Meseta hacia Levante, pues Segóbriga controlaba una de las principales rutas entre el interior de Iberia y el litoral mediterráneo.

Por su parte, el caudillo lusitano envió emisarios a todas las ciudades de Celtiberia. Les proponía firmar una alianza entre celtíberos y lusitanos contra Roma. Decía que si luchaban juntos conseguirían acabar al fin con los tributos a que estaban sometidos y lograrían recuperar la libertad perdida.

Aracos estaba sembrando trigo en sus campos de Contrebia; aquel otoño no había llovido mucho, pero el verano había sido húmedo y fresco y la tierra tenía buen tempero. El belaisco soñaba ya con la próxima cosecha, una abundante recolección de grano, una sustanciosa venta de los excedentes y mucho dinero para comprar nuevas tierras.

Al final de un surco hizo un alto, se secó el sudor de la frente con su pañuelo y alzó la mirada hacia los muros de Contrebia, que se perfilaba entre los álamos, varada a orillas del río. Por el sendero que atravesaba los campos recién sembrados vio acercarse a una pequeña figura que corría gritando su nombre. Dejó a un lado el saco con la simiente y se acercó a la orilla del camino.

—¡Aracos, Aracos! —se acercó gritando un muchachito en el que reconoció a un hijo de un criado de su padre.

—¿Qué ocurre, qué pasa?

—Tu padre... tu padre... —jadeó el muchacho, que apenas podía pronunciar palabras a causa de la falta de aire tras la carrera.

—¿Qué pasa, dime? —insistió Aracos zarandeándole por los hombros.

—Tu padre... me ha ordenado que venga a avisarte corriendo —el muchacho tomó aire—; dice que vayas a verlo, es muy urgente, mucho.

Aracos regresó a por el saco de simiente, lo cargó al hombro y salió hacia Contrebia a paso ligero.

En el hogar de la casa de Abulos ardía una fogata junto a la que en una olla cocía

un líquido espeso y grasiento. Alrededor del fuego estaban sentados el padre de Aracos y tres individuos cubiertos con mantos de viaje.

—¿Qué ocurre, padre? —preguntó Aracos nada más entrar—. El hijo de tu criado ha venido corriendo a buscarme, pensé que te había sucedido algo grave.

—Estoy bien. Siéntate.

Aracos lo hizo en el banco junto a su padre, que le acercó un jarro con cerveza de trigo; los tres visitantes mantenían sus rostros inclinados hacia el fuego.

—Son lusitanos —dijo Abulos—. Vienen en nombre de Viriato. Aracos miró a los tres hombres.

—¿Qué desean?

—Yo combatí en el ejército romano al lado de algunos lusitanos. Entre ellos había un joven taciturno de aspecto noble; su nombre era César. Nos hicimos muy amigos, y compartimos miedos y victorias. Cuando nos separamos, yo me hice campesino y compré tierras en Contrebia, que acabábamos de fundar como ciudad, pero él siguió luchando, aunque ahora contra los romanos.

Cuando nos separamos intercambiamos una tésera de hermandad. Es ésta.

Abulos le mostró a su hijo un pequeño delfín de bronce con la inscripción en lengua céltica:

ABULOS Y CÉSARO, UNIDOS POR ESTA TÉSERA.

—César fue el antecesor de Viriato, ¿me equivoco? —se sorprendió Aracos.

—Así es. Firmamos un acuerdo y lo ratificamos con esta tésera. Yo le juré por Tokoitos, nuestra deidad de los pactos, que siempre acogería a César y acudiría en su defensa en cualquier ocasión que me lo demandase; él hizo lo mismo. De esto hace ya más de treinta años. Ahora hace ya dos que murió César, que nunca me pidió ayuda, pero...

Abulos hizo una indicación con la cabeza a uno de los lusitanos, que mostró a Aracos la otra mitad del delfín de bronce, con la misma leyenda.

—¡Padre, ese tal César está muerto!

—No importa. Estos hombres son sus embajadores. Me han dicho que antes de morir César pidió ayuda a todos sus amigos para luchar contra Roma y vengar su muerte. Yo juré por Tokoitos, por el dios que jura mi pueblo, que siempre que me llamara, acudiría en su ayuda.

—Padre, escucha, César está muerto; quien ahora dirige a los lusitanos es Viriato, y con él no tienes firmado ningún pacto, ninguna tésera, creo.

—Césaró demandó mi ayuda antes de morir.

—No. Eso es lo que dicen estos hombres. ¿Cómo sabes que no te mienten?

—Mira el delfín, las dos mitades de la tésera encajan, dicen lo mismo.

—Pudieron cogerla de entre sus pertenencias.

—¿Y cómo sabían quién era yo y dónde estaba? Eso sólo pudo decírselo Césaró.

—Vamos, un celtíbero llamado Abulos, de Contrebia Belaisca, que sirvió hace treinta años en el ejército romano; sólo puede haber uno: tú. No es muy complicado encontrarte, y aun así han tardado dos años —replicó Aracos.

—Contrebia Belaisca no existía cuando hicimos este pacto —dijo Abulos.

—Escucha —habló uno de los lusitanos—. Césaró murió combatiendo por su pueblo y por su libertad. Antes de la batalla en la que cayó muerto nos dijo que buscáramos a todos los que habían luchado alguna vez a su lado, aquellos con los que tenía juradas téseras, y entre ellos estaba Abulos. No hemos venido aquí para discutir nada, sólo para comunicar los últimos deseos de Césaró. Si los belos sois hombres de palabra, debéis cumplirla, en caso contrario toda Iberia os considerará unos felones.

Aracos, con la cara roja de ira, hizo ademán de levantarse e ir contra el lusitano, pero su padre lo impidió tajante.

—Detente, Aracos, y calma tu enojo. Estos hombres son mis huéspedes y los he acogido en mi casa en paz.

Aracos se contuvo, pero mantuvo encendida su mirada.

—¿Y qué pretendes, padre, ir a luchar a Lusitania contra los romanos? Eres un anciano, no estás en condiciones de combatir.

—Yo no, hijo, pero puedes hacerlo tú por mí. Debes hacerlo.

—Padre, hace poco más de un año que dejé el ejército romano. He sido ayudante del legado de la sexta legión y he combatido al lado mismo de Escipión Emiliano. No me pidas ahora que me enfrente a quienes hasta hace tan poco tiempo fueron mis compañeros de armas.

—Con Roma luchabas por dinero; era tu trabajo, un trabajo que yo te enseñé y para el que te preparé. Ahora debes luchar por mi honor, por la honra de nuestro linaje. Yo le di mi palabra a Césaró de que acudiría en su ayuda siempre que me lo pidiera, sin preguntarle para qué ni por qué, si me necesitaba. Si yo no puedo hacerlo debido a la edad, será mi hijo quien lo haga por mí. No me deshonres, hijo, no me deshonres. Si lo haces, mi espíritu jamás podrá descansar en paz, vagará eternamente en el mundo de las sombras y de la oscuridad. Nada hay más importante para un celtíbero que morir sabiendo que ha cumplido todos sus pactos.

—Yo también he firmado un pacto, padre. Lo hice con Marco Tulio, el legado de la sexta legión; ambos guardamos esa tésera en sendas manos de bronce como señal de nuestra alianza. Si me enfrente a Roma lo haré a Marco, y seré yo el deshonrado, el que rompa mi promesa.

—Yo soy tu padre, y tú eres un celtíbero. Deshaz ese pacto con el general romano. Nuestros dioses te exculparán por ello.

—Yo había previsto otro futuro —reflexionó Aracos en voz alta.

Capítulo 4

[Año 144 a. C.]

Por primera vez, Viriato fue derrotado en varias escaramuzas por Fabio Máximo, el hermano de Escipión Emiliano. Asesorado por su famoso hermano, labio había traído de África diez elefantes y un escuadrón de trescientos jinetes númeridas, enviados por Micipsa, uno de los hijos de Masinisa, que se había impuesto sobre sus hermanos y proclamado nuevo rey de ese pueblo. El caudillo lusitano, acosado por el hermano de Escipión, se retiró aquel invierno a la ciudad de Baikor, no sin antes causar algunos estragos entre los romanos; desde allí volvió a enviar varias embajadas a diversos pueblos de Iberia con el claro mensaje de unirse a él en contra de Roma. Como ocurriera con el padre de Aracos, todos los pueblos y ciudades celtíberos recibieron esta nueva llamada de Viriato alentándolos a levantarse en armas contra los romanos. Pese a los últimos reveses, no muy graves, sus triunfos sobre las legiones eran su mejor aval, y los jóvenes celtíberos veían en el caudillo lusitano al héroe que deseaban emular.

Mediado el invierno, Aracos recibió una inesperada visita. Seis de los belaiscos que habían combatido junto a él al servicio de Roma y bajo el mando de Marco Tulio se presentaron en su casa de Contrebia. Aracos les hizo pasar a la sala principal y le dijo a su esposa que les sirviera una jarra de cerveza *caelia* y unos higos secos.

—¿Qué deseáis, amigos? —les preguntó.

Aregodas, el amigo de Aracos, miró a los demás, bebió un sorbo de cerveza y dijo:

—Los numantinos han decidido unirse a Viriato; lo hemos sabido esta misma mañana. Nosotros hemos optado por seguir ese mismo camino.

—¿Lo habéis pensado bien?

—Hace días que hablamos de ello.

—Roma os recompensó con una buena paga. Ahora sois campesinos, no guerreros. Todos tenéis familia.

—Tú conoces bien a los romanos; son insaciables. Los has visto cometer los crímenes más abominables, las traiciones más execrables. ¿Cuánto tiempo crees que nos dejarán en paz? Sí, hemos comprado algunas tierras con el salario que nos pagaron tras muchos años de servicio en el ejército, pero cuando las necesiten, ¿crees que respetarán nuestras propiedades?; no, vendrán a por ellas y se las quedarán.

—El gobernador romano de la provincia citerior garantiza nuestras propiedades —dijo Aracos—. Has visto en más de una ocasión cómo los romanos incumplían sus acuerdos y sus pactos en cuanto les interesaba. No tenemos otra opción. Únete a

nosotros. Eres nuestro mejor guerrero y siempre has estado al lado de los generales romanos en las batallas. Sabes mejor que nadie cómo piensan, cuáles son sus virtudes y sus defectos en la lucha, conoces sus tácticas de combate...

—Antes de dejar Roma sellé una tésera con un romano. Le di mi palabra de amistad eterna.

—Se la diste a un romano, no a Roma. Tu padre nos ha dicho...

—¡Claro!, mi padre; él ha sido quien os ha enviado, ¿no es así?

—Bueno, hemos hablado con él; también estuvo en el ejército y es de nuestra misma opinión, ya lo sabes. Su edad le impide combatir, pero no tiene ninguna duda de que ahora debemos unirnos a Viriato y combatir contra los romanos. Nosotros lo hemos decidido así. En Contrebia somos casi cincuenta, quince veteranos y el resto jóvenes inexpertos pero ansiosos por cruzar sus primeras armas. No soportamos el pavoneo de los soldados romanos cuando vienen por aquí para recaudar los tributos, ni que nos sigan llamando con esa palabra griega, «bárbaros» —dijo Aregodas pronunciándola en latín—. Necesitamos un jefe, un hombre con experiencia y con capacidad de mando, y todos estamos de acuerdo en que debes ser tú.

—Dadme tiempo para pensarlo.

—¿Cuánto necesitas?

—Volved mañana, a esta misma hora.

• • •

Aquella noche Aracos y su esposa Briganda hicieron el amor en silencio, bañados por la amarillada luz de una lucerna y al calor de un brasero de terracota; los dos sabían que sus vidas iban a cambiar muy pronto.

Cuando acabaron, Aracos se incorporó del lecho, avivó las brasas y se sentó junto a ellas mirando el rojo fulgor de las ascuas.

—¿Vas a marcharte, verdad? —le preguntó Briganda.

—Sí contestó Aracos.

—Siempre lo supe, desde el primer día. Lo he visto en tu mirada, en tu manera de contar tus viajes por el mundo, en cómo añoras aquella vida. Contrebia es demasiado pequeña y el menguado horizonte de estos cerros no puede contener tu espíritu. ¿Cuándo te marcharás?

—Tengo que hablar con los hombres que vinieron ayer. Me han pedido que sea su jefe. Algunos son veteranos de la guerra contra Numancia y de las campañas en Macedonia y África, pero la mayoría son jóvenes que no han combatido jamás; antes

de partir tienen que recibir entrenamiento.

Aracos volvió junto a su esposa; se metió en el lecho y le acarició el rostro. El cabello pelirrojo de Briganda tenía un brillo metálico.

—Vivamos, al menos mientras estés aquí —le dijo la muchacha.

E hicieron de nuevo el amor, intensamente, como si fuera a ser la última vez.

Antes de amanecer, Aracos salió de su casa. Se cubrió con el *sagum*, se caló la capucha y caminó por las calles desiertas. Las estrellas más brillantes todavía titilaban en lo alto, pero por el este, detrás de las colinas grises, un tenue resplandor anunciaba la proximidad del alba. Atravesó la puerta de la ciudad, donde un par de soldados hacían guardia, y caminó por el sendero del río hasta el puente de tablas. La corriente era exigua y algunas charcas estaban heladas. Se arrebujó en su manto y aspiró el aire gélido y limpio. Y gritó, gritó como loco, con el rostro vuelto hacia el resplandor que anunciaba el sol naciente.

Ya había amanecido cuando regresó a la ciudad. Un frío viento del noroeste barría el valle y empujaba con enorme velocidad unas nubes lechosas, que volaban sobre los campos como sombras de fantasmas.

De vuelta a casa —Briganda le había preparado unas tajadas de tocino, pan, mantequilla y vino caliente con miel—, Aracos devoró el desayuno con rapidez.

—Hace frío, no deberías haber salido tan pronto —le dijo Briganda.

—Necesitaba respirar aire frío, y ver salir el sol. He caminado río arriba hasta los juncales. Allí hay un amplio espacio abierto en medio del soto, es un lugar apartado y discreto, protegido de miradas ajenas por los árboles; es el lugar ideal para adiestrar a los jóvenes futuros guerreros.

Briganda retiró el plato, cogió la mano de Aracos y le dijo:

—Yo siempre aceptaré lo que tú decidas.

A la hora convenida se presentaron los seis veteranos. Aregodas saludó al estilo romano a Aracos.

—Aquí estamos, Aracos, tal como quedamos.

Aracos les invitó a sentarse en el banco corrido alrededor de la estancia principal de la casa, y él mismo les sirvió unas copas con vino caliente mezclado con agua y miel.

—Los jóvenes deberán ser adiestrados en el manejo de las armas. Yo no encabezaré ninguna partida de hombres que no sepan cómo se usa una espada o una lanza. Quiero que mis hombres vayan preparados a la batalla, no conduciré a nadie a un matadero.

—¿Entonces..., eso significa que aceptas? —preguntó Aregodas.

—Siempre que aceptéis vosotros mis condiciones.

—Aceptadas —dijo Aregodas ante la connivencia del resto.

—Pero si todavía no sabéis cuáles son.

—Viniendo de ti, seguro que son justas.

—Bien, en ese caso convocad para la primera noche de luna llena a todos los voluntarios en el claro del soto de los juncales. Que no falte nadie y que traigan todas sus armas. Allí os daré mis instrucciones.

—Ahí estaremos —dijeron todos a una sola voz.

• • •

Una luna inmensa y amarilla rielaba sobre las aguas del río Huerva, que bajaban crecidas por el deshielo de las nieves de las montañas del sur. En el claro del soto se agrupaban cincuenta y cuatro hombres.

Aracos los había estado observando oculto tras la espesura, y había oído algunas conversaciones. Los veteranos hablaban serenos, sabiendo a qué se iban a enfrentar, en tanto los más jóvenes creían estar empezando una maravillosa aventura que les proporcionaría fama, gloria y quizá riqueza.

Cuando estimó que ya estaban todos, Aracos salió de detrás de unos arbustos.

—Agrupaos aquí —les indicó.

Entre murmullos, los contrebienses se fueron colocando en un semicírculo frente a Aracos, que esperó paciente a que se acallaran la voces antes de hablar.

—En este negocio de la guerra, lo primero que hay que aprender es disciplina. Cuando vuestro jefe os convoque, deberéis acudir deprisa y en silencio; habéis fallado en la primera ocasión que se os ha presentado. Y ahora escuchad atentamente, y no me interrumpáis antes de que haya acabado. Después de oír lo que tengo que decir, el que desee abandonar podrá hacerlo libremente, pero una vez aceptado el quedarse, sólo habrá dos salidas: la muerte o la victoria.

»Los celtíberos somos los soldados más valerosos del mundo. La guerra ha estado presente desde hace generaciones en Celtiberia. Yo mismo fui educado por mi padre para la guerra. Para los romanos, la guerra es una forma de vida, pero para muchos de nosotros la guerra es o ha sido la única forma de vida.

»Habéis venido aquí porque no aceptáis vivir bajo el dominio extranjero. Los romanos han ocupado nuestras tierras, saqueado nuestros tesoros e incluso han reducido los nombres de nuestros dioses confundiéndonos con los de los suyos. Estoy seguro de que anheláis otra vida mejor. Viriato, ese pastor lusitano que ha vencido a los romanos, ha despertado de nuevo la esperanza entre las gentes de Iberia, y son muchos quienes ven en él al caudillo capaz de lograr la unidad de todos los pueblos ibéricos. Tenéis que saber que si nos unimos a Viriato, seremos declarados enemigos

del Senado y del pueblo romano, que quizá sean confiscadas nuestras propiedades, que nuestras familias sufrirán un acoso insoportable, que durante mucho tiempo no veremos a nuestros familiares ni a nuestros amigos, tal vez nunca más, y que la muerte será nuestra más fiel compañera. Me habéis propuesto que sea vuestro jefe, y yo acepto, pero os pido tres condiciones: lealtad, disciplina y amistad. Nada más.

»¿Qué tenéis que decir?

Aregodas dio un paso al frente y comenzó a chocar sus armas. De inmediato todos los demás hicieron lo mismo y el soto se convirtió en un concierto de sonidos metálicos y voces y gritos de euforia.

Aracos pasó revista a las armas que allí se habían llevado. Había numerosas espadas largas, decenas de espadas cortas curvas, las famosas *falcatas*, cuchillos largos, varias mazas, tres hachas de combate, arcos, lanzas y escudos grandes y cuadrados y pequeños y redondos.

—Las armas son para un guerrero el aval de su propia vida. Deberéis tenerlas siempre listas y afiladas. No durmáis, no bebáis, no comáis, no améis sin que antes estén a punto. Por lo que he visto hasta ahora, y a la luz de la luna, ni siquiera una de cada diez de estas armas pasaría una revisión de un centurión romano borracho. Pulidlas y limpiadlas hasta que veáis vuestros rostros reflejados en sus hojas.

»Mañana mismo comenzaremos la instrucción. Los veteranos me ayudarán con los noveles. Nos veremos aquí todos los días, a media tarde. Aregodas será mi lugarteniente.

Capítulo 5

Media Celtiberia se alzó en armas contra Roma. Los senados de Numancia, de Contrebia Leukade, la ciudad del mismo nombre que la Belaisca, pero ubicada al norte del Moncayo, de Termancia, de Centóbriga y de otras muchas ciudades decidieron en sus asambleas apoyar a Viriato y romper sus acuerdos anteriores con los romanos. Otras muchas no aprobaron esta misma medida, pero la mayoría de los celtíberos añoraba regresar a un tiempo pasado que creían idílico, en el que se decía que habían sido libres y cabalgaban por las colinas y valles de Celtiberia henchidos de honor, orgullo y nobleza; añoraban un tiempo que nunca fue, pero que los agentes de Viriato se encargaron, con gran eficacia, de recrear en el imaginario colectivo de los pueblos ibéricos.

En Roma, la nueva rebelión de los celtíberos causó una profunda conmoción. El pastor lusitano había derrotado a varios ejércitos romanos, y sólo Fabio Máximo, el hermano de Escipión, quien tras su año de consulado había sido nombrado procónsul con mando en Hispania, se había vuelto a enfrentar con el caudillo lusitano con éxito. Una alianza de celtíberos y lusitanos era la mayor amenaza que Roma había vivido desde los tiempos de Aníbal, y si lograban arrastrar a otros pueblos, el ejemplo podía cundir por el Mediterráneo y regresar así a la situación vivida diez años atrás, cuando había abiertos tantos frentes de combate.

El alzamiento de la Celtiberia ulterior no logró arrastrar a la citerior. El senado de Contrebia Belaisca no aprobó la ruptura con Roma, ni tampoco lo hicieron los de sus vecinas Belgio y Damianu. Las divisiones internas y los intereses particulares de cada ciudad volvían a estar de nuevo por encima de la unidad tribal de los belos.

Ante el senado de Contrebia Belaisca, Aracos hizo una encendida defensa de la rebelión. Habló de la libertad, del honor y de la gloria de los antepasados para justificar su postura, y utilizó para ello algunas de las frases y expresiones que había oído decir a Polibio. No faltó quien le echara en cara su pasado como mercenario, sus años al servicio de la expansión romana, a la que debía su pequeña propiedad, y algunos incluso le acusaron de querer arrastrar a todos los belaiscos a una guerra que sólo traería la ruina para sus ciudades, la desolación para sus campos y la muerte y el terror para sus habitantes.

La joven ciudad de Contrebia florecía gracias a la alianza con Roma, y eso era lo que realmente importaba, según sentenció la mayoría del senado. Acabada la sesión, Abulos, el anciano padre de Aracos, se acercó hasta su hijo:

—Gracias, hijo, ahora todos saben que mi honor está a salvo. Abulos estaba flanqueado por sus dos hijos mayores. Aracos miró a sus hermanos y les preguntó:

—¿Y vosotros, os uniréis a esta lucha? Se trata del honor de nuestro padre.

El primogénito de Abulos levantó los hombros, movió la cabeza a los lados y

dijo:

—Alguien tiene que quedarse aquí y sacrificarse para mantener la tierra cultivada y para cuidar del ganado mientras otros conseguís la gloria y el triunfo en esta guerra.

—Claro, claro —musitó Aracos desencantado.

• • •

Durante dos meses, los cincuenta y cuatro contrebienses que habían jurado en el plenilunio luchar contra Roma se entrenaron con dureza en el claro del soto. Aracos y Aregodas supervisaban los ejercicios que consistían en el manejo de la espada corta y la larga, las maniobras con la lanza y el tiro con arco.

Una y otra vez los veteranos corregían los defectos de los jóvenes, les inculcaban valor y energía y les enseñaban los trucos que habían aprendido de los romanos para salir bien librados del combate cuerpo a cuerpo, donde los legionarios eran muy superiores a los celtíberos. Con el ejercicio diario, los jóvenes fortalecían sus miembros y con la práctica de la esgrima aprendían el manejo de las armas, a cuya pericia quedaría confiada su vida y las de sus compañeros en las batallas.

A mediados de primavera eran ya casi setenta los que formaban en el grupo de Aracos y habían logrado reunir un verdadero arsenal de armas, además de veinte caballos.

—Ya están preparados —comunicó Aracos a su lugarteniente.

—¿Entonces...?

—Habrás que decirles que se despidan de sus familias. Iremos a Numancia y nos uniremos a los que allí resisten. Tú, Aregodas, y yo mismo conocemos bien a esos condenados numantinos. Recuerda cómo lucharon contra el ejército de Nobilior, muy superior en número, y cómo nos rechazaron una y otra vez. Creo que los arévacos acogerán de buen grado a nuestro grupo.

—¿No vamos a ir con Viriato?

—No; iremos a Numancia. Ese pastor se basta y se sobra él solo para mantener a raya a las legiones en el oeste. Creo que seremos más necesarios en Numancia.

—Partiremos en diez días, desde el claro del soto de los juncales.

Aracos preparó sus armas antes de salir. Colgó de su cinturón su espada larga, su *falcata* y su hacha de combate, el arma con la que se encontraba más seguro, pues la habilidad en su manejo le había librado a menudo de la muerte en la batalla.

Cuando llegó el día convenido para la partida, Aracos visitó a su padre para comunicarle que al fin iba a cumplir en su nombre el pacto con el caudillo lusitano,

por lo que podría morir en paz, y le encomendó que cuidara de su esposa y de sus tierras. Después regresó a casa, buscó la tésera que compartía con Marco Tulio, acarició la mano de bronce, leyó la inscripción en céltico y en latín y la guardó en una bolsa con un puñado de monedas y con la copa de oro que le había regalado Marco Tulio.

Briganda estaba sentada sellando un par de odres de piel de cabra llenos de vino con miel con un tapón de madera y resina. En una bolsa había preparado queso, salchichas, carne de caballo seca y curada, huevos cocidos, aceite, pan y sal para al menos una semana.

—Aquí tienes, no necesitarás nada más hasta que estéis en Numancia. Me dijiste que desde aquí se tarda en llegar cuatro jornadas; te he puesto comida para dos días más.

—Eres una buena esposa, Briganda. Siento tener que dejarte de esta manera. He hablado con mi padre y mis hermanos, ellos te ayudarán en lo que necesites. Las tierras quedan a tu cuidado; ya sabes lo que hay que hacer. En cuanto a los excedentes de trigo, confía en mi padre, sabe sacar el mejor provecho de su venta. Y por lo que respecta a nosotros... Espero que esto acabe pronto, y que los romanos entiendan que ésta no es su tierra y que no nos rendiremos jamás. Tal vez entonces decidan regresar a sus casas y tratarnos como a sus iguales.

—Yo te esperaré, sabré esperar.

Briganda se abrazó a Aracos y aspiró profundamente el olor del cuerpo de su esposo, como si quisiera atraparlo para siempre y recordarlo en cada una de las muchas noches solitarias que se avecinaban. No le confesó que hacía ya casi un mes que no había sangrado en los días del ciclo menstrual de las mujeres, y que presumía que tal vez latiera en su vientre un hijo de ambos; no le dijo nada porque estaba convencida de que si se enteraba, aquello retendría a Aracos en Contrebia, y Briganda no estaba dispuesta a evitar que su esposo se encontrase al fin con su destino.

Antes de partir, los contrebienses juraron en el claro del soto guardar devoción, fidelidad y obediencia a su jefe. Aracos los fue saludando uno a uno, abrazándolos y ofreciéndoles su ayuda y su auxilio. Entre los celtíberos, la unión entre el jefe y sus guerreros se consideraba una acción sagrada, el pacto más inviolable de cuantos un hombre podía acordar a lo largo de su existencia. La vida del jefe era más sagrada que la de cada uno de ellos, y estaban obligados a defenderla con la suya propia.

Setenta hombres, veinte caballos y seis carros cargados de provisiones, armas y tiendas, tirados por catorce acémilas, fue cuanto Aracos pudo reunir en aquellos tres meses. El senado de Contrebia no había aceptado su propuesta de unirse a la rebelión, pero puso a su disposición los carros, las acémilas y algunos caballos.

La partida de Contrebia fue bien distinta del regreso de Roma apenas dos años antes. No había chiquillos bulliciosos corriendo a su encuentro, ni madres y esposas

alegres por el retorno de sus hijos y maridos; sólo silencio roto por algún llanto que el viento arrastraba hacia el olvido.

Capítulo 6

Aregodas marchó por delante con dos de sus hombres; se presentaron ante los numantinos y les solicitaron permiso para instalarse en su ciudad como aliados. Mientras tanto, el resto del grupo los esperó en Segeda, que seguía desierta salvo algunas casas en las que se habían refugiado pastores y cazadores nómadas. Los tres contrebienses regresaron a Segeda y comunicaron a Aracos que el senado de Numancia los aceptaba en su ciudad, pero que deberían contribuir con su trabajo a su sustento.

Los contrebienses fueron recibidos con guirnaldas de flores y obsequiados con jarras de cerveza de trigo, agua con miel, vino dulce y queso fresco. Los magistrados de la ciudad vestían unos grandes sayos de lino decorados con cenefas al estilo griego y se habían calado en la cabeza unos gorros cónicos. Aracos cabalgaba al frente de su pequeña tropa, con su casco de combate adornado con unas plumas de halcón que había encontrado en su camino desde Contrebia.

—Sed bienvenidos a Numancia —los saludó el magistrado principal.

—Yo soy Aracos, el jefe de estos hombres. Como ya os han adelantado nuestros enviados, hemos decidido unirnos a vosotros en la lucha que sostenéis contra Roma.

—Numancia se está quedando pequeña para tanta gente como vivimos en ella. Ya ocupamos toda la colina y no podemos ampliar la ciudad por ninguna parte sin perder la seguridad que este cerro nos proporciona, pero os buscaremos un hueco entre nuestras casas. Vuestras armas nos serán muy útiles, pues hemos oído decir que eres un gran guerrero. Pero sois muchos para alimentar, deberéis contribuir a ello con vuestro trabajo en los campos, en el cuidado del ganado y en la caza.

—Haremos cuanto sea necesario.

—En ese caso, acompañadme.

Los contrebienses fueron conducidos a un extremo de la ciudad, cerca de la puerta norte, que se abría a la ladera menos empinada y más accesible de la colina, en el lugar llamado «la bajada al llano». Aracos recordaba que había sido precisamente en esa zona donde un elefante había recibido en la cabeza una enorme pedrada y se había vuelto cargando contra los romanos durante el asalto frustrado que intentó el cónsul Nobilior. Habían pasado diez años de aquello, pero la memoria de Aracos guardaba intacta esa acción, como si se hubiera producido esa misma tarde.

—Os instalaréis en estas casas. Hay que acondicionarlas un poco, pero podéis hacerlo vosotros mismos.

Las casas a las que se refería el magistrado eran un montón de ruinas entre las que sobresalían unas paredes de la altura de un hombre. Ante el desencanto de sus hombres, Aracos dijo:

—Están bien. Pronto serán un lugar acogedor.

Aracos ordenó a varios de sus compañeros que se encargaran de los caballos y al resto los puso a trabajar en el desescombro de aquellas ruinas. Los numantinos quedaron perplejos ante la determinación del caudillo contrebiense, y creyeron que podría ser un gran jefe.

En apenas diez días las casas fueron reconstruidas y perfectamente habilitadas como viviendas. Incluso repararon algunos muros de casas contiguas y sustituyeron algunos tejados de paja por tejas de terracota, al estilo romano, que los contrebienses fabricaron y cocieron en los hornos numantinos.

—Este tejado no arde tan fácilmente y soporta mucho mejor la lluvia y la nieve —les dijo Aracos a unos numantinos que miraban curiosos los trabajos de reconstrucción.

Numancia era una ciudad celtíbera, como la propia Contrebia Belaisca, o como Nertóbriga y Beligio, y los arévacos eran también celtíberos, como los belos, los titos y los lusones, pero Aracos se sorprendió al comprobar algo que ya había intuido cuando participó en el asedio a Numancia años atrás, que los arévacos no habían alcanzado el mismo grado de desarrollo en el arte de la construcción que sus hermanos de la Celtiberia citerior. Concluyó entonces que las mejores técnicas constructivas se debían a la influencia romana, a eso que los mismos romanos llamaban la civilización, la *civilitas*.

• • •

Durante los meses siguientes no cesaron de llegar noticias a Numancia de nuevos pueblos que se adherían a Viriato, convencidos por sus agentes de que si se aliaban todas las tribus y naciones de Iberia, la República romana, que los estaba extorsionando con tantas cargas y tributos, podría ser derrotada. Viriato comenzaba a ser reconocido no sólo como un héroe lusitano, sino como el referente de toda Iberia, el verdadero caudillo que según algunas viejas leyendas algún día vendría para unificar a los iberos del sur y del levante, a los celtíberos del centro y a los celtas del noroeste, e incluso a las escurridizas y extrañas tribus de las montañas boscosas del norte, de las que apenas se sabía otra cosa que lo que contaban algunos de los pocos viajeros que se habían atrevido a adentrarse en aquellas escarpadas montañas, siempre cubiertas por la bruma y la niebla, envueltas en un manto casi impenetrable de bosques umbríos y tupidas espesuras.

Los contrebienses tuvieron que colaborar en las duras tareas agrícolas y recogieron la cosecha del verano, llevaron el ganado a pastar a los prados del norte y del este y ayudaron a los herreros a forjar espadas, puntas de lanza y de flecha, cascos y escudos, pero el trabajo para el que eran más demandados era el de la construcción.

Muchos numantinos, al ver la pericia de los de Contrebia en levantar paredes, enjalbegarlas y cubrirlas con techumbres de teja, los requerían para que les enseñaran a hacer esas mejoras en sus viviendas.

Pero entre tanto trabajo, Aracos no dejaba que se perdiera la instrucción militar que les había proporcionado a sus hombres. Al menos dos de cada tres días se reunían en las afueras de Numancia, en una pequeña llanada junto al río Duero, y practicaban con la espada, la lanza y el arco. Muchos jóvenes numantinos se acercaban a verlos y luego regresaban a sus casas y contaban lo que habían visto hacer a los contrebienses.

Una tarde de principios de otoño, Aracos estaba dirigiendo un durísimo entrenamiento al frente de sus hombres. Había formado a los contrebienses en dos filas encaradas y los había armado con unas espadas de madera, cascos y escudos. Las dos filas debían avanzar hasta encontrarse y entonces atacarse mutuamente con el objetivo de romper la línea del adversario; cada hombre debía combatir codo con codo con su compañero, de manera que no había que dejar fisura alguna de por medio.

Concentrado en dirigir el ejercicio, Aracos no se apercibió de la presencia de un numantino. Era alto, muy alto, tenía el pelo rubio y los ojos de un azul indefinido; su mandíbula era cuadrada y robusta y su cuello fuerte y grueso como el de un buey. Cuando al fin reparó en esa figura, Aracos creyó estar en presencia de uno de esos gigantes de los misteriosos pueblos del norte que los romanos llamaban «germanos», algunos de los cuales había visto en los mercados de esclavos de Roma.

—¿Eres Aracos? —le preguntó.

—Depende de quién lo pregunte.

—¡Ah!, perdona, me presentaré: soy Olíndico.

Aracos se encogió de hombros, miró fijamente al gigante rubio y dijo:

—Bien, dime qué deseas, todavía tenemos mucho trabajo por delante y pronto oscurecerá.

—Soy el jefe de un grupo de numantinos que venera al dios Lug; nos llamamos la compañía de «los hijos de la luz». Os hemos visto entrenar en las últimas semanas. Queremos que nos enseñes a luchar como lo hacéis vosotros.

—Esta forma de combatir la aprendí de los romanos, tal vez no os interese.

—Claro que sí. Una dejás claves para vencer a un enemigo tan poderoso es conocer su forma de luchar. Siempre que nos hemos enfrentado a los romanos en campo abierto hemos sido derrotados; ahora he comprendido el porqué. He visto cómo organizabas a tus hombres, cómo maniobraban cual si todos tuvieran una misma voluntad. Es lo que nos hacía falta. No podemos limitarnos a vencer a los romanos en escaramuzas y emboscadas. Si lo hacemos en una gran batalla y en campo abierto, con sus propias tácticas, tal vez se convenzan de que nunca podrán someternos, y nos olviden para siempre.

—Para luchar de esta manera hay una palabra que los numantinos no conocéis bien.

—¿Cuál es esa palabra?

—Disciplina.

—Si nos enseñas a combatir así, seremos todo lo disciplinados que tú quieras. Aracos reflexionó unos instantes.

—De acuerdo. ¿Cuántos sois en vuestra cofradía de «los hijos de la luz»?

—Siete.

—¡Siete!, ¿estás de broma?

—Sí, somos muy pocos, pero creceremos. Lug es quien nos guía —aseguró Olíndico.

—Podéis incorporaros mañana mismo, venid con vuestras armas.

Capítulo 7

Los celtíberos celebraban una gran fiesta cuarenta días después de un solsticio o de un equinoccio. El día de la fiesta de los cuarenta días tras el equinoccio de otoño, los magistrados numantinos habían preparado cerveza *caelia*, vino con miel y agua, jabalíes asados que acababan de ser cazados en una batida dos días antes, un par de ciervos y una vaca.

Por toda la ciudad ardían hogueras que rendían homenaje al dios Cernunnos, uno de los más venerados en Numancia, y a la vez paliaban el frío de la noche, que ya comenzaba a ser intenso en la cordillera de la Idubeda, pues hacía varios días que había caído la primera helada.

Aracos y varios de sus hombres comían y bebían en torno a una de las hogueras, mientras a su lado unas jóvenes numantinas bailaban girando frenéticamente sus cuerpos. En medio del corro que formaban las muchachas, un sacerdote vestido con pieles y engastados sus brazos en lo que parecían dos enormes cuernos las encaraba con gestos obscenos a los que las muchachas respondían con risas y chillidos.

—Es la encarnación de Cernunnos.

Una voz conocida pronunció estas palabras casi al oído de Aracos. El caudillo contrebiense se giró y se topó con la cara de Olíndico.

—Vaya, siempre apareces de improviso; acabaré por creer que eres un espíritu.

—Tal vez lo sea.

—O la encarnación de Lug —ironizó Aracos.

—Lug es mi dios protector. Ya lo sabes. Es la luz que nos guía. Cernunnos, esa deidad con cuernos de ciervo, es el esposo de Perkuna, la diosa de los bosques. La gente de esta ciudad lo tiene en gran estima. Hay una leyenda numantina que asegura que los primeros arévacos que construyeron Numancia hace ya varias generaciones fueron dirigidos y protegidos por Cernunnos, que, aparecido en forma de ciervo, los condujo hasta esta colina y les indicó que edificaran aquí su ciudad. Pero yo confío mucho más en Lug. Lug es experto en todo; él enseñó a los hombres a cultivar los campos, a fabricar instrumentos de hierro y de bronce, a construir casas y ciudades. Lug hizo el mundo, al hacer la luz.

—En Contrebia adoramos a Lug; Cernunnos apenas tiene culto, sólo entre los cazadores. Tal vez sea porque en mi región hay menos ciervos que por aquí —dijo Aracos.

—Tenemos demasiados dioses; además de las divinidades comunes a todos los pueblos y tribus, cada ciudad, cada clan, cada familia incluso, tienen los suyos. Y además están los romanos, que han introducido sus dioses entre nosotros. Júpiter, Marte o Mercurio ya tienen templos erigidos en su nombre en las tierras del sur y de levante de Iberia. Claro que de seguir así, pronto esos dioses extranjeros suplantarán a

los nuestros y los sustituirán. Deberíamos tener un solo dios; con Lug sería suficiente —asentó Olíndico.

—Eso mismo le oí decir a Claudio Livio, un oficial de mi legión con quien visité un santuario en Grecia. ¿Quién eres tú en realidad?

—Ya lo sabes, mi nombre es Olíndico, aunque tal vez sea un espíritu, o la mismísima encarnación de Lug.

Las muchachas que bailaban junto a ellos habían comenzado a entrar en trance. De vez en cuando bebían de unas jarras de cerámica que contenían un jugo verdoso muy aromático. Las jarras con el líquido embriagador pasaban de mano en mano y, conforme lo iban consumiendo, las muchachas aceleraban sus movimientos, contorneaban sus caderas y alzaban sus faldas mostrando lascivamente su sexo a los hombres, que canturreaban himnos de guerra, ebrios de vino, cerveza y licor de hierbas.

El propio Olíndico le pasó una jarra a Aracos.

—Toma, bebe.

—¿Qué es? —preguntó Aracos.

—La bebida de los dioses. La hacemos con el extracto destilado de cien hierbas distintas. Se trata de una bebida que sólo se prepara en fiestas muy especiales, y ésta lo es.

—¿Por qué?

—Ahora lo comprobarás. El magistrado supremo me ha enviado a buscarte. Acompáñame, pero antes, bebe.

Aracos bebió, no sin cierto recelo, un sorbo del jugo de hierbas. Al tragarlo sintió un fuerte ardor en la garganta, pero el sabor era agradable y dejaba un regusto dulzón que invitaba a seguir bebiendo.

Olíndico y Aracos cruzaron un par de calles y se dirigieron hacia el edificio donde se reunía el senado de Numancia, un caserón de planta cuadrada en lo más alto de la ciudad. Flanquearon la puerta protegida por seis guardias muy armados, que les dejaron pasar sin hacer preguntas, y entraron en la sala. Varios bancos de madera se alineaban en torno a un amplio espacio central en el que ardía un brasero de aceite; unas lámparas de hierro iluminaban tenuemente la estancia.

La sala estaba vacía. Sólo dos figuras recortadas por las sombras que producían las lucernas hablaban en voz baja, con las cabezas casi juntas, sentadas en uno de los bancos de madera.

—Magistrado Tirtanos, aquí está Aracos —anunció Olíndico desde la entrada.

—Acercaos —dijo el magistrado.

Los dos hombres caminaron unos pasos hasta el banco donde se encontraban las dos figuras; ambas cubrían sus cabezas con capuchas. Una de ellas giró la cabeza

hacia la puerta. Aracos reconoció enseguida al magistrado Tirtanos, el mismo que había encabezado la comitiva de bienvenida a su llegada a Numancia. El otro personaje se mantenía callado, con la cabeza agachada y la capucha del *sagum* sobre ella, lo que impedía ver su rostro.

—Aracos, te presento a Viriato; creo que has oído hablar de él. La figura que hasta entonces había mantenido el rostro oculto alzó la cabeza y con la mano izquierda se quitó la capucha que la cubría.

—Aseguran que manejas el hacha de combate como nadie —le dijo Viriato.

—Me enseñó mi padre, Abulos.

—Espero que su filo corte muchas cabezas romanas.

—Siéntate, Aracos —intervino Tirtanos—. Viriato nos ofrece un pacto de amistad y su ayuda contra los romanos. Los ha derrotado varias veces, como también hiciéramos nosotros años antes. Le he hablado de tu pericia con el hacha, pero sobre todo del conocimiento que tienes de la forma de combatir de los legionarios.

—¿Dónde aprendiste? —preguntó Viriato.

—Fui mercenario al servicio de Roma —respondió Aracos con firmeza. El lusitano tensó los músculos de su rostro.

—Seguramente habrás liquidado a muchos de los nuestros, pero ahora no importa tu pasado, sólo nuestro futuro. Necesitamos guerreros valerosos y que sepan luchar, y sobre todo que odien a los romanos.

—Yo no los odio —afirmó Aracos.

—Pues deberías hacerlo. Yo he visto las atrocidades que han cometido en Iberia, y su crueldad para con mi pueblo; por eso he jurado odio eterno contra Roma.

—Aníbal también lo hizo, y no le sirvió de mucho —dijo Aracos.

—El odio es un acicate en la guerra, ayuda a soportar el dolor y procura nuevas fuerzas para la venganza —replicó Viriato.

—Te equivocas, lusitano. El odio provoca una ceguera tal que impide ver las cosas con claridad e incita a los hombres a realizar acciones desesperadas y precipitadas que suelen finalizar en fracaso. Para la guerra, no hay nada mejor que tener la cabeza bien fría.

—Vaya, vaya. Es listo este celtíbero; así es como os llaman los romanos, ¿no?

—Sabes muy bien que así es.

—Me gustas, celtíbero, me gustas. Decidiste dejar tu ciudad de Contrebia para pelear con nosotros. Tu padre y mi antecesor, César, eran grandes amigos; combatieron juntos. Antes de morir, César me dio la tésera que sellaba el pacto de amistad eterna que...

—Conozco esa historia; me la contó mi padre en Contrebia cuando se presentaron tus embajadores. Si yo y mis hombres estamos aquí, es precisamente por eso.

—Ya lo sé, y por lo tanto no hay más que hablar. Disfruta de esta noche de fiesta; mañana, mediada la tarde, continuaremos esta reunión en el bosquecillo que hay al suroeste de Numancia, junto al río, en el claro donde los arévacos celebran el primer plenilunio del verano.

—Allí estaré —dijo Aracos.

Olíndico y el contrebiense salieron de la sala del senado y regresaron al lugar donde habían estado celebrando la fiesta.

—¿Ése era el verdadero Viriato? —preguntó Aracos—. Dicen que hay varios hombres que lo suplantan en determinadas ocasiones para evitar atentados que acaben con su vida.

—Tal vez lo sea, o tal vez no; ¿quién sabe? Yo nunca lo había visto, hasta hoy.

Los contrebienses habían liquidado casi todo el licor de hierbas y bailaban agarrados a las muchachas, que pese al frío de la noche se habían despojado de sus mantos.

—Apenas queda licor de hierbas, pero todavía podemos tomar un poco, es muy reconfortante —dijo Olíndico.

Aracos apuró lo que quedaba en un par de jarras de licor y sintió cómo un profundo calor se instalaba en su cuerpo. Una de las muchachas lo cogió de la mano y lo condujo hasta el centro del círculo de danzantes.

• • •

El frío intenso y seco del amanecer lo despertó. Yacía en un lecho extraño, entre pieles de jabalí y mantas de lana. Estaba completamente desnudo y a su lado, también desnuda, dormía profundamente la muchacha que lo había sacado a bailar la noche anterior. Intentó incorporarse pero la cabeza comenzó a darle vueltas, como si todavía siguiera girando en plena danza. Tras un par de tentativas, consiguió asentar los pies en el suelo, y aunque trastabillando, logró alcanzar la puerta. La mañana era fría pero muy luminosa bajo un límpido cielo azul. Las calles de la ciudad estaban desiertas y en algunas esquinas todavía humeaban los rescoldos de las hogueras que la noche anterior la habían alumbrado.

Se cubrió con su túnica azul y púrpura y su manto de lana y buscó una referencia para regresar a su casa. Cuando llegó, sus hombres yacían por todas partes; unos acurrucados en los rincones, otros tumbados en medio de la habitación central y algunos sobre las literas, junto a algunas muchachas.

«Si los romanos lo supieran, ese licor de hierbas podría convertirse en su arma más letal», pensó Aracos a la vista de los estragos que había causado entre sus hombres.

Su estómago le susurró que tenía hambre, y Aracos se dirigió hacia la alacena de la despensa; allí abrió un bote de cerámica que contenía no menos de una docena de peras en almíbar de miel. Con la ayuda de un cuchillo, sacó dos y las comió con fruición; las peras de Numancia eran famosas por su sabor.

Mediada la tarde acudió al claro del bosque. Allí estaba Viriato. Por primera vez pudo ver con claridad al caudillo lusitano. Era de mediana estatura, de compleción fuerte pero de músculos fibrosos. Sus manos eran grandes y no parecían las de un pastor, sino las de un verdadero noble. Sus ojos negros destacaban como ascuas de obsidiana en un rostro quemado por el viento y el sol. Tenía el cabello muy oscuro, casi negro, y muy rizado.

—Te esperaba, celtíbero.

—Aquí me tienes, lusitano.

Viriato alargó una jarra de terracota que Aracos rechazó.

—Es *caelia*, cerveza de trigo, vuestra bebida favorita —dijo Viriato.

—Tuve bastante con lo que bebí anoche; todavía me zumba la cabeza.

—Te agradezco que te hayas unido a nosotros.

—Lo hice por mi padre, por el honor de mi linaje. Nunca fue mi intención acabar luchando contra Roma.

—Bien, tus razones no importan, en todo caso sólo te competen a ti. Iberia necesita soldados que hagan frente a la invasión romana.

—¿Cuál es tu plan? —le preguntó Aracos.

—¿Plan? No hay ningún plan. Los romanos acabaron con la vida de toda mi familia, de todos mis amigos, de toda mi gente. Los asesinaron, les cortaron las cabezas y las manos, hicieron una pira con sus cuerpos y se mearon encima. Yo pude escapar. Ahora sólo pretendo devolverles todo el dolor que me causaron.

—Mis hombres vinieron a mí alentados por tus agentes. Te consideran un héroe, el defensor de los pueblos de Iberia ante la opresión de Roma.

—Nunca he pretendido ser el libertador de nada.

—En ese caso, ¿qué pretendes de mí?

—Tu ayuda. Los celtíberos os habéis enfrentado a los romanos más veces que nadie y los habéis batido en decenas de ocasiones. Además, tú has sido oficial en su ejército.

—Sólo fui ayudante de un general —aclaró Aracos.

—¡Ah!, eso es mucho más importante que haber sido oficial. Conoces sus tácticas, su forma de afrontar la batalla, su manera de planificar una guerra. Quiero que me enseñes todo lo que aprendiste a su lado. Yo no he tenido formación militar. Cuando los romanos atacaron a mi pueblo, yo era un joven pastor de ovejas que llevaba mi ganado de los pastos de invierno a orillas del Tajo a los de verano en las

sierras del norte de Lusitania. Era feliz conduciendo mi ganado con mis hermanos y las gentes de mi aldea del valle. En invierno nos guarecíamos en las cabañas del poblado para escuchar los relatos de los ancianos y en verano dormíamos sobre la hierba y bajo las estrellas. Reíamos cuando nacía un cordero y llorábamos la muerte de un amigo; éramos libres y dueños de nuestras vidas, pero todo eso acabó el día que Roma quiso aplastarnos.

Aracos alargó la mano señalando ahora la jarra de cerveza. Viriato se la acercó y el celtíbero bebió un buen trago.

—Roma jamás cesará en su empeño por conquistar Iberia. Han sido liquidadas legiones enteras, pero siempre hay otras para reemplazarlas. Tal vez no sean los mejores soldados del mundo, ni siquiera los más valientes, pero a sus mejores hombres les anima un espíritu indomable. Yo conocí a Escipión y puedo asegurarte que no existe hombre más seguro de sí mismo en todo el mundo. Y hay varios como él. Contra hombres así es difícil luchar.

—¿Significa eso que no tenemos ninguna posibilidad de victoria? —preguntó Viriato.

—Tal vez sí, pero esa posibilidad pasa por unir a todos los pueblos de Iberia. Fíjate en las legiones a las que combatimos: más de la mitad de sus efectivos han sido reclutados en Suessetania, en Carpetania o en Edetania, o son jóvenes turdetanos dispuestos a medrar al abrigo de los romanos.

»Yo mismo, un belo, combatí contra mis hermanos de raza, los arévacos, y maté a algunos de ellos ante los muros de Numancia y sobre los de Uxama. Es probable que los hermanos o los padres de algunos de los hombres que ahora adiestro en Numancia cayeran entonces bajo el filo de mi hacha de combate. Y si tengo que enfrentarme pronto a los romanos, tal vez tenga que matar a algún legionario con el que luché codo con codo en Macedonia o en Cartago.

»Mis sentimientos se enfrentan unos con otros: soy un celtíbero pero he vivido mucho tiempo como un romano, incluso tengo un amigo en Roma con el que juré amistad eterna y con quien llegué a intercambiar una tésera en forma de dos manos de bronce. Mira este collar que siempre llevo conmigo —Aracos le mostró a Viriato el colgante de oro—; es un regalo de ese romano. Y ésta es la mano.

—Es la izquierda. ¿Le diste al romano la derecha?

—Sí.

—Ésa es la primera que cortan a los prisioneros —dijo Viriato. Aracos guardó el símbolo de su tésera con Marco Tulio.

Durante dos días Viriato y Aracos hablaron sobre el ejército romano, sus tácticas de combate y su predisposición para la guerra. El consejo de Aracos era siempre el mismo: evitar un choque frontal en campo abierto con las legiones, huir del cuerpo a cuerpo y buscar la ventaja del terreno, de la sorpresa y de la emboscada.

Capítulo 8

[Año 143 a. C]

El Senado de Roma concedió prioridad absoluta a la guerra celtibérica, que se había convertido en el principal problema del Estado. Para hacer frente a los celtíberos, el Senado envió a Hispania a Quinto Cecilio Metelo, el vencedor de Macedonia, que acababa de ser elegido cónsul.

Metelo desembarcó en Tarraco con dos legiones, a las que se unieron un gran número de tropas auxiliares hasta alcanzar la cifra de treinta mil infantes y dos mil jinetes.

El cónsul lanzó a sus dos legiones contra las ciudades de Centóbriga y Nertóbriga. Esta última fue perdonada porque desistieron de su rebeldía y en atención a los muchos servicios que había prestado hasta entonces a Roma, pero Centóbriga fue asediada. Algunos centobrigenses, atemorizados por el acoso romano, desertaron y huyeron descolgándose por las murallas para unirse a los sitiadores. Los hijos y parientes de los desertores fueron colocados en lo alto de las murallas, atados a unos postes, para que sirvieran de blanco y a la vez de parapeto a los disparos de las catapultas romanas. Pero la pequeña ciudad no pudo resistir y fue tomada al asalto.

Destruida Centóbriga y sometida Nertóbriga, Metelo avanzó hasta la tierra de los vacceos, a los que derrotó fácilmente, y después atacó a los arévacos, a los que sorprendió en plena recolección de los cereales.

Desde las atalayas que controlaban los caminos que desde el Duero o desde el jalón llevaban a la tierra de los arévacos, los vigías dieron el aviso de que se acercaba un gran ejército hacia Numancia.

Aracos estaba ayudando en la recolección de un campo de trigo a un par de millas de Numancia cuando las señales de los vigías anunciaron el peligro.

—Vamos, vamos, deprisa —les dijo a sus compañeros—; cargad todo lo que podáis en los carros y regresemos a la ciudad. Parece que los romanos ya están de nuevo aquí.

Unos jinetes pasaron por el sendero al galope gritando a todos los que en esos momentos trabajaban en los campos que dejaran cuanto estuvieran haciendo y que se dirigieran de inmediato a protegerse tras las murallas.

Los soldados acudieron deprisa a los puestos que les habían sido asignados en la defensa de cada tramo de muro. El grupo de contrebienses de Aracos defendía la puerta norte, al lado de sus casas, en la zona más accesible del cerro donde se asentaba la ciudad. Dejaron sus pertrechos agrícolas y vistieron su equipo militar: sencillos cascos cónicos ajustados a la nuca y sujetos al cuello con correas de cuero,

la espada corta, tres lanzas, un cuchillo largo y el escudo pequeño y redondo; los arqueros tomaron sus arcos y un carcaj lleno de flechas, y la honda de badana con una bolsa de proyectiles de glandes de plomo y de piedra.

Para algunos de los contrebienses aquélla iba a ser su primera acción de guerra, pero otros llevaban en la punta de sus cascos algunas de las cabelleras de los enemigos que habían abatido en combates anteriores.

Aregodas, el lugarteniente de Aracos, acuciaba a los rezagados para que se apostaran en el tramo de la muralla que les correspondía defender.

Mediada la tarde, todos los hombres seguían en sus puestos, pero de los romanos no había ni rastro.

—¿Dónde están? —preguntó a Aregodas uno de los contrebienses más jóvenes.

—Allí, tras esas colinas. Ahora sus espías nos están observando; intentan averiguar dónde están nuestros puntos débiles para atacar por ellos.

Tras las colinas que había señalado Aregodas comenzaron a surgir grandes columnas de humo.

—Ahí los tienes, muchacho; están quemando las cosechas. Parece que quieren rendirnos por hambre. El padre de Aracos estaría contento si viera esto; este invierno habrá menos trigo y su precio será más alto; Abulos ganará más dinero.

Los incendios continuaron toda la noche. Los romanos estaban prendiendo fuego a los campos que todavía no habían sido cosechados. En lo alto de algunos cerros también se veían arder los pequeños poblados y atalayas de los arévacos.

La noche fue larga y el alba los sorprendió con un fresco amanecer, pese a estar en pleno verano. Entre los primeros rayos del sol y los humeantes campos quemados aparecieron las primeras cohortes romanas. Una legión completa se desplegó ante Numancia. Las diez cohortes de seiscientos hombres por unidad estaban perfectamente formadas y equipadas, con los tres manípulos de cada cohorte claramente diferenciados, con las tres categorías de legionarios, los veteranos y expertos *hastati*, armados con sus largas lanzas y sus enormes escudos cuadrados, los poderosos *principes* y los menos expertos *triarii*. Seis tribunos militares encabezaban la legión, en cuyos flancos se habían desplegado los ligeros vélites y dos alas de tropas auxiliares, al menos diez mil hombres agrupados en varios batallones de itálicos, galos e iberos, y junto a ellos trescientos jinetes nómadas y diez elefantes. Tras los infantes se alineaba la caballería, otros trescientos jinetes divididos en dos alas, cada una de ellas integrada por cinco turmas o escuadrones de treinta caballeros cada uno.

En primera línea, junto al general legado y a los tribunos, se alzaban orgullosas las insignias y estandartes de la legión; era la tercera, la misma que Metelo había utilizado para, junto con la sexta, someter Macedonia.

Los jóvenes contrebienses parecían inquietos; habían visto en algunas ocasiones a los soldados romanos, pero nunca en una formación tan formidable como aquella.

De inmediato sonaron trompas y timbales y por la cima de las colinas apareció otra legión, tan bien formada como la tercera. Al frente estaba el cónsul Cecilio Metelo vestido con el *paludamentum*, la capa púrpura que simbolizaba su poder supremo y su imperio militar.

Aracos aguzó la vista y respiró con cierto alivio cuando contempló que el estandarte de esta legión era el de la quinta; al menos en esta ocasión no tendría que enfrentarse a su amigo Marco y a sus ex compañeros de la sexta.

—¡Por Lug —clamó Aregodas—, dos legiones! Los romanos se han tomado este asunto muy en serio.

Los más jóvenes de entre los contrebienses y numantinos temblaban de miedo, pero Aracos acudió a confortarlos y darles ánimo.

—No temáis. Esta demostración de fuerza es puro «teatro» —esta palabra la pronunció en latín y no la entendieron—; quiero decir que tan sólo muestran sus poderes para amedrentarnos. Vamos, respondámosles, demostremos a esos romanos que no los tememos.

Aracos se encaramó sobre el parapeto de la muralla, alzó su temible hacha de combate, se quitó el casco y comenzó a gritar agitando sus largos cabellos rizados. Al verlo y oírlo, todos los defensores hicieron lo mismo. Las largas cabelleras de los celtíberos comenzaron a ondear al viento, que llevaba hasta los legionarios romanos sus terribles aullidos.

—¡Vamos, vamos, aullad como lobos, que vean los romanos el destino que les espera! —gritaba Aracos en medio del bullicio de los hombres, que a un tiempo agitaban sus cabellos y blandían sus armas.

Sin inmutarse por aquellos gritos y gestos, Metelo consideró que aquella pequeña ciudad no podía resistir un asalto contundente del ejército romano y lanzó el ataque a las tres primeras cohortes de la tercera legión, pero los numantinos resistieron el envite encaramados en sus murallas sin apenas bajas. Unos cuantos *triarii* quedaron retrasados cuando se produjo la primera retirada. Aracos vio la debilidad de su posición y ordenó a sus mejores hombres que los siguieran. Los contrebienses saltaron desde las murallas y corrieron con sus armas ligeras hacia los confiados legionarios que se retiraban sin haber cubierto sus espaldas. Muchos *triarii* de la segunda y la tercera cohortes, unos doscientos legionarios, fueron abatidos por los hombres de Aracos, que regresaron victoriosos al abrigo de los muros tras su contundente salida.

Los numantinos aclamaron desde lo alto de la muralla la acción relampagueante de Aracos y los suyos.

Metelo, burlado y colérico, ordenó entonces cargar a los diez elefantes de los

númidas. Los enormes paquidermos se acercaron hasta el pie de la colina, pero al atravesar una zanja poco profunda el suelo se hundió bajo sus enormes patas. Las ingeniosas trampas que había ideado Aracos, copiando lo que había visto hacer a Tiberio Sempronio Graco ante Cartago, funcionaron perfectamente. Habían sido fabricadas para soportar el peso de varios hombres, pero no para aguantar la enorme mole de los elefantes. Dos de esas bestias cayeron en sendos agujeros tan profundos como la altura de dos hombres y en cuyo fondo se habían colocado varias estacas aguzadas en las que quedaron ensartados los dos elefantes y sus conductores.

Los barritos de la pareja de elefantes atrapados en las trampas y heridos por las estacas inquietaron a los otros ocho, que, pese a los esfuerzos de sus cuidadores, se negaron a seguir adelante.

Metelo contempló furioso las murallas de Numancia y el alboroto que se había formado sobre ellas por la algarabía y el contento de los defensores. Comprendió que las laderas de aquella maldita colina estaban repletas de trampas y que sería imposible atacarla en esas condiciones. Numancia había vuelto a vencer a las legiones romanas.

Aracos limpió su hacha ensangrentada y ordenó a la mitad de sus hombres que se retiraran a descansar y a comer, mientras el resto quedaba de guardia sobre los muros contemplando cómo se replegaban las dos legiones.

—Os dije que sólo era una demostración. No traían torres de asalto, ni catapultas, y lo que es más importante, no estaban convencidos de la victoria.

Aracos fue aclamado por sus hombres y los numantinos lo pasaron a hombros por las calles de la ciudad.

—No creáis que todo esto ha acabado —dijo Aregodas devolviendo a todos a la realidad tras la euforia—; volverán, los romanos siempre vuelven.

—Quizá, pero esta vez han aprendido una buena lección —dijo uno de los más jóvenes.

—Es cierto —aseveró Aracos—, pero en cada encuentro tenemos menos cosas que enseñarles y menos ingenios con qué sorprenderlos.

Desde Numancia, el cónsul Quinto Cecilio Metelo, que ya se había imaginado regresando a Roma en triunfo, se dirigió a Termancia, ciudad también de los arévacos, fracasando de nuevo en su intento de conquista.

Entre tanto, Viriato había derrotado en el valle del río Anas a dos ejércitos romanos, a los que obligó a huir y a refugiarse en Córdoba.

Capítulo 9

Escipión y Marco Tulio habían concertado una entrevista en casa del ex cónsul para analizar la situación; el soldado más famoso de Roma hervía en ascuas ante la incompetencia que volvían a demostrar los gobernantes de la República. La guerra en Hispania amenazaba con provocar entre los jóvenes romanos una verdadera cadena de desertiones, como ya ocurriera en otras ocasiones, pues nadie quería ir a combatir a esa provincia que el Senado pretendía someter a toda costa.

Los desastres ante Numancia y las victorias de Viriato causaron una sensación de desasosiego como hacía tiempo que no se conocía. No se trataba de la misma inquietud que había embargado a los romanos cuando Aníbal los tuvo en su puño y no acabó por cerrarlo, pero parecía claro que los generales de las legiones en Hispania eran incapaces de hacerse con el control del abrupto y frío territorio de la Celtiberia y con las extensas dehesas y las sierras fragosas de Lusitania.

Y por si los asuntos de Hispania no fueran lo suficientemente delicados, varias cohortes habían sido aplastadas en el sur de la Galia por una incursión de los salasos, un pueblo al que Roma había despreciado hasta entonces por su poca relevancia.

—¡Imbéciles! —clamó Escipión—. Han sido derrotados por su estulticia y no se les ocurre otra cosa que acudir a los Libros Sibilinos para averiguar la causa de su derrota, como si no fuera otra que su necesidad e incompetencia.

—En caso de una derrota siempre se han consultado esos Libros, primo —le recordó Marco.

—¡Son unos idiotas! Observa la respuesta de los guardianes de los Libros Sibilinos: deberemos hacer un sacrificio en territorio de los galos cada vez que tengamos intención de hacerles la guerra, y además, por supuesto, pagar una buena cantidad de sestercios al templo de Sibila.

»Pero Roma sólo vence cuando pone al frente de sus legiones a los generales más capaces. Tipos como los que ahora las mandan sólo acarrearán el desastre y la derrota. Su único interés para acceder al consulado o a una prefectura es enriquecerse a costa del botín obtenido en la guerra. Utilizan la guerra para conseguir honores y gloria que los coloque en una buena posición para hacer una buena carrera política y medrar en las instituciones de la República. No les importan ni Roma ni los romanos que puedan morir, únicamente les guía el beneficio que puedan lograr para llenar sus avariciosos bolsillos y colmar su ambición de poder. Su riqueza está manchada con la sangre de los soldados; son fortunas malditas.

—Hablas como esos nuevos oradores que en la tribuna rostral dedican sus discursos a clamar por una ley más justa y equitativa que procure un mejor reparto de la propiedad de la tierra.

—A veces pienso que no estaría mal que algunos de esos ricos y egoístas patricios

perdieran todo su dinero y se convirtieran en esclavos. Sería divertido ver sus orondas barrigas sudando al sol entre gavillas de mieses.

—No lo soportarían, están demasiado acostumbrados al lujo y a la molicie. Son todo lo contrario a lo que admiro; representan aquello que más odio: la haraganería, el egoísmo y el cretinismo —se sinceró Marco.

—Escucha Marco —dijo Escipión sujetándolo por los hombros; te he llamado para que me ayudes a salvar a la República. Necesitamos hombres capaces y honrados. Mi hermano no ha podido hacer todo aquello que habíamos planeado, pues su paso por el consulado ha estado muy condicionado por los intereses de algunos senadores y por los caballeros del orden ecuestre, esa nueva clase de ricos que creen que el dinero puede comprarlo todo. Y además ha tenido que dedicar todo su esfuerzo para evitar que ese pastor lusitano nos echara de Hispania a patadas.

»Creo que deberías presentarte a los próximos comicios para el cargo de cónsul. Marco se sorprendió por la propuesta, pero enseguida reaccionó.

—No tengo la edad legal.

—Eso no importa. Yo tampoco la tenía cuando fui elegido cónsul hace cinco años; el Senado me concedió una dispensa, contigo podría hacer lo mismo.

—No es el mismo caso, Escipión; tú eres el soldado más prestigioso de Roma, el pueblo te reclamaba, pero yo...

—Tú has luchado tan bravamente como el que más. Tus soldados te idolatran y eres el general más apreciado entre los auxiliares hispanos. Podrías basar tu campaña electoral en la guerra de Hispania; conoces bien esa tierra y a sus gentes, sabes cómo vencerlos, cómo evitar que se sigan uniendo en torno a Viriato. Podrías reclutar a muchos celtíberos y ganarlos para nuestra causa, como hiciste con aquel guerrero del hacha. ¿Cómo se llamaba?

—Aracos, era Aracos —asentó Marco.

—Sí, Aracos, aquel fibroso celtíbero que manejaba el hacha de combate como un demonio. Un cónsul como tú al frente del ejército de Hispania y unos cuantos «Aracos» en nuestras filas, y el asunto de Hispania quedaría resuelto en unos meses.

—No es tan fácil; como tú mismo has dicho, conozco bien a los celtíberos, y ahora no sería tan fácil reclutarlos para una guerra contra Viriato y los numantinos.

»Y en cuanto a Aracos...

—¿Sí...?

—No estoy seguro, pero cuando nos despedimos aquí en Roma su mirada no era como la de antes; había cambiado. No sé, tal vez descubriera de pronto que su verdadero lugar estaba entre los suyos, y si ha sido así, nadie podría convencerlo para que vuelva a nuestro lado.

»Y por lo que se refiere a mi candidatura al consulado... Acaba de nacer mi primer hijo y estoy feliz aquí en Roma; he pasado tanto tiempo fuera...; ya he

cumplido los diez años que exige el *cursus honorum*, ahora mi sitio está aquí.

—Precisamente por eso, Marco; tú llevas el cognomen de los Cornelio y eso te obliga a mucho más que a cualquier otro ciudadano de Roma; por ejemplo, a que antepongas el interés de la República por encima de tus deseos y que estés obligado a dejarlo todo y a acudir en cuando te necesite, y ahora te necesita.

• • •

Convencido por Escipión, Marco Cornelio Tulio se presentó como candidato a las elecciones a los comicios consulares. Para ser electo cónsul, el cargo público más relevante del Estado, era necesario cumplir con la legitimación religiosa, haber cumplido cuarenta y dos años y ser elegido con los votos del pueblo reunido en asambleas o comicios, en los cuales se tenía muy en cuenta la voluntad de los dioses, expresada a través de los auspicios obtenidos tras un sacrificio e interpretada por los sacerdotes.

Escipión, su hermano Quinto Fabio Máximo, el grupo de senadores afecto a los Cornelio y varios miembros de la familia trabajaron visitando a los electores y haciendo campaña en favor de Marco, que pronunció varios brillantes discursos en los que expuso sus ideas sobre cómo acabar la guerra de Hispania y cómo reformar la propiedad agrícola.

El día de las elecciones consulares, Marco, que había podido presentarse gracias a la obtención de una dispensa especial al no tener la edad legal, aguardaba en su casa el resultado acompañado por su madre, por Escipión y por algunos otros familiares. Polibio, el historiador y consejero de Escipión, se presentó en casa de Marco; en un pedazo de papiro llevaba apuntado el resultado de los comicios.

—Han sido elegidos cónsules Lucio Cecilio Metelo, el hermano del actual cónsul que ha sido derrotado en Hispania, y Quinto Flavio Máximo Serviliano. Lo siento, Marco, pero has quedado tercero, a sólo doscientos sufragios de Serviliano. Pero no hemos fracasado del todo; Publio —dijo Polibio dirigiéndose a Escipión—, tú has triunfado en las elecciones a censor, el otro será Lucio Mumio.

—Han sido los cínicos; esos malditos depravados... Desean la ruina de la República. Han votado en bloque a los otros candidatos y les han otorgado el consulado a dos inútiles. Debimos comprar todos sus votos, o mejor matarlos a todos; son una plaga que acabará causando la ruina de todos nosotros clamaba el hermano de Escipión.

—Hoy es un mal día para la República —sentenció Escipión a la vista de los nombres de los elegidos para las demás magistraturas del Estado.

—No importa, amigos. Roma seguirá adelante, pese a todo, seguirá adelante —

aseveró Marco intentando paliar su amargura por la derrota en los comicios.

—Les prometiste trabajo, eficacia y honestidad, pero los electores sólo demandaban pan y espectáculos. Deberías haberles ofrecido luchas cruentas de gladiadores en el foro y carreras en el Circo Máximo o en el Flaminio, y todo ello gratis. Pero no, tú eres como tu padre, por eso en este infierno de la política romana nunca lograrás que te elijan para el consulado —dijo la madre de Marco.

—Te recuerdo, tía, que yo fui elegido cónsul y no me tengo por un hombre deshonesto —intervino Escipión.

—Roma te necesitaba en ese momento, y el pueblo lo sabía, por eso te aclamó como su cónsul y su salvador; Roma sólo recurre a sus grandes hombres cuando no tiene otra salida, entre tanto, prefiere que la gobiernen los mediocres, es más cómodo.

Capítulo 10

[Año 142 a. C.]

Pese a no conquistar Numancia y fracasar en sus campañas en Hispania, Quinto Cecilio Metelo fue recompensado por el Senado con el sobrenombre de Celtibérico, que añadió al de Macedónico que ya portaba por su victoria anterior en Oriente. El Senado lo mantuvo además al frente del ejército de Hispania con la categoría de procónsul. Su alegría fue grande cuando se enteró de que su hermano Lucio había sido elegido cónsul para el nuevo año.

Aquel invierno fue especialmente suave para lo habitual en Celtiberia, pero la quema de las cosechas del verano anterior había dejado a Numancia con una escasa provisión de trigo. Los numantinos habían debatido en su senado esta cuestión y habían acordado realizar en primavera una incursión por las tierras de los vacceos y de los turdetanos en busca de trigo, cebada y centeno, bien fuera para comprarlos o para conseguirlos por la fuerza.

Aracos, cuyas hazañas e ingenio le habían hecho acreedor de un puesto relevante en el senado numantino, se ofreció para ir hasta Contrebia Belaisca y hablar con su padre, que siempre sabía dónde encontrar grano al mejor precio. Afortunadamente, el benigno invierno había producido una caza muy abundante y las sierras de los alrededores de Numancia estaban rebosantes de onagros, ciervos, jabalíes, corzos, rebecos y conejos, que ese año eran tan abundantes que constituían una verdadera plaga.

Como quiera que esperaban un nuevo ataque, tal vez a fines de primavera, cuando las cosechas de cereales están granadas pero todavía no se han recogido, los numantinos decidieron realizar una gran batida. Si conseguían cobrar muchas piezas y guardar su carne en salazón, ahumada, seca o en conserva, sería mucho más fácil resistir a un nuevo asedio, aunque los romanos volvieran a quemar los campos de cultivo a fines de esa primavera.

Los druidas realizaron un sacrificio ritual a las puertas de Numancia para ver si la caza iba a ser propicia. En verdad que aquel rito no iba a cambiar mucho las cosas, pues ya estaban preparados trescientos hombres y treinta jinetes para salir de cacería. Los druidas leyeron en las entrañas de un cordero que el momento era oportuno y que los dioses, sobre todo Cernunnos, ayudarían a los cazadores.

La partida caminó durante una jornada entera hacia el este, en busca de las laderas occidentales del Moncayo, en cuya sagrada cumbre moraban Neitos, el dios de la guerra, y algunos otros dioses. Muchas millas alrededor de la gran montaña se extendían bosques de robles, encinas y quejigos, poblados por abundantes manadas

de animales. La dificultad de la caza estribaba en la espesura del bosque, cuajado de altos matorrales y de densa vegetación. Junto a los caballos salvajes, los onagros, los jabalíes, los ciervos, los corzos y los rebecos, abundaban también los lobos y los zorros, que eran capturados por el valor de sus pieles, e incluso algunos osos, que se refugiaban en cuevas situadas en lo más alto de las escarpadas laderas de la montaña, en lugares casi inaccesibles para el hombre.

Aracos montaba un caballo que le había regalado el senado de Numancia, como agradecimiento por la defensa de la puerta norte en el ataque del verano anterior y por haber ideado el sistema de trampas que acabó con dos de los elefantes y provocó la retirada del resto. Se trataba de un magnífico ejemplar de color pardo, de los que se decía que cambiaban de tono en la orilla del mar. Era hijo de un alazán de Celtiberia y de una yegua lusitana de las que Viriato había regalado a los numantinos cuando los visitó para pedirles que se unieran a él contra los romanos. Una vieja leyenda decía que a esas yeguas lusitanas las preñaba el céfiro, el suave y húmedo viento que en Lusitania sopla de poniente, desde el mar exterior hacia la costa, y que por eso sus potros eran los más rápidos de todo el mundo.

—Ese corcel es magnífico. El senado de Numancia te ha hecho un extraordinario regalo. Mira con qué elegancia trota, magnífico, magnífico.

Era Aregodas quien alababa el porte del caballo que montaba Aracos.

—Lo llamaré *Viento* —dijo Aracos.

—Muy apropiado; sí, ése es un buen nombre.

La partida de cazadores acampó en un claro del bosque, a la vista de la montaña sagrada. El senado numantino había designado a un rico propietario llamado Letuno como jefe de la partida de caza, y a Aracos como su lugarteniente.

Durante la cena, alrededor de una hoguera, los cazadores prepararon la batida que realizarían al amanecer. Un experto cazador que se ganaba la vida persiguiendo lobos y zorros les indicó cuáles eran los mejores terrenos para la caza en esa época del año. La primavera estaba comenzando y eran muchos los animales que se acercaban a los arroyos a beber el agua fresca del deshielo del Moncayo, cuya cumbre estaba cubierta por una extensa cabellera de nieve.

—Haremos una batida en forma de media luna. Los jinetes acosarán a las piezas desde levante, empujándolas hacia el oeste, y los infantes aguardarán apostados en la orilla opuesta del arroyo que tenemos a nuestras espaldas. Hay una zona en la ribera izquierda que es muy escarpada; las piezas tienen que ser dirigidas hacia allí, donde tendrán dificultad para superar el escarpe, de modo que será más fácil abatirlas desde arriba —dijo el cazador de lobos.

—Aracos tendrá el mando de la caballería —intervino Letuno.

—Imaginad que los animales son romanos a los que perseguimos; tenemos que

lograr encaminarlos hacia donde los esperan nuestros hombres emboscados. Nuestra misión —explicó Aracos dirigiéndose a los jinetes— es engañar a los animales, perseguirlos sin que se den cuenta de que los estamos llevando a una trampa y allí abatirlos.

Amaneció; el cielo estaba cubierto y un ligero viento soplaba del sur.

—La dirección del viento nos favorece —comentó el cazador.

—En ese caso, manos a la obra —ordenó Letuno.

Los infantes se apostaron en el soto de la ribera, ocultos tras los matorrales; cada uno ellos portaba dos lanzas largas, tres venablos y un arco y un carcaj con abundantes saetas, además de la *falcata* y un cuchillo largo.

Los jinetes partieron hacia el este, dando un largo rodeo. Cuando se encontraron a unas diez millas del arroyo, Aracos ordenó que se desplegaran en forma de media luna; eran sólo treinta, pero separados por unos veinte pasos uno de otro ocupaban un frente de más de media milla. Se había fijado para el inicio de la partida el toque de una trompa de terracota por parte de uno de los jinetes. Cuando Aracos comprobó que todos los caballeros estaban desplegados, ordenó el toque de trompa y comenzó la batida.

Sirviéndose de largas pértigas, los jinetes comenzaron a golpear los matorrales, a tocar las trompas y a hacer sonar los silbatos de terracota, avanzando hacia el este en formación. Aracos había dado órdenes estrictas de no romper el frente y de que cada jinete mantuviera con los compañeros de la izquierda y la derecha la misma distancia inicial de unos veinte pasos.

No tardó mucho tiempo en saltar de entre los matorrales la primera pieza, un rebeco. Después, conforme los jinetes avanzaban hacia el este, surgieron otros animales. Los caballeros hacían mucho ruido, gritaban y golpeaban la espesura con sus pértigas, hacían sonar silbatos y trompas y gritaban cuanto sus gargantas eran capaces de hacerlo; se trataba de asustar al mayor número de animales, obligarles a salir de sus escondites y dirigirlos hacia la trampa del arroyo.

Entre tanto, los infantes se mantenían en silencio en sus puestos de caza, agudizando el oído para advertir a lo lejos los toques de trompa de sus compañeros. Tras la larga espera, una pieza apareció en el claro del arroyo; era un ciervo de mediano tamaño, un macho joven y solitario. Algunos hombres se mostraron inquietos, y Letuno tuvo que calmarlos susurrándoles que si se movían podían echar a perder todo el trabajo realizado hasta entonces. El joven ciervo se detuvo a la orilla del arroyo, alzó la cabeza al frente como si intuyera el peligro y después giró el cuello hacia atrás, de donde procedían los estridentes sonidos que se oían cada vez más cerca. Tras el ciervo aparecieron varios corzos y una piara de jabalíes encabezados por un enorme macho. Los venados se habían detenido desconfiados ante el arroyo, pero el jabalí macho cruzó la corriente sin detenerse un instante y todos los demás

animales lo siguieron. Al otro lado del arroyo los animales se encontraron con la dificultad del escarpe. El gran jabalí fue también el primero en intentar superarlo, pero sus pezuñas resbalaron y a punto estuvo de rodar por la inclinada pendiente. Los venados dieron grandes saltos, pero apenas pudieron alcanzar el borde del escarpe. El nerviosismo de todos los animales fue en aumento cuando oyeron ya muy cerca las trompas de los jinetes.

Letuno había ordenado a sus hombres que no movieran uno solo de sus músculos hasta que él no diera la orden de disparar. A su lado estaba el experto cazador, que al contemplar la desesperada situación de las presas le indicó que ya era el momento de iniciar la caza. A una señal de Letuno, uno de sus hombres hizo sonar una trompa de terracota. Al unísono, los cazadores salieron de sus escondites y comenzaron a lanzar una lluvia de flechas sobre los aterrorizados animales. Alguno de los corzos intentó volver a la otra orilla, pero de la espesura del bosque aparecieron los primeros jinetes con sus lanzas en ristre, cerrándoles la retirada.

—Al pecho, al pecho, procurad darles en el pecho —gritaba el experto cazador, preocupado por que no se estropearan las pieles.

Aracos observó a un magnífico ejemplar de rebeco que escapaba arroyo arriba y tiró de las riendas de su montura.

—Vamos, *Viento* —le gritó al caballo—, es hora de que demuestres que mereces llevar este nombre.

El contrebiense azuzó a su corcel, apretó las piernas contra los costados del caballo, se asió con fuerza a las riendas y lo lanzó a la carrera en pos del rebeco. Durante media milla *Viento* corrió tras el rumiante sin apenas recortarle distancia, pero a partir de ahí la velocidad del caballo se mantuvo y la del rebeco fue decayendo. Cuando se colocó a su altura, Aracos alzó su lanza, apuntó al cuello del animal y la arrojó con todas sus fuerzas. La jabalina se clavó en la cerviz del rebeco y éste cayó envuelto en una nube de polvo. Aracos tiró con fuerza de las riendas para detener a *Viento* y saltó al suelo corriendo hacia la pieza abatida mientras sacaba de su cinturón su hacha de combate. El rebeco estaba intentando levantarse cuando Aracos lo alcanzó y con un tremendo tajo le seccionó la parte superior del cuello.

Cargó el rebeco sobre el lomo de *Viento* y regresó corriente abajo hacia el lugar de la batida. Veinticinco piezas habían sido muertas, entre ellas el gran jabalí, que había causado graves daños en la pierna de un hombre que se retorció de dolor.

—Está perdiendo mucha sangre, hay que atajar esa cuantiosa hemorragia o morirá —dijo Letuno. Aracos saltó de su caballo y examinó al herido.

—Hay que cortarle la pierna y cauterizarle la herida; no queda más remedio.

—¿Sabes cómo hacerlo? —le preguntó Letuno.

—He visto cómo lo hacían los cirujanos del ejército romano.

—Hazlo.

Aracos ordenó que encendieran una fogata y puso a calentar la hoja de su cuchillo. Ordenó que sujetaran al herido y le colocó un pedazo de cuero entre los dientes y un torniquete a la altura de la ingle. El cuchillo seccionó limpiamente los tejidos de la pierna, que de la rodilla para abajo estaba totalmente desgarrada, como si hubieran cortado la carne a flecos. El herido no pudo soportar el dolor y cayó desmayado cuando Aracos aplicó la hoja rusiente del cuchillo a los tejidos recién cortados.

Las piezas abatidas se colocaron sobre los caballos, y el herido en unas parihuelas. Algunos hombres tenían rasguños, contusiones y abundantes cortes en las manos, pero, salvo el que había perdido la pierna, todos estaban bien.

—Ha sido un buen día, algunas jornadas más como ésta y tendremos carne suficiente para el invierno —dijo Letuno.

La partida de caza regresó a Numancia a los diez días. Traía más de doscientas piezas grandes entre jabalíes, corzos, rebecos, ciervos y onagros, y muchas menores, como conejos, palomas, perdices y oropéndolas. Muchas de las piezas ya habían sido desolladas y su carne ahumada y salada en el campamento de los cazadores.

—Te dije que era un magnífico animal —comentó Aregodas cuando Aracos le quitó la manta del lomo a su caballo nada más llegar a Numancia.

—Tenías que haberlo visto cuando perseguí al rebeco el primer día de caza; en verdad que corre como su nombre, como el viento.

Aracos acarició el cuello de *Viento*; el animal lo miró como si hubiera entendido las palabras de los dos amigos. Entre los celtíberos, cuidar a los caballos era considerado un alto honor, y Aracos le encomendó a Aregodas que desde entonces se encargara de *Viento*.

Capítulo 11

La caza y la pesca eran abundantes y los rebaños de ovejas prosperaban en aquella primavera feraz y abundante en pastos, pero el senado numantino seguía temiendo por el suministro de trigo. Aracos volvió a ofrecerse para mediar ante su padre para la compra de cereal, y el senado aceptó su propuesta.

El contrebiense partió hacia su ciudad natal por el camino del sureste, hacia Bílbilis, a la ciudad bela que prosperaba en la confluencia de los ríos Jalón y Jiloca. Desde Bílbilis viajó hasta la cercana Segeda, que, aunque algunos de sus antiguos habitantes ya habían intentado regresar, continuaba abandonada diez años después de que sus moradores corrieran a refugiarse a Numancia. Roma todavía no había permitido la restauración de la vida urbana en la capital de los belos y planificaba construir una nueva Segeda dos o tres millas aguas abajo de la abandonada. Desde la desolada Segeda, Aracos cruzó la Idubeda por el paso que trazaba el curso del río de Contrebia, que descendió hasta llegar a su ciudad.

Aunque los espías numantinos le habían informado de que los caminos de Celtiberia estaban seguros y libres de romanos, pues todos sus ejércitos estaban combatiendo en el sur y en Lusitana contra Viriato, para mayor seguridad Aracos eligió viajar por senderos poco transitados, pues los romanos ya sabían que se había marchado a Numancia y que se había colocado en el bando de los partidarios de Viriato.

Cuando vio recortarse en el horizonte los muros de la acrópolis de Contrebia, Aracos sintió una profunda relajación. La primavera esmaltaba de un verde esmeralda los campos de trigo, que crecían peinados por una suave brisa del noroeste. Para no levantar sospechas, había hecho el camino con sólo tres de sus hombres, sobre unos onagros domesticados. Al entrar en Contrebia añoró a *Viento*.

Los guardias de la puerta identificaron enseguida a sus cuatro antiguos vecinos y se limitaron a saludarlos y a franquearles el paso, sin comentario alguno sobre su presencia en la ciudad, aunque uno de ellos corrió hacia la casa del magistrado supremo para avisarle de la llegada de Aracos y sus tres compañeros.

Aracos les indicó a sus hombres que podían ir a sus casas a ver a sus familias, pero que a la mañana siguiente debían estar listos para regresar a Numancia. Él se dirigió por la calle principal hacia el barrio bajo, a su casa de la calle del Sol. De camino fue saludando a algunos viejos conocidos, que, aunque se volvían para contemplarlo como si se tratara de la aparición de un espectro, evitaban hacer cualquier alusión a su regreso.

Al llegar ante la puerta de su casa, Aracos fue a entrar, pero cuando ya tenía la mano en el tirador, una pieza de hierro en forma de lagarto que había sido fundida en los talleres de su suegro, oyó un llanto en el interior. Se detuvo por unos instantes y

escuchó la voz de su esposa, que cantaba una suave melodía; entonces dio dos golpes con la mano y entró.

Briganda estaba amamantando a un niño de unos pocos meses; al contemplar a su esposo se sobresaltó y la boca del niño perdió el pezón, por lo que volvió a llorar. Su madre lo calmó con una caricia y le ofreció de nuevo su mama, de la que el hijo de Aracos volvió a chupar con avidez.

—Tiene hambre. Ha salido muy glotón. En eso no se parece a ti; en lo demás, sí —dijo Briganda. Aracos, tan asombrado como si le hubieran acabado de anunciar que había sido designado cónsul de Roma, se acercó hacia su esposa y su hijo sin atinar a decir una sola palabra.

El niño mamaba del pecho de su madre con la fuerza de un ternero.

—¿Este... niño? —balbució Aracos.

—Es muy fuerte, y está sano. Es tu hijo.

—¿Cómo... se llama? —balbució de nuevo Aracos.

—Abulos, como tu padre. Abulos, hijo de Aracos, hijo de Abulos, del clan de los Urdinocos.

—¿Por qué no me dijiste...?

—Cuando te marchaste sólo tenía unos días de retraso, no estaba del todo segura; además, no quería alterar tu destino.

—Debiste avisarme. A comienzos de esta primavera pasaron por Numancia unos mercaderes de Tarraco; preguntaron por mí y me trasladaron que estabas bien, pero no me hablaron de mi hijo.

—No les dije que tenías un hijo. Estaban en el mercado de Contrebia y una vecina me comentó que se dirigían hacia Numancia. Aproveché para darles el recado de que todo iba bien, y que si podían localizarte que te lo transmitieran.

El niño, satisfecho, dejó de mamar, y Aracos tomó en brazos a su hijo.

—Si lo viera Marco tal vez cambiara su opinión con respecto a las mujeres.

—¿A quién te refieres?

—A Marco Tulio, legado de la sexta legión, mi compañero de armas y mi amigo. Cree que las mujeres sólo servís para procrear.

Aracos dejó al niño en la cuna de mimbre y cogió a Briganda por los hombros.

—La maternidad te ha hecho mucho más hermosa —le dijo.

—Eso no es tan difícil; nunca he sido una mujer bella.

—No es cierto, eres muy atractiva.

Aracos y Briganda se besaron pausada y largamente. El contrebiense la empujó con delicadeza hacia la cama mientras la desvestía de su túnica de lana y le acariciaba los pechos, crecidos por la reciente maternidad.

Briganda se incorporó del lecho, en el que Aracos yacía satisfecho tras haberse derramado un par de veces en el interior de su mujer.

—¿Has venido para quedarte, o...? —preguntó Briganda de espaldas a su esposo.

—He venido a por trigo. La mitad de la cosecha del año pasado fue quemada por los romanos, y aunque tenemos abundantes provisiones de carne y aceite, andamos escasos de harina. Si no conseguimos algo, nos faltará el pan antes de que esté recogida la próxima cosecha, y si los romanos vuelven a quemar los campos... en ese caso, en invierno pasaríamos hambre.

»Tengo que hablar con mi padre. Él sabe mejor que nadie dónde conseguir trigo a buen precio. Claro que ahora... las circunstancias han cambiado, tengo un hijo, tú...

—Los romanos te han declarado su enemigo —dijo Briganda.

—Ya lo sé, media Celtiberia lo sabe.

—Vinieron al poco tiempo de que te marcharas a Numancia. Querían confiscar las tierras, la casa...; pero tu padre intervino en mi defensa y aludió a los servicios que él les había prestado siendo joven, a los años que tú serviste en el ejército, a mi estado de embarazo... El pretor encargado del caso sentenció que yo podía seguir con las tierras y con la casa, pero que si volvía contigo me las confiscarían para venderlas en pública subasta.

—En verdad que mi padre debe de tener influencias entre los romanos.

—El pasado invierno hizo grandes negocios con ellos. La guerra en Lusitania ha dejado los campos del sur desolados; el ejército necesita pan y aceite, y tu padre se los proporciona.

—Iré a hablar con él, después ya veré...

Abulos estaba en su casa, con su joven esclava vaccea.

—¡Hijo! Me acaban de decir que te habían visto en Contrebia, pero creí que se trataba de una broma. Medio ejército romano anda tras de ti.

—Lo sé, y también sé lo que hiciste para que no requisaran mis tierras y mi casa.

—No tiene importancia. El pretor que vino desde Salduie es amigo mío, me debe muchos favores y buena parte de su riqueza. En esta ocasión bastó con un puñado de monedas.

—Veo que los negocios te marchan bien —dijo Aracos, a la vista de los nuevos muebles de la casa.

—La guerra, Aracos, la guerra. Ya te dije una vez que si la guerra continuaba, habría mucho dinero que ganar. Los romanos pagan bien el trigo que les consigo. Ya no es suficiente con mis excedentes, ahora negocio partidas de Belgio, de Damianu e incluso de las tierras de los suessetanos. La expectativa de la próxima cosecha en los alrededores de Segia, su nueva capital, es extraordinaria. Ya he apalabrado la compra de unas cuantas carretas de grano que me dejarán muchos beneficios.

»¡Ah!, ese condenado de Viriato; no sabe cuánto le agradezco lo que está haciendo.

—¿Por la libertad de Iberia?

—No; por mis bolsillos, hijo, por mis bolsillos. Cada vez que asola un campo de trigo en Turdetania o en Carpetania, ingresa en mi bolsa un buen puñado de denarios. Sin duda, es mi mejor aliado, y si pudiera entrevistarme con él lo nombraría mi agente de ventas, e incluso le daría un buen porcentaje de mis ganancias mientras siguiera actuando como hasta ahora lo ha hecho. Ayúdale a mantenerse con vida el mayor tiempo posible, ese pastor lusitano es la fuente de mi fortuna.

—¡Padre, Viriato está luchando por nuestra libertad! —clamó Aracos ofendido.

—Vamos, hijo, vamos. Las cosas no son tan..., digamos, tan nobles como tú crees.

—Padre, yo he abandonado a mi esposa, he salido de mi casa, he renunciado a mis tierras, ahora he conocido a mi hijo, y todo esto lo he hecho por tu honor, porque tú me dijiste que debía ser yo el encargado de cumplir tu palabra, la que le diste a César hace treinta años. Y ahora...

—Y te lo agradezco, hijo, te lo agradezco mucho. Y no te preocupes por mi amado nieto, yo me encargo de él.

»Pero dime, ¿qué te trae por Contrebia? ¿Tu hijo, tu esposa...?

—Hasta hoy no he sabido que tenía un hijo; nadie me lo había dicho.

—¿Entonces...? No me dirás que echabas de menos a esa pelirroja... Hay decenas de mujeres como ella; fui yo quien te la busqué como esposa; tenía una buena dote y, como ha demostrado ya, podía darte hijos sanos y robustos. Pero una mujer no es causa suficiente como para atar a un hombre como tú. Si estás aquí es por algo más.

—Necesitamos tu trigo.

—¿Cómo dices?

—Los romanos, frustrados porque no pudieron con los numantinos, quemaron los campos de Numancia, Termancia, Uxama y Lutia; los arévacos no tienen trigo, apenas les queda para un mes. Además, tememos que las legiones regresen antes de la recolección y vuelvan a prender fuego a las cosechas. Creo que han encontrado un punto débil para rendirnos y se van a cebar en él. Necesitamos harina o trigo, padre. El senado de Numancia me ha enviado aquí para que me lo proporcionen o me digan dónde encontrarlo.

—Diles que saqueen los almacenes de los vacceos, como han hecho tantas otras veces.

—También están vacíos. Roma les ha requisado todo, ni siquiera tienen para ellos. Tú puedes conseguir ese trigo.

—¿Estás loco? ¿Sabes qué me ocurrirá si los romanos se enteran de que les voy a proporcionar trigo a los numantinos? Tú los conoces muy bien y sabes cómo las gastan.

—Nunca te he pedido nada; siempre he hecho lo que tú me has ordenado. Yo odiaba la guerra, pero desde niño me educaste para ser un soldado; me enviaste a luchar contra nuestros propios hermanos belos en Segeda y contra los arévacos de Numancia, y después me utilizaste para cumplir tu pacto de amistad hecho con un lusitano cuando yo ni siquiera había nacido. No he visto nacer y es probable que no vea crecer a mi hijo. Me debes ese trigo, padre, me lo debes.

—Espera, Aracos. Ya has luchado por mí contra los romanos. Mi pacto con César se ha cumplido. Yo puedo conseguir que Roma te perdone. Hablaré con mi amigo el pretor, con el mismísimo gobernador de la provincia citerior si es necesario. Si te pasaras al lado de Roma, serías muy bien recibido; conoces Numancia y sus defensas, podrías asesorar a sus generales para su conquista, podrías ganar mucho dinero.

—Lamento que seas mi padre —dijo Aracos terriblemente enfadado—, pero necesito ese trigo.

—¡Vaya!, te has convertido en un sentimental, ¿no es así? Te crees el redentor de un pueblo, el salvador de los arévacos. Ese Viriato os ha sorbido el seso a todos. Sois unos idiotas. ¿Acaso crees que podréis resistir mucho más tiempo al poder de Roma?

»No es sólo su ejército el que avanza, también lo hacen sus costumbres, sus modas. ¿Sabes?, en Salduie algunos de los hijos de los sedetanos ya llevan nombres romanos; cada vez hay más "Marcos", "Julios" o "Severos" que "Melmos" o "Luspangibas". Los jóvenes ilergetes, sedetanos y suessetanos desean ser romanos antes que cualquier otra cosa. El aceite que se consume en las ciudades de la costa se envasa en ánforas de Brindisi, la cerámica de Campania inunda nuestros hogares, los vestidos y los calzados son copia de los romanos y se fabrican según su gusto y su estilo. Tú has visto Tarraco y Salduie y cómo las casas, las calles y los templos empiezan a parecerse a los romanos. Sus campamentos están rodeados de barrios que llaman *canabae* en los que habitan mercaderes y las mujeres y los hijos de los soldados. Están fundando ciudades por todas partes: ya lo hicieron hace unos años con Grachurris, aguas arriba de Salduie, y ahora planean fundar una nueva ciudad llamada Valencia, unas cien millas al sur de Tarraco; será una gran urbe, según dicen.

»¡Fíjate bien, iluso!, Roma ya está aquí. Ha venido como una tempestad y lo ha hecho para quedarse; si nos adaptamos a los cambios que arrastra, tal vez sobrevivamos; pero si nos resistimos, nos destruirá como el huracán abate los árboles menos flexibles.

—Necesitamos trigo, y tú sabes dónde encontrarlo —insistió Aracos, desdeñando el discurso de su padre.

Abulos se sentó en un sillón que por su lujoso aspecto parecía importado de alguno de los talleres del sur de Italia.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó más calmado.

—Somos unos ocho mil, y apenas nos queda trigo para un mes. Con cien carretas sería suficiente, salvo que los romanos vuelvan a arrasarse las cosechas este verano.

—Veré qué puedo hacer, pero ten en cuenta que costará caro. Esta primavera la demanda de grano es muy grande en el sur.

—¿Cuánto?

—Un denario de plata por cada talento de trigo.

—De acuerdo, pero nos regalarás tres por cada diez que te compremos.

—Uno por cada diez.

—Que quede en dos.

—Tú ganas, hijo, os entregaré dos de cada diez; me vas a hacer perder mucho dinero; eso si antes no se enteran los romanos y acaban conmigo.

—Eso no ocurrirá, tú sabrás cómo evitarlo. Esperamos el trigo en Numancia para dentro de veinte días, en la próxima luna llena —asentó Aracos.

—¿Qué vas a hacer tú, hijo? —preguntó Abulos.

—Mañana regreso a Numancia.

—¿Y tu hijo, y tu esposa?

—Le pediré a Briganda que venga conmigo.

—Sabes que si se marcha lo perderá todo.

—Si te lo vende a ti, no.

—¿Qué pretendes?

—Me recomendaste que comprara esas tierras porque eran buenas, y mi casa es una de las más sólidas de Contrebia. Cuánto crees que vale todo, ¿diez mil, doce mil denarios? Bien, si Briganda quiere venir conmigo, todo es tuyo por seis mil. ¿Qué dices?

—Tu esposa no se marchará de aquí. No va a seguir a un espectro cuya única alternativa de futuro es la muerte.

—En ese caso, no habrá trato.

• • •

Aracos volvió a su casa y le contó a Briganda lo que había hablado con su padre. La joven pelirroja acunó a su hijo y sonrió extrañamente, con un cierto deje de amargura, cuando Aracos le propuso ir con él a Numancia.

—Mi vida debería estar a tu lado, pues eres mi esposo, pero dice mi padre, y también el tuyo, que los romanos no cesarán hasta que hayan conquistado Numancia. Si me marchó contigo, cuando os derrotan, nuestro hijo o estará muerto o será vendido como esclavo; no quiero que nada de eso le ocurra. Si me lo hubieras pedido cuanto te marchaste, si me hubieras dicho entonces que te acompañara... Pero

todavía puedes quedarte, tu padre te ayudará; escríbeles a esos amigos tuyos de Roma, diles que te arrepientes por haber estado al lado de Viriato. Si lo haces, tu hijo tendrá alguna posibilidad de conocer a su padre.

—No puedo quedarme. Los numantinos me consideran uno más de ellos. Los han traicionado muchas veces; ¿qué diría mi hijo si supiera que me quedé aquí por cobarde y a costa de traicionar a unos celtíberos como nosotros? Prefiero que recuerde la memoria de un padre honesto a que conviva con la figura de un padre sin honra.

—¿Desde cuándo es para ti más importante el honor que la vida?

—Desde que lo aprendí de un romano, Marco Cornelio Tulio. Nos debemos mutuamente la vida.

—¿Qué buscas, qué andas persiguiendo, qué es lo que te atormenta? —Briganda abrazó a su esposo y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—He visto tantas muertes, tanto horror... Nada deseo más que la paz, una casa como ésta, una ciudad como ésta, una mujer como tú y un hijo como Abulos.

—Ya lo tienes, todo eso lo tienes.

—Eres una mujer; no entiendes qué cosas pasan por la cabeza de un hombre.

—Tal vez si te sinceraras, si me dijeras qué es lo que anhelas... Sé bien que nunca me has amado, y no me importa en demasía; sé que fue tu padre quien se empeñó en celebrar nuestra boda. Yo esperaba otro futuro, un marido que regresara a casa todos los días, un esposo con el que compartir el lecho todas las noches, con el que envejecer juntos año tras año. Ahora sé que ese sueño jamás será posible.

—El mundo está convulso. Roma ha decidido ser su dueña y mientras haya pueblos que no lo admitan, la guerra, el dolor y la muerte serán las compañeras habituales de los hombres.

—Tal vez algún día...

—Tal vez, Briganda, tal vez. Cuida de nuestro hijo. Mi padre ha perdido un buen negocio —reflexionó Aracos.

—¿A qué te refieres?

—A nada importante.

Al día siguiente, los cuatro contrebienses que habían viajado desde Numancia se encontraron como habían quedado para regresar a la ciudad de los arévacos. Aracos les dijo que todo había salido bien y que los carros con el trigo estarían en Numancia en menos de un mes.

Capítulo 12

De vuelta a Numancia se enteró de que romanos y lusitanos estaban librando unas terribles batallas en las sierras al norte del río Betis. Mientras el procónsul Quinto Fabio atacaba Lusitania desde el norte, tras haber recorrido la tierra de los vacceos, el también procónsul Quinto Cecilio había sido derrotado cerca de la ciudad de Itucci, donde el caudillo lusitano Viriato se había fortificado.

La estrategia de los generales romanos había fallado. Viriato estaba más fuerte que nunca, los numantinos, sin que los romanos supieran cómo lo habían hecho, habían logrado abastecerse de grano en cantidad suficiente como para resistir un asedio de meses y los legionarios veteranos de la tercera y la quinta se mostraban muy cansados tras cinco años ininterrumpidos de campañas militares y de derrotas inexplicables. La mayoría de ellos había perdido la moral y la fe en la victoria y no esperaba otra cosa que alcanzar la licencia y recibir tierras y un solar en la nueva ciudad de Valencia para abandonar la vida militar. Las escaramuzas libradas contra los lusitanos habían acabado por desesperanzarlos. Aunque el hermano de Escipión lo había derrotado en algunas ocasiones, Viriato parecía indestructible y los pueblos de Iberia aliados de Roma, turdetanos y carpetanos sobre todo, estaban hartos de tanta guerra y tanta desolación. Entre los impuestos que tenían que pagar a Roma y los saqueos a que periódicamente se veían sometidos por las tropas de Viriato, o por bandidos que decían pertenecer al ejército de Viriato, su posición con respecto a la aceptación del dominio romano empezaba a ser cuestionada en las aldeas, pero también en algunas grandes ciudades del valle del Betis, como Híspalis o Córdoba.

[Año 141 a. C.]

Lucio Cecilio estalló de ira al enterarse de que el nuevo cónsul enviado a Hispania para sucederle era Quinto Pompeyo Aulo, con quien estaba profundamente enemistado.

—¡Grandes noticias, traigo grandes noticias! —gritaba un espía de los celtíberos al entrar al galope en la ciudad de Numancia. La gente se arremolinó a su alrededor, el espía saltó del caballo, no pudo aguantarse más y, ante la insistencia de la concurrencia, habló:

—Lucio Cecilio Metelo, el hermano de aquel ufano cónsul que se presentó a las puertas de Numancia con dos legiones, ha licenciado a sus mejores soldados. Su sucesor al frente del ejército consular es un enemigo mortal, por lo que ha decidido ponerle las cosas difíciles: ha prohibido que se alimente convenientemente a los elefantes, que se encuentran en un estado lamentable, y ha permitido que sus hombres

se dediquen al saqueo, con lo que la moral y la disciplina de las tropas, que ya era escasa, todavía ha disminuido más.

»Lucio ha sido nombrado procónsul con mando para seguir combatiendo en Iberia, pero su ánimo está muy decaído. No le ha quedado más remedio que entregar el mando consular a su mayor enemigo. Teníais que haberlo visto cuando le traspasó la toga púrpura al nuevo cónsul, su gran rival; su cara no hubiera sido peor si le hubieran arrancado una a una todas las muelas.

Aracos acudió al tumulto que se había organizado en torno al espía.

—¿Cuántos hombres ha recibido el nuevo cónsul? —preguntó el contrebiense.

—Unos treinta mil infantes y dos mil jinetes. Dos legiones, la tercera y la quinta, o lo que queda de ellas después de las licencias concedidas por Lucio a los legionarios y a los auxiliares. El nuevo cónsul ha traído consigo unos cuantos honderos de las islas Baleáricas, dicen que son muy certeros, y unas cohortes de jóvenes romanos que ni siquiera saben para qué sirve una espada.

—Siempre son treinta mil, siempre distintos y siempre los mismos; matememos a cuantos matememos, siempre hay dos legiones prestas a volver a luchar —comentó Aracos a Aregodas.

• • •

Pompeyo decidió actuar por su cuenta y, pese a no disponer de las mejores tropas, pues carecían de la instrucción y preparación adecuadas, varios manípulos de novatos atacaron Numancia. A mediados de primavera se presentó con la renovada quinta legión, varias cohortes de novatos y los honderos de las Baleares que había reclutado semanas antes. Se estableció en el mismo campamento que ya había sido utilizado por Nobilior once años antes, y desde allí realizó continuas escaramuzas, asolando los campos, impidiendo trabajar a los campesinos y quemando y destruyendo cuanto podía en los alrededores de Numancia.

Aracos decidió que era tiempo de actuar y convocó a su hueste y a unas cuantas decenas de jóvenes numantinos, entre ellos a la compañía de «los hijos de la luz» que encabezaba Olíndico, y que ya contaba con medio centenar de adeptos. Salieron de noche de Numancia y se apostaron en una hondonada por donde cada mañana solían patrullar varios grupos de soldados romanos. Esperaron pacientes a que la mayoría de los legionarios estuviera dentro de la hondonada y los atacaron por sorpresa, manejando con habilidad los arcos, los venablos y al fin las *falcatas*; dos centenares de soldados romanos fueron abatidos en esa escaramuza.

Desde entonces, día a día se sucedieron los enfrentamientos en los que los numantinos siempre vencían a los romanos, entre los cuales comenzó a sentirse

verdadero pánico cuando se corrió la voz de que un demonio invencible armado con un hacha peleaba del lado de los celtíberos. Algunos veteranos recordaban que un guerrero formidable, armado también con un hacha, había combatido como auxiliar en la sexta legión. No faltaron quienes supusieron que era el mismo guerrero, ahora reencarnado en un numantino.

Un legado romano llamado Quinto Occio, extraordinario luchador con espada porque había sido adiestrador de gladiadores en la ciudad de Luna, pidió permiso al cónsul Pompeyo para retar en duelo individual a los numantinos. Siendo un joven centurión había presenciado el combate entre Escipión y el gigante vacceo ante las murallas de Intercatia y cómo la victoria del romano había estimulado la decaída moral de su ejército.

Pompeyo dio su visto bueno, pues conocía bien la destreza de su legado, y envió a dos mensajeros para proponer el duelo a los numantinos. Si aceptaban, el desafío tendría lugar al pie de la rampa de «la bajada al llano», frente a la puerta principal de Numancia, donde el campeón designado por los celtíberos debería presentarse armado con una espada corta y un escudo redondo.

Seguro de su fuerza y de su habilidad, el legado Quinto Occio se plantó ante la puerta de Numancia a la hora convenida, y ésta se abrió para dar paso a un hombretón de seis pies y medio de alto, un poco más que Occio, pero mucho más pesado. Armado con la *falcata* y un escudo redondo de madera con el umbo de hierro, el celtíbero cubría su cráneo con un casco cónico de bronce con amplia visera, rematado con un penacho de plumas de cuervo; se protegía el torso con una coraza de hierro y las piernas con sandalias de cuero y chapas metálicas.

El legado Occio portaba en su mano derecha la espada corta de doble filo y en su brazo izquierdo el escudo; se protegía la cabeza con un casco de legionario con orejeras y un penacho de plumas rojas; sobre una cota de malla llevaba una coraza de láminas de cuero y placas de bronce y en las piernas unas grebas también de bronce.

Los dos contendientes se saludaron levantando sus espadas y se pusieron en guardia. El poderoso celtíbero lanzó un ataque violento y durísimo, pero un poco lento, que fue fácilmente desbaratado con una finta del romano. Varias estocadas más del numantino fueron desviadas con habilidad por Occio, que, conforme iba avanzando el combate, notaba el debilitamiento de su adversario, muy fuerte y robusto pero demasiado lento. Por fin, el legado decidió lanzarse al ataque y consiguió golpear por dos veces el hombro izquierdo del arévaco, quien, dolorido, bajó el escudo lo suficiente como para dejar al descubierto su flanco izquierdo, por donde Occio lanzó una estocada que penetró en el cuello de su oponente seccionándole la vena yugular.

La victoria de Occio fue acogida por los romanos, que presenciaron el duelo sobre una pequeña colina a menos de media milla de Numancia, al noreste, con

enorme júbilo. El legado cortó la cabeza del celtíbero y se la llevó como trofeo.

En la ciudad, varios jóvenes numantinos se presentaron voluntarios para pelear en un nuevo duelo contra el campeón romano. Aracos les dijo que ahora era cosa suya y se ofreció para representar a Numancia en la pelea de revancha. Pero cuando los magistrados estaban a punto de ofrecerle ese honor, un joven llamado Tiresio pidió ser él quien retara al romano. Tiresio era el hermano menor del guerrero muerto por Occio y reclamaba para él ese privilegio.

Tiresio era menos fuerte que su hermano mayor, pero mucho más rápido y ágil. Aracos lo conocía bien porque había sido uno de los primeros en acudir a los entrenamientos militares que el contrebiense dirigió al poco de llegar a Numancia, uno de los siete socios fundadores de la compañía de «los hijos de la luz»; sabía que era un buen luchador, pero, tras contemplar la forma de pelear del legado romano, estimó que las posibilidades de victoria de Tiresio eran muy escasas.

El legado Occio aceptó la revancha y regresó al campo del duelo armado de la misma manera, pero ahora con una espada nueva forjada en Bílbilis, con las aguas sagradas del río Jalón, en una fundición de los belos, más flexible que aquella con la que había peleado dos días antes.

Tiresio era alto y fibroso; sus músculos eran alargados y poco voluminosos y era bien conocida su agilidad y rapidez. De nuevo se repitió el ritual del saludo. Occio, que esperaba la inmediata acometida de su contrincante, como solía ser la táctica habitual en los duelos individuales de los guerreros de Iberia, se sorprendió al observar que Tiresio lo miraba tranquilo, observando con agudeza cada uno de sus movimientos. Durante un buen rato los dos duelistas dieron vueltas uno en torno al otro, sin que ninguno de los dos se decidiera a lanzar el primer envite. Occio oyó que desde la colina próxima donde estaban sus tropas surgía un murmullo de intranquilidad y decidió tomar la iniciativa. Dio dos pasos al frente y, tras lanzar un par de fintas, descargó un tajo de izquierda a derecha que Tiresio esquivó de un ágil salto hacia atrás. El legado romano cargó de nuevo y las dos espadas chocaron desprendiendo algunas chispas. El numantino contraatacó con fuerza, desplazando y obligando a Occio a retroceder algunos pasos, hasta que pudo rehacerse y mantener la embestida con los pies firmes. Los dos combatientes comenzaron a intercambiar terribles golpes y tajos, pero ninguno conseguía herir al adversario. Occio había subestimado la resistencia del numantino, que se mantenía tan fresco como al comienzo de la pelea. El romano, más experimentado pero de más edad, parecía que comenzaba a acusar el cansancio. Los golpes de Tiresio no disminuían en contundencia, y Occio había perdido la frescura del principio.

El romano se fijó entonces en que Tiresio combatía cubierto con un ligero capote de cuero y piel que no sólo no le estorbaba, sino que causaba una cierta confusión al despistar con su vuelo la atención de Occio. El experto luchador romano decidió

entonces cambiar de táctica y, en vez de atacar por los flancos, comenzó a lanzar golpes de arriba abajo, obligando a Tiresio a mantener el escudo en alto, dejando por unos breves instantes su vientre al descubierto. Varios terribles golpes seguidos, en los que Occio casi gastó todas sus fuerzas de reserva, acabaron por descomponer el escudo de madera y metal del numantino, que quedó hecho pedazos. Apenas sin fuerzas, el legado romano se abalanzó desesperado sobre el joven arévaco, quien desprovisto de la protección del escudo, no pudo esquivar la acometida de Occio. Tiresio dio dos pasos atrás y tropezó en una raíz que sobresalía del suelo, cayendo de espaldas. Intentó girar sobre sí mismo rodando por el suelo para escapar de Occio, pero su mano derecha quedó enredada entre los pliegues del capote.

Tiresio, atrapado entre sus propias vestimentas, se encontraba a merced de Occio, pero en ese instante una flecha lanzada desde los muros de Numancia silbó junto a la cabeza del romano y fue a clavarse a unos pocos pasos de los combatientes. El romano giró la cabeza hacia la ciudad justo unos breves instantes, que hubieran sido suficientes para que el numantino lo hubiera ensartado con su espada, pero Tiresio se incorporó de un brinco, liberándose del capote, y agitando su espada increpó al que había lanzado la saeta. Después, reconoció su derrota y le ofreció al legado su espada y su capote de cuero. Occio, sorprendido por la gallardía y el valor del celtíbero, le extendió la mano, que Tiresio estrechó; después recogió la espada y el manto y, tras despedirse del numantino, regresó con los suyos. Era la primera vez que tras una batalla o un duelo, un romano y un celtíbero se habían despedido de esta manera.

Con soldados como Tiresio y Aregodas, el escuadrón de Aracos se había convertido en un batallón formidable. No sólo eran los más hábiles en el manejo de las armas, sino también los que causaban un mayor pavor entre los romanos. Antes de entrar en combate se soltaban sus cabellos y los agitaban al viento, pues los llevaban muy largos, y después se colocaban unos cascos cónicos de hierro que adornaban con penachos de plumas de halcón, de cuervo y de urogallo. Sus caballos eran tan feroces como los jinetes; su aspecto era sobrecogedor porque cabalgaban con las cabelleras de los enemigos abatidos en el combate colgadas de los laterales de sus monturas. No era cierto, pero se decía que los hombres de Aracos conservaban las cabezas de sus víctimas en la batalla sumergidas en aceite de cedro, y que las tenían en sus casas guardadas en unas urnas de las que las sacaban para mostrarlas a sus visitas como trofeos. Incluso había quien aseguraba que había visto cómo bebían vino e hidromiel mezclados con la sangre de los vencidos en copas fabricadas con el cráneo de los muertos en combate.

A pesar de los dos triunfos de Occio, Pompeyo, desesperado porque no lograba ningún progreso ante Numancia y porque sus partidas eran derrotadas una y otra vez por los numantinos, que no cesaban de acosarle, levantó el asedio tras ser derrotado una vez más en una escaramuza en el llano frente a Numancia, y se dirigió hacia

Termancia. A su paso asoló algunas aldeas, taló los árboles y quemó las cosechas.

Cuando en Termancia se enteraron de que Pompeyo se dirigía hacia allí, ofrecieron un sacrificio a los dioses para que les fueran propicios y les ayudaran en la guerra que de nuevo se avecinaba, ofreciendo exvotos y alimentos.

Sin un plan de combate previo y necesitado de una victoria que lo rehabilitara ante sus hombres y ante el Senado, Pompeyo lanzó desesperadamente a la primera y segunda cohortes de la quinta legión contra los muros de Termancia. Los de la quinta no conocían el terreno y quedaron acorralados en un precipicio de los que rodean Termancia. Cortada la retirada y sin poder recibir ayuda, los legionarios de las dos cohortes pelearon con bravura durante medio día, rechazando las cargas de la caballería termantina, que se acercaba a una distancia suficiente orno para lanzar los venablos y retirarse en busca de nueva munición. Sin poder escapar, de espaldas al desfiladero, setecientos legionarios fueron abatidos por los ataques de la caballería arévaca y sólo unos pocos pudieron escapar cuando cayeron las primeras sombras de la noche.

Mientras esta batalla se producía, Aracos, que había salido de Numancia siguiendo a la retaguardia de la legión del cónsul Pompeyo, atacó con sus hombres los carros de la impedimenta, apoderándose de un buen botín y dejando sin provisiones a los romanos.

Absolutamente irritado y fuera de sí, Pompeyo se dirigió entonces a Malia, una pequeña ciudad en la ruta del sureste sobre la que le habían informado que estaba custodiada por una pequeña guarnición de numantinos. Cuando los habitantes de Malia vieron que la legión se desplegaba ante ellos, presos de pánico, atacaron a los soldados numantinos que los defendían, los asesinaron y entregaron sus cabezas y la ciudad a Pompeyo. Algo similar ocurrió en la pequeña ciudad de Lagni, al sur de Numancia, donde también fueron traicionados los soldados de la guarnición y entregados a los romanos.

Capítulo 13

Animado por estas dos victorias, fruto de la traición entre los propios celtíberos y no de la estrategia militar del cónsul, Pompeyo decidió regresar ante los muros de Numancia e iniciar un nuevo asedio, pero antes de llegar a la capital de los arévacos un correo lo alcanzó y le informó de que el gobernador de Salduie solicitaba ayuda inmediata, pues una partida de bandidos mandada por un cruel personaje llamado Tangino estaba asolando las propiedades de los romanos en la Sedetania, sin que dispusieran allí de fuerza alguna capaz de hacerle frente. Como quiera que el primer deber de los cónsules era defender a los ciudadanos romanos y a sus propiedades, Pompeyo se dirigió a toda prisa hacia el valle del Ebro, descendiendo por el curso del jalón desde Ocilis, y una vez allí persiguió al grupo de Tangino hasta que logró arrinconarlo en unos escarpes a orillas del río, unas pocas millas al oeste de Salduie. El cónsul ejecutó en la cruz a Tangino, liquidó a los heridos, a los enfermos y a los más viejos, y al resto de los bandidos supervivientes los sometió a la esclavitud y los envió a Roma para que fueran vendidos en el mercado de esclavos. La mayoría de aquellos bandidos eran celtíberos que tenían su base de operaciones en la ciudad de Contrebia Leukade, una extraordinaria fortaleza inexpugnable situada al norte del Moncayo. Los prisioneros, al no poder soportar la idea de la esclavitud, se suicidaron provocando el hundimiento en el mar de las naves mercantes que los trasladaban a los mercados de Roma.

[Año 140 a.C.]

—¡Lo ha logrado, Viriato lo ha logrado!

Un mensajero lusitano entró en Numancia proclamando a gritos la noticia de la que era portador. El magistrado supremo del consejo de ancianos lo recibió en presencia de los caudillos militares y de los miembros del senado.

—Nos sitiaron en la ciudad de Erisana, en la Lusitania central, pero Viriato reaccionó atacando. Puso en fuga a un ejército romano y acorraló, sin posibilidad de escapatoria, a otro. Imaginad, amigos numantinos, una legión, toda una legión a nuestra merced. Hubiéramos acabado con todos sus hombres si hubiéramos querido, pero Viriato prefirió perdonarles la vida a cambio de un tratado. Los romanos han aceptado nuestras condiciones, las que les ha impuesto nuestro valeroso caudillo —dijo el embajador lusitano, todavía jadeante y no menos excitado y orgulloso—. Viriato acepta la amistad del pueblo romano y los lusitanos podremos poseer libremente nuestra tierra.

—¿Eso es todo? —demandó Aracos sorprendido por las palabras del lusitano.

Todas las miradas se volvieron hacia el contrebiense.

—Es lo que pretendíamos. ¿Qué otra cosa esperabas? —se extrañó el nuncio de Viriato.

—La retirada de Roma; el compromiso de que jamás volverían por aquí. ¿Qué otra cosa sino? Creo que los romanos han engañado a Viriato; con ese acuerdo sólo pretenden ganar tiempo y recuperarse de las derrotas.

—El tratado ha sido firmado por el procónsul Serviliano; ha dado su palabra de que el Senado de Roma ratificará ese pacto y honrará a Viriato con el título de «amigo del pueblo romano».

—Tú, Viriato y todos los que habéis creído en ese acuerdo sois unos ilusos. Los romanos están siendo derrotados en Celtiberia y en Lusitania y, por lo que sé, comienzan a tener problemas en Carpetania y Turdetania. Viriato ha estado a punto de lograr el objetivo que nos explicó aquí, en esta misma ciudad, hace algún tiempo, que no era otro que arrojar a los romanos al mar interior y acabar con su presión insostenible. Pero ahora les ha devuelto las alas; en cuanto se recuperen, volverán a volar... contra nosotros.

• • •

El Senado ratificó el acuerdo con Viriato y le concedió la distinción de «amigo del pueblo romano», que era otorgada a muy pocos. Aracos quedó desconcertado, pero estaba seguro de que la actitud de los romanos era una estratagema, y que Viriato no tardaría en pagar su candidez.

Y así fue. Servilio Cepión, uno de los dos nuevos cónsules, que era además hermano del procónsul Serviliano, no estaba dispuesto a aceptar las condiciones que Viriato había impuesto a su hermano. En cuanto llegó a la Península, fue consciente de que la única manera de someter a todos los hispanos era olvidarse de cualquier pacto y reducirlos mediante el terror, que tan bien había funcionado en Corinto y en Cartago.

Cepión escribió de inmediato un largo informe al Senado en el que decía que el tratado firmado con Viriato era indigno del pueblo romano, y que él, como ciudadano romano y como cónsul, no lo admitía, por lo que solicitaba a los senadores que lo denunciaran y le permitieran reiniciar las hostilidades contra los lusitanos.

Desde Híspalis, Cepión enviaba cada semana una carta al Senado para que le autorizara a romper el tratado firmado con Viriato.

Al fin, tras varias semanas de espera, a principios del verano llegó un mensaje del Senado en el que se le permitía a Cepión que interviniera contra Viriato como le pareciera oportuno. El cónsul no tardó ni un instante en escribir una circular a los

comandantes de todas las guarniciones romanas en Hispania comunicándoles que el tratado acordado con Viriato el año anterior quedaba sin efecto en ese mismo momento.

Los hermanos Servilio Cepión, cónsul, y Quinto Fabio Máximo Serviliano, procónsul con mando en Lusitania, atacaron a Viriato. El procónsul mandaba un ejército de dos legiones, con unos veinticinco mil hombres en total. Penetró en Lusitania desde el sur y fue conquistando y destruyendo cuantas aldeas y ciudades encontró, muchas de las cuales se habían pasado a Viriato y habían aceptado confiadas el tratado firmado con Roma. Los que se rendían eran tomados cautivos y vendidos como esclavos y a los que se resistían les cortaban primero la mano derecha y luego la cabeza; decenas de miles de lusitanos fueron condenados al hambre y a la desesperación.

Viriato, cogido por sorpresa por el repentino e inesperado ataque romano, envió unos embajadores a Numancia pidiendo ayuda desesperadamente. Cuatro legiones divididas en dos cuerpos de ejército, el mayor contingente movilizado por Roma para una sola campaña desde la segunda guerra púnica, tenían orden de Cepión de perseguir a Viriato hasta darle caza. Tras este formidable ejército viajaba toda una retahíla de comerciantes, prostitutas, mercachifles, buhoneros y oportunistas prestos a hacer negocio de la guerra.

Ante semejante despliegue de fuerza, a Viriato no le quedó más remedio que retroceder. Pero las legiones siguieron avanzando hasta que lograron alcanzarlo en una zona de colinas en medio de Lusitania. Cepión sonrió al ver al caudillo lusitano acorralado, pero todavía se alegró más cuando observó a lo lejos que los lusitanos formaban su ejército ofreciendo batalla a los romanos. En lo alto de una colina Viriato desplegó a su caballería lusitana, formando tras ella a la infantería.

—Es valiente, ese Viriato, pero es un condenado loco. Nos presenta batalla, pero ha colocado a su caballería al frente, y detrás ha escondido a su infantería. ¡Y decían que era un gran estratega! Se encamina hacia el desastre. Esta victoria será recordada en todos los Anales de Roma —dijo el cónsul Cepión a sus generales al observar las maniobras de la caballería lusitana.

Cepión ordenó desplegar dos de las legiones en el llano y que permanecieran en orden de combate hasta que diera la orden de atacar. El asombro de Cepión fue en aumento cuando vio que la caballería lusitana se estaba preparando para lanzar una carga, en tanto la infantería parecía haberse parapetado detrás de la colina.

—¿Qué pretenden? ¡Sólo son unos dos mil quinientos! Aquí los aguardamos con treinta mil hombres bien formados y pertrechados. Yo esperaba que se hicieran fuertes en lo alto de esa colina y resistieran ahí nuestro ataque, pero Viriato parece dispuesto a lanzar él la primera carga con su caballería; en verdad que es un loco, o está tan desesperado que prefiere morir atacando antes que defenderse —reiteró

Cepión.

En lo alto de la colina donde se había desplegado la caballería de Viriato se vio a un jinete que corría de un flanco otro, como impartiendo las últimas órdenes.

—Es Viriato, es Viriato —se oyó comentar a algunos legionarios.

Una trompa sonó con fuerza y Cepión indicó a sus generales que dieran la orden de prepararse para rechazar la embestida, que presumía inmediata, de la caballería lusitana. Pero en contra de lo previsto por el cónsul y por sus generales, los jinetes lusitanos dieron media vuelta y desaparecieron despacio tras la cresta de la colina.

Los oficiales romanos se miraron asombrados, sin entender nada de lo que estaba pasando, y se dirigieron a sus superiores solicitando instrucciones.

—Hace un rato parecía que se disponían a cargar, pero han desaparecido. ¿Qué hacemos, cónsul? —preguntó uno de los tribunos de la tercera.

—Dad la orden de permanecer quietos y alerta; tal vez se trate de una estratagema de ese Viriato. Esperemos un poco a ver qué trama.

Los abanderados portadores de los estandartes de señales transmitieron las instrucciones del cónsul a los centuriones de todas las cohortes.

Durante un buen rato permanecieron en tensa espera, aguardando a que se produjera el ataque suicida de los jinetes lusitanos, pero, transcurridas al menos dos horas en el sistema del cómputo romano del tiempo diario, no pasó nada.

Cepión ordenó entonces a uno de los tribunos que acudiera con una *decuria* de caballería a ver qué ocurría detrás de aquella colina. El tribuno ascendió la ladera al trote, y cuando llegó a lo alto se quedó de piedra; allí, al otro lado de la colina, no había nadie. Los lusitanos habían desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra.

Lo que había hecho Viriato había sido enviar a sus tropas de infantería a un lugar seguro, dándoles tiempo para que huyeran sin que los romanos se dieran cuenta de ello. Una vez a salvo, la caballería formó como si pretendiera presentar batalla. Cuando los romanos abandonaron el orden de marcha para colocarse en orden de combate, Viriato ordenó a su caballería huir a toda prisa, sin dejar opción a que sus enemigos reaccionasen. Cuando los romanos se dieron cuenta del engaño, los lusitanos estaban ya muy lejos y a salvo.

Engañado por Viriato, el cónsul Cepión se dirigió preso de la cólera hacia el norte, asolando las tierras de los vetones y de los galaicos, en el extremo noroeste de la Península, en donde se decía que abundaban las minas de oro y plata.

Capítulo 14

La burla de Viriato al ejército romano fue festejada en Numancia como la mejor de las victorias.

—Los ha engañado. Ese astuto zorro de Viriato se ha reído de las legiones en las mismas narices de sus cónsules.

Aregodas festejaba la estratagema del caudillo lusitano ante una embajada de seis de sus hombres, que se habían presentado ante el senado de Numancia pidiendo ayuda.

—Necesitamos tropas de caballería. El procónsul Máximo Serviliano ha reforzado su legión con varios escuadrones de jinetes númeridas, y su hermano el cónsul Servilio Cepión está furioso por la mofa que le hicimos. Sería preciso que nos asistierais al menos con trescientos jinetes.

—Son demasiados —sentenció el magistrado Tirtanos—; si os enviamos ese número nos quedaremos sin caballería para proteger nuestra ciudad.

—Podemos hacerlo —intervino Aracos.

Todos los ojos de los que asistían a la reunión del senado numantino se volvieron hacia él.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Tirtanos.

—Propongo entretener a los romanos ofreciéndoles un tratado de paz, de rendición si es necesario. Mientras duren las conversaciones no nos molestarán, espero. Entre tanto, enviaremos a nuestra caballería para ayudar a Viriato. Conozco bien a los jinetes númeridas, pues luché junto a ellos en la guerra de África; sólo los superan los jinetes celtibéricos. Si Serviliano derrota a Viriato, y en una batalla en campo abierto, con superioridad en la caballería y semejante desproporción de efectivos, eso es lo más probable, quedarán liberadas dos legiones, o tal vez tres. Numancia ha resistido el ataque combinado de dos, pero con cuatro o cinco no podríamos aguantar. Tenemos que ayudar a Viriato, o de lo contrario veremos ante los muros de esta ciudad a dos cónsules al frente de cuatro legiones.

•••

A petición de los numantinos, el Senado romano envió una comisión para negociar la paz propuesta por el contrebiense como estratagema para ganar tiempo. Entre tanto, Aracos recorrió media Península hasta encontrarse con Viriato en las sierras de Lusitania.

El indómito pastor parecía cansado. Casi no dormía, estaba todo el día recibiendo embajadas y no desatendía los ejercicios del ejército.

Aracos se presentó en su tienda del campamento de las montañas.

—Agradezco mucho tu ayuda, Aracos, pero ya es innecesaria.

—Tus nuncios nos dijeron que pretendías enfrentarte a los romanos en una batalla en campo abierto y que para contrarrestar a la caballería nómada necesitabas de nuestro apoyo. He logrado convencer al senado de Numancia para que me permitiera venir en tu ayuda con trescientos jinetes; son los mejores caballeros de toda Celtiberia, de todo el mundo. Nadie monta como ellos.

—Los romanos han venido hasta aquí para quedarse. El cónsul Cepión ha construido un faro en la desembocadura del Betis; pronto navegarán hasta Híspalis decenas de navíos romanos que vendrán cargados de soldados, comerciantes, mercancías, colonos... He decidido enviar ante el cónsul a mis mejores hombres y amigos para que intenten negociar una paz digna. Todavía poseo el título de «amigo del pueblo romano».

—Ya lograste esa paz cuando estabas en mejor situación, y no sirvió de nada. Los romanos jamás cumplen los acuerdos que no les convienen. No son hombres de palabra; no puedes fiarte de ellos, otra vez no.

—En esta ocasión no tenemos ninguna otra alternativa. Acompáñame.

Viriato salió de la tienda con Aracos y le mostró el campamento. Los lusitanos apenas contaban con dos mil hombres en condiciones de luchar. Esa misma primavera, una contundente campaña militar encabezada por el general Bruto había destrozado decenas de aldeas y poblados de cuyos jóvenes se había nutrido el ejército de Viriato.

—No sabía... ¿Cómo podía imaginar...?

Aracos quedó desolado a la vista de los efectivos lusitanos: hombres heridos, agotados, con el rostro abatido por tantos años de sufrimientos, con el signo del dolor y la derrota marcado en las pupilas.

—Lo has visto con tus propios ojos. Durante años hemos mantenido en jaque a las legiones, pero a costa de muchas bajas, muchos muertos y mucho esfuerzo. No podemos más, mis hombres no resistirían otra batalla. Cepión tiene nuevas tropas de refuerzo recién llegadas de África, y nos han dicho algunos desertores romanos que el Senado prepara dos legiones más que enviarán con uno de los nuevos cónsules. Nuestra única salida es negociar.

—Entonces, ¿por qué nos has pedido ayuda?

—Hace un par de meses creí que todavía era posible vencerlos, pero ahora sé que jamás lo lograremos. Han muerto muchos hombres, no quiero que se derrame más sangre. Intentaré lograr un acuerdo honorable con Cepión.

—Bien, en ese caso, regresaremos a Numancia. Si alguno de tus hombres desea unirse a nosotros...

—Ni uno solo de ellos me abandonaría, me han jurado lealtad eterna.

Por primera vez Aracos vio a Viriato derrotado y entregado al destino y a sus funestos augurios.

¡Cuánto habían cambiado las cosas en unos pocos meses!; Viriato había pasado de la euforia de la victoria a la aceptación de lo inevitable. Fue entonces cuando Aracos supo que en la batalla final Numancia estaría sola.

Capítulo 15

Los trescientos jinetes celtíberos regresaron a Numancia en silencio. Atravesaron las vastas planicies de la Meseta embutidos en sus mantos de viaje, contemplando absortos las nubes plomizas que cruzaban el cielo como terribles presagios. Habían soñado con combatir en campo abierto a las legiones, al lado de Viriato, siguiendo el hacha enhiesta de Aracos, que muchos consideraban un verdadero talismán, pero aunque regresaban sin pelear parecía como si acabaran de perder la última de las batallas.

Al atravesar la cordillera central de la Península, la barrera montañosa que cruza el centro de Iberia de este a oeste, se toparon con unos mensajeros que venían a su encuentro desde Numancia. Les dijeron que una legión con más de doce mil hombres se dirigía hacia Numancia desde el valle del Ebro. Aracos ordenó a sus hombres acelerar el paso para llegar cuanto antes.

Por el eficaz sistema de señales romano, que cubría la mitad oriental y el sur de Iberia, se había trasladado hasta Sedetania la noticia de que Viriato había ofrecido negociar la paz con Roma. El procónsul Pompeyo Aulo, que había fracasado como cónsul ante los muros de Numancia dos años antes, se había puesto en marcha con una legión hacia la ciudad de los arévacos, al recibir el permiso del Senado para llevar a cabo un segundo intento de conquista. Los numantinos estaban negociando un acuerdo de paz que les permitiera ganar tiempo, pero los romanos se habían enterado de que tan sólo se trataba de una argucia y denunciaron la actitud de los celtíberos.

Esta vez Pompeyo Aulo venía pertrechado con potentes máquinas de asedio, catapultas y un regimiento de zapadores. Estaba dispuesto a conseguir la rendición de Numancia por hambre, por sed o por cualquier otro medio.

Cuando llegó Aracos con la caballería, los romanos comenzaban a levantar un campamento estable, aprovechando algunas de las fortificaciones construidas en años anteriores. El otoño se había adelantado y soplaba un frío y seco viento del norte. Una sensación de alivio recorrió los corazones de los numantinos al contemplar el regreso del contrebiense y el brillo de su hacha de combate colgando del flanco de su caballo.

Aracos saltó de su montura y entregó las riendas de *Viento* a uno de sus hombres; unos guardias le informaron de que el consejo estaba reunido en el edificio del senado y que acudiera allí en cuanto le fuera posible. Aracos se sacudió el polvo del camino, se lavó la cara y las manos y corrió hacia el edificio del senado. El consejo de ancianos estaba debatiendo cómo organizar las defensas ante el nuevo sitio, que esta vez sí parecía ir en serio.

—¡Aracos!, benditos sean los dioses que te han permitido llegar sano hasta nosotros —se alegró el magistrado Tirtanos.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Aracos.

—El procónsul Pompeyo manda una legión. Se han asentado en el campamento del este, a cuatro mil pasos de aquí. Tienen varias máquinas de asedio, unas diez catapultas y al menos seis elefantes. Nuestros oteadores han estimado en unos doce mil hombres los efectivos de esa legión.

—¿Están las trampas preparadas?

—Por supuesto, ya sabes que siempre están dispuestas, pero me temo que esa lección la tienen bien aprendida; no creo que caigan en el mismo error que en el pasado —dijo Tirtanos.

—Bien, antes de nada tengo que decirles que Viriato va a intentar llegar a un acuerdo con los romanos. Prefiere una paz honrosa a seguir luchando. Sabed que a partir de ahora estaremos completamente solos.

• • •

A la semana de formalizar el asedio, unos vigías numantinos avisaron de un movimiento de tropas desde el campamento romano hacia Numancia. Aracos acudió presto a lo alto de los muros y observó a varias cohortes que avanzaban en formación hacia el oeste portando cada legionario varias estacas de madera que comenzaron a clavar a lo largo de una línea de más de mil setecientos pasos de longitud, entre los dos ríos menores. Una vez trazada la línea, una brigada de zapadores equipada con palas y picos comenzó a cavar una trinchera.

—Pretenden rodearnos con un foso —supuso Aregodas.

Aracos miró la zanja que estaban excavando los zapadores y se llevó la mano a la barbilla dubitativo.

—Me parece que no es precisamente eso lo que están haciendo. Fíjate, la excavación va del curso de un río al otro. Humm, ¡condenados romanos, están trazando un canal!

Y así era. Los ingenieros romanos habían planeado la construcción de un canal de mil setecientos pasos de longitud, más de milla y media, entre los dos ríos menores de Numancia, a fin de encerrar a los numantinos en el interior de un cerco de agua que impidiera salir de la ciudad o entrar en ella.

—Tal vez quieran rendirnos por hambre encerrados en nuestra propia ciudad, u obligarnos a salir a luchar a campo abierto, pero vamos a darles una buena sorpresa.

Tras varias semanas de excavación, el canal tenía ya una longitud de mil pasos y una profundidad de al menos veinte pies.

Aracos preparó un ardid para causar el mayor daño posible a los romanos.

—Escuchad —les dijo a sus hombres—: Desde hace tres días la profundidad del

canal es mayor que la altura de tres hombres. He estudiado la forma de trabajar y los horarios de las guardias. Lo hacen de la siguiente manera: trabajan unos dos mil zapadores en cuatro turnos de tres horas en el cómputo romano del transcurso del día. Eso significa que dentro de la zanja están en cada momento unos quinientos hombres. Otros tantos vigilan nuestros movimientos desde la parte superior de la zanja, colocados de dos en dos en puestos de guardia separados por unos tres pasos. Contando con los aguadores, los zapadores y los vigilantes, en cada turno hay unos mil doscientos hombres. Cada turno es revisado y dirigido por un tribuno, que permanece al borde de la zanja.

»Mi plan es el siguiente: el momento más propicio para efectuar un ataque es antes de producirse el relevo de uno de los turnos, especialmente el penúltimo, mediada la tarde, que es cuando tienen el sol de frente si miran hacia Numancia. En ese momento los que cavan están cansados y el relevo está saliendo del campamento, por lo que si les atacamos entonces tardaría al menos media hora en llegar en su ayuda. Bien, atacaremos en ese preciso instante, antes del cambio del tercer turno. Será una carga sorpresa en la que la velocidad de ejecución de nuestra maniobra es fundamental. La caballería saldrá por la puerta oeste y bordeará la ladera norte de la colina de Numancia hasta alcanzar la altura máxima del lugar donde excavan. En cuanto hayamos ganado esa posición, mil infantes saldrán por la puerta norte, en la zona de «la bajada al llano». Si actuamos con celeridad, cogemos por sorpresa a los zapadores y evitaremos que los vigías puedan agruparse. Lo liaremos esta misma tarde. Y recordadlo bien: el arma que nos dará la victoria es la rapidez.

Tal cual había planeado, la caballería, mandada por el propio Aracos, salió con el máximo sigilo dando un pequeño rodeo. En unos instantes ganó la posición y cogió por sorpresa a los vigilantes, que con el sol de frente tenían dificultades para la visión. Entre tanto, la infantería descendió la rampa de «la bajada al llano», la zona más accesible de la ciudad, y corrió hasta el borde del canal. Los desprevenidos guardianes fueron fácilmente reducidos, pues no lograron agruparse, y los zapadores quedaron a merced de los numantinos, metidos dentro de la zanja, a veinte pies de profundidad y sin posibilidad de defensa.

Cuando se dio cuenta de lo que pretendían los numantinos, el tribuno de turno, un veterano militar llamado Opio, intentó agrupar a sus hombres, pero no tuvo tiempo de concluir la maniobra y él mismo fue abatido con un venablo. Los numantinos cayeron como centellas y dejaron muertos sobre el terreno a más de cuatrocientos romanos. La grieta abierta en la piel de la tierra parecía una fosa excavada para enterrar en ella a los cadáveres de los legionarios.

Acabada la matanza, los numantinos se retiraron tan deprisa como habían llegado. Cuando los del último turno llegaron del campamento y se asomaron a la zanja, sólo pudieron ver los centenares de cadáveres de sus compañeros atravesados por

venablos, lanzas, flechas y espadas.

Pero los veteranos de la quinta legión no se amilanaron ante la masacre y renovaron sus esfuerzos en la excavación del canal, ahora mucho mejor preparados y con enormes efectivos protegiendo a los que trabajaban. En unos pocos días más finalizaron el canal entre los dos ríos; habían cavado una trinchera de mil setecientos pasos de largo por quince pies de ancho y cincuenta de profundidad. Sólo los romanos eran capaces de hacer algo semejante en tan poco tiempo y con tantas dificultades. Todo el lado oeste de la colina de Numancia había quedado cerrado por ese enorme foso; ahora las inmediaciones de Numancia estaban totalmente rodeadas por los fosos naturales del gran río Duero y de los dos ríos menores y por el canal artificial construido por los legionarios.

—¡Nos han aislado; Numancia es una isla rodeada de cursos de agua y fosos por todas partes! —exclamó un sorprendido Tirtanos, que nunca había visto nada parecido.

—No importa, Numancia siempre ha estado rodeada de ríos, fosos y barrancos —alegó Aracos.

—Pero nos han cortado «la bajada al llano», la zona por donde siempre hemos salido y entrado a la ciudad —dijo el magistrado.

—Bueno, el invierno se echa encima y con las obras del canal han olvidado construir un campamento estable; o se marchan o lo pasarán muy mal. Y nosotros tenemos provisiones suficientes, e incluso podemos realizar alguna salida en busca de más. Esos legionarios estarán agotados con el ritmo de trabajo que han soportado estos días. Si fuéramos unos millares más saldríamos a por ellos y los venceríamos, pero nos superan en tres a uno; debemos esperar a que sea el invierno quien los derrote.

Pocos días antes de comenzar el invierno llegaron al campamento de Pompeyo numerosas tropas de refresco. Los numantinos quedaron consternados al ver que los refuerzos eran más de media legión, pero a los tres días se reconfortaron al observar que más de cinco mil legionarios y auxiliares abandonaban el sitio rumbo al sur. Las nuevas tropas que habían llegado de Roma eran las encargadas de relevar a los veteranos de la quinta, que se licenciaban tras seis años ininterrumpidos de guerras.

Aracos se dio cuenta enseguida de la inexperiencia de los recién llegados. Todos los días recorría los alrededores de Numancia sobre su caballo *Viento* y podía observar a lo lejos la impericia de los legionarios novatos.

Con las primeras nieves, Aracos creyó que Pompeyo levantaría el campamento y se retiraría a invernar en las tierras menos frías de la Sedetania, o en las más templadas de la costa oriental, pero pasaban los días, el invierno avanzaba y Pompeyo parecía dispuesto a quedarse.

—Ese Pompeyo tiene cojones, pero va a arrastrar a la muerte a la mitad de sus hombres —comentó Aracos a Aregodas cuando vieron que se cubría el campamento romano con el manto de la primera gran nevada.

[Año 139 a. C]

El invierno fue terrible. Pompeyo había decidido quedarse ante Numancia, tal vez arrepentido por no haber impedido que se perpetrara la matanza de la zanja a causa del poco celo que puso en la protección de los hombres que la estaban cavando. Pero al no disponer de edificios sólidos, la mayoría de los soldados tuvo que dormir en tiendas de lona, soportando un frío intensísimo.

Las fuentes y manantiales se habían helado, por lo que los romanos tuvieron que recurrir al consumo de aguas estancadas en cisternas, lo que produjo enfermedades y terribles dolores en los estómagos de los legionarios noveles, no acostumbrados al duro clima del gélido invierno de la Meseta. Los hielos dejaron inservibles muchos alimentos y Pompeyo tuvo que ordenar que una cohorte se preparara para salir en busca de provisiones.

Enterado de eso por algunos desertores romanos y auxiliares ibéricos que de vez en cuando escapaban del ejército para buscar refugio en Numancia, Aracos preparó una emboscada a las puertas mismas del campamento de Pompeyo, pero no cuando salieron a por los víveres sino al regreso, pues el contrebiense pretendía matar a muchos romanos y a la vez apoderarse de los alimentos que llevaran consigo.

La cohorte se dirigió hacia el sur, atravesando con gran esfuerzo los campos nevados y helados hasta llegar a Ocilis, donde se aprovisionaron de aceite, vino, miel y trigo. Una noche, Aracos, que había sido informado por sus espías de que los que habían salido a por alimentos regresarían al día siguiente, tomó a quinientos de los más duros y aguerridos celtíberos, entre ellos a los miembros de la compañía de «los hijos de la luz», y salió de Numancia por los senderos helados. Para pasar inadvertidos a los oteadores romanos, ordenó que cada uno de ellos se cubriera con un manto o un lienzo blanco, incluso la cabeza. Así pudieron llegar hasta las mismas puertas del campamento, donde aguardaron emboscados entre los montones de nieve el regreso de la cohorte con los suministros. Cuando estuvieron a su alcance, Aracos saltó ante la cabeza de la fila de legionarios que caminaban cansinos sobre la nieve y con sendos golpes de su hacha derribó a un decurión y a un legionario. Como rayos fueron surgiendo los celtíberos por todas partes, acribillando a los confiados romanos, que habían relajado su guardia al verse ya ante las mismas puertas de su

campamento; entre los dos bandos se trabó una feroz lucha. Observando cómo sus compañeros eran atacados ante sus propios ojos, los guardias del campamento salieron en su ayuda, pero el estrecho paso que conducía a la puerta estaba tomado por los numantinos, que también los abatieron con facilidad; los guardias tuvieron que replegarse al interior mientras Aracos y los suyos saqueaban las carretas de alimentos y regresaban deprisa a Numancia.

En la ciudad hubo alegría por la nueva victoria, pero de los quinientos que habían salido sólo regresaron trescientos.

—La misma historia de siempre. Los vencemos una, otra vez, pero siguen ahí, renovando su ejército, siempre con nuevas tropas que llegan en primavera y que sustituyen a todos y cada uno de los caídos en combate. En cambio, nosotros...; hoy hemos perdido a doscientos de nuestros mejores hombres, a los cuales jamás podremos sustituir —confesaba Aracos a Aregodas sus temores.

—Todavía somos tres mil soldados y unos doscientos jinetes —dijo el lugarteniente de Aracos.

—Ni siquiera una legión. Si reuniéramos a todos los celtíberos con posibilidad de combatir en un único ejército, podríamos formar a duras penas dos legiones, mientras que Roma puede reclutar cada año al menos cuatro.

—Y entonces, ¿a qué esperan para liquidarnos?

—Tú mismo lo viste cuando servíamos ante los muros de Cartago. ¿Recuerdas? El Senado debatía si destruir la ciudad de Aníbal antes o después, midiendo los plazos como si se tratara de un juego, para entre tanto, unos cuantos seguir ganando enormes sumas de dinero. Además, cada general quiere obtener lo que los romanos llaman el triunfo, y entrar victorioso en Roma desfilando sobre una cuadriga, vestido como su dios Júpiter, coronado de laurel y tocado con el manto púrpura bordado con hilos de oro. En ese desfile portan sobre carros el botín conseguido y muestran grandes carteles con el nombre de los pueblos derrotados, cuyos prisioneros son arrastrados con cadenas entre los insultos y las imprecaciones del pueblo romano antes de ser ejecutados como ladrones o vendidos como esclavos. Me confesó una vez un romano que para que un general obtenga el triunfo debe haber liquidado al menos a cinco mil enemigos en una sola acción de guerra.

—En Numancia no llegarnos a esa cantidad; tendrían que matarnos a todos y después liquidar a los de Termancia y a los de Uxama.

—Con tal de lograr el triunfo, contabilizarían entre los vencidos a mujeres, ancianos y niños —supuso Aracos.

—¿Sabías todo esto antes de aceptar nuestra propuesta para que fueras nuestro jefe?

—Lo suponía, Aregodas, lo suponía.

—¿Y por qué aceptaste? Tu padre no tenía derecho a hacerte cumplir su pacto de

amistad con el lusitano. Tenías, y tienes, una esposa, tierras, una casa, ahora un hijo... ¿Qué demonios se te había perdido en Numancia en esta guerra que no es la tuya?

—¿Y qué importa en estos momentos todo eso? Estamos aquí, en medio de estas tierras congeladas, rodeados de romanos, acosados y solos... Tú viniste a mí, tampoco a ti se te había perdido nada en esta guerra.

—No podía soportar a los romanos, su afán por dominarlo todo, su superioridad, su altanería...

—Pero igual que yo, tú también estuviste con ellos, a su servicio.

—Bueno, era un trabajo. Compraron mi espada por un tiempo y me pagaron bien por ello, pero no podía entregarles gratis ni mi libertad ni mi conciencia.

—¿Libertad? ¿Acaso crees que aquí somos libres?

Aregodas miró a Aracos. Le puso la mano en el hombro y le dijo:

—¿Y tú me preguntas eso? ¿Qué crees que eres cuando cabalgas con *Viento* persiguiendo a un corzo, o cuando paseas por la vereda del Duero intentando pescar algún pez, o cuando decidiste dejarlo todo para luchar por esto? Eres libre; somos libres. Aunque ahí fuera estén todos los romanos, todas esas malditas legiones con sus orgullosos estandartes y sus brillantes insignias doradas, con sus ufanos generales cubiertos de entorchados y con toda su maquinaria de guerra, mientras tengamos la capacidad de sostener una espada en nuestras manos, mientras sea así, seremos libres. No conozco qué otra cosa puede ser la libertad para un celtíbero.

Capítulo 16

El tiempo mejoró un poco mediado el invierno y Pompeyo decidió levantar el campamento y trasladarse a Ocilis, donde esperaba entregar el mando al nuevo cónsul. Antes de retirarse envió una embajada a Numancia ofreciéndoles la paz y un tratado honroso.

El invierno no sólo había sido duro para los legionarios y auxiliares de la legión de Pompeyo; los numantinos habían sufrido varias bajas por enfermedades y frío, además de los soldados caídos en los combates librados en los últimos meses. El cónsul saliente se mostraba muy preocupado, pues estaba seguro de que, si no ofrecía algunos resultados más convincentes, el Senado podría acusarlo por sus errores e incluso condenarlo por su incompetencia.

Los numantinos aceptaron celebrar la entrevista y enviaron seis representantes a una conferencia que tuvo lugar en el sencillo edificio que había sido el pretorio del campamento construido en época de Nobilior. Por los celtíberos acudieron cuatro magistrados numantinos, entre ellos Tirtanos y Olíndico, además de Aracos y Aregodas, mientras que por la parte romana estaban presentes el propio Pompeyo, tres senadores que habían pasado el invierno en Ocilis, dos prefectos y dos tribunos de la quinta legión.

Tras la bienvenida, Pompeyo habló ante las dos delegaciones con solemnidad:

—Estos meses han sido muy duros y terribles para todos nosotros. Roma desea la paz, siempre desea la paz, y yo estoy aquí para lograrla. Os pido, hombres de Numancia, que aceptéis la paz que Roma os ofrece y que confiéis en nuestra palabra y en nuestra República.

Tirtanos se adelantó y preguntó:

—¿Qué precio tiene vuestra paz?

—Mucho menor que el que tendréis que pagar si seguimos con el asedio.

Ambas partes acordaron la paz, y Pompeyo se retiró aparte con Tirtanos para pactar las condiciones.

Acabada la entrevista privada, Tirtanos habló con los suyos.

—Nos exige treinta talentos de plata, la entrega de algunos rehenes, prisioneros y desertores a cambio del tratado de paz.

Los miembros del senado de Numancia se mostraron de acuerdo, pero Aracos puso algunos reparos.

—Los romanos han incumplido su palabra en muchas ocasiones. Treinta talentos es una gran cantidad que podría ser utilizada para reclutar nuevas tropas esta misma primavera y continuar el asedio con más fuerza. No veo en este acuerdo las garantías suficientes.

—No podemos hacer otra cosa. Tú mismo, Aracos, sabes mejor que nadie cuál es

nuestra situación. Estamos cansados, al borde del agotamiento, hemos perdido casi la mitad de nuestros mejores hombres, la tierra no producirá si no plantamos de inmediato la nueva cosecha... No nos queda otra opción que aceptar.

Ese mismo día los numantinos entregaron a Pompeyo a sesenta y dos desertores, la mayoría auxiliares iberos que durante el invierno habían abandonado el campamento romano para pedir refugio en Numancia, a unos pocos prisioneros y diez talentos de plata, además de treinta rehenes como garantía de pago de los veinte talentos restantes. Con ese botín, Pompeyo se retiró hasta Ocilis, donde quedaron citados para la entrega de la plata que faltaba.

• • •

Marco Popilio Lenate, el nuevo cónsul con mando en Hispania, llegó a Ocilis a los pocos días del acuerdo del tratado de paz, y poco después se presentaron varios celtíberos con los veinte talentos que restaban por entregar.

Aracos dirigía el grupo de numantinos armados que habían escoltado a Tirtanos y al dinero hasta Ocilis. Durante el acto de entrega, Tirtanos le recordó a Pompeyo su compromiso y le exigió la firma del tratado de paz que habían acordado, pues las condiciones exigidas se habían cumplido.

Pompeyo sabía bien que el nuevo cónsul no ratificaría el tratado, pues el Senado de Roma había dado órdenes tajantes de no aceptar ningún trato con los hispanos que conllevara el menor síntoma de debilidad, y ante la sorpresa de los celtíberos, sentenció:

—Yo jamás me comprometí a firmar acuerdo alguno con la ciudad de Numancia. El anciano Tirtanos, sintiéndose burlado, le respondió con contundencia:

—Este hombre miente. Aquí, en esta sala, hay varios testigos de su compromiso. Esos hombres señaló a los senadores y a los tribunos estaban presentes. Nos dijo que confiáramos en Roma, que Roma quería la paz. Nos exigió a cambio varias condiciones que hoy hemos satisfecho por completo.

—Yo ratifico las palabras de Tirtanos —añadió Aracos.

—No es cierto; yo jamás me comprometí a nada, tal vez vuestro escaso conocimiento del latín no os permitiera comprender con claridad mi propuesta —alegó Pompeyo.

—Yo entiendo perfectamente el latín, como puedes comprobar. Tus palabras fueron precisas: habría paz a cambio de plata.

Pompeyo siguió negando sus promesas y los celtíberos insistieron en que mentía y en que se preguntara al resto de los romanos presentes en aquella reunión, pero éstos permanecieron callados.

El nuevo cónsul intervino entonces para zanjar una discusión que no conducía a ninguna parte.

—Que sea el Senado romano quien dirima este asunto. Es cierto que vosotros, hombres de Numancia, habéis entregado treinta talentos, pero Pompeyo asegura que es un tributo con el que pretendéis comprar la paz, en tanto vosotros aseguráis que es el precio fijado para esa paz.

»Regresad a vuestra ciudad y nombrad una delegación de diez embajadores. Iréis a Roma para dar en el Senado vuestra versión y confrontarla allí con la de Pompeyo. Yo os garantizo la inmunidad y la protección durante el viaje; seréis tratados como huéspedes e invitados de la República.

—Pretenden ganar tiempo. Se quedan con la plata, reorganizarán el ejército, contratarán más mercenarios... Siguen actuando de la misma forma que cuando estábamos entre ellos, y nosotros seguimos cometiendo los mismos errores —le susurró Aracos a Aregodas.

Capítulo 17

El senado numantino decidió que, a causa de su avanzada edad, no era conveniente que el magistrado supremo Tirtanos viajara a Roma, y optó por que fuera Olíndico el jefe de la delegación, en la que también irían Aracos y su lugarteniente Aregodas, pues, como quiera que mientras durara la embajada no habría guerra, no eran necesarios en Numancia y en cambio sí que podrían aportar muchas cosas en ese viaje, dado que ambos conocían Roma.

La comitiva salió de Numancia y dos días después llegó a Ocilis, desde donde, escoltados por una centuria de legionarios, partieron, Jalón abajo, hacia Salduie. Allí embarcaron en unas almadías y descendieron la corriente del Ebro hasta su delta, desde donde subieron por la costa del Mediterráneo hasta Tarraco; allí embarcaron en dos navíos mercantes que acababan de descargar una partida de cerámica negra de Campania, la más lujosa de cuantas se fabricaban en Italia, la misma que los pueblos de Iberia adquirían porque su posesión se consideraba un signo de refinamiento. Esta cerámica, fina, delicada y muy elegante, alcanzaba un elevado precio, pero hasta en los más pequeños poblados de la Hispania citerior había vajillas de Campania.

Por seguridad, según dijo el centurión que mandaba la escolta, la delegación numantina se tenía que repartir entre los dos barcos, por lo que irían cinco celtíberos en cada uno de ellos.

En el barco en el que subieron Aracos y Aregodas viajaba también un curioso personaje. Se les acercó mientras los dos contrebienses comían y les dijo que era un mercader sirio llamado Asklepidoto, que se había establecido hacía unos años en la ciudad sedetana de Cese, una de las más grandes de las que había a lo largo del curso del Ebro, para distribuir por las ciudades de la Hispania citerior la famosa cerámica negra de Campania. Les contó que estaba intentando establecer delegaciones comerciales en Segóbriga y en algunas otras ciudades del interior de Celtiberia, donde esa cerámica campaniense apenas llegaba a causa de las continuas guerras y de las partidas de bandidos que asolaban los caminos, impidiendo unas relaciones comerciales fluidas.

—No hay nada como la paz para el desarrollo del comercio. Desde que Roma aseguró las provincias del sur y del este de Hispania, las ciudades han crecido y el bienestar de los ciudadanos ha ido en aumento. Si los celtíberos del interior, los ulteriores, colaborarais con Roma en vez de resistiros a su presencia, os iría mucho mejor. El mundo es una carreta que avanza, y Roma es quien tira de ella y quien a la vez la dirige. Tratad de subir a ella y las cosas os irán mucho mejor.

»Imaginad un sueño: que los mercaderes pudiéramos viajar sin interferencias ni problemas con nuestras mercancías desde mi lejana tierra natal de los desiertos de Siria hasta el finisterre galaico. Si eso fuera posible, traeríamos hasta este olvidado

rincón de Occidente los maravillosos productos que ahora no pasan de los mercados de Italia.

—Y tú serías mucho más rico —le dijo Aregodas.

—Y vosotros más civilizados. El comercio es la civilización, la rueda que genera la riqueza del mundo. Sin el comercio, las gentes de la ecumene civilizada viviríamos como los bárbaros del norte, cual alimañas vagando por los bosques en busca de raíces o frutos silvestres.

»Me han dicho que vais a Roma a cerrar un tratado con el Senado; hacedme caso, no os resistáis, permitid que entre en vuestra tierra la civilización que trae Roma, y tal vez podamos hacer negocios juntos. A cambio de plata y de pieles de lobo, de zorro y de oso, yo os proporcionaría aceite de la Bética, vinos de Fundi y Trifolio y cerámica negra de Campania. ¡Ah!, vuestras esposas disfrutarían sirviendo la comida, la cerveza y el vino a vuestros invitados en esas maravillosas vajillas, serían mucho más felices, causarían la envidia de sus vecinas y os harían también más dichosos a vosotros.

¿Qué os parece? Y todo eso gracias al comercio.

—Hablas demasiado, sirio —le dijo Aracos.

—Bueno, si no queréis ser ricos, continuad manteniendo vuestra apostura de hombres indómitos y fieros, sólo conseguiréis que Roma os pase por encima y os aplaste como a una cucaracha.

—Mi compañero te ha dicho que hablas demasiado, condenado charlatán. Si no te callas te rebanaré el cuello con este cuchillo. ¿Sabes?, si de algo tienen fama las armas celtibéricas es de ser las de mejor temple del mundo; y si te sigues empeñando en cacarear como una ramera en celo te lo demostraré en tu propia carne —le amenazó Aregodas, harto de oír la perorata del mercader.

El sirio se asustó, dijo algo ininteligible sobre las costumbres de los bárbaros y se marchó con su escudilla de sopa a otra parte del barco.

—¿Qué opinas de ese sirio? —preguntó Aracos.

—Que es un botarate.

—Tal vez no; quizás esté fingiendo. Podría ser un espía de Roma; alguien que pretende ganarse nuestra confianza para luego contar nuestros planes a los romanos.

—¿Por qué crees eso? —preguntó Aregodas.

—Porque en Roma asistí a varios espectáculos de teatro y me fijé en la forma de hablar y de gesticular de los actores, y, créeme, amigo, ese hombre estaba actuando.

Capítulo 18

Llegaron a Roma en medio de un vendaval de lluvia, viento, truenos y rayos. El Tíber estaba a punto de desbordarse y por todas partes se veían campos anegados. Los celtíberos fueron instalados en la Grecóstasis, donde tenían que esperar a ser recibidos por el Senado, y nada más llegar, las fuentes de ese edificio donde se alojaban los embajadores celtíberos manaron agua roja que algunos dijeron que se trataba de sangre y que era un muy mal augurio para los numantinos.

Olíndico hizo un conjuro y ofreció un sacrificio de dos palomas al dios Lug para que aquellas señales no les fueran funestas. Aregodas, siempre descreído y pragmático, aseguró a sus amigos que el agua roja no era sino consecuencia de las torrenciales lluvias que remueven los lodos del fondo de los manantiales y tiñen las corrientes con el polvo de arcilla removido y disuelto en agua.

El Senado recibió a los embajadores celtíberos una mañana soleada; las calles todavía mostraban abundantes señales del temporal, pero varias brigadas de trabajadores estaban retirando el barro y las piedras que el agua había depositado en las intersecciones de las calles.

Olíndico fue el encargado de narrar lo que habían tratado con Pompeyo, la promesa de paz a cambio de los treinta talentos de plata y el hecho de que el acuerdo con el entonces cónsul se hiciera delante de varios testigos romanos. La intervención de Olíndico fue en lengua céltica, pero Aracos se encargó de traducirla al latín para los senadores.

Después habló Pompeyo y volvió a reiterar que él no había llegado a ningún acuerdo con los numantinos y que los treinta talentos de plata habían sido ofrecidos como regalo al pueblo romano. Dio su palabra de honor de que cuanto decía era lo cierto y acusó a los numantinos de mentir y de tergiversar sus palabras para ganar tiempo y desprestigiarlo ante el Senado y ante el pueblo de Roma.

Pese a que Olíndico reclamó entonces la presencia de los romanos que habían sido testigos de las promesas de Pompeyo, el Senado estimó que no era necesario y que bastaba con la declaración del ex cónsul.

Tras las intervenciones del jefe de la delegación numantina y de Pompeyo, pidió la palabra el joven Tiberio Sempronio Graco, hijo del general del mismo nombre que cuarenta años atrás había derrotado a veinte mil celtíberos al pie del Moncayo y había fundado la ciudad de Grachurris, a orillas del Ebro, y que ya anciano ayudara a Escipión a conquistar Cartago. Del joven Tiberio se decía que había heredado de su famoso padre, del mismo nombre, un carácter ecuánime y justo. Al igual que Escipión, su cuñado, era un ferviente admirador de la filosofía de los estoicos y había sido educado por el maestro estoico Losso de Cuma, en tanto que el famosísimo Diófanes de Mitilene le había enseñado el arte de la retórica. Pese a su juventud, su

formación era extraordinaria y eran muchos en Roma los que consideraban que era el ciudadano más preparado para gobernar la República. Sus maestros le habían inculcado el respeto a todos los hombres, fuera cual fuera su condición, el valor personal y la lealtad al jefe y a las leyes, y un profundo sentido de la justicia.

Tiberio hizo un brillante discurso en el que, aunque comenzó hablando de la superioridad de la civilización griega y romana sobre los bárbaros, un concepto que había tornado de sus maestros helenos, finalizó asegurando que las razones de esa superioridad estaban basadas en el derecho, en el respeto a la ley y en su aplicación, y que Roma sería más grande si lograba extender por todo el mundo su sentido de la justicia, en virtud del cual consideraba que los embajadores numantinos tenían razón en sus alegaciones.

Por el contrario, varios senadores afectos al ex cónsul Pompeyo, mucho más veteranos y expertos aunque menos brillantes que Tiberio, intervinieron para decir que el Senado no debía aceptar ningún acuerdo con los bárbaros de Iberia, y que la palabra de un cónsul romano era mucho más determinante y fiable que la de todos los celtíberos juntos.

Acabada la sesión, los celtíberos fueron conducidos de nuevo a la Grecóstasis, donde debían esperar el resultado de la deliberación del Senado y su última e inapelable decisión.

• • •

Los celtíberos no estaban autorizados a salir del recinto de la Grecóstasis, pero Aracos consiguió un permiso especial para visitar a Marco Tulio, a quien envió un mensaje anunciándole que estaba en Roma.

Marco lo recibió en su casa, con su mujer y sus tres hijitos; el último había nacido la primavera anterior.

Los dos amigos se abrazaron con fuerza y se mostraron las manos de bronce que simbolizaban su tésera de amistad:

—«Aracos, de la *gens* de los Urdinocos, hijo de Abulos, de Contrebia Belaisca, hizo esta tésera con Marco Tulio, de la familia Cornelia, ciudadano de Roma. Por siempre» —leyeron a la vez los dos amigos.

—Hace ocho años, Aracos, ocho años. Apenas has cambiado. Alguna arruga en tu rostro, tu pelo ondulado con algunas canas, y mucho más largo por cierto. Estás magnífico.

—Gracias, Marco; debe de ser el aire puro y fresco de Celtiberia.

—Pero siéntate en esa *cathedra* y hablemos, tienes que contarme muchas cosas. Ocho años, Aracos, ocho años... ¿te has casado?, ¿qué tal tus tierras? No pareces un

campesino, seguro que te dedicas a los negocios. Pero dime, ¿qué haces en Roma? ¡Ah!, claro, has venido con esos bárbaros numantinos, pero ¿qué haces con ellos?

—Escucha, Marco. Cuando regresé a Contrebia, compré tierras, me construí una casa y me casé. Todo funcionaba conforme yo había previsto al dejar Roma, pero las cosas cambiaron de repente.

—¿Qué ocurrió?

—Unos lusitanos se presentaron en casa de mi padre; traían con ellos una tésera de amistad que intercambió mi padre con el jefe lusitano César, el antecesor de Viriato, cuando ambos estaban también al servicio de Roma. Aquellos hombres reclamaban la última voluntad de César. Yo..., yo tuve que cumplir el pacto al que mi anciano padre no podía responder; dejé mis tierras, salí de mi casa, abandoné a mi mujer..., a mi hijo, y me fui con los numantinos. Desde entonces lucho a su lado contra vosotros los romanos.

El semblante del rostro de Marco, hasta entonces henchido de alegría por la visita del amigo, se cubrió de preocupación.

—¿Tú?, ¿tú, enemigo de Roma? No lo puedo creer. ¿Es que ya no lo recuerdas? Combatimos juntos en Numancia, en Uxama, en Macedonia, en Cartago... Mira, he guardado esta mano cerca de mí a lo largo de estos ocho años. La llevé conmigo a Macedonia y a Asia, donde he estado cinco años como pretor. ¿Tú, enemigo de Roma? ¿Sabes lo que has hecho? Tal vez hayas matado incluso a viejos compañeros de armas. Seguro que tu hacha de combate está manchada con su sangre.

—Marco, yo...

—No, no digas nada; tienes derecho a luchar en el bando que desees, pero yo lo haré siempre en el de Roma. Ahora comprendo a qué has venido.

Marco se levantó de su silla y se acercó a la mesa sobre la que había dejado la mano de bronce dentro de una cajita de madera.

—Tenía ganas de verte —dijo Aracos.

—No. Eres un hombre de honor, y querías esto.

Marco abrió la cajita, cogió la tésera y entregó la mano de bronce a Aracos.

—No, no, esa mano es el símbolo de nuestra amistad. Léela, pone «por siempre» —dijo el celtíbero.

—Algún día quizá nos enfrentaremos en el campo de batalla, y entonces tendré que matarte. Toma, no podría matar a alguien con el que sigo compartiendo esta tésera. Destruye las dos manos; nuestro pacto de amistad está disuelto. Así, si el que me matas eres tú, tu espíritu podrá descansar tranquilo.

—Sabes que yo nunca lucharé contra ti —dijo Aracos.

—Pues si llega el caso de que nos encontremos frente a frente, huye, porque si estás contra Roma, yo sí lo haré.

Aracos alargó la mano para estrechársela a Marco al estilo romano; el general

dudó unos instantes, pero aceptó el saludo.

—Que los dioses te sean propicios, Marco.

—Que ellos eviten que nos enfrentemos en un campo de batalla, Aracos.

Y se despidieron sin mediar más palabras. Aracos colocó las dos manos de bronce en su bolsa y caminó por la ribera del Tíber, a cuyas aguas estuvo a punto de arrojarlas, pero decidió no hacerlo y volvió a guardarlas de regreso a la Grecóstasis.

• • •

Los celtíberos fueron avisados de que justo a mediodía el Senado emitiría su veredicto sobre el asunto que les había llevado a Roma. Fueron citados en el templo de Marte, donde tendría lugar esa sesión. Cuando caminaban hacia el templo del dios de la guerra, Olíndico le preguntó a Aracos por su opinión.

—Creo que los senadores darán la razón a Pompeyo.

—¡Pero qué dices! Todos oímos lo que prometió; tú estabas allí, tres de esos senadores estaban presentes en Ocilis cuando Pompeyo se comprometió a firmar la paz...

—Mira. ¿Ves ese cartel? —Aracos señaló hacia una lámina de bronce clavada en la pared del edificio del Senado, ante cuyas puertas acababan de llegar—. Es el censo de este año con la cifra de hombres que tienen derecho a la ciudadanía romana: son trescientos veintiocho mil cuatrocientos cuarenta y dos —leyó Aracos—. Gracias a tanta gente y a que pueden ser llamados al ejército desde los diecisiete hasta los sesenta años, cada invierno pueden reclutar cuatro nuevas legiones. Todos los celtíberos juntos apenas llegaríamos a ochenta o noventa mil, y de ellos sólo unos doce mil en condiciones físicas para empuñar un arma. El Senado lo sabe, y decidirá en consecuencia.

»Además, el Senado ha convocado esta reunión en el templo de Marte, su dios de la guerra; si no me equivoco, eso quiere decir que van a rechazar cualquier tratado de paz.

Los celtíberos esperaron a las puertas del templo, que estaban guardadas por un destacamento de la guardia pretoriana. El cónsul Cneo Calpurnio Pisón apareció ante el templo escoltado por dos lictores que portaban las fasces, un manojo de varas que envolvían una segur, el hacha grande que simbolizaba la potestad de impartir justicia.

—¡Mira, Aracos, portan un hacha, tu arma de combate! Eso puede ser un buen augurio —exclamó Aregodas.

Calpurnio Pisón presidía la sesión del Senado y, en cuanto se acomodó en su sitial y los senadores se sentaron en sus bancos, se invitó a pasar a la delegación de los celtíberos.

—El Senado ha deliberado acerca de la disputa legal entre el ex cónsul Pompeyo y los pobladores de Numancia. El senador *princeps* tiene la palabra para leer el veredicto.

El cónsul Pisón dio la palabra al primero de los senadores, quien se levantó, desenrolló una hoja de papiro y leyó:

—«El Senado de la República, reunido en sesión para dirimir sobre la demanda de la ciudad hispana de Numancia contra el procónsul Quinto Pompeyo Aulo sobre un pretendido pacto para sellar la paz entre esa ciudad y la República romana, y tras haber oído las alegaciones de las dos partes, sentencia lo siguiente: No reconocemos dicho tratado ni aceptamos la paz que se pretende, y consideramos oportuno seguir adelante con la guerra hasta la victoria final. Dado en Roma, el segundo día para las calendas de mayo del año seiscientos catorce de la fundación de la Ciudad, siendo cónsules Marco Popilio Lenate y Cneo Calpurnio Pisón.»

El primero de los senadores enrolló el papiro y se sentó en su banco.

—¡No tenéis palabra, ni honor! —gritó Aregodas. El cónsul intervino.

—¡Silencio, bárbaro! Ya habéis oído la sentencia del Senado; es inapelable. Regresad a vuestra ciudad y comunicadla a vuestra gente. Disfrutaréis de un salvoconducto del Senado para treinta días más, que también serán de tregua. Acabado ese plazo, la guerra continuará.

Capítulo 19

De regreso a Celtiberia, los embajadores numantinos trasladaron al senado de su ciudad el veredicto del Senado romano. Tirtanos intervino para decir que habían vuelto a ser engañados e hizo propósito de no confiar jamás en la palabra de un romano, y propuso informar a Viriato de cuanto había ocurrido en Roma para que no se fiara de la paz que estaba negociando con el procónsul Cepión, e intentar sellar un nuevo acuerdo con el caudillo lusitano para volver a hacer frente común contra Roma.

Aracos había planeado viajar a Contrebia para visitar a su esposa y a su hijo, de los que de vez en cuando tenía noticias por mercaderes que comerciaban con plata y pieles entre las tribus de la meseta y las ciudades del valle del Ebro, pero tuvo que ir con Aregodas y con un escuadrón de doce jinetes a Lusitania en busca de Viriato. Cada uno llevaba tres monturas, para ir cambiando de caballo sin apenas descanso. Atravesaron trescientas millas de montañas y mesetas en seis días, deteniéndose sólo para dormir y para que pastaran y bebieran los caballos, cuatro de los cuales murieron en el camino a causa de la fatiga.

Encontraron a Viriato acampado en unos parajes rocosos de la sierra central de Lusitania, y nada más saludarse, Aracos le conminó a romper con Roma y a que olvidase cualquier acuerdo, pues los romanos lo romperían en cuanto lo estimaran oportuno.

—Hoy han regresado tres de mis más leales hombres de una entrevista con el procónsul Cepión; me han asegurado que Roma desea la paz —alegó Viriato.

—Eso mismo nos dijeron a nosotros, y luego, tras recibir treinta talentos de plata, renegaron de su palabra. Desconfía, Viriato, contigo harán lo mismo.

—Quiero que escuches a mis tres delegados.

Viriato hizo llamar a los tres hombres que habían visitado a Cepión para tratar el acuerdo de paz. Se llamaban Audax, Ditalcón y Minuro.

—Decidle a Aracos qué os prometió el procónsul romano —les pidió Viriato.

—Nos dijo que Roma quería la paz con los lusitanos y que nos concederían tierras. No nos pareció que estuviera mintiendo.

—¡Las tierras ya son vuestras!, siempre han sido vuestras, y en cuanto a la paz, ¿no os habéis convencido suficientemente con tantas trampas y mentiras? ¿Cuántas falsedades más necesitáis?

¿Qué más os tienen que hacer los romanos para que rechacéis de una vez sus arteras propuestas?

—Yo creo que el romano era sincero —insistió Audax.

—Ya es tarde; mañana continuaremos esta charla —terció Viriato.

Aracos miró desconfiado a aquellos tres hombres; algo notó en sus ojos que le

intranquilizó.

La noche comenzaba a caer y Viriato ordenó que acomodaran a los celtíberos en una tienda, que les proporcionaran de cenar y que cuidaran de sus caballos.

Aracos y Aregodas se sentaron alrededor de una pequeña fogata en la que sobre unos espetones se asaban dos buenas tajadas de ciervo. De una de las tiendas vieron salir a los tres hombres en los que Viriato había confiado las conversaciones de paz con los romanos.

—¿Te has fijado en esos tres? —le preguntó Aracos a su lugarteniente—. Siempre van juntos, parecen nerviosos, cuchichean al oído y defienden la paz con Roma como si en ello les fuera la vida.

Los fuegos del campamento se fueron apagando y todos los hombres se retiraron a dormir a sus tiendas; sólo unos pocos guardias se quedaron de imaginaria vigilando el campamento.

Al día siguiente Aracos se despertó al amanecer; era una mañana tibia y despejada. Salió de la tienda y se alejó para orinar. Al pasar por delante de la tienda de Viriato, observó que la custodiaban dos soldados que charlaban en voz baja apoyados en sus lanzas.

Después de desayunar, el contrebiense se dirigió a la tienda de Viriato; los dos guardias le dijeron que su jefe todavía estaba durmiendo. Aracos les preguntó que cuánto tiempo hacía que estaban de guardia, y los dos contestaron que eran los últimos del turno de noche. En el campamento ya había una notable actividad y la mayoría de los hombres estaban levantados. Táutalo, el lugarteniente de Viriato, se cruzó con Aracos.

—Buenos días, celtíbero. ¿Vienes de hablar con Viriato?

—Vengo de su tienda, pero no lo he visto, los dos guardias me han dicho que todavía no se había despertado.

—Es extraño; Viriato apenas duerme, y jamás se levanta después del amanecer. Acompañame. Táutalo y Aracos fueron hasta la tienda del caudillo lusitano, donde la guardia había vuelto a cambiar.

—¿Todavía duerme Viriato? —les preguntó Táutalo.

—Sí. Los del turno anterior nos han dicho que dio órdenes para que no se le molestara hasta mediada la mañana —dijo uno de los guardias.

—Eso él no lo haría jamás. ¡Viriato, Viriato! —gritó Táutalo.

—Vamos adentro —indicó Aracos.

Táutalo y Aracos entraron en la tienda y contemplaron el cuerpo de Viriato tendido en el suelo junto a su lecho. Estaba tumbado de bruces sobre un enorme charco de sangre, tenía la armadura puesta y un enorme cuchillo clavado en el cuello.

—¡Por todos los dioses! ¡Viriato, Viriato! —exclamó Táutalo.

Incorporaron el cuerpo de Viriato e intentaron reanimarlo, pero Aracos sintió en

la piel del lusitano el frío abrazo de la muerte.

—Está muerto; degollado. Hace ya bastantes horas que lo han asesinado; su cuerpo está frío —dijo el celtíbero.

Táutalo convocó a todos los hombres del campamento mediante toque de trompa y observaron que faltaban Audax, Ditalcón y Minuro y los dos guardias del primer turno de noche. Los guardias del segundo turno comentaron que cuando habían el hecho el relevo a los del primero éstos les habían dicho que tenían orden de Viriato de que nadie lo molestara hasta mediodía, y que pasaran esa instrucción en cada relevo. Otro guardia que hacía su turno de imaginaria junto al redil de los caballos dijo que Audax, Ditalcón y Minuro habían cogido seis caballos y habían salido del campamento poco después de anoecer. Le dijeron que acababan de recibir de Viriato la orden de partir de inmediato hacia Híspalis para transmitir un mensaje urgente al procónsul Cepión; dijo también que dos de los guardias de la tienda de Viriato habían aparecido poco después y se habían llevado dos caballos pretextando que debían alcanzar a los tres mensajeros para darles nuevas instrucciones.

El asunto estaba bastante claro. Con la complicidad de los dos guardias del primer turno de imaginaria, Audax, Ditalcón y Minuro, hombres de confianza del caudillo lusitano, habían entrado en la tienda de Viriato y lo habían asesinado clavándole un cuchillo en el cuello para que ni siquiera pudiera gritar. Después habían huido del campamento con la excusa de cumplir una misión urgente. Los dos guardias habían esperado a ser relevados de su turno para no levantar sospechas, les habían dicho a los siguientes que tenían orden de que su jefe no fuera molestado y que la pasaran en cada relevo.

Gracias a ese ardid habían ganado una ventaja de medio día. Con semejante adelanto y caballos frescos, los asesinos de Viriato estarían al menos a cincuenta millas de allí.

Al anunciar la muerte de Viriato, muchos de sus hombres, fieros guerreros curtidos en cien batallas, lloraron como niños desprotegidos. Durante todo el día velaron el cadáver de su caudillo, y al atardecer hicieron una gran pira con madera de encina, el árbol sagrado de los druidas, de alcornoque y arbustos aromáticos. El cadáver de Viriato fue vestido con su mejor armadura y con sus armas de combate, y la pira comenzó a arder justo en el momento en el que el sol se ocultaba tras la línea del horizonte. Diez corceles fueron sacrificados ante la pira funeraria mientras unos hombres a caballo y otros a pie daban vueltas alrededor de la hoguera cantando himnos de guerra, gritando lamentos desgarradores y maldiciendo a los traidores.

La hoguera duró toda la noche, y al amanecer los lusitanos organizaron varios combates para honrar al caudillo muerto. Unos cuantos elegidos salieron del campamento y en un lugar apartado cavaron un enorme agujero, colocaron en el fondo una gran vasija con las cenizas de Viriato, introdujeron en ella sus armas,

construyeron un túmulo de piedras a su alrededor y lo cubrieron de nuevo con tierra.

De regreso al campamento, Táutalo le confesó a Aracos que Viriato había sido el caudillo más apreciado por su pueblo, pues a sus dotes de mando, valor, atrevimiento y audacia, unía una generosidad sin límites. Jamás aceptó recibir una parte del botín mayor que las del resto de sus hombres, pese a que por ser su jefe tenía derecho a ello, e incluso a veces distribuía su parte entre los demás. Aracos le dijo a "Páutalo que Viriato había sido asesinado por disponer de pocos guardias, pero el lusitano le respondió diciendo que en el tiempo que Viriato había estado al frente de los lusitanos jamás ninguno de sus hombres se había rebelado contra él, y que confiaba de tal modo en ellos que jamás llegó a imaginar siquiera que uno solo pudiera traicionarlo.

Táutalo era un hombre noble y leal, pero no tenía ni la capacidad de mando de Viriato ni su genio estratégico. Pese a ello, y por haber sido el lugarteniente de tan formidable caudillo, los lusitanos lo eligieron como su nuevo jefe. Aracos comprendió enseguida que el lugarteniente de Viriato no sería capaz de reunir en torno suyo a los pueblos de Iberia, y se despidió deseándole suerte.

Al poco tiempo de regresar a Numancia se enteraron de que Táutalo había realizado una incursión por el este de la Península, intentando llegar hasta la gran ciudad de Cartago Nova, pero el procónsul Cepión lo interceptó y los lusitanos se entregaron a los romanos, sometiéndose como súbditos; Cepión les quitó las armas y, para calmar el espíritu que todavía mantenían desde que se lo inculcara Viriato, les concedió algunas tierras en las sierras al norte del río Betis. Los formidables guerreros que había adiestrado Viriato se convirtieron en campesinos sometidos a la República, y la guerra de Lusitania se dio por concluida.

Ahora, definitivamente, Numancia sí estaba sola frente a Roma.

Capítulo 20

El cónsul Popilio Lenate, enterado de la muerte de Viriato, de la derrota de Tántalo y del fin de la guerra lusitana, decidió atacar de nuevo a los celtíberos. Necesitado de un triunfo, asoló las tierras de los lusones, a los pies del Moncayo, entre los que reclutó a dos centenares de jinetes, pues en la campaña contra Numancia necesitaba a la caballería celtíbera, mucho mejor que la romana.

A fines del verano se presentó ante Numancia con dos legiones, la mayoría de ellas compuesta por jóvenes reclutados el invierno anterior en Roma y en el Lacio, con poca preparación y con mucho miedo ante lo que se contaba sobre la ferocidad de los numantinos.

En un primer encuentro de la avanzadilla romana con un destacamento de jinetes celtíberos mandado por Aracos, los romanos huyeron despavoridos ante la carga de la caballería numantina; aterrorizados ante la visión de los jinetes de la compañía de «los hijos de la luz» agitando sus largas cabelleras al viento, aullando como fieras salvajes y pintados sus rostros con rayas rojas y amarillas, cien legionarios, otros tantos vélites y el doble de auxiliares cayeron abatidos, sin que los celtíberos sufrieran apenas bajas.

—Cada vez los envían más jóvenes, más inexpertos y con más miedo; tal vez sí podamos ganar —dijo Aregodas mientras sus hombres recogían las armas de los caídos en esa batalla.

—Así será en tanto sus generales sigan siendo inútiles patricios carentes de moral y de capacidad estratégica, sólo preocupados por su triunfo y por su bolsa. Ahora es así, pero las cosas cambiarán mucho cuando al frente de las legiones esté un general capaz y preparado —replicó Aracos.

—¿Escipión? —preguntó Aregodas.

—Espero que nunca tengamos que enfrentarnos a él. Tú lo conociste en Cartago y viste sus ojos de halcón. Menos mal que Roma no dispone de muchos soldados como él, pues en ese caso hace tiempo que y Numancia sería sólo un montón de ruinas.

Popilio Lenate sufrió un par de reveses más en los alrededores de ti Numancia. Incapaz para el mando, como la mayoría de los cónsules, en cuanto cayeron las primeras nieves, a mediados de otoño, ofreció un tratado de paz a los numantinos, que aceptaron pese a los precedentes. Popilio les prometió que se retiraría si le entregaban nueve mil mantos de lana, tres mil pieles de bueyes y trescientos rehenes. Los numantinos se mostraron reticentes, pero otras ciudades arévacas como Termancia, Uxama y Lutia los convencieron para pagar el tributo. Una guerra tan larga estaba quebrando la resistencia de los celtíberos; el tiempo empezaba a jugar a

favor de Roma.

Por una vez, un cónsul romano cumplió su palabra y Popilio Lenate se retiró con su dos legiones para invernar en el valle del Ebro. Los arévacos pudieron pasar finalmente un invierno en paz.

[Año 138 a.C.]

En Roma, el Senado empezaba a estar harto de la situación en Celtiberia. Muchos senadores se preguntaban cómo era posible que sus ejércitos hubieran conquistado ciudades tan grandes y poderosas como Corinto o Cartago, pobladas por decenas de miles de ciudadanos cultos, y que fracasaran una y otra vez ante una pequeña urbe como Numancia, habitada por un puñado de salvajes bárbaros. Los generales derrotados alegaban que se trataba de una ciudadela inexpugnable, construida en lo alto de un cerro rodeado por precipicios, laderas escarpadas, ríos de caudal irregular y bosques de espesura impenetrable, y que sólo había un camino de acceso franco desde la llanura, pero que estaba cubierto de zanjas, empalizadas, obstáculos y trampas. También se excusaban aludiendo al clima extremado, a los inviernos terribles y gélidos que duraban más de la mitad del año, con pavorosas heladas y copiosas nevadas que impedían el movimiento de hombres y de animales; o a los ardientes y secos veranos, durante los cuales un sol abrasador asolaba inclemente los páramos de Celtiberia, secaba las fuentes y los manantiales y provocaba insolaciones y enfermedades sin cuento. Además, tenían en contra la propia configuración del país, una sucesión de escarpadas y abruptas sierras, páramos batidos por un viento inclemente y valles profundos y cerrados, un terreno muy propicio para las emboscadas, donde un ejército organizado apenas podía desplegarse frente a los imprevisibles ataques por sorpresa de los celtíberos, que apoyados en su perfecto conocimiento del terreno atacaban con cargas rápidas e inesperadas para retirarse de inmediato a esconderse en los numerosos boscajes o en los abundantes escarpes rocosos. Finalmente, había que tener en cuenta la propia voluntad de los celtíberos, especialmente la de los numantinos, gentes indómitas y salvajes, dispuestas a morir por lo que ellos entendían como la libertad, un concepto de la vida que ningún general romano había logrado comprender hasta entonces.

Un senador intervino en la primera de las sesiones del nuevo año consular para decir que en los quince años de guerra contra los celtíberos habían muerto unos quince mil legionarios y casi el doble de auxiliares.

—El equivalente a tres legiones completas ha caído ante los muros de Numancia en los últimos quince años. La conquista de Cartago no nos supuso la pérdida de ni siquiera media legión y la de Corinto apenas la de tres cohortes. ¿Hasta cuándo

vamos a soportar esta situación? ¿Cuántos ciudadanos romanos más tienen que morir antes de que Numancia acate el poder de Roma? ¿Es que no existe un solo romano capaz de vencer a un puñado de bárbaros enriscados en lo alto de un cerro infecto perdido en el culo del mundo?

Por el momento, las preguntas del senador quedaron sin respuesta, pero el Senado declaró nulo el tratado firmado poco antes por Popilio Lenate.

Los nuevos cónsules, Publio Cornelio Násica y Décimo Junio Bruto, juraron su cargo y de inmediato se dedicaron a reclutar a los hombres que configurarían las cuatro nuevas legiones consulares de ese año. Espoleados por las críticas vertidas en la primera sesión del Senado sobre la guerra en Celtiberia, se mostraron muy duros a la hora de juzgar a los acusados de desertar del ejército de Hispania. Algunos de ellos, que estaban en prisión en Roma, fueron azotados con varas, lo que al ser ciudadanos romanos estaba prohibido por la ley, y después fueron vendidos como esclavos al precio ridículo de un sestercio. Los desertores que habían abandonado el ejército romano y que Viriato había entregado fueron mostrados en el foro para escarnio de los rebeldes; tenían la mano derecha, la lengua y las orejas cortadas.

Los cónsules reclutaron a todos los hombres que estaban en edad de portar armas, sin tener en cuenta ninguno de los derechos de los ciudadanos.

Ante este abuso y por las quejas de los plebeyos, los dos tribunos de la plebe ejercieron su privilegio de dejar exentos del reclutamiento a uno de cada diez soldados, pues tenían la facultad legal para ello. Pero los cónsules hicieron caso omiso a ese derecho y siguieron reclutando a su libre albedrío. Ante el desacato a los derechos de los ciudadanos, los tribunos dieron la orden a los pretorianos de que encarcelaran a los dos cónsules, y así se hizo.

La situación en Roma se tensó de manera extraordinaria. La plebe se arremolinó ante las escalinatas del edificio del Senado y algunos de los senadores más prestigiosos y populares tuvieron que acudir para calmar los ánimos, en tanto pedían al pueblo que reclamase la excarcelación de los dos cónsules por el bien de Roma y para poder continuar la guerra contra Numancia. Por su parte, los tribunos pronunciaron arengas en la Columna Rostral en las que insistían en que los cónsules habían conculcado la ley y debían penar por ello. El tribuno Curiacio pronunció un brillante discurso en defensa de la legalidad de la República y de los derechos de los ciudadanos y comparó con toda ironía al nuevo cónsul Násica con un buey sagrado, dándole el apodo de Serapión, por el dios-buey egipcio Serapis. El apelativo tuvo tanto éxito que en Roma todos comenzaron a aludir a Násica con el mote de Serapión.

Aquella agitación duró tres días, pues al fin, los senadores consiguieron que Escipión se dirigiera al pueblo para convencerlo de la conveniencia de liberar a los cónsules. El prestigioso general aceptó, y tras un encendido discurso en la Columna

Rostral logró que la plebe demandara la libertad de los dos cónsules; a los tribunos de la plebe no les quedó otro remedio que concedérsela.

En aquellos días llegaron a Roma Audax, Ditalcón y Minuro. Los tres asesinos de Viriato habían sido convencidos por el procónsul Cepión para que, a cambio de una enorme suma de dinero, asesinaran a su jefe y amigo; como señal, les había entregado un adelanto de lo prometido. Tras el magnicidio, los asesinos habían huido a refugiarse con Cepión y a reclamar el abono del resto del dinero; el procónsul les dijo que no tenía competencia para pagar semejante cantidad y los dirigió a Roma.

Un senador los recibió en la Curia y les dijo que se conformaran con lo que ya habían cobrado y que desaparecieran cuanto antes de su vista, pues Roma no tenía por costumbre pagar a los traidores, y que lo hicieran rápido, antes de que algún pretor iniciara un juicio contra ellos por haber asesinado a un hombre que había sido investido por el Senado con el título honorífico de «amigo del pueblo romano». El propio Násica, una vez liberado, se encargó de que los tres asesinos fueran expulsados de Roma con la advertencia de que serían ejecutados si alguna vez volvían a pisar suelo romano. Nunca más se les volvió a ver; se dijo que habían embarcado en Ostia en una nave mercante que zarpó rumbo a Egipto.

Los problemas internos en Roma retrasaron la llegada de las legiones consulares a Hispania. Cuando lo hicieron, el año estaba ya avanzado y solamente se produjeron algunas escaramuzas en los alrededores de Numancia, que los celtíberos rechazaron sin problemas. Nada parecía haber cambiado.

El tiempo de calma fue aprovechado por Aracos para visitar a su esposa y a su hijo en Contrebia. El niño crecía sano y su esposa había aprendido a administrar las tierras con la ayuda de su suegro y de otros familiares. Aracos tuvo que viajar de noche ocultándose de las patrullas romanas, que abundaban en la provincia de Hispania citerior. Una vez más, pudo comprobar que en la vertiente oriental de la cordillera de la Idubeda, las montañas sagradas de los celtíberos, las costumbres y las modas romanas ganaban terreno día a día a las indígenas. Ante sus ojos, la vieja Celtiberia se estaba partiendo en dos; en la citerior, en la región oriental, más culta y pacífica, predominaba la presencia muy intensa de todo lo romano, en tanto en la ulterior, en las tierras del oeste, seguía pujante el espíritu indomable que años atrás también tuvieron belos, titos y lusones, y que ahora quedaba exclusivamente encarnado en los arévacos.

Esta vez Aracos volvió a intentar que su esposa y su hijo volvieran con él a Numancia, pero Briganda no estaba dispuesta a ello, y de nuevo regresó solo. Al cruzar las montañas azules y perder de vista el valle de Contrebia, el guerrero del hacha lloró, por primera vez en su vida lloró de rabia y de impotencia, y para calmar su ánimo alzó su hacha, acicateó a *Viento* y cabalgó al galope ladera abajo, como si lo persiguieran mil demonios.

Aquel año se repasaron y recrecieron todas las fortificaciones de Numancia. La muralla se reforzó con grandes bloques de piedra y se reparó el parapeto de adobe y de estacas de madera, en las laderas del cerro se excavaron nuevas zanjas, fosos y más profundas trampas y en «la bajada al llano» se construyeron rampas, parapetos y bastiones murados de manera que les fuera imposible a los sitiadores acercarse con rampas, escalas y torres de asalto hasta el pie de la muralla. En el interior de muchas casas se cavaron pozos donde se ubicaron silos para guardar grano, que siempre deberían estar llenos, y se habilitaron nuevas y más capaces cisternas para contener agua.

Olíndico, que día a día ganaba fuerza en el senado de Numancia, y Aracos, convertido en el verdadero jefe de la milicia, revisaron todas las obras y corrigieron algunos defectos. Aracos conocía bien las técnicas de asedio de los romanos y fue recordando una a una todas sus artimañas para intentar buscar el antídoto preciso a cada una de ellas.

Entre tanto, el cónsul Junio Bruto fundó al fin la anhelada ciudad de Valencia, en la costa mediterránea, unas pocas millas al sur de Sagunto, para que se instalaran en esas tierras pantanosas los legionarios licenciados de la guerra contra Viriato. Roma había venido para quedarse. Ahora, pacificada Lusitania y muerto Viriato, todo el poder del ejército romano en Hispania estaba liberado para caer con toda su fuerza sobre Numancia.

III

EL CERCO DE NUMANCIA

Capítulo 1

[Año 137 a. C.]

La muerte de Viriato había aliviado de muchos problemas a los romanos en Hispania, pero Numancia seguía sin ser conquistada, desafiando a las legiones, derrotando a cuantos cónsules, procónsules y pretores aparecían por aquellas tierras, aterrorizando con la sola mención de su nombre a cuantos jóvenes romanos eran llamados a filas cada año para componer las cuatro nuevas legiones consulares y cuestionando la capacidad militar de la que tan orgullosa estaba la República. La resistencia de la pequeña ciudad celtíbera, cuya extensión era similar a la de un barrio de Roma, constituía un reto permanente a la superioridad romana, un desafío a su potencia y a su ambición de convertirse en la dueña del mundo.

El Senado decidió que los dos nuevos cónsules deberían centrar todo su esfuerzo en la conquista de Numancia. Los elegidos fueron Cayo Hostilio Mancino y Marco Emilio Lépido Porcina. Hostilio Mancino fue destinado a Hispania y nada más recibir la noticia se dirigió al templo de Vesta para hacer un sacrificio. Se presentó ante el altar de la diosa con una jaula con doce pollos, pero cuando los arúspices se disponían a sacar las aves de la jaula para sacrificarlas y leer los presagios en sus entrañas, los pollos se escaparon revoloteando entre las risas de los curiosos que se habían acercado hasta el templo para presenciar el espectáculo. Aquello se consideró como un mal augurio, pero el cónsul recompuso su semblante y pocos días después embarcaba en Ostia con su ejército rumbo a Hispania. Algunos de los que estaban allí presentes dijeron que cuando el cónsul subía a bordo de una de las trirremes se oyó una voz que le prevenía «Mancipo quédate»; todos interpretaron aquella voz, a cuyo dueño nadie pudo identificar, como otro mal presagio.

Mancino llevó consigo como cuestor al joven y brillante Tiberio Sempronio Graco (el hijo del cónsul que derrotara a los celtíberos y a los cartagineses en compañía de Escipión), quien acababa de cumplir veinticinco años. Cuando atravesaba las tierras próximas a Roma, Tiberio contempló una región de gente empobrecida a causa del mal reparto de la propiedad agraria. Fue entonces cuando se dio cuenta de que para evitar el colapso social y económico de la República por la acumulación de la tierra en pocas manos era imprescindible una reforma agraria y una redistribución equitativa de la propiedad.

En cuanto desembarcó en Hispania, Mancino se dirigió de inmediato hacia Numancia y se instaló en un campamento a dos millas al oeste de la ciudad arévaca. Desde allí desplegó a sus dos legiones y las organizó en seis grupos y tres turnos, de manera que siempre hubiera dos de ellos operativos.

Los numantinos atacaban a los romanos con salidas rapidísimas y por sorpresa; golpeaban con fuerza en los lugares donde menos se esperaba, lanzaban sus venablos y flechas y se retiraban deprisa, antes de que la pesada maquinaria de la legión pudiera reaccionar y organizar sus filas para repeler el ataque. Aracos organizó a sus huestes en grupos mezclados de jinetes e infantes. Para ganar en rapidez y agilidad, los obligó a despojarse de todo material que fuera superfluo; el equipo militar de los numantinos quedó reducido a una túnica corta en verano y el *sagum* con capucha en invierno, tres venablos o lanzas cortas, una lanza larga, la espada larga de doble filo para los jinetes y la *falcata* para los infantes y un ligero escudo redondo de madera con el umbo de metal; sólo se protegían la cabeza con un casco cónico. Con tan ligero bagaje, los jinetes celtíberos, montados sobre sus ágiles y velocísimos corceles, aparecían de improviso una y otra vez ante los desatentos romanos, lanzaban sus dardos sobre los pesados manípulos de legionarios y salían a todo galope lejos del alcance de la pesada infantería romana.

Aprovechando la ventaja que les proporcionaba el conocimiento del terreno y la libertad de cada guerrero para obrar según creyera oportuno en cada momento, los numantinos aparecían de improviso ante cualquier partida de romanos que se despistara lo más mínimo, lanzaban sus armas y desaparecían entre las espesuras y las quebradas como tragados por la tierra.

Las patrullas romanas que el cónsul destacó por los alrededores de la ciudad fueron diezmadas con facilidad, y durante tres meses el ejército de Mancino sufrió numerosos reveses en cuantas salidas llevó a cabo contra los numantinos. Los centuriones más veteranos se vieron obligados a plantearle al cónsul que, mientras estuviera el ejército disperso en pequeños grupos y patrullas, serían presa muy fácil para los numantinos, mucho más habituados a ese tipo de combates. Muchos de ellos habían luchado varios años en Hispania y sabían que en ese tipo de lucha los guerreros hispanos eran muy superiores a los legionarios, que necesitaban amplios espacios para maniobrar y para poder desplegarse con garantías de éxito.

Convencido de que la táctica seguida hasta entonces sólo había causado pérdidas y derrotas, Mancino ordenó a sus legados que formaran una de las dos legiones y mandó que avanzara por el valle del río que fluía hasta Numancia desde el campamento, buscando amedrentar a los numantinos mediante una manifestación de fuerza. Aracos, informado por sus oteadores de esa maniobra, envió varios escuadrones de caballería para que se escondieran entre las barranqueras de unos cabezos donde el valle se estrechaba, a mitad de camino entre el campamento romano y la ciudad. Para despistar a los romanos, hizo formar a la infantería ligera y la mandó avanzar al encuentro de la legión que venía valle abajo.

Mancino se frotó las manos cuando le comunicaron que los numantinos habían salido de sus muros y que ofrecían batalla en campo abierto, donde los romanos eran

muy superiores. Los infantes celtíberos se detuvieron bajo los cabezos del estrecho y aguardaron la llegada de los legionarios.

Seguro de su triunfo, el cónsul ordenó mediante las banderas de señales que las primeras líneas de *hastati* enristraran sus lanzas, alzaran sus escudos y cargaran sobre la infantería numantina. Tal y como había ordenado Aracos, los celtíberos comenzaron a retroceder ordenadamente hasta que arrastraron a las primeras cohortes a la zona donde se estrechaba el valle. Cuando los legionarios creían tener al alcance de la mano su primera victoria, desde ambos lados de los escarpes surgieron varios escuadrones de infantes numantinos arrojando flechas, venablos y piedras sobre los sorprendidos romanos, mientras por detrás cargaba la caballería ligera destrozando la formación de los vélites y de las demás tropas auxiliares.

Rodeados por todas partes, con las alturas de los flancos ocupadas por los numantinos, Mancino, viéndose acorralado, ordenó a sus hombres que se retiraran hacia el campamento. Los legionarios, desorientados y sin instrucciones precisas, retrocedieron en medio del acoso de los arévacos, quienes, aprovechando su mayor ligereza, atacaban una y otra vez las alas de la legión, causando muchas bajas. Sólo la experiencia y la calma de algunos centuriones, que supieron organizar a sus hombres en formaciones compactas, evitó que aquella retirada no se convirtiera en una verdadera masacre.

Cuando llegaron a la seguridad del campamento, alguien hizo con el rumor de que dos ejércitos de vacceos y cántabros se acercaban desde el norte y el oeste en ayuda de los numantinos. Mancino, presa de pánico, prohibió a sus hombres que hicieran hogueras, y en la oscuridad de la noche les ordenó salir del campamento para ir a refugiarse al que Nobilior había construido hacía dieciséis años, que aunque estaba abandonado desde entonces, era más seguro y todavía conservaba los muros. La marcha nocturna la hizo sin antorchas, por caminos pedregosos, con gran esfuerzo para sus hombres.

Durante toda la noche y todo el día siguiente los hombres que quedaban de las dos legiones se mantuvieron apostados entre las ruinas del campamento, sin que Mancino ordenara reforzar los muros, arrumbados en algunos tramos, o restaurar las puertas, cuyos batientes de madera habían desaparecido.

En el segundo amanecer, Mancino subió sobre los muros levantados por los hombres de Nobilior; esperaba ver a lo lejos los humos de los hogares de Numancia, pero se topó con los guerreros numantinos que rodeaban el campamento.

Aracos cogió su lanza, colocó un paño blanco en la punta y se acercó al galope hasta la puerta del campamento romano, que había sido tapiada con una carreta y unos troncos.

—Deseo hablar con vuestro cónsul —gritó.

Breves instantes después, Mancino se presentó sobre los muros junto a la puerta.

—Yo soy Cayo Hostilio Mancino, ¿qué deseas, bárbaro? —preguntó.

—Estáis atrapados y sin víveres. Un ejército de veinte mil vacceos y otro de quince mil cántabros están apostados junto a Numancia. Esperan una indicación mía para atacar este campamento y acabar con todos vosotros. Los vacceos no han olvidado lo que hicisteis en Cauca, ni creo que lo olviden jamás; reclaman venganza y están dispuestos a no dejar a ninguno de vosotros con vida. Y en cuanto a los cántabros..., bueno, yo no me atrevería a mantener con ellos ni una disputa de taberna; les encanta comerse crudo el hígado de sus enemigos cuando todavía está caliente.

»Por lo que respecta a nosotros, los celtíberos, mira —Aracos señaló al grupo de jinetes que se mantenía a unos cien pasos detrás de él—: de los flancos de nuestros caballos cuelgan las cabelleras de los enemigos que hemos abatido en el campo de batalla; pronto colgarán allí las vuestras.

Aracos mentía. Detrás de Numancia no había ningún ejército vacceo y la ferocidad de los cántabros no llegaba a semejantes extremos, pero Mancino había perdido el control y era capaz de creerse cualquier cosa.

—¿Y qué propones?

—Un tratado. En él deberá quedar claro que el ejército romano se rinde y que el acuerdo de paz se firma en condiciones de igualdad entre Roma y Numancia. En caso contrario, mañana mismo atacaremos este campamento, y más vale que os encomendéis a todos vuestros dioses, pues dejaré que sean los cántabros los primeros que entren en este recinto; tienen ganas de darse un buen atracón de vísceras romanas.

Dame tiempo.

—No hay tiempo. O firmas el tratado o no podré contener a mis aliados. No han venido hasta aquí para esperar sentados a que te decidas.

Mancino y Aracos acordaron un tratado por el que las dos legiones consulares rendían sus armas a los numantinos y se acordaba una paz duradera y estable entre Numancia y Roma, que firmaban el tratado en condición de ciudades iguales. En la negociación de las condiciones intervino Tiberio Sempronio Graco; gracias a él y a que los celtíberos todavía recordaban la nobleza de su padre, se salvaron de la muerte los treinta mil romanos.

Cuando los romanos abandonaban el campamento, Aregodas, que contemplaba junto a Aracos y a Olíndico la salida de los legionarios, dijo:

—Deberíamos acabar con ellos, ahora que podemos. Sabes que el Senado jamás aceptará ese tratado.

—Hemos dado palabra a Tiberio Sempronio Graco de que les dejaríamos retirarse en paz —asentó Aracos.

—¿Y quién es ése?

—El hijo del único romano al que los celtíberos recuerdan sin odio. Tal vez te acuerdes de él, estuvo con Escipión en el asalto a Cartago.

—Sí, era aquel anciano de cabellos canos que parecía un rey.

—El mismo. Este otro Tiberio es su hijo; fue el único romano que nos defendió ante el Senado.

—¡Ah, sí!, se trata de ese joven que hablaba con la elocuencia de un retórico y la contundencia de un filósofo.

—Mi padre sirvió a las órdenes del suyo —dijo Aracos.

—Pues bien que siento que se firme esta paz; no sé si alguna vez volverá a presentarse una oportunidad como ésta para colgar de mi caballo un buen número de cabelleras romanas.

—Hemos dado nuestra palabra a Tiberio, pero aunque no hubiera sido así, no podíamos hacer otra cosa. Tarde o temprano se hubieran dado cuenta de que no había ni vacceos ni cántabros junto a nosotros. Irse a las bajas que les hemos causado, siguen siendo dos legiones, disponen de treinta mil hombres para combatir, y nosotros apenas podemos reunir a cuatro mil. Hemos hecho lo mejor para nosotros. Desde ahora sí podremos decir que, al menos en una ocasión, Roma se rindió a los celtíberos y Numancia trató de tú a tú a la poderosa República.

Capítulo 2

La noticia de la derrota de las dos legiones ante los muros de Numancia llenó de estupor al Senado. Y todavía fue mayor su indignación cuando Mancino se presentó en Roma con una embajada numantina y el tratado firmado en el que por primera vez un cónsul romano aceptaba la rendición ante los celtíberos.

Sin embargo, como era de esperar, el Senado rechazó el tratado, abrió juicio contra Mancino, al que despojó de sus poderes consulares, y ordenó que el otro cónsul, Marco Emilio Lépido, se pusiera al frente del ejército y regresara ante Numancia. Los embajadores celtíberos protestaron por la falta de palabra de los romanos, y uno de ellos, el más anciano de la delegación, tras oír hablar en el Senado a Tiberio Sempronio Graco, manifestó que con su padre se habían acabado los hombres nobles de Roma, pues había sido el cuestor y cónsul el único romano que había entendido el espíritu de los hombres de Celtiberia.

Roma estaba avergonzada por la actuación de Mancino y muchos de sus ciudadanos más notables clamaban para que no se volviera a repetir una humillación como ésta; pero nadie se atrevía a dar un paso al frente y alistarse para ir a combatir a Numancia, pues desde las derrotas que sufriera Nobilior, aquella pequeña ciudad del altiplano de las serranías ibéricas se había convertido en la verdadera tumba de las legiones romanas.

Tras haber rechazado y no reconocido el tratado firmado por Mancino, Lépido llegó a Hispania para hacerse cargo de la guerra celtibérica, pero sin instrucciones concretas por parte del Senado, que no sabía ya qué medios utilizar para reducir a los belicosos arévacos. Los jóvenes romanos seguían aterrorizados ante la posibilidad de ser llamados a filas y ser destinados a Hispania; si algunos habían respirado tranquilos cuando se enteraron de la muerte de Viriato, creyendo que lo peor en esas tierras ya había pasado, volvieron a temblar de miedo con Numancia.

Lépido, el cónsul destinado a Hispania, acusó a los vacceos de ayudar a los numantinos con hombres, víveres y dinero. En compañía de su cuñado, el pretor Bruto, que tenía mucha experiencia en las guerras hispanas, atacó el territorio vacceo, quemó las cosechas y sitió Palantia, su mayor ciudad.

Enterados en Roma de las acciones de Lépido, le enviaron una comisión de senadores con la orden expresa de que no hiciera la guerra a los vacceos, a quienes deseaban tener como aliados contra los arévacos. Los senadores Cinna y Cecilio, dos de los más prestigiosos e influyentes, le hicieron saber que ya tenían bastantes problemas en Celtiberia como para que se abrieran nuevos frentes. Los dos senadores le entregaron en el sitio de Palantia un decreto mediante el cual el Senado prohibía a Lépido hacer la guerra a los vacceos.

—Los vacceos han suministrado armas a Numancia, le han proporcionado

hombres y la han aprovisionado de víveres y de dinero. Son sus aliados y los que la sostienen; sin el grano de los vacceos, Numancia no resistiría ni siquiera dos meses. Si los dejamos en paz, seguirán ayudando a los numantinos y otros pueblos se unirán a ellos; si no hacemos nada, si nos quedamos con los brazos cruzados, podemos perder las regiones de Hispania que aún conservamos.

—La orden del Senado no admite objeciones: la guerra contra los vacceos queda prohibida —asentó el senador Cinna.

—Insisto en que es un error. El pueblo romano me ha investido con el poder consular, y al pueblo me debo. Fortificaré mi posición frente a Palantia, me aprovisionaré de alimentos y mantendré el asedio. Estoy convencido de que si cortamos los suministros de los vacceos a Numancia, la capital de los arévacos caerá como una fruta madura —insistió Lépido.

Cinna y Cecilio intentaron convencer a Lépido para que levantara el asedio, pero éste se negó en redondo alegando que si lo hacía daría la sensación de tener miedo, y que eso provocaría el desprecio y la burla, le los bárbaros de Hispania hacia los romanos.

Ante las protestas de Cinna y de Cecilio, el asedio de Palantia se prolongó, pero Lépido no había calculado bien las necesidades de un ejército tan numeroso y los víveres se agotaron enseguida. El hambre se extendió entre los legionarios y hubo muchas protestas e incluso un amago de motín, y cuando hombres y bestias comenzaron a morir de hambre y de enfermedades, Lépido cedió y ordenó levantar el asedio.

El cónsul y su cuñado Bruto dieron a los tribunos y centuriones la orden de evacuar el sitio antes del amanecer, durante el último turno de guardia de noche. Los oficiales fueron despertando a los legionarios, que, creyendo que se trataba de un ataque de los vacceos, huyeron despavoridos dejando atrás a los enfermos y heridos, que les rogaban que no los abandonasen. En medio del bullicio, Lépido y Bruto montaron en sus caballos y huyeron hacia el sur, dejando tras de sí una estela de caos y desorden. Cuando se extendió por los campamentos la noticia de la cobarde huida de los dos generales, los legionarios que habían mantenido el orden escaparon en desbandada, huyendo cada uno como pudo.

Los defensores de Palantia, viendo el caos que se había producido en los campamentos, salieron con sus caballos y lanzaron una carga de caballería que acabó con la vida de muchos romanos. Al llegar a algunas de las tiendas que habían dejado en pie, contemplaron que muchos enfermos y heridos habían sido abandonados a su suerte, pese a que habían suplicado a sus compañeros sanos que no los dejaran allí tirados. Pero la retirada se había producido en medio de una caótica vorágine, con grupos de hombres huyendo hacia las montañas del sur, abandonando pertrechos, bagajes y carros con material militar. Los vacceos mataron a muchos romanos, pero

regresaron enseguida a su ciudad ante el temor de enfrentarse a las legiones en campo abierto.

Los dos senadores, tras consultar con Roma, desposeyeron del mando consular a Lépido, a quien enviaron ante el Senado custodiado por un destacamento de legionarios.

Capítulo 3

La situación de la República volvía a ser crítica. Los dos cónsules de ese año habían sido depuestos, las legiones habían sido derrotadas y humilladas en Numancia y en Palantia, y en Hispania parecía reinar el caos por todas partes. En Oriente la situación no era mucho mejor, pues Grecia y Macedonia amenazaban con una rebelión generalizada. Y por si fuera poco, en Sicilia, de donde Roma seguía obteniendo buena parte de su suministro de cereales, habían estallado algunas revueltas de esclavos.

Entre tanto, Mancino fue juzgado por sus actos durante el tiempo que tenía el mando consular en Hispania. El pretor ordenó el inicio del juicio, en el que el Senado actuaba como demandante. Una comisión de senadores había presentado por escrito un pliego de quejas; el jurisconsulto que las había preparado las había fundamentado en que las acciones llevadas a cabo por Mancino al firmar el pacto con Roma eran contrarias a las instrucciones recibidas del Senado, a su falta de capacidad militar y a la afrenta causada a la República al firmar una rendición deshonrosa.

En su defensa, Mancino presentó varias alegaciones:

—La responsabilidad de ese tratado no es mía, sino de Pompeyo, mi antecesor en el mando de las legiones destacadas ante Numancia. Fue, primero como cónsul y después como procónsul, un desastre al mando de sus dos legiones. Me hizo entrega de un ejército agotado, sin provisiones, mal entrenado y sin moral. Yo no pude hacer nada.

»Además —continuó Mancino—, Pompeyo también fue derrotado en numerosas ocasiones, pese a disponer de un ejército en mejores condiciones que el que yo recibí. Y él, que estableció pactos similares a los que yo firmé con los numantinos, lo hizo en posición muy ventajosa. El senado lo absolvió y quedó indemne de las acusaciones. Yo no podía hacer otra cosa que lo que resolví en esa difícil situación. Estábamos acosados por tres ejércitos, el numantino, el vacceo y el cántabro. Sólo mediante ese tratado pude lograr que saliéramos indemnes de aquella ratonera. Tiberio Sempronio es testigo de que aquella decisión salvó de la muerte a dos legiones completas.

El senador que promovía la acusación le corrigió:

No había tales ejércitos; sólo cuatro mil numantinos, campesinos y pastores mal armados y peor equipados que pusieron en ridículo a dos legiones romanas. Y en cuanto a los treinta mil hombres, fue la habilidad de Tiberio Sempronio Graco quien los salvó; así lo han declarado los embajadores numantinos. De no haber sido por su temple y por el recuerdo del prestigio de su padre, ahora esos hombres estarían muertos, y el culpable serías tú.

Mancino se puso muy nervioso y acusó al Senado:

—Esta guerra, decretada por este Senado contra Numancia, se aprobó pese a los malos auspicios que siempre aparecieron. El Senado es por ello culpable de la derrota.

Los senadores, muy indignados, increparon a gritos a Mancino.

El Senado declaró que Pompeyo era indigno del mando, pero como ya había sido juzgado y declarado inocente, no ejecutó ninguna acción contra él. Por el contrario, Mancino fue condenado por sus acciones. El juez, asesorado por jurisconsultos profesionales, acordó que fuera entregado a los numantinos para que ellos decidieran qué hacer con el ex cónsul, pues Mancino había firmado el tratado sin el consentimiento del Senado, por lo que estimaron que había obrado con mala fe y con engaño, sin tener por ello derecho a representar al pueblo de Roma.

En cuanto a Lépido, el Senado se limitó a imponerle una enorme multa que el ex cónsul pudo pagar gracias a su cuantiosa fortuna.

Al regreso de Roma, los embajadores numantinos, que habían asistido a todo el proceso absolutamente asombrados, comunicaron al consejo de su ciudad que el tratado había quedado roto y que la guerra volvería de nuevo a las puertas de Numancia. Aracos intervino para decir que eso era lo previsto, pero que seguirían resistiendo a cuantas legiones se presentaran ante la ciudad. Lo dijo con fuerza y parecía convencido de ello, pero el contrebiense sabía muy bien que no pasaría mucho tiempo antes de que Roma enviara a un general preparado y capaz para dirigir el ejército y, con la resolución necesaria, derrotarlos.

Capítulo 4

[Año 136 a. C.]

Lucio Furio Filo y Sexto Atilio Sarrano fueron elegidos cónsules. Hispania le tocó en el reparto a Lucio Furio y a él se le encomendó que entregara a Mancino a los numantinos.

En Numancia, Aracos, Aregodas y Olíndico habían estado preparando durante todo el invierno nuevas defensas. En «la bajada al llano» se habían excavado unas trincheras más profundas aún que las que ya existían, se habían reforzado las murallas, reparado el parapeto de tapial sobre el muro y se habían colocado grandes piedras por las laderas de la colina para impedir el acceso con torres de asalto. Aprovechando la inactividad agrícola de los meses más fríos, Aracos había ordenado a sus hombres que construyeran varios hornos donde fundir espadas, puntas de flecha, de venablo y de lanza.

La técnica de fabricación de armas de hierro había sido perfeccionada hacía unos años por un herrero de Segeda. Consistía en enterrar el hierro recién fundido en barras o planchas y dejar que se oxidara; pasado algún tiempo, se desenterraba y se eliminaban las herrumbrosas capas exteriores, aprovechando sólo el núcleo. Las armas así fabricadas tenían una resistencia sin igual, sobre todo las espadas, que quedaban dotadas de una flexibilidad extraordinaria; tan grande era, que las espadas largas de doble filo se probaban doblando la hoja con las dos manos, apoyada sobre la cabeza, hasta que los dos extremos tocaban la parte superior de cada uno de los hombros. Los romanos habían intentado copiar este sistema, pero sus espadas nunca alcanzaron la calidad de las celtíberas. Los guerreros más ricos solían decorar las empuñaduras de sus *falcatas* y de sus espadas largas con incrustaciones de hilos de plata.

Las instrucciones de Aracos eran claras: cada hombre en disposición de luchar debía tener siempre a mano al menos dos espadas, seis venablos, dos lanzas largas, un arco y cincuenta flechas; los más fuertes estaban equipados con mazas con cabeza de púas y los más hábiles con hachas de combate. No debía faltar tampoco el casco cónico con visera y orejeras y el escudo redondo de madera reforzado con un umbo de hierro o de bronce. Quien estuviera en disposición de hacerlo podía equiparse también con coraza y con grebas, que protegían el pecho y las piernas aunque a cambio de perder movilidad y rapidez en el combate, habilidades que tantos éxitos habían proporcionado a los numantinos.

Pese al frío del invierno, casi todos los días realizaron ejercicios en el llano del norte, practicando con la espada, disparando con el arco y la honda y ejercitando los

músculos. Aracos insistía una y otra vez en que la resistencia de brazos y piernas era esencial en el combate cuerpo a cuerpo, pues un brazo poderoso y bien entrenado podía aguantar golpes durísimos y mantenerse fresco para contraatacar con la fuerza necesaria para derribar al contrario.

Aracos supervisaba los ejercicios de los guerreros, corregía las posiciones de lucha a espada, enseñaba a los más jóvenes a realizar fintas y les animaba a mantenerse firmes y a no desfallecer cuando llegara el momento de la batalla. Cuando desde las atalayas y las torres de señales anunciaron que se acercaba un ejército romano hacia Numancia, Aracos ordenó que se prepararan las defensas que durante todo el invierno habían estado construyendo.

Dos días después de recibir el aviso, el ejército romano se instaló en el campamento que levantara Nobilior. Durante el invierno había sido arrasado por los numantinos, pero todavía se mantenían en pie restos de los muros y algunas paredes.

En Numancia se esperaba un nuevo ataque, pero se sorprendieron al ver acercarse a media docena de jinetes. Dos de ellos ayudaron a desmontar a un tercero, que llevaba las manos atadas a la espalda, y lo dejaron abandonado junto a la puerta de «la bajada al llano». Después se marcharon al galope dejando tras de sí una fina estela de polvo.

Aracos se asomó al exterior desde lo alto de la puerta principal y vio a un hombre que permanecía de pie, completamente desnudo, con las manos atadas a la espalda y con la cabeza agachada.

—¡Creo que es Mancino, el cónsul del año pasado! —exclamó Aregodas.

—Ya nos dijeron nuestros embajadores a Roma que nos lo entregarían, pero yo no pensé que fueran a hacerlo en realidad, y menos todavía de esta manera —dijo Olíndico.

—Es su forma de actuar. Consideran que así queda roto el tratado y que la responsabilidad del mismo no es del Senado y del pueblo romano, sino de quien lo firmó, en este caso de Mancino. Me contaron una vez que hace mucho tiempo una tribu cercana a Roma, los samnitas, derrotaron a un ejército consular y lo hicieron desfilar bajo unas horcas. Aquellos cónsules firmaron un tratado, pero el Senado se negó a ratificarlo y entregó a los dos cónsules a los samnitas.

—¿Y qué hicieron con ellos? preguntó Olíndico.

—Eso ya no lo sé, pero sí que sé qué hacer con Mancino —dijo Aracos.

—¿Y bien?

—Nos han entregado a Mancino para que seamos nosotros quienes lo ejecutemos. Si así lo hiciéramos, daríamos la razón al Senado romano, al opinar, como los senadores, que el pacto fue una iniciativa personal de Mancino, y no de Roma. Cuando nosotros firmamos ese pacto, Mancino era el cónsul legítimo de la República, por eso debemos seguir manteniendo que el pacto tiene validez jurídica.

Dejemos que ese pobre hombre pase la noche ahí afuera y mañana lo devolveremos a su campamento.

—Un individuo como ése debe morir —dijo Aregodas.

—Pues que lo ejecuten los romanos. Él firmó un pacto y defendió ante el Senado su postura. No hizo como Pompeyo, que renegó de lo que nos había prometido. Mancino, al menos, no cambió su palabra para salvarse ante el Senado.

A la mañana siguiente, dos celtíberos devolvieron a Mancino al campamento romano; lo habían arrojado con un *sagum*, le habían dado de beber agua con miel y una sopa de carne y le habían desatado las manos.

—¿Qué harán con él? —preguntó Olíndico.

—Lo enviarán a Roma. Allí tal vez lo azoten hasta morir, o quizá lo destierren a alguna pequeña isla de la costa italiana, o a Asia, ¿quién sabe? —dijo Aracos.

• • •

—¡Se van, se van! —gritó uno de los vigías que hacía guardia en uno de los torreones de la puerta sur.

Aracos fue avisado y salió corriendo hacia la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Los romanos se retiran. Nuestros oteadores han visto cómo desmontaban sus tiendas. Ahora están saliendo en columnas de marcha hacia el sur. Se van, al fin se van —explicó el vigía.

Olíndico, Aregodas y otros jefes del ejército numantino llegaron enseguida ante la puerta.

—Hemos oído que los romanos abandonan el campamento y se marchan —dijo Olíndico.

—Sí, eso parece, pero no nos fiemos de ellos. Puede tratarse de una estratagema para hacernos creer que se retiran y regresar de improviso, cuando creamos que ya no hay peligro. Voy a salir a ver qué es lo que ocurre. Que me acompañen seis hombres, cada uno con dos caballos. Partiremos de inmediato.

Aracos y sus seis compañeros cabalgaron hacia el campamento romano. Se acercaron con cautela y comprobaron que estaba totalmente vacío. Siguieron las huellas durante un buen trecho, con cuidado para no caer en ninguna emboscada, y tras una jornada entera de camino por la ruta del sur alcanzaron a ver la retaguardia y más allá los carros y carretas con la impedimenta.

—Los seguiremos un día más, y luego regresaremos a Numancia.

Desde todas las atalayas y poblados llegaba el mismo mensaje mediante señales de humo: el ejército romano se retiraba hacia el sur y ya había salido de los límites de

Celtiberia.

—¿Se han ido para siempre? —le preguntó Olíndico a Aracos, cuando éste regresó tras haber seguido la retirada de los romanos.

—No lo creo. —Aracos apuró una jarra de *caelia*, la cerveza de trigo de los celtíberos, que le pareció menos amarga que de costumbre—. Tienen problemas en Lusitania y los vacceos no acaban de someterse; nos temen a causa de las muchas derrotas que han sufrido, pero volverán, los romanos siempre vuelven.

—Pero no han podido con nosotros. Incluso nos han entregado a uno de sus cónsules... —replicó Olíndico.

—Yo vi caer Cartago. Esa ciudad era tan grande como treinta veces Numancia y disponía de un gran ejército, de poderosos aliados y de muchos recursos en dinero, armas y hombres, pero no pudo resistir el envite de Roma. Mientras envíen a generales inútiles tal vez tengamos alguna oportunidad, pero el día que venga Escipión...

—Escipión ya ha sido cónsul —intervino Aregodas.

—¿Y eso qué importa? Se cambió la ley para que pudiera acceder al consulado antes de cumplir la edad legal, y se volverá a cambiar para que pueda repetir en el cargo. El pueblo de Roma confía en Escipión más que en ningún otro de sus jefes; acabarán pidiéndole que encabece el ejército y que conquiste Numancia —asentó Aracos.

—¿Tú crees que podrá hacerlo? —demandó Olíndico.

—Somos tan sólo cuatro mil. Roma puede enviar ante Numancia a más de cincuenta mil soldados. Si se pusieran uno junto a otro y se dieran la mano, la fila llegaría hasta Ocilis. Escipión conoce Numancia y sabe cómo asediar una ciudad como ésta. Con cincuenta mil hombres ocuparía nuestra ciudad en menos de un año. Pero tal vez nunca vuelva a dirigir el ejército; en Roma tiene muchos enemigos. Algunos dicen que quiere coronarse como rey y aseguran que acabaría con la República, de la que tan orgullosos están. Otros lo consideran un ególatra que vendería a la misma Roma para conseguir sus objetivos. Pero la mayoría del pueblo y del Senado está con él y lo considera como el mejor de los romanos.

»Sí; si hay alguien capaz de conquistar Numancia, ése es sin duda Escipión —sentenció Aracos.

Capítulo 5

Era extraño. Tras tanto tiempo asediados por los romanos, tras tantas batallas y escaramuzas libradas, tras tantos años sin poder salir de Numancia sin toparse con una patrulla romana por los alrededores, en los días que siguieron a la retirada del cónsul Lucio Furio no se vio un solo romano en ninguna comarca del territorio de los arévacos. Desde las atalayas, desde los torreones y desde las encrucijadas de caminos, los vigías y oteadores seguían manteniendo la atención en cualquier movimiento que pudiera producirse, pero todo indicaba que los romanos estaban preparando un ataque a los vacceos, por lo que los numantinos avisaron a los de Termancia y a los de Uxama para que intensificaran la vigilancia de las fronteras suroccidentales de Celtiberia.

Durante la primavera llegaron noticias de los ataques de Bruto a los lusitanos y de cómo los habitantes de la ciudad de Cinginnia le habían replicado a su demanda de oro y plata a cambio de paz que «no tenían oro para comprar su libertad, pero sí armas para defenderla». Aquella frase le gustó mucho a Aregodas, que no dejaba pasar ninguna ocasión para pronunciarla.

Las noches solitarias de Aracos sólo eran alteradas de vez en cuando por la compañía de alguna muchacha tras las fiestas de luna llena que los numantinos celebraban bailando, comiendo y bebiendo cerveza de trigo, vino con agua y miel y la tisana de cien hierbas que permitía entrar en trance y sentir algo parecido a caminar entre las nubes.

Una mañana, mientras pescaba con Aregodas a orillas del Duero, Aracos le confió a su lugarteniente que iba a viajar a Contrebia.

—Quiero volver a ver a mi hijo. La primera vez que lo vi tenía unos pocos meses; hace de eso seis años. No quiero que siga creciendo sin conocer a su padre.

—Es arriesgado. Los romanos controlan toda la Celtiberia oriental, que llaman citerior. Ese Tiberio Sempronio Graco fue muy hábil; como cuestor, dividió Celtiberia en dos partes. La oriental está dominada por Roma. Tú lo has visto, como yo. Nuestros hermanos del otro lado de las montañas se visten como romanos, comen como romanos, hablan y se comportan como ellos. Cada día nos separan más cosas; los belos, los titos y los lusones están más cerca de Roma que de los arévacos. Tú y yo, y los contrebienses que nos siguieron, somos una rareza. En cuanto pases a la vertiente oriental de la Idubeda y entres en territorio bajo dominio romano, cualquiera podría delatarte. El gobernador de Tarraco pagaría una generosa bolsa repleta de monedas de plata por la entrega del «demonio celtíbero que combate con hacha», como te llaman los legionarios —dijo Aregodas.

—Tengo que ir —insistió Aracos.

—Si lo haces, no sólo estarás tú en peligro, sino también tu esposa y tu hijo. Me

dijiste que tu padre había sobornado a un funcionario romano para que no confiscaran tus tierras y tu casa. Si los romanos se enteran de que has vuelto a Contrebia, se quedarán con todo, y tu hijo perderá aquello por lo que tanto has luchado.

—Necesito ir; deseo ver su rostro, quiero saber cómo es mi hijo.

—Bien, en ese caso te acompañaré.

—No. Iré solo; tú debes quedarte aquí hasta que yo regrese.

—No eres el único que tiene familia en Contrebia. Yo no tengo un hijo que conocer ni una esposa a la que visitar, pero hace seis años que no veo a mi madre, y también tengo ganas de abrazarla. Además, un hombre solo no puede velar toda la noche; han comentado unos pastores que por las sierras del oeste andan merodeando un par de manadas de lobos. Si vamos los dos, uno guardará el sueño del otro durante el viaje.

Aracos habló con Tirtanos para comunicarle que iría con Aregodas a Contrebia. El viejo magistrado numantino le recordó que los romanos habían puesto un elevado precio a su cabeza y que, aunque no había legionarios cerca de Numancia, en cuanto atravesara las montañas del este correría un grave peligro.

—No te preocupes, Tirtanos —le dijo Aracos—, conocemos muy bien el terreno. Viajaremos siempre de noche por caminos y sendas que no transitan las patrullas romanas. Regresaremos antes de la próxima luna llena.

—Cuidaos, los dos. Sois nuestros mejores soldados. ¿Sabes, Aracos, que algunos numantinos dicen que mientras tu hacha de combate se mantenga firme en tu mano, Numancia seguirá siendo libre? Rezaré a Visugio, el espíritu de las encrucijadas, para que aleje a los romanos de vuestro camino, y sacrificaré una paloma a Drusuna, la deidad de los bosques, para que os proteja y os ampare.

—Volveremos.

Aracos montó a *Viento* y Aregodas a un alazán que había capturado en una partida en busca de caballos salvajes y que estaba recién domado, y partieron hacia Contrebia.

•••

Aracos y Aregodas hicieron el camino en tres días, cuidando de no encontrarse con ninguna patrulla romana, y llegaron a su ciudad natal al amanecer.

Briganda estaba cocinando el desayuno en el hogar. Sobre el fuego, un caldo de carne y verduras hervía en un puchero de metal.

Aracos golpeó la puerta con el puño y llamó a su esposa. Oyó cómo se descorría el cerrojo, y al abrirse vio a Briganda que se limpiaba las manos con un paño. Tras ella, un niño de seis años lo miraba con ojos curiosos.

—¿Puedo pasar? He viajado toda la noche.

—Claro, Aracos, claro, pasa; estaba preparando el desayuno —dijo Briganda, sin mostrar ningún signo de sorpresa ante la repentina aparición de su esposo.

—Antes dejaré a *Viento* en el establo.

Aracos llevó a su corcel al establo en la parte posterior del edificio y llenó un pesebre con hierba fresca. Luego volvió a la casa.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Briganda.

—Sí, claro, claro. ¿Es... Abulos? —preguntó señalando al niño. Briganda asintió con la cabeza.

—Ven, Abulos. Mira, es... tu padre —le dijo Briganda. El muchacho miró a Aracos.

—¿Tú eres mi padre?

—Sí, lo soy.

—¿Y dónde estabas? —preguntó el niño.

—He tenido que hacer algunas cosas durante este tiempo.

—Mi madre dice que algún día ibas a venir, pero que no podrías quedarte con nosotros.

—No, no puedo quedarme.

Aracos abrazó a Abulos y lo alzó en vilo.

—Yo quiero que te quedes.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no puedes?

—Eres muy pequeño todavía; lo entenderás cuando crezcas.

El niño se soltó y fue corriendo a refugiarse entre la falda de su madre.

—¿A qué has venido esta vez, a por más trigo? —le preguntó Briganda.

—No. Los romanos nos han dejado en paz, por el momento. Este año habrá una buena cosecha. Quería ver a mi hijo... y a ti.

—Pues ya lo ves. Abulos está bien. Crece sano y fuerte.

—¿Y tú, las tierras...?

—Me las apaño. Me ayuda mi familia, y tu padre también; quiere mucho a Abulos, es su nieto favorito.

—¿No tienes a ningún... bueno, a otro hombre?

—No lo necesito. Tengo suficiente con cuidar de la casa, de las tierras y de Abulos, y tú todavía estás vivo, aún tengo un esposo.

Aracos se aproximó hasta Briganda y le acarició el cabello.

—Sigue siendo el cabello más hermoso que he visto en mi vida. Toma, esta aguja hará juego con su color —le dijo mientras pasaba su mano por la roja cabellera y le ofrecía un pasador de oro como regalo.

Aracos estuvo todo el día en casa con Briganda. Le contó sus aventuras en Numancia, sus encuentros con Viriato, y cómo habían mantenido a la capital de los arévacos libre de la conquista romana.

Con un pedazo de piel y unas plumas de ganso le fabricó una pelota a Abulos y ambos jugaron a lanzársela de uno a otro en la calle. Aracos entró en casa sudoroso; Briganda le ofreció una jarra con cerveza y le preguntó:

—¿Tienes una mujer en Numancia?

—No. Vivo con Aregodas, en una pequeña casa junto a la puerta norte. Es más pequeña que ésta, pero me encuentro bien en ella. Bueno, ha habido alguna mujer, pero...

—Los hombres necesitáis a las mujeres...

Abulos apareció entonces corriendo y gritando.

—¿Ese caballo es tuyo? —preguntó el niño.

—Sí. Se llama *Viento* y te aseguro que es tan rápido como su nombre.

—¿Puedo montarlo?

Aracos miró a Briganda, que asintió con la cabeza.

Padre e hijo fueron al establo; Aracos colocó una manta sobre el lomo de *Viento*, cogió a su hijo y lo aupó sobre el corcel; después lo hizo él de un brinco.

—Daremos un paseo.

Cabalgando sobre *Viento*, padre e hijo salieron de Contrebia. La gente con la que se cruzaban los miraba curiosa, pero nadie les dirigió una sola palabra.

Aracos se había colocado detrás del niño y lo sujetaba con sus antebrazos, mientras con las manos llevaba las riendas del caballo.

—Toma, coge las riendas —le indicó a Abulos. El niño sujetó las correas de cuero con sus manitas.

—Corre mucho —dijo el niño un poco asustado.

—Pues todavía puede correr mucho más. Aprieta bien las piernas sobre el lomo y agárrate fuerte. Aracos golpeó las ijadas de *Viento* que pasó de un ligero trote a un alegre galope.

—Tengo miedo —confesó Abulos.

—No te preocupes, hijo, *Viento* es el mejor caballo del mundo. Cuando regresaron a casa, Abulos estaba feliz.

—Madre, madre. Tenías que haber visto cómo corría.

—Abulos está contento —le dijo Briganda a Aracos.

—Yo también.

Aquella noche, mientras Abulos dormía, Briganda y Aracos hicieron el amor en silencio. Los dos sabían que había pocas cosas que decir y que sólo el destino era dueño de sus futuros.

Pasaron tres días en los que Aracos no se separó un instante de su esposa y de su

hijo, tan sólo unos momentos en los que visitó a su padre, quien había envejecido mucho y tenía algunas dificultades para andar. Todavía cuidaba de él su esclava vaccea.

—En Salduie corren rumores de que «el guerrero del hacha» ha vuelto a Contrebia; los romanos tienen informadores por todas partes. No tardarán mucho en enviar alguna patrulla para comprobar si son ciertos. Debes marcharte cuanto antes. Esta vez no podré hacer nada por ti —le dijo a Aracos su padre.

Aracos pasó su última noche despierto, hablando y amando a Briganda; había convenido con Aregodas que partirían hacia Numancia antes del amanecer.

—Nos iremos al alba. No quiero que Abulos me vea partir.

—Nuestro hijo ha sido muy feliz estos días contigo. Serías un buen padre si...

—Mi padre me ha asegurado que los romanos no tardarán en enviar una patrulla para comprobar si es verdad que estoy aquí. Si vienen a preguntarte, di que no sabes nada, que quien te ha visitado estos días era un comerciante vacceo. Mi padre dirá lo mismo.

—¿Ya no volverás, verdad?

—Es cada vez más difícil. Año tras año Roma acumula más y más efectivos en Iberia. Ya dominan la mitad de esta tierra; sólo nosotros resistimos, y no creo que podamos hacerlo por mucho más tiempo. Necesitamos todas las espadas disponibles.

—¿Para matar romanos?

—A veces no queda más remedio.

—¿Has matado a muchos hombres? —le preguntó Briganda.

—A los que ha sido necesario, pero jamás lo he hecho por placer o por venganza; sólo he matado en el campo de batalla. Aregodas llamó a la puerta y Aracos le abrió.

—Es hora de irnos —dijo el lugarteniente.

Aracos se acercó hasta el lecho donde dormía Abulos; acarició los cabellos de su hijo y lo besó en la frente, contemplándolo por última vez a la luz de una lucerna de aceite que iluminaba la estancia con una tenue luz amarillenta. El candil de terracota era de factura romana.

Después se despidió de Briganda, que le entregó una bolsa con comida.

—Ten cuidado.

—Venid conmigo los dos —le dijo Aracos.

—No quiero que nuestro hijo viva sin futuro.

—Os haré llegar noticias mías.

Aracos y Aregodas salieron de Contrebia cabalgando hacia el oeste, en dirección a las montañas azules. Hasta que el valle de los belaiscos no quedó oculto tras la serranía, Aracos no dejó de mirar hacia atrás.

Capítulo 6

Nada más llegar a Numancia, se enteraron de que los romanos habían realizado una incursión por Galaecia, en el extremo noroeste de Iberia, donde acababa el mundo. Allí habían arrasado varias aldeas en las que muchas mujeres, cuando vieron a sus maridos derrotados por los romanos, degollaron a sus hijos y se suicidaron para evitar caer en la esclavitud. Junio Bruto recorría Iberia en busca de esclavos para trabajar en las minas de hierro, de oro y de plata que los romanos estaban explotando en el sur y en el sureste, y para las que tenían gran necesidad de mano de obra.

El general Bruto había regresado de Galaecia atravesando la tierra de los vacceos, para exigirles que le entregaran a los desertores romanos. Sorprendidos los legionarios en una emboscada, los vacceos obtuvieron una gran victoria.

Sin romanos a la vista, Numancia celebró una gran fiesta en el solsticio de verano. Los dioses más venerados fueron Lug y Tentates, la deidad de la guerra, a quien se atribuían las victorias sobre los romanos. Unos druidas, depositarios de la tradición y de los viejos ritos, sacrificaron unos corderos en una hoguera hecha con leña de encina, su árbol sagrado.

—Demasiada tranquilidad —susurró Aracos.

—¿Decías algo? —preguntó Aregodas.

—Pensaba en voz alta. Desde que los romanos levantaron su campamento hace meses, no han vuelto a aparecer por aquí. Es muy extraño, ¿no crees?

—Han sido derrotados demasiadas veces. El fracaso y la humillación del cónsul Mancino les ha abierto los ojos. Jamás podrán con nosotros. Numancia es invencible, nosotros somos invencibles.

Los dos amigos estaban sentados sobre un murete de piedra. Estaba atardeciendo y los numantinos comenzaban a bailar alrededor de una hoguera que acababan de encender. El sol se ocultaba enorme y rojo tras las colinas del oeste.

Los druidas habían preparado un gran sacrificio para sus dioses. Un toro, un cerdo y una oveja fueron degollados y sus cuerpos desollados de inmediato ante la multitud agolpada junto a la puerta de «la bajada al llano».

—¿A qué dioses festejamos hoy? —demandó Aracos.

Olíndico me ha dicho que a Esus y a Lug. Ya sabes, los numantinos aprovechan cualquier ocasión para honrar a Lug. Hoy le agradecen que inventara las artes. Además, le atribuyen que gracias a su magia los romanos se han marchado de aquí. En cuanto a Esus..., bueno, no lo conocemos en Contrebia, tal vez sea una versión del propio Lug; no en vano aquí en Numancia se le conceden los mismos atributos.

Uno de los druidas comenzó a canturrear una letanía en la que loaba a Lug, el dios guerrero, artesano y poeta a la vez, autor de canciones de guerra, soldado celestial que empuñaba armas maravillosas. En ese instante, tras Aracos apareció

Olíndico.

—Vaya, ahora estábamos hablando de ti —dijo Aregodas.

—Os he oído. Fijaos: ahí está la más poderosa de nuestras deidades —intervino Olíndico.

Un druida vestido de blanco y amarillo surgió de entre la multitud portando una antorcha que comenzó a arder como encendida de repente por un rayo.

—¡Por todos los dioses! —se sorprendió Aregodas—, ¿cómo lo ha hecho?

—Es un viejo truco —intervino Aracos adelantándose a Olíndico—. Lo he visto hacer varias veces en Roma y en Grecia. Se mantiene la llama retenida y de pronto se le aplica un aceite que se inflama al contacto; así da la impresión de que la antorcha se ha encendido sola, con el último de los destellos del sol poniente.

»¿No es así, Olíndico?

—Tal vez, aunque quizá sea el mismísimo Lug quien active la llama y haga surgir el fuego de la antorcha. ¿No es acaso el dios de la luz?

—Tú eres de su cofradía, tú sabrás.

—Lug es el de rostro brillante, tan luminoso que no es posible mirarlo fijamente a los ojos sin que se quemen los tuyos. Es el vencedor de las fuerzas del mal; para nosotros, los numantinos, esas fuerzas del mal son los romanos. Con la ayuda de Lug los hemos derrotado y con la ayuda de Lug los seguiremos venciendo.

Los druidas, con los brazos ensangrentados hasta los codos debido a los animales sacrificados, escudriñaron las entrañas todavía palpitantes.

—¡Lug nos protege, Lug protege a Numancia! —gritó uno de ellos.

—¡Lug derrotará a los romanos, Lug está con nosotros! —clamó otro—. Roma jamás ocupará Numancia.

Sobre las montañas del este, donde ya habían caído las sombras de la noche, brilló un relámpago.

—¡Y Taranis también! ¡Ese ha sido su signo! —dijo uno de los druidas señalando con su cayado en dirección al relámpago, que parecía haber surgido de las entrañas del Moncayo—. Taranis, el dios de las altas montañas, el gran dios celestial que mora en las alturas y se manifiesta con el rayo y el relámpago, acude en nuestra ayuda.

—¿Y cómo saben los druidas que por ese relámpago Taranis nos va a ser propicio? —preguntó Aregodas.

—Por eso mismo, amigo, porque son druidas y son capaces de interpretar las señales del cielo. Adivinan el futuro, bendicen las embajadas cuando no son ellos mismos los embajadores, curan las enfermedades, hacen poemas, alejan los malos espíritus y juzgan los delitos. Son druidas, amigo, mediadores entre los dioses y los hombres, los únicos capaces de entenderlo todo, de comprender el lenguaje de las señales de los dioses —explicó Olíndico.

»Tomad —el numantino les tendió una jarra de terracota decorada con pinturas de

hombres y mujeres bailando—. Es «licor de cien hierbas»; esta noche es la más corta del año, pero creo que se nos hará muy larga. Hay decenas de hermosas muchachas esperando a que hombres como nosotros las monten y cabalguen sobre sus grupas.

—Excelente, uno de los mejores que he probado.

Aregodas bebió un buen sorbo de licor, pero Aracos rechazó la jarra.

—Tal vez prefieras *caelia*; la cerveza está recién fermentada.

—No, no deseo beber nada. Esta noche no —respondió Aracos. Olíndico no insistió.

—¿Quieres estar solo? Veo en tu rostro claros signos de melancolía; como si estuvieras soñando despierto con una amante imposible. Aracos no contestó.

—Dejémosle —intervino Aregodas—. ¿Dónde dices que están esa cerveza y esas muchachas?

Capítulo 7

Un otoño cargado de temporales y aguaceros dejó las calles de Roma convertidas en un verdadero lodazal. Tiberio Sempronio Graco visitó a Marco Tulio. El noble romano acababa de cenar con su esposa, que tras cumplimentar como anfitriona al ilustre visitante, se retiró discretamente.

—He venido en demanda de tu ayuda —expuso Tiberio—. Sabes que hace tiempo que considero imprescindible una reforma de las leyes agrícolas. Roma es cada año más poderosa, pero a la vez se encuentra más aislada. El campo está en manos de unos pocos ricos patricios que impiden el acceso a la propiedad a los campesinos, condenados a la desesperación por la falta de tierras. La población, angustiada, emigra del campo en busca de refugio en la ciudad. Esta misma mañana uno de los cuestores me ha dicho que cada semana se asientan en Roma no menos de tres centenares de nuevos moradores; de seguir así, en tres o cuatro años la ciudad tendrá tantos habitantes ociosos que constituirán un grave peligro para la convivencia. Es necesario un conjunto de leyes que favorezcan la vuelta al campo de parte de esa gente, o al menos que eviten que sigan afluyendo en semejantes cantidades a la urbe. Y por si fuera poco, los esclavos son cada vez más numerosos; creo que en Roma ya viven más esclavos que hombres libres, y si esto sigue así tendremos un grave problema.

»La política que ha seguido el Senado en materia agrícola ha sido funesta. Yo planteo una reforma realista; soy consciente del peligro que corre la República si continuamos por estos derroteros, y creo que tú también lo eres. No podemos permanecer inertes ante semejante perversión. Si cuento con tu ayuda y con la de mi cuñado Escipión, tal vez la mayoría del Senado acepte cambiar las leyes de la propiedad agrícola.

»¿Qué me dices?

—Hace siglos que los patricios disfrutamos de los privilegios que conlleva la propiedad de los grandes latifundios. La mayoría de los senadores posee extensas propiedades en Italia, África o Hispania y aspira a ganar nuevas fincas en Grecia, y quién sabe si en Egipto y en la misma Asia en el futuro.

»Roma se está haciendo grande gracias a que estamos conquistando nuevas tierras, pero sin olvidar que siguen siendo las viejas conquistas la base de nuestro poder. Es probable que tengas razón en cuanto expones, pero los senadores jamás aceptarán que les expropies sus tierras para repartirlas en lotes entre los campesinos —asentó Marco.

—No podemos seguir así. En Italia los campesinos están al borde de una revuelta; en Sicilia corren rumores de que los esclavos podrían estar organizando una rebelión a gran escala; en la Hispania ulterior nuestros legionarios continúan muriendo ante

los muros de Numancia o de cualquiera de las ciudades fortificadas de las tribus bárbaras que siguen resistiendo a nuestra presencia... Y aquí, en Roma, en el mismísimo corazón de la República, late con fuerza entre los plebeyos y los desheredados de la fortuna el sentimiento de que esta Roma no es la que ellos desean.

Tiberio Sempronio Graco bebió un buen trago de vino de Salerno de una copa de plata que le acababa de servir Marco.

—¿Qué pretendes con esas nuevas leyes? —le preguntó Marco.

—Que la República no desaparezca, que el pueblo romano continúe siendo dueño de su destino, que las sombras de la dictadura queden disipadas del horizonte político. ¿Sabes que hay senadores que claman por el regreso de la monarquía? Si Escipión se lo propusiera, existen unos cuantos senadores que no dudarían en entregarle todo el poder: sería a la vez cónsul, tribuno de la Plebe, censor, cuestor y pontífice máximo; es decir, dictador.

—Y lo harían de buena gana si vieran amenazadas sus propiedades. ¡Ah!, Tiberio, sabes mejor que yo que muchos de esos senadores, que venderían a su propia madre por una buena finca en Campania, no vacilarían en aceptar que Roma fuera gobernada por un dictador que les garantizara que no iban a perder uno solo de sus privilegios.

—No lo dudo ni por un instante, Marco, pero considero que eres de la clase de romano que coloca el bien de la República por encima del privilegio de su estamento. No pido ningún sacrificio, sólo demando que la tierra que les sobra a algunos sirva para mejorar la vida de muchos. Creo que es la única manera de salvar a la República. Mi padre me enseñó a servir a Roma, igual que hizo el tuyo contigo y tu tío con su hijo adoptivo Escipión; ayúdame a servirla como merece.

»Roma está en peligro. Fíjate en todos esos inútiles cónsules, pavoneándose embutidos como salchichas en sus corazas doradas y envueltos en sus mantos púrpuras. La mayoría de ellos no vale siquiera lo que el más inexperto vélite de la peor de nuestras legiones, y en cambio dirigen la guerra en Hispania o en Grecia. Tú mismo has visto los desastres a que nos han abocado sus intereses bastardos y su cretinismo. Este mismo año, los vacceos, un pueblo irrelevante de Hispania cuyas gentes cabrían en el Circo Máximo y aún quedarían gradas vacías, han derrotado al cónsul Lucio Furio, que ni siquiera se atrevió a mantener el asedio de Numancia y salió de allí corriendo, medio muerto de miedo y con el rabo entre las piernas.

—Yo estuve luchando en Numancia, Tiberio, y te puedo asegurar que no es tan fácil conquistar esa ciudad.

—Y jamás lo será mientras los soldados que integran nuestras legiones sean testigos de los abusos de la aristocracia. ¿Acaso crees que nuestros soldados no se dan cuenta de que nuestras conquistas sólo redundan en beneficio de los más poderosos y de que las mejores tierras van a parar a las manos de los latifundistas?

Son los legionarios quienes derraman la sangre por Roma, pero son los oligarcas los que recogen los frutos que esa sangre riega. Y mientras las cosas sigan así, el futuro de Roma será incierto.

—¿Has hablado de esto con Escipión?

—No. He preferido hacerlo antes contigo. Sé que tienes un gran ascendiente sobre él.

—Es mi primo, pero también es tu cuñado.

—Sí, pero ya sabes que a veces los lazos familiares son más un estorbo que una ventaja.

—Tu estrategia pasa por la elección de los nuevos cónsules, ¿no es así?

—Por supuesto —asentó Tiberio.

—Yo ya lo intenté una vez, y no salí elegido. Hace falta algo más que una buena hoja de servicios a la República para ser elegido en los comicios consulares.

—Puedes intentarlo de nuevo. Si nos movemos bien, puedes ser elegido.

—Ya perdí una vez.

—Pero estuviste a punto de ganar.

—Entonces tenía el apoyo de Escipión, y ni siquiera así lo logré. Ahora sería mucho más difícil.

—¿No te apoyaría? —preguntó Tiberio.

—Sí, creo que sí lo haría, pero me temo que por motivos bien diferentes a los tuyos. Para Escipión sólo importa Roma... bueno, después de él mismo.

»Lo siento, Tiberio, no puedo ayudarte. Mi familia es una de las más nobles de Roma; me debo a mi linaje.

—Tu padre hubiera obrado de manera distinta.

—Tal vez, pero yo no puedo compararme con él; su estatura humana era demasiado grande para mí.

—Si cambias de opinión...

—Una vez, hace algún tiempo, un viejo amigo de Hispania vino a verme. Habíamos luchado juntos en Numancia, en Grecia y en Cartago, nos habíamos intercambiado regalos y una tésera de amistad eterna. Yo hubiera dado mi vida por él, pero... ahora combate al lado de los numantinos. Por lo que me han contado algunos veteranos de las campañas de Numancia, sigue matando romanos con su hacha de combate. Cuando me confesó que se había enrolado en las filas numantinas mi corazón se encogió de dolor; le dije entonces que si alguna vez nos enfrentábamos en el campo de batalla, mi brazo no temblaría al atravesarlo con mi espada. Ésa era entonces mi opinión sobre él. Ahora..., no sé, quizá me temblara la mano al ver sus ojos y no fuera capaz de asestarle un golpe mortal.

—¿Qué quieres decirme con esto?

—Que si cambio de opinión, lo sabrás enseguida. En cualquier caso, te deseo

suerte, Tiberio, vas a necesitarla, y mucha.

Tiberio Sempronio Graco no logró convencer a Marco Tulio para que se presentara de nuevo a las elecciones al consulado. En los comicios fueron elegidos Quinto Calpurnio Pisón, a quien se le adjudicó el mando militar en Hispania, y Servio Fulvio Flaco.

Capítulo 8

[Año 135 a.C.]

Calpurnio Pisón pronunció en la Columna Rostral de Roma un encendido discurso en el que anunció su intención de partir de inmediato hacia Numancia. Hinchado de orgullo, aseguró que iba siendo hora de darles un buen escarmiento a los numantinos. Aquella misma noche un búho cantó en la colina del Capitolio y durante toda la noche sobrevoló la ciudad posándose en los edificios más relevantes. Los arúspices aseguraron que se trataba de una buena señal, pero eso no impidió que varios pretorianos hicieran guardia la siguiente noche y abatieran a flechazos a la rapaz nocturna. El búho, cuyo plumaje era blanco como la nieve, fue quemado tras un sacrificio ritual, y sus cenizas se esparcieron en las aguas del Tíber.

Una legión embarcó en Ostia rumbo a Hispania entre las aclamaciones de los romanos, que despidieron a los legionarios como si se tratara de héroes que hubieran triunfado en la mayor de las batallas. Dos semanas después desembarcaron en Tarraco. La mayoría de los legionarios eran jóvenes reclutas, incluso los triarlos carecían de la instrucción suficiente. Muchos de ellos habían viajado con sus esposas y sus hijos y tras la legión se había embarcado toda una pléthora de comerciantes, mercachifles, prostitutas, buhoneros y correveidiles. La retaguardia de la legión parecía una compañía de saltimbanquis que se dirigiera a amenizar la feria de una gran ciudad.

El nuevo cónsul recibió el mando de su antecesor, Lucio Furio, en Salduie. Los soldados lo aclamaron cuando se colocó sobre los hombros el manto púrpura. De inmediato ordenó a sus soldados que se pusieran en marcha hacia Numancia. A la legión recién llegada de Italia se le unieron los restos de las dos legiones que habían combatido en Hispania en los últimos dos años. Con todo ello, los tribunos consiguieron formar dos legiones, con un total de veinticinco mil hombres, muchos de ellos mal entrenados, inexpertos y desconocedores de lo que se les avecinaba; los demás, veteranos cansados y hartos de ser dirigidos por tantos malos generales, con la moral abatida por tantas derrotas sufridas a manos de los numantinos.

El cónsul Pisón contempló Numancia desde la lejanía. La primavera había estallado con fuerza y los campos de cereales de los alrededores de la capital de los arévacos parecían alfombrados con un espeso manto esmeralda.

Calpurnio Pisón había esperado, tal como había leído en las crónicas y como le habían contado viejos veteranos de la guerra celtibérica, encontrarse ante una ciudad inexpugnable, ubicada sobre una altísima montaña de paredes escarpadas y precipicios cortados a pico, rodeada de profundos abismos y desfiladeros

insondables.

Pero Numancia no era sino una pequeña ciudad en la que se alineaban en calles regulares, trazadas a cordel pero con los cruces asimétricos para mejor defenderse del invernal frío viento del norte, un millar de casas de paredes de piedra y de barro con los tejados de bálago. Y ni siquiera estaba fuertemente murada. La muralla de piedra, de la altura de tres hombres, estaba rematada por un parapeto de adobe. En algunas zonas la muralla presentaba un deficiente estado, como si no la hubieran arreglado en los últimos dos o tres años, e incluso algunos sectores estaban siendo invadidos por nuevas construcciones, lo que incidía en una peor capacidad para la defensa.

—¿Cómo es posible que esa aldea haya sido capaz de mantener en jaque durante dieciocho años a nuestras legiones? —se preguntó el cónsul, que había reunido en su tienda a los tribunos y a los centuriones de su ejercito.

»Mañana mismo nos instalaremos en los campamentos abandonados, y en cuanto esté dispuesto el ejército atacaremos esa maldita aldeúcha. Es hora de que los estandartes de las legiones ondeen sobre esa colina.

—No es tan fácil como parece, cónsul —intervino un veterano tribuno que ya había participado en algunas batallas contra los numantinos—. Las laderas de la colina son engañosas, y en algunas zonas son inexpugnables. Sólo en el extremo norte el acceso es menos complicado, pero aquel sector está repleto de fosos, trampas y piedras puntiagudas que cortan como cuchillas recién afiladas, y en el fondo de las trampas han dispuesto estacas de madera de puntas aguzadas y endurecidas al fuego capaces de atravesar la piel de un elefante.

»Y además, están los numantinos...

—¿Tienes miedo, tribuno? En ese caso coge tu petate y regresa a Roma, pero hazlo con todo el deshonor del soldado que presa del pánico abandona a sus compañeros de armas en plena batalla.

¿Alguien más tiene miedo?

El cónsul observó los rostros de sus oficiales. Ninguno se atrevió a decir una sola palabra; tenían los ojos clavados en el suelo de la tienda de Pisón.

—El tribuno tiene razón, cónsul —intervino al fin un centurión cuyo rostro surcado de cicatrices demostraba su experiencia en cien batallas—. Los numantinos pelean como fieras heridas. Hay quien dice que lo hacen ebrios de una bebida de hierbas que les confiere en el combate un furor que les hace olvidar el miedo, el dolor y el cansancio.

—¿Pócimas mágicas? ¡Bah!, historias de viejas temerosas del sonido del aire o del chirrido de las bisagras de la puerta. Ninguno de esos numantinos vale la mitad que el peor de los romanos.

»Disponed a vuestros hombres para la batalla: atacaremos a esos bárbaros en cuanto estemos preparados.

Capítulo 9

—Ya están ahí otra vez. Yo tenía razón —asentó Aracos—, siempre vuelven, los romanos son como los lobos, siempre vuelven.

—Bueno, estos meses han sido demasiado tranquilos. Yo ya echaba en falta un poco de acción —dijo Aregodas.

Tras varios meses de calma absoluta, los numantinos, pese a la insistencia de Aracos en mantener siempre dispuesta la defensa, se habían relajado mucho. Confiados en que tras las derrotas de los últimos ejércitos ante Numancia, los romanos habrían renunciado definitivamente a ocupar la ciudad arévaca, habían dejado de practicar obras de reparación y mantenimiento de la muralla y habían permitido que se construyeran junto a los muros algunas casas y establos que perjudicaban y entorpecían las tareas defensivas.

Aracos fue llamado por el senado de Numancia, donde Olíndico acababa de defender un plan para atacar de inmediato a los romanos, antes de que acabaran las obras de fortificación de los campamentos en los que se estaban instalando.

—Olíndico es partidario de atacar a los romanos mañana mismo; antes de que fijen sus posiciones. Queremos conocer tu opinión, Aracos —le dijo el más anciano miembro del senado.

—Ésa sería una buena táctica... si estuviéramos preparados para hacerlo. Pero, desgraciadamente, no lo estamos. Desde que los romanos se fueron, hace ya un año, no nos hemos preparado para un nuevo asedio, y mucho menos para asumir la iniciativa en un ataque sorpresa. Pese a mi insistencia en mantener la guardia alerta y practicar ejercicios de guerra, sólo mis hombres y la compañía de los «hermanos de la luz» de Olíndico hemos seguido ejercitándonos con las armas en la mano. Un soldado debe estar siempre dispuesto para la batalla, y nosotros no lo estamos.

»Ahora bien, hay una posibilidad de derrotar de nuevo a los romanos.

—Dinos cuál.

—Un ataque por sorpresa, esta misma noche.

—Pero acabas de decir que no estamos preparados...

—Todos no, pero mis hombres y los de Olíndico sí. Escuchad: los romanos están confiados en que tardaremos algún tiempo en reaccionar ante su presencia. Han visto cuál es el estado de nuestras defensas, cómo los muros requieren de una reforma o cómo hemos dejado invadir por construcciones espacios que son necesarios para rechazar un asalto masivo. Si el cónsul ha visto nuestra situación, esta noche dormirá tranquilo soñando en el modo de acabar con nosotros de manera definitiva.

»Pues bien, ataquémosles cuando menos lo esperan: esta misma noche. Hoy hay luna nueva y en cuanto se ponga el sol apenas se verá más allá de un par de pasos. Nosotros conocemos bien el terreno; cualquiera de nuestros hombres podría recorrer

los alrededores de Numancia con los ojos cerrados. Por el contrario, los romanos no saben qué terreno pisan; más de la mitad jamás ha estado aquí antes, y atacados por sorpresa en plena noche no sabrían ni qué hacer ni hacia dónde ir.

»Propongo un ataque selectivo con unos doscientos hombres, los más rápidos y los que mejor se muevan de noche. Nos deslizaremos como sombras hasta su campamento y allí caeremos sobre ellos a medianoche. Podemos darles tal golpe en su moral que tal vez, ahora sí, no regresen jamás.

Durante la tarde los mejores hombres de Aracos y los más bravos de Olíndico escucharon con atención las indicaciones del belaisco.

—Nuestro ataque ha de ser rápido, contundente y eficaz. Golpearemos con todas nuestras fuerzas y nos retiraremos tan deprisa como podamos. Recordad que cuando corráis de regreso a Numancia no habrá ninguna luz, y que sólo os guiará vuestro instinto y vuestra perspicacia.

»Nos desplegaremos en abanico en torno al campamento de tiendas; cada hombre ocupará su posición, y cuando suene el primer toque de trompa cargará contra la tienda más cercana, lanzará tres venablos y golpeará con su espada larga a cuantos bultos vea moverse en el interior. Y en cuanto observe que caen del cielo las primeras flechas incendiarias, dará media vuelta y saldrá corriendo hacia Numancia.

»Y recordad esto bien: los romanos pueden sustituir a cada uno de los suyos que caiga en combate por otro romano, pero todos y cada uno de nosotros somos insustituibles. Procurad regresar sanos y salvos. Que los dioses os protejan.

Aracos y Aregodas cenaron temprano en compañía de sus hombres. De los setenta hombres que, alentados por el ejemplo de Viriato, habían salido nueve años atrás de Contrebia Belaisca para combatir al lado de los numantinos contra Roma, permanecían en Numancia menos de treinta; los demás o habían muerto o se habían marchado de regreso a Contrebia. Aracos los conocía a todos por sus nombres; algunos se habían casado con muchachas numantinas y tenían dos o tres hijos, y otros seguían solteros, aguardando ansiosos que llegaran las fiestas de las noches de luna llena para bailar hasta la madrugada ebrios de cerveza, de licor y de sexo.

—Melmo, Letondo, Lubos, Tirto...

—¿Decías algo? —le preguntó Aregodas al oír el murmullo que surgía de los labios de Aracos como una letanía ensartada de lamentos.

—Estaba recordando los nombres de los que faltan.

»Useiso, Tauro, Taurotis... —continuó Aracos—. ¿Recuerdas a Taurotis? Sí, aquel joven pelirrojo con la cara llena de pecas, del clan de los bercantes. Tenía... ¿dieciocho años; diecinueve, tal vez? Murió el día que atacamos a los romanos cuando estaban construyendo el canal para unir los dos ríos. Lo recuerdo bien; le dije que no se apartara de mi lado, que yo le cubriría el flanco izquierdo. Se empeñaba en combatir con el hacha de doble filo aunque no tenía demasiada habilidad para su

manejo. Yo mismo vi como una lanza romana le atravesaba el cuello. Estaba en mi trayectoria; si el joven Taurotis no hubiera estado allí, el cuello atravesado hubiera sido el mío.

—La guerra es así, Aracos, cruel y fría, como los labios de la amante que han dejado de ser abrasados por la pasión.

—Vaya, pareces uno de esos bardos que se pasan el día componiendo poemas y canciones.

—El verso no es mío; lo oí en Roma, hace muchos años. Era parte de una canción que un viejo ciego tarareaba mientras tocaba una lira a orillas del Tíber.

—Bien, acabemos la cena y dispongámonos para la batalla.

La luna nueva y la noche cerrada impedían que se viera más allá de unos pasos, apenas el perfil de las figuras delante de los propios ojos. Aracos, Aregodas, Olíndico y dos centenares de sus hombres salieron por la puerta de «la bajada al llano» y se deslizaron como las propias sombras hacia el campamento romano. Tal y como les había explicado Aracos, los guerreros celtíberos se desplegaron junto a las tiendas y aguardaron en silencio el toque de trompa con el que se daría la señal de ataque. Estaban tan cerca de las tiendas de los legionarios que podían oír sus ronquidos y la conversación de los guardias, que velaban el campamento por parejas junto a los hachones en los que ardían algunos troncos.

La espera se hizo tensa, pero de pronto sonó la trompa y los celtíberos saltaron a la carrera sobre las tiendas arrojando sus venablos y sus flechas, primero contra los guardianes y después contra las propias tiendas. Surgiendo de las sombras, como espíritus diabólicos de la noche, los numantinos cogieron totalmente desprevenidos a los romanos, que se habían siquiera imaginado la intrepidez de su enemigo.

Aracos enarbolaba el hacha de combate, con la que derribó a dos romanos antes de llegar ante una de las tiendas, sobre la que arrojó uno de los hachones. En unos momentos todo el campamento romano se llenó de gritos de terror, de aullidos de dolor y de lamentos, en tanto los legionarios salían despavoridos de sus tiendas, apenas cubiertos por las túnicas de noche, sin saber qué hacer, a quién atacar o cómo defenderse; muchos soldados cayeron ensartados por los venablos de los celtíberos antes incluso de que pudieran entender siquiera lo que estaba pasando.

La primera de las flechas incendiarias cruzó el cielo negro y profundo y tras ella comenzaron a caer otras muchas. Aracos había dispuesto a un grupo de arqueros apostados a doscientos pasos del campamento, quienes deberían lanzar las flechas una vez transcurrido un pequeño lapso de tiempo tras el segundo sonido de la trompa, que era la señal convenida para la retirada. Los numantinos, con la caída de las primeras flechas, iniciaron un rápido repliegue, en tanto los romanos tuvieron que afanarse en evitar ser ensartados por ellas a la vez que acudir a socorrer los incendios que surgían por doquier tras el impacto de las flechas incendiarias, cuyas puntas

habían sido embadurnadas en resina.

El desconcierto en el campamento fue total, pues nadie sabía a qué enemigo estaban enfrentándose e incluso hubo romanos que, en el tumulto que siguió al ataque, combatieron entre ellos mismos. Algunos creyeron ver enemigos en donde sólo había sombras y otros huyeron corriendo hacia la nada convencidos de que estaban siendo presa del furor de los espíritus del averno.

A la mañana siguiente los romanos pudieron contemplar, a la luz del día, el resultado del ataque numantino: tiendas quemadas, víveres destruidos o saqueados, y centenares de soldados muertos por los venablos, las flechas o las espadas celtíberas, cuyos cadáveres yacían por el suelo con los rostros todavía contraídos por horribles gestos de dolor, de angustia y de pánico.

En Numancia, Aracos y los suyos festejaban el éxito de su victoria; sólo habían tenido una docena de bajas y veinte heridos con cortes de espada, lanzadas y contusiones diversas.

—Tu hacha de combate sigue siendo invencible. En verdad que no me extraña que los numantinos la consideren como su talismán; anoche brillaba a la luz de los fuegos del campamento romano como un amuleto sagrado, como un fetiche sacralizado por los druidas —le dijo Aregodas a Aracos.

—Todo salió bien; creo que la incursión de anoche provocará muchas dudas en los romanos; su nuevo cónsul lo pensará ahora mejor antes de atacarnos.

Y así ocurrió. Calpurnio Pisón se tragó su orgullo y renunció a atacar Numancia. A la vista de las bajas sufridas y ante el miedo que cundió entre los legionarios, que pasaron varias noches en vela temerosos de un nuevo ataque nocturno, ordenó levantar el campamento y abandonar el asedio de la capital de los arévacos.

Los romanos se alejaron hacia el oeste bordeando la ciudad por el sur, caminando con las cabezas bajas y los brazos abatidos, temerosos de que de aquellos muros de piedra pudieran surgir de repente un grupo de demonios de pelo largo aullando como lobos en cacería y que cayeran sobre ellos como rayos.

Desesperado, humillado y con el orgullo arrumbado, el cónsul dirigió a sus dos legiones hacia la tierra de los vacceos, combatiéndolos con la excusa de que habían sido ellos quienes habían vendido a los arévacos las provisiones con las que habían podido hacer frente a los diversos asedios de las legiones romanas; sitió la ciudad de Palantia, sin poder conquistarla, y tras conocer el rumor de que los numantinos se estaban preparando para atacarle, saqueó algunas pequeñas aldeas vacceas, tomó algo de botín, sobre todo ganado y cereales, y atravesó la sierra central en busca de las tierras amigas de la Carpetania.

• • •

La alegría de los numantinos fue extraordinaria cuando certificaron la huida de Calpurnio Pisón y que éste había asentado sus campamentos de invierno en el sur de Iberia, y lo había hecho de manera estable, con la intención de pasar allí el resto del año, esperando inactivo a que finalizara su mandato consular.

—Míralos como ríen —dijo Aregodas a Aracos mientras los dos amigos contemplaban cuánto se divertían los numantinos festejando la huida de las legiones—. Esta vez creo que va en serio. Han tenido un escarmiento difícil de olvidar y ni siquiera han podido derrotar a los vacceos. Me parece que no volverán por aquí jamás.

—Te equivocas. Es ahora cuando vendrán con más fuerza que nunca. El Senado enviará contra nosotros a sus generales y soldados más eficaces. Siempre actúa de la misma manera; primero deja que se estrellen cónsules, tribunos y generales inútiles para que fracasen pero a la vez debiliten al enemigo, y cuando su inoperancia raya en el ridículo envía a los mejores generales con las mejores tropas para que arreglen la situación. Si no me equivoco, la próxima primavera tendremos ahí enfrente a Escipión.

—¿Y entonces? —preguntó Aregodas.

—Ambos hemos combatido a sus órdenes, y ambos sabemos la respuesta.

—Tal vez tu hacha de combate lo detenga.

Aracos miró a Aregodas, le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Estoy orgulloso de contar con tu amistad, no lo olvides, pero me temo que hará falta mucho más que un hacha para detener a Escipión.

Entre tanto, los numantinos bebían cerveza de trigo, bailaban bajo la luna y cantaban canciones que rememoraban antiguas victorias.

Capítulo 10

Escipión alzó la copa de vino y bebió un trago largo saboreando el aromático y dulce caldo blanco recién importado de la isla de Rodas.

—¿Cómo dices que se llama este vino, Marco? —preguntó el noble romano a su pariente.

—Malvasía. Dicen los griegos que es la bebida favorita de nuestros dioses; en el Olimpo no se bebe otra cosa —bromeó Marco Tulio.

—¿Puedes proporcionarme algunas ánforas?

—Claro. Tengo buenos contactos comerciales, que establecí durante los años que pasé en Asia como tribuno y pretor.

—Ya sabes lo de Numancia, ¿no?

—Sí. Me lo dijo ayer el senador Fulvio Metelo. En el Senado están hartos de la ineficacia de los cónsules que se han enfrentado a los numantinos hasta ahora; dicen que es tiempo de acabar con ese problema. Los chismes que circulan por Roma ridiculizan al ejército, al consulado y a la propia capacidad militar y política de la República. En la próxima reunión del Senado se debatirá monográficamente la cuestión de Numancia. Hay senadores que abogan por que seas nombrado cónsul de nuevo y dirijas el ejército hasta que Numancia caiga, como hiciste con Cartago.

—Ya he sido cónsul en una ocasión. La ley prohíbe un segundo mandato; se aprobó, según justificaron algunos senadores, para evitar tentaciones que abocaran a una dictadura —alegó Escipión.

—Vamos, primo, tú mismo me has enseñado que las leyes de Roma pueden cambiarse si es preciso. El Senado dejará en suspenso la ley que prohíbe repetir en el consulado para que puedas ejercer un segundo mandato.

Mientras los dos parientes hablaban de las próximas elecciones al consulado, un criado entró en la sala anunciando la presencia de un heraldo del Senado.

Escipión le hizo pasar.

—General..., generales —rectificó el heraldo al apercibirse de la presencia de Marco Tulio—. El primero de los senadores me envía para comunicarte..., comunicaros —volvió a rectificar—, una mala noticia: los esclavos se han sublevado en Sicilia. Ha habido un primer motín en Enna y desde allí la revuelta se ha extendido por toda la isla, donde arden numerosos focos de rebelión. Algunas casas de nobles patricios han sido saqueadas e incendiadas y muchas aldeas han ardidido al paso de los rebeldes. El objetivo de los esclavos, a los que se han unido bandas de menesterosos y del populacho, son las haciendas de los ricos propietarios, que están siendo acosados y perseguidos; algunos ya han sido asesinados.

—¿Los dirige algún cabecilla? —demandó Escipión.

—Parece que sí. Su jefe es un sirio llamado Euno, que antes de ser esclavo era

pastor en su tierra natal. Nos han informado de que tiene un gran dominio de la elocuencia y que sabe muy bien cómo alentar a las masas para que le sigan.

—¿Un pastor? Los arúspices aseguraron que hace unos días habló un buey, tal vez fuera una señal de los dioses que nadie supo interpretar; nuestros sacerdotes están perdiendo facultades —ironizó Escipión.

—Numancia siempre, ahora Sicilia, mañana tal vez estalle en revueltas la propia Roma; es tiempo de que intervengas —dijo Marco.

—Dile al primero de los senadores que me gustaría hablar con él, enseguida. ¡Ah!, y que ordene de inmediato a Calpurnio Pisón que envíe algunas tropas cerca de Numancia, y que si él en persona no se atreve a ir, que siga a resguardo en Carpetania pero que envíe a un legado con una legión. Roma debe estar presente en Celtiberia de manera inmediata. Y en cuanto a Sicilia..., enviaremos un par de legiones, creo que será suficiente para acabar con la revuelta de esclavos.

En los comicios consulares no hubo ninguna sorpresa. El Senado y el pueblo habían ofrecido el consulado a Escipión, que seguía sin tener la edad legal para ocupar el cargo. Los senadores decidieron mediante una votación casi unánime que los tribunos de la plebe derogaran la ley que impedía repetir mandato al frente del consulado, y que sólo fuera de este modo para ese año y para esa ocasión, volviendo al año siguiente a la situación anterior. Así se hizo; Publio Cornelio Escipión fue elegido cónsul por la más abrumadora de las mayorías hasta entonces lograda por candidato alguno.

Capítulo 11

[Año 134 a. C.]

—Lo ha asegurado un buhonero que acaba de llegar de Nertóbriga con una carreta cargada de aceite, especias y vino: Escipión ha sido elegido cónsul con mando sobre el ejército de Iberia —comentó Olíndico a Aracos.

»Tú lo conoces bien; ¿qué significa ese nombramiento?

—Que Roma ha decidido acabar de una vez con nosotros —aseveró Aracos.

—No han podido hasta ahora, y no podrán ni siquiera con ese tal Escipión al frente.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Los dioses están de nuestro lado; siempre hemos vencido a cuantos generales romanos han venido contra nosotros. ¿Por qué crees que con Escipión será distinto?

—Porque he servido bajo sus órdenes. Lo he visto actuar, dirigir las tropas y, sobre todo, lo he leído en sus ojos; son los ojos de un halcón, esa mirada no se olvida nunca —asentó Aracos.

—No te creo; Escipión es un hombre, un mortal, uno más de esos romanos que acuden aquí ufanos tras sus estandartes e insignias y cuando nos ven aparecer ante ellos se mueren de miedo y tiemblan como gallinas. A Escipión le pasará lo mismo que a los demás.

—Te equivocas, Olíndico. Yo lo vi pelear con un gigante vacceo que le sacaba cabeza y media de altura y lo duplicaba en fuerza. Si hubieras contemplado cómo se acercaba al gigante vacceo armado con su espada y su escudo, paso a paso, firme como una roca, seguro de su destreza y de su triunfo, pensarías como yo.

—Una flecha o un venablo bastará para acabar con él.

—Tal vez, pero habrá que alcanzarle, y eso no será fácil.

El invierno todavía se aferraba sobre los tejados de bálago de Numancia. Las noches seguían siendo heladoras y las mañanas amanecían escarchadas con una rosada cristalina que esmaltaba los campos. Olíndico se acercó a Aracos, que se había apoyado en el parapeto de la muralla y escudriñaba el horizonte del sur, como si esperara que alguien apareciera en cualquier momento sobre las cumbres de las colinas.

—Todavía no ha aparecido.

—¿Qué dices? —le preguntó Aracos a Olíndico.

—Que hace ya varias semanas que comenzó el año nuevo romano y ese Escipión no ha dado señales de vida; ni él ni sus legiones. Te lo dije: en cuanto se ha visto con la responsabilidad de dirigir al ejército contra Numancia, le ha vencido el miedo.

—No; vendrá cuando esté preparado. Lo conozco bien. Es un hombre valiente, pero es todavía más astuto y precavido. Nunca da un paso en falso, jamás arriesga más allá de lo que sus fuerzas o las de sus hombres pueden soportar. Sabe que con el desastre de ejército que ha heredado de Calpurnio Pisón no podría ocupar Numancia ni en mil años. Esperará a que los legionarios estén bien entrenados y con una renovada moral, y entonces vendrá para no marcharse hasta que o nosotros capitulemos o él caiga derrotado y muerto en el campo de batalla.

• • •

Una vez elegido cónsul, Escipión demandó del Senado poderes especiales para dirigir al ejército contra Numancia. Prometió en un vibrante discurso que haría la guerra sin proceder a reclutas extraordinarias, pero exigió que le permitieran configurar el ejército según su propio criterio. Sus primeras decisiones fueron nombrar a su hermano mayor Fabio Máximo, el único general que había sido capaz de derrotar a Viriato, como legado del ejército, y a su sobrino Buteón como cuestor; Marco Tulio fue designado legado de la sexta legión, cuya presencia en Hispania reclamó de inmediato. Utilizando sus medios personales, Publio Cornelio reclutó su propio ejército, para lo cual acudió a sus ricos amigos de Roma, de los que recabó dinero y ayuda, y a los reyes de ciertos estados orientales, algunos de los cuales le debían el trono. Su fama atrajo a su alrededor a soldados de todas partes.

Tres meses después de su elección como cónsul, había logrado adiestrar una formidable legión a la que llamó la sexta gémina; estaba compuesta por cuatro mil soldados, todos ellos duros y curtidos mercenarios forjados en cien batallas, y una compañía de quinientos hombres elegidos por él personalmente, a la que denominó la «compañía de los amigos», integrada por soldados de extraordinaria valía, los más expertos y hábiles en el manejo de la espada, la lanza, el hacha y la maza de combate; este grupo de los quinientos configuraba un verdadero cuerpo de élite en el que debían fijarse como modelo los soldados de las demás unidades. Esa compañía se constituyó como la guardia personal de Escipión, que desde que fue elegido cónsul siempre iba acompañado por unos cuantos soldados de la misma, según el estilo que había impuesto el rey de Macedonia. En Roma no faltaron quienes acusaron a Escipión de comportarse como un rey, y esos mismos vaticinaron que si lograba someter a Numancia regresaría a Roma para coronarse como soberano y restablecer la monarquía.

Escipión se amparaba ante esas críticas en el respaldo que tenía del pueblo y del Senado, y acusaba a ciertos sectores de la oligarquía de querer mantener sus privilegios en contra de los propios intereses de la República. Escipión había logrado

el apoyo de los grandes comerciantes, el estamento de los caballeros que habían tomado conciencia de su fuerza gracias a las extraordinarias riquezas acumuladas merced a los intercambios realizados con los países sometidos al poder de Roma.

Mientras reclutaba ese ejército de fieles, Escipión envió un heraldo al oráculo de Delfos, en el corazón de Grecia, para consultar ante el santuario de Apolo cuáles eran los presagios sobre la campaña que iba a emprender contra Numancia. Con el mensajero iban además un buen número de ricas ofrendas con las que contentar a los sacerdotes del santuario y predisponerlos para un vaticinio favorable. Entre tanto, Publio Cornelio se vistió la toga pontificia y en Roma realizó varios sacrificios a los dioses, sobre todo a Marte y a Mercurio, pidiéndoles que le fueran propicios en la guerra.

El enviado al oráculo de Delfos regresó con una buena noticia: la sibila había profetizado que Escipión derrotaría a los bárbaros, y que Numancia, como antes Cartago, sería conquistada. Algunos mensajeros de Escipión recorrieron los reinos de Asia Menor visitando a los reyezuelos que debían su trono al nuevo cónsul; todos ellos le enviaron oro, plata, joyas y regalos, que Publio Cornelio ordenaba inventariar con la promesa de que con esa fortuna recompensaría a los hombres que destacaran por su valentía en la campaña que iba a dirigir contra Numancia.

En la primavera de ese año del segundo consulado de Escipión, a finales de marzo, setenta y dos navíos desembarcaron a diez mil hombres en el puerto de Tarraco. El propio Escipión ni siquiera aguardó a que se reorganizaran para iniciar el viaje por tierra hasta Numancia, y con algunos de sus colaboradores cabalgó hasta la Carpetania, donde el cónsul Calpurnio Pisón le hizo entrega del mando consular.

Escipión ordenó que todos los legionarios que habían pasado el invierno en el campamento carpetano formaran para pasar revista. Medio día tardaron los legionarios y los auxiliares en formar, ante la desesperación del nuevo cónsul.

Muy despacio, montado sobre un caballo blanco y escoltado por su hermano Fabio Máximo y por Marco Tulio, Publio Cornelio fue recorriendo todas y cada una de las cohortes. Lo hizo en silencio, durante horas, observando a los soldados, sus uniformes, su armamento... Sus ojos de halcón escudriñaron todos y cada uno de los rostros de los hombres sobre los cuales acababa de recibir el mando supremo. Y no le gustó nada lo que vio.

Los legionarios se mostraban abatidos, carentes de energía, desesperados por años de derrotas y fracasos; sus uniformes estaban limpios y ellos parecían aseados, pero Escipión percibió enseguida que se trataba más de una cuestión de estética que de disciplina.

Acabada la parada militar, el cónsul se reunió en su tienda con Fabio y con Marco.

—Bien, vosotros lo habéis contemplado igual que yo; ¿qué podemos hacer con

esta chusma? —les preguntó.

—Huir a toda prisa en cuanto veamos aparecer en el horizonte al primer celtíbero —ironizó Marco.

—Estos hombres están derrotados de antemano; ya habéis visto sus ojos —apostilló Fabio.

—Sí, tenéis razón los dos; están absolutamente desmotivados, carentes de toda esperanza. No confían en el triunfo de Roma porque han estado dirigidos por generales mediocres y poco cualificados.

—He preguntado a algunos centuriones sobre cómo ven ellos la moral de las tropas, y todos coinciden en que la sola mención del nombre de Numancia les aterroriza. Creen que van a morir, que ya han tenido demasiada suerte en mantener la vida durante este tiempo —dijo Marco.

—Pues bien, legado, di a tus hombres que el tiempo de las derrotas ya ha pasado, pero que se preparen para un duro trabajo. En este campamento y en este ejército no existe ni disciplina ni preparación; hasta una pandilla de muchachos con espadas de palo y escudos de madera pondría en un brete a estos soldados. Necesitan entrenamiento, mucho entrenamiento.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Marco.

—Aquí no ha habido otras cosas que desidia y molicie. Antes de atacar a los numantinos debemos cambiar a nuestros hombres. Van a trabajar tanto que algunos preferirán no haber nacido.

A la mañana siguiente Escipión recorrió todas las tiendas del campamento, y su indignación por lo que contempló fue insoportable. En varios centenares de tiendas, en un extremo del campamento, se habían instalado no menos de dos mil prostitutas, varias bailarinas gaditanas que actuaban todos los días para los soldados, tres centenares de efebos y varios centenares de mercaderes, adivinos y arúspices. Y es que, ante la incertidumbre que tenían los legionarios por su porvenir, los adivinadores del futuro conseguían unas buenas ganancias gracias a las consultas que les hacían. Las prostitutas y los efebos no daban abasto a satisfacer la demanda que de sus servicios requerían los soldados, pues las tropas habían permanecido en ese campamento ociosas durante varios meses, sin otra cosa que hacer que pasar el tiempo dilapidando su salario en los prostíbulos, en las consultas a los adivinos y en los juegos de azar.

—¡Por todos los dioses del Olimpo!, jamás pude imaginar un desastre como éste.

—Habrá que echar a todos estos parásitos de aquí —supuso Marco.

—Lo haremos de inmediato. Ordenad a los centuriones de todas las cohortes que mañana al anochecer no deberá quedar en este campamento ni una prostituta, ni un mercader, ni un adivino. Que cualquiera de éstos que sea apresado merodeando por el

campamento después de la puesta de sol de mañana será ejecutado de inmediato y su cadáver arrastrado hasta que quede hecho trizas, y lo que aún reste, arrojado a un estercolero para que lo devoren las alimañas y los carroñeros.

—Querido hermano, quizá sea poco tiempo el que propones para el desalojo —dijo Fabio Máximo.

—Debería expulsar a toda esa chusma a patadas ahora mismo. Mi padre adoptivo ya lo habría hecho.

Prostitutas, efebos, mercaderes y adivinos abandonaron el campamento de la Carpetania a toda prisa, recogiendo sus pertenencias y evacuando el recinto militar antes de que se pusiera el sol.

Al amanecer del tercer día desde que llegara de Tarraco, Escipión pasó nueva revista a las tiendas. Un centenar de hombres de la «compañía de los amigos» fueron requisando todo tipo de objetos y utensilios que el cónsul estimaba que eran inútiles para la guerra. Tras dos días completos de inspección, en el centro del campamento se amontonaban centenares de espejos de metal, paletas de afeites, lancetas y tenacillas de aseo, rascadores de marfil para las pulgas, dados, astrágalos y fichas para juegos de apuestas, tarros con ungüentos aromáticos, vasos con perfumes y esencias, cuchillitos y tijeras cosméticas y nada menos que veinte mil pinzas para la depilación.

—¿Habéis visto eso? —preguntó el cónsul a Fabio y a Marco—. Ni entre cien lupanares como el de Suburra hubieran podido reunir semejante cantidad de materiales cosméticos.

—¡Veinte mil pinzas de depilación! Por los rayos de Júpiter que toda esta gente debía de pasar el tiempo depilándose las piernas y el pecho —se asombró Fabio.

—Y fijaos en esa cantidad de frascos de perfumes y afeites; con lo que cuesta semejante dispendio podría reclutarse una nueva legión dijo Marco.

En unas jaulas de madera zureaban centenares de palomas.

—¿Y esas palomas? —preguntó el cónsul.

—Se emplean para los sacrificios rituales de los que vienen a consultar a los adivinos en busca de una predicción sobre su futuro.

—Bien, pues que las sacrifiquen a todas; hoy cenaremos carne de paloma, y si sobra, que las escabechen. En adelante nadie introducirá en el campamento ningún animal para realizar con él un sacrificio. Los carros, todos los objetos superfluos y las bestias de carga que no sean estrictamente necesarias serán vendidos.

»Cada hombre conservará tan sólo su uniforme, sus armas, un asador, una marmita de bronce y una sola copa o vaso de metal. Todo lo demás deberán entregarlo a su oficial superior. Las pinzas de depilación y las demás piezas superfluas de metal serán fundidas para fabricar puntas de flecha y de lanza. A partir de mañana, los únicos alimentos serán carne asada o hervida, queso y pan, y todo ello

cocinado sin otro condimento que sal. ¡Ah!, y quedan prohibidas las camas; todos dormiremos sobre sacos de hierba y de paja desde esta misma noche.

—Estos hombres no están acostumbrados a semejante dureza; algunos duermen en camas de madera labrada sobre colchones de plumas y sábanas de lino y de seda —terció Fabio Máximo.

—Sí, ya lo he visto, pero eso se acabó.

—Puede estallar un motín —aventuró Fabio Máximo.

—Al primero que proteste ordenaré que le corten el cuello en el centro del campamento; veremos si algún otro se atreve a seguirlo.

Capítulo 12

En los alrededores de Numancia los cereales crecían dibujando un mar de hierba esmeralda.

—Este año tendremos una buena cosecha —dijo Olíndico, que paseaba con Aracos por el exterior de la muralla, inspeccionando las defensas de la ciudad de los arévacos.

—Eso parece —repuso Aracos.

—Tu amigo Escipión sigue sin dar señales de vida. Nuestros espías han informado de que permanece en el campamento de Carpetania, a seis jornadas de aquí, y de que no parece que tenga intención de venir hacia Numancia.

—Vendrá, Olíndico, ten por seguro que vendrá.

—Pareces admirarlo.

—Es un gran soldado, el mejor que he conocido.

—Tal vez los años lo hayan hecho temeroso. La edad mina la fortaleza del cuerpo, pero también la del espíritu.

—No lo creo.

—Entonces, ¿por qué no aparece por aquí? ¿A qué espera?

—Si no me equivoco, estará entrenando a sus hombres. Con el ejército que le legó su antecesor lo hubiéramos derrotado con facilidad; no vendrá contra nosotros hasta no estar seguro de poder vencernos.

—¿Y qué podemos hacer entre tanto? —demandó Olíndico.

—Esta ciudad ha sido hasta ahora nuestra mejor defensa, pero los métodos de asedio de Escipión son demoledores. En Cartago empleó todo tipo de recursos hasta que acabó doblegando a la ciudad; aquí hará lo mismo. Creo que deberíamos mejorar todavía más nuestras defensas, tal vez construir unos muros más altos y más gruesos, colocar más trampas en las laderas, pero sobre todo asegurarnos los suministros. Escipión ya conoce Numancia y sabe que un asalto frontal tiene pocas garantías de éxito, salvo que quiera perder la mitad al menos de sus hombres, por eso tratará de rendirnos por hambre. Todas nuestras casas disponen de un almacén subterráneo capaz de contener grano y otros alimentos para medio año, pero nunca hemos estado más de ese tiempo aislados. Hasta ahora todos los asedios romanos han sido muy imperfectos, y siempre hemos logrado introducir suministros en la ciudad y romper el cerco. Pero, ¿cuánto tiempo podríamos resistir sin recibir provisiones del exterior? Aunque dispusiéramos de nuestros almacenes llenos a reborar, no creo que pudiéramos aguantar más de medio año.

—¿Crees que ese Escipión podría mantenernos aislados por completo del exterior durante tanto tiempo?

—Bueno, el perímetro que tendría que cubrir es muy grande, unos quince mil

pasos, tal vez incluso más. Y luego están los tres ríos, cuyos cauces debería controlar. Para todo ello necesitaría al menos cincuenta mil soldados.

—Demasiados, incluso para Roma —dijo Olíndico.

—Para Roma tal vez, pero no para Escipión. Quizá sea un error encerrarnos tras estas murallas, si nos enfrentáramos a los romanos en escaramuzas..., no sé, tal como hizo en su día Viriato, a lo mejor así podríamos tener alguna posibilidad.

—En campo abierto no tenemos la menor oportunidad —asentó Olíndico—. El ejército romano nos arrollaría con facilidad dada su superioridad en número y en orden de combate. Y en cuanto a practicar emboscadas..., sí nos ha servido hasta ahora, pero a costa de grandes pérdidas. Y además, nos hemos enfrentado a inútiles generales que no tenían ningún conocimiento de la estrategia de la guerra y que avanzaban desprevenidos sin cuidar sus flancos. Escipión es un general con gran capacidad para diseñar tácticas, el mejor estratega de este tiempo; siempre está alerta y siempre mantiene prevenidos a sus hombres. Será muy difícil sorprenderlo.

Pocos días después de aquella conversación entre Aracos y Olíndico, los numantinos se enteraron por sus espías de que los romanos estaban realizando intensas maniobras militares y que habían abandonado el campamento de Carpetania para dirigirse en una dura marcha hacia el valle del Ebro, en los alrededores de Salduie, donde se encontraban más seguros. Allí se les unieron varias cohortes legionarias y escuadrones de auxiliares hispanos, italianos y africanos.

Cuando Aracos le preguntó a uno de los oteadores por el número de efectivos de que disponía Escipión en su nuevo campamento del valle del Ebro, entre cuyas tribus estaba reclutando tropas auxiliares, éste le dijo que era difícil de calcular, pues los soldados estaban en permanente movimiento, pero que estimaba que había al menos cincuenta mil hombres en disposición de empuñar las armas.

—Bien, Olíndico —dijo Aracos dirigiéndose al jefe numantino—, el cónsul ya tiene el número de hombres que requería para formalizar el asedio de Numancia, ahora necesita que estén bien entrenados físicamente, dispuestos tácticamente y con el espíritu aleccionado; en cuanto estime que sus hombres están preparados, lo tendremos aquí al frente de cincuenta mil soldados; eso son cinco legiones. Nunca ningún cónsul, al menos desde los tiempos de la guerra contra Aníbal, había reunido un ejército semejante. Escipión está dispuesto a conquistar Numancia a toda costa, se juega en ello su prestigio personal y su orgullo, y puedo asegurarte que este romano es el hombre más orgulloso que conozco.

—¿Cincuenta mil, eh?, ¿crees que tenemos alguna posibilidad ante semejante número de guerreros?

—Ante cincuenta mil hombres bien entrenados y dirigidos por Escipión, ninguna, amigo, ninguna.

Olíndico se quedó mirando al contrebiense; luego se atusó el cabello y

desenvainó su espada curva.

—En ese caso, moriremos matando.

• • •

Escipión sometió a sus hombres a un entrenamiento despiadado. Comenzó por obligarles a realizar marchas de hasta veinte millas a paso rápido; formados en columnas, los soldados avanzaban al ritmo que el cónsul les marcaba mediante unos redobles de tambor. A los lados de la formación, veteranos de la guerra de África golpeaban con varas a los auxiliares y con bastones a los romanos que desfallecían o se detenían a tomar un respiro durante las agotadoras caminatas. Los soldados, además de su impedimenta, cargaban con un saquete de trigo y siete estacas de madera cada uno; en medio de una marcha, de improviso, les ordenaba levantar una empalizada con las estacas, que enseguida recogían para volver a ponerse en camino más deprisa si cabe.

Durante las marchas Escipión iba y venía de un lado a otro de las columnas en formación, corrigiendo a los que se demoraban y alentando a los que desfallecían. A aquellos que caminaban con dificultad tras varias horas andando bajo el sol y cargados con las estacas, les decía que dejarían de cargar con la empalizada cuando hubieran aprendido a protegerse con el escudo y a pelear con la espada; a un legionario que portaba un escudo repleto de ornamentos le dijo que no le extrañaba que tuviera tan decorada el arma en la que más confiaba, pero que a partir de ese momento su arma favorita debería ser la espada, y no el escudo; los que portaban el escudo con desgana o con poca marcialidad les reprendía y se mofaba de ellos burlándose, pues les recriminaba que si así de mal portaban el escudo, un arma defensiva, no quería ni imaginar cómo empuñarían la espada. Cuando sorprendía a alguno fuera de la fila o relajado, lo mandaba azotar con un bastón si era romano y con varas si era extranjero, tal como mandaban las leyes. Para no incumplir la que prohibía golpear a los ciudadanos romanos con varas, equipó a los centuriones y decuriones con sarmientos de vid, para que azotaran con ellos a los que se demoraran; por ello, los oficiales adoptaron enseguida los sarmientos como símbolo de su autoridad y de su rango.

Las reprimendas de Escipión también iban dirigidas a los más nobles patricios; a Cayo Metelo, el hijo del general que sirviera en Hispania diez años antes, lo amonestó en público diciéndole que si su madre hubiera parido otro hijo, éste hubiera sido sin duda un asno.

Por la noche establecía guardias reglamentarias de cuatro turnos de tres horas cada uno y no consentía que nadie se escamoteara de su turno de vigilancia, ni siquiera los que parecían más cansados tras una jornada de dura caminata.

Cargados con su equipo de combate, los legionarios recorrían una y otra vez los caminos de los alrededores del campamento, desde poco después del amanecer hasta el ocaso. De regreso a las tiendas, estaban tan cansados y con las piernas y los pies tan doloridos que apenas tenían fuerza para tomar un caldo de carne y un poco de pan antes de caer rendidos sobre los sacos de paja; nadie tenía tiempo para pensar en las confortables sábanas de lino que habían perdido.

Dos días a la semana se bañaban en las aguas del Ebro; allí el cónsul obligaba a que se frotaran los unos a los otros, haciéndoles ver con ello que eran como mulos, que al carecer de manos necesitan de alguien que los cepille y les frote la piel.

Todos los días, a mitad de la jornada, los arengaba con discursos en los que solía repetir que los generales que eran blandos y relajados con sus subordinados constituían un enorme peligro para sus propios hombres y que, por el contrario, los generales que actuaban con mayor dureza y severidad eran los mejores para la salvaguarda de la vida de los soldados a sus órdenes. Pero sobre todo les hablaba de disciplina, a la que junto al valor consideraba como la mejor de las virtudes de la milicia.

—Estos hombres están mejorando mucho y muy deprisa, cónsul —dijo Marco.

—Sí, primo, ya los ves; sus piernas se han endurecido con el ejercicio, día a día marcan el paso con más fuerza y seguridad, y sus cabezas empiezan a pensar que es posible la victoria. Hace apenas dos meses la marcha que hemos hecho hoy hubiera acabado con la mitad de estos hombres tirada por el suelo y vomitando como cerdos, y ahora, tú mismo lo has podido observar, han caminado a buen ritmo durante veinte millas cargados con cincuenta libras de material y están tan frescos como si vinieran de pasear por los pórticos del foro de Roma.

»Pero no es suficiente; la próxima semana endureceremos el entrenamiento. Cada día prepararemos un campamento, cavaremos zanjas que luego cubriremos con tierra y levantaremos muros de piedra que enseguida derribaremos, y así una y otra vez hasta que cada uno de nuestros hombres sea capaz en un solo día de caminar veinte millas, cavar una zanja de diez pasos de largo por cinco pies de ancho y otros cinco de alto y levantar un muro de piedra de la altura de dos hombres, y todo eso sin rechistar, sin alegar una sola excusa.

—Ten cuidado, a ese ritmo vas a acabar con medio ejército —le advirtió Marco.

—Los que no sean capaces de resistirlo, mejor que mueran, porque los que no puedan superar estas pruebas tampoco podrán resistir el largo asedio que nos espera. Sólo podemos derrotar a los numantinos si somos más fuertes que ellos, más tenaces

que ellos y más resistentes que ellos. Sólo así.

Durante dos meses, los soldados de Escipión construyeron campamentos, cavaron zanjas y levantaron muros que enseguida hacían desaparecer. El cónsul supervisaba todos los entrenamientos desde el amanecer hasta el ocaso, yendo con su caballo de un lado a otro, controlando los ejercicios, corrigiendo la formación de marcha, que debía ser en cada momento perfecta en cuanto a la geometría de las figuras cuadradas que dibujaban las cohortes y los manípulos, y alentaba a sus hombres a mantener erguido el orgullo de Roma.

Mediado el verano, Escipión hizo saber a sus generales que el ejército ya estaba preparado.

—Sus cuerpos están templados como el acero celtibérico y sus espíritus han adquirido la firmeza de ánimo y el sentido de la disciplina necesarios para poder emprender esta difícil empresa —asentó Escipión.

—No creí que pudieras conseguirlo, primo —intervino Marco Tulio—. En algún momento llegué a pensar que perderíamos a la mitad de los hombres, y que la otra mitad o desertaría o se amotinaría. El Senado tenía razón cuando te permitió ejercer el consulado por segunda vez; sólo tú has podido lograr que esta pandilla de indisciplinados y haraganes se convierta en unos pocos meses en el magnífico ejército que es hoy.

—No todo el mérito es mío; olvidas un hecho que es trascendental —dijo Escipión.

—¿Cuál es?

—Que todos esos legionarios, querido Marco, son romanos.

—Bueno, dos tercios de nuestros hombres son auxiliares ibéricos, africanos e italianos.

—Auxiliares, sólo son auxiliares —sentenció Escipión.

Capítulo 13

Aracos y su grupo de contrebienses estaban segando las mieses en los campos del oeste. El verano avanzaba cálido y seco, y uno tras otro se sucedían días soleados que caían sobre los campos dorados inmersos en un aire abrasador. Durante las noches refrescaba un poco, y era entonces cuando, pese al cansancio acumulado, con las manos llagadas por el manejo de la hoz y la espalda molida por tantas horas agachados al sol segando las mieses, hombres y mujeres se reunían junto a las puertas de sus casas, bajo el brillo de las estrellas, y cantaban canciones, tocaban liras y tambores y bailaban al son de los panderos.

Aracos solía pasear por lo alto de la muralla, saludando a los centinelas, mirando en el cielo el titilar de las estrellas e imaginando que cuando regresara a su casa de Contrebia encontraría allí a su esposa Briganda y a su hijo Abulos, y que ambos saldrían a la puerta a esperarlo, y que luego, cuando el niño se durmiera, haría el amor con su mujer hasta caer ambos rendidos de placer, envueltos en el maravilloso sopor que adormece a los amantes a la llegada del alba.

El día que acabó la recolección de la cosecha, los numantinos celebraron una gran fiesta en honor de Lug. Por toda la ciudad se formaron grupos de hombres y mujeres que bailaban danzas mágicas en honor del dios de la luz. Algunos hombres se habían disfrazado con cuernos y pieles de ciervo en honor del dios Cernunnos, otros se tocaban con cuernos de toro y algunos habían construido con palos, paja, telas y pieles unos armazones en forma de caballo en los que introducían la cabeza y corrían de un lado para otro imitando el trote y el relincho de un corcel.

La cerveza *caelia* corría de boca en boca en jarras de barro y el licor de hierbas sumía a los que lo bebían en una especie de éxtasis desenfrenado.

—¿Dónde están los romanos, dónde están los romanos? —preguntaban al aire algunos guerreros burlándose de sus ancestrales enemigos.

Aracos seguía la fiesta sentado en un murete de piedra; Aregodas se le acercó y le ofreció una jarra de cerveza, que su amigo rechazó.

—¿Los echas de menos, verdad? —le preguntó.

—No creí que una mujer y un niño a los que apenas conozco llegaran a importarme tanto.

A la mañana siguiente la mayoría de los numantinos despertó con la cabeza dolorida por los efluvios de la cerveza y el licor. Algunos todavía yacían tumbados junto a las puertas de las casas, en tanto otros regresaban de los sotos de las riberas abrazados a las muchachas con las que habían pasado la noche.

Aracos se despertó con las primeras luces de la aurora; fue al establo de la parte posterior de la casa, montó a *Viento* y cabalgó sobre su caballo por los campos recién cosechados. De vez en cuando bandadas de perdices salían de entre los rastrojos y

levantaban un pesado aleteo, y Aracos las perseguía hasta que remontaban el vuelo y se alejaban de su alcance.

Mediado el día, Aracos regresó a Numancia. Dejó a *Viento* en el establo, amontonando en su pesebre una buena cantidad de paja, y llenó de agua el abrevadero tallado en piedra. Atrajo entonces su atención la ausencia del caballo de Aregodas, y llamó a voces a su amigo, con el que compartía la casa desde que se instalaran en Numancia varios años atrás.

Preparó la comida en el hogar, un guiso de carne con cebollas, berzas y huevos, un buen pedazo de queso fundido al fuego y pan. Mediada la tarde empezó a preocuparse, pues Aregodas no regresaba. Salió de casa y se dirigió hacia la puerta norte; dos centinelas hacían guardia sin prestar atención al exterior de la ciudad ni a las atalayas donde se apostaban los vigías y oteadores, pues hacía ya casi un año que no se veía un solo romano en varias millas a la redonda.

Los dos centinelas jugaban con unas fichas de barro fabricadas con fragmentos redondeados de vasijas rotas.

—¿Habéis visto a Aregodas? —les preguntó Aracos—; todavía no ha regresado a casa desde anoche.

Los dos centinelas levantaron la vista y uno de ellos contestó:

—Hace poco tiempo que hemos entrado de guardia, y por aquí no ha salido; tal vez lo haya hecho por la puerta del sur.

—O tal vez esté durmiendo la borrachera en casa de alguna bella muchacha —conjeturó entre sonrisas el otro centinela.

—Su caballo no está en el establo —aclaró Aracos.

—Bueno, no te preocupes, habrá salido a cabalgar; pronto regresará. Pero Aregodas no regresó aquella noche.

Aracos recorrió todas las casas de sus hombres y uno a uno les fue preguntando por Aregodas. Nadie supo decirle nada.

«Bueno, tal vez se haya entretenido de verdad con alguna muchacha y esté por ahí afuera, en cualquier parte», pensó Aracos, que se recostó en su lecho de paja, cerca del hogar, y durmió profundamente.

Al día siguiente Aregodas seguía sin aparecer, y nadie sabía nada de él. Aracos se dirigió preocupado a casa de Olíndico y le contó lo que pasaba. El jefe numantino movilizó enseguida a la compañía de «los hijos de la luz» y comenzaron a buscarlo por toda la ciudad, indagando sobre su paradero casa por casa, por fin, un alfarero dijo haberlo visto la mañana del día anterior alejarse con su caballo hacia el oeste, en dirección al Moncayo.

—¿Dónde habrá ido?; ¿no te dijo nada? —le preguntó Olíndico a Aracos.

—No, ni siquiera me avisó de que pretendía marcharse; no sé qué pensar.

Durante diez días no hubo una sola noticia de Aregodas. Aprovechando el poco trabajo que había tras la cosecha, el batallón de contrebienses y la compañía de «los hijos de la luz» recorrieron a caballo varias millas alrededor de Numancia; preguntaron en algunas aldeas, buscando algún vestigio del lugarteniente de Aracos sin hallar la menor huella.

—Bien, parece que tu amigo se ha marchado; un desertor más —aseveró Olíndico.

—Ni siquiera a ti te consiento que hables así de Aregodas —dijo Aracos.

—Bien, pues si no ha desertado, dime, ¿dónde está?, ¿adónde ha ido?

En ese momento uno de los contrebienses acudió para comunicar a Aracos que los centinelas habían avistado a Aregodas, que se acercaba a Numancia por el camino del oeste. Aracos corrió hacia la muralla seguido de Olíndico, subió al camino de ronda y oteó el horizonte. A lo lejos, como a dos millas de distancia, vio la figura inconfundible de Aregodas, erguida sobre su caballo, que avanzaba hacia la ciudad seguida por dos acémilas; sobre una de ellas cabalgaba una mujer que se protegía del sol con un sombrero de paja de ala ancha, y tras ella, abrazado a su cintura, se vislumbraba la figura de un niño.

Aracos entornó los ojos y forzó la vista, fijando sus pupilas en la comitiva. Al poco tiempo pudo distinguir claramente el rostro de Aregodas bajo el sombrero de ala ancha que usaba en los largos viajes, y tras él a Briganda, que cabalgaba sobre una mula junto con el pequeño Abulos y se protegía del sol con una sombrilla.

—¡Condenado loco! —exclamó Aracos.

—¿Qué ocurre aquí?, no entiendo nada; ¿qué está pasando? —preguntó Olíndico, que se había colocado tras Aracos junto al parapeto de la muralla.

—Es Aregodas que regresa, y lo hace con mi esposa y con mi hijo.

Aracos se descolgó por la muralla al exterior de la ciudad y descendió ladera abajo sorteando obstáculos y trampas hasta alcanzar el camino del oeste, por el cual corrió al encuentro de su esposa y de su hijo.

•••

Briganda y Aracos dieron buena cuenta de un plato de carne de jabalí guisada con cebollas y zanahorias y un sabroso pedazo de pan recién horneado untado con un cremoso queso tibio de cabra. Abulos dormía en un confortable lecho de paja tras haberse saciado con unas sopas de pan y leche, un par de huevos batidos y una tajada de jabalí asado.

—¿Cómo te convenció Aregodas para que vinieses hasta aquí? —preguntó Aracos a Briganda—. Yo no pude lograrlo.

—Puede que sea más persuasivo que tú. Me habló de tu lucha en defensa de esta gente, de tus noches solitarias pensando en tu hijo, de cómo te atormentaba la idea de no volver a verlo nunca más. Me dijo que tú jamás me lo dirías, pero que en el fondo de tu corazón también hay un pequeño sitio para mí.

—¿Así de fácil?

—Sí, así de sencillo. Bueno, tuvimos que viajar de noche para evitar las patrullas romanas, que abundan estos días por la Celtiberia citerior, como llaman los romanos a nuestras tierras de la vertiente oriental de la Idubeda, y escondernos durante el día, pero Aregodas es un rastreador extraordinario.

—Ya tiene... ¿diez años? —dijo Aracos mirando a Abulos, que dormía plácidamente.

—Todavía no. Los cumplirá justo diez días antes del solsticio de invierno. Unos pocos días más de retraso y habría nacido con el sol naciente; hubiera sido un buen presagio.

—Es un muchacho fuerte; lo has criado bien, Briganda. Y tú...

—Te he echado de menos; no ha transcurrido un solo día en que no mirara al final de la calle para ver si volvías a aparecer para quedarte en Contrebia, aunque sólo fuera por una noche. No ha pasado una sola sin que recordara tu olor y tus caricias.

Briganda se acercó a Aracos, se abrazó a su esposo y lo besó en los labios.

—¿Y Contrebia?

—Sigue siendo una pequeña ciudad, pero los miembros del senado ya piensan en ampliar un espacio hacia el sur. Han pedido permiso al gobernador romano de Tarraco a través de su legado en Salduie, pero todavía no lo ha concedido.

—Mi familia, mi padre...

—Tu padre está enfermo. Antes de venir hacia Numancia fui con Abulos para que se despidiera de su abuelo. Apenas nos reconoció. Alterna breves momentos de gran lucidez con largos períodos de profunda introversión, como si no le interesaran las cosas de este mundo. Lo cuida su esclava vaccea, y lo hace bien. Tus hermanos van a marcharse de Contrebia este otoño. Han vendido todas sus tierras, incluso las de tu padre, y las tuyas, por las que me han dado una buena bolsa de monedas de plata para ti. Han sido recién acuñadas en la nueva Segeda con el rostro del dios Neitos y el jinete en cada una de las dos caras. Han comprado otras nuevas aguas arriba de Salduie, a orillas del gran río Ebro. Me dijeron que les acompañara, que cuidarían de Abulos como si fuera su propio hijo y de mí como si se tratara de su hermana, pero cuando vino Aregodas... Bueno, aquí estoy.

—¿Llevarán a mi padre con ellos?

—Tu padre no desea abandonar Contrebia; suele decir, en alguno de sus pocos momentos de lucidez, que él fue uno de los fundadores y que desea morir en la ciudad que ayudó a levantar con sus propias manos. Pero no te preocupes, tus

hermanos se lo llevarán con ellos, y también a la muchacha vaccea, y a tu hermana, que se ha convertido en una espléndida mujer. Será fácil encontrarle un buen marido; ya está en edad de casarse, es muy hermosa y dispone de una buena dote.

Unos golpes sonaron en la puerta de madera y la voz de Aregodas anunció que iba a entrar.

—No os preocupéis por mí. Sólo vengo a recoger algunas cosas; mis armas, mi manto y mi capote de viaje, bueno, lo imprescindible...

—¿Adónde vas? —le preguntó Aracos.

—Me traslado a casa de Titos, yo le ayudé a construirla.

—Pero ésta es tu casa —protestó Aracos.

—No; ahora es vuestra casa. Dos esposos necesitan un hogar para ellos solos. Así es nuestra costumbre y así debe seguir siendo. Si no te importa, dejaré aquí mi caballo hasta que pueda instalarlo en mi nuevo hogar. Hay que hacer algunas mejoras en el establo.

—Insisto en que...

—No, no insistas; por una vez no voy a obedecerte, aunque te empeñes.

—Eres un...

—He dicho que no insistas; tú habrías hecho lo mismo por mí, mucho más incluso.

Aracos abrazó a Aregodas y le ayudó con sus cosas.

Cuando se quedaron de nuevo solos, Briganda le dijo a su esposo:

—Aregodas es un hombre extraordinario; te venera como a un dios. Haría cualquier cosa por ti.

—Ya ha hecho más de cuanto pudiera pedirle; os ha traído a los dos conmigo, y eso jamás se lo podré pagar.

La noche cayó sobre Numancia como un negro velo de seda, y sólo ella fue testigo del amor entre los dos esposos.

Capítulo 14

—¡Se mueve, el ejército de Escipión se mueve!

Uno de los oteadores que los numantinos habían destacado para seguir los movimientos del ejército consular romano apareció en Numancia a todo galope gritando esta frase una y otra vez. En cuanto supieron de su llegada, Olíndico y Aracos lo recibieron en el edificio del senado.

—¿Qué ha hecho Escipión?

—Durante las primeras semanas del verano, como ya informamos, ha estado recorriendo las tierras de Sedetania, recogiendo trigo y cebada y acaparando sal, miel, aceite y carne salada y ahumada. Nos hemos enterado de que sus generales le han aconsejado que avanzara hacia Numancia siguiendo la ruta más corta, derecho hacia nosotros por el camino del jalón hasta Ocilis, y de ahí a Numancia por el camino del sur, pero el cónsul ha ordenado avanzar hacia la tierra de los vacceos por el norte, siguiendo el curso del Ebro hasta la ciudad de Grachurris, y de allí hasta Arce y Segisamo, para entrar por el norte en el territorio de los vacceos.

—Parece que intentará atacarnos por el oeste —supuso Olíndico.

—No, no es eso; ¡ese astuto zorro! Quiere cortarnos toda posibilidad de suministros. Sabe bien que el trigo vacceo será imprescindible para nosotros si el cerco que creo que planea se prolonga demasiado. Sin el suministro de trigo vacceo no podremos aguantar mucho tiempo, no más de medio año, seis o siete meses romanos, tal vez ocho si nos racionamos bien, pero no más. Debí de haberlo previsto antes.

—Tenemos trigo suficiente, este año la cosecha ha sido abundante. Podremos resistir hasta la próxima siega dijo Olíndico.

—Si Escipión cierra el cerco sobre Numancia no habrá próxima siega. Y sin cosecha, el trigo vacceo es nuestra única posibilidad de resistencia. Eso es lo que pretende el romano. Bien, habrá que acumular cuantas provisiones podamos antes de que comience el asedio —planteó Aracos.

—Pero el oteador acaba de decir que no se dirige hacia aquí, que ha puesto rumbo a la tierra de los vacceos, tal vez no venga contra Numancia —aventuró Olíndico.

—Tú eres el jefe de esta ciudad, pero hazme caso, ordena a todos los numantinos que recojan cuantos alimentos puedan recolectar y que los guarden bien en sus despensas. Y envía correos a todas las ciudades y aldeas vecinas para que compren cuanto trigo puedan encontrar, pues dentro de muy poco tiempo Escipión nos mantendrá encerrados en un cinturón de hierro.

Olíndico miró a Aracos, se atusó el cabello y dijo:

—No he visto nada de esto en mis sueños; Lug no me ha revelado...

—Tal vez estuviera ocupado en otros asuntos. Hazme caso y deprisa, tenemos

muy poco tiempo. Si no me equivoco, Escipión estará ante estos muros antes de que acabe el otoño; el próximo invierno será muy duro.

•••

El ejército de Escipión se dirigió en bloque, en un cuerpo compacto, hacia la tierra de los vacceos. Tras dejar el curso del río Ebro tuvieron que realizar la marcha durante las noches, pues a pleno sol hacía tanto calor que los hombres se deshidrataban y caían asolados por el inclemente estío. Cruzaron algunos páramos en los que faltaba el agua, pues todos los manantiales estaban secos, y tuvieron que abrir pozos, pero la mayoría eran tan salobres que el consumo de su agua provocó la muerte de algunos hombres y animales. Aprovechando el buen tiempo del verano, atravesó el extremo norte de la Idubeda y se plantó ante la ciudad vaccea de Palantia, cuyos habitantes ya sabían que los romanos iban hacia ellos. En un gran llano cerca de Palantia que estaba rodeado por colinas, los romanos se desplegaron ocupando todo el frente, en tanto los vacceos habían ocultado varios escuadrones de caballería al otro lado de las colinas, mientras unos cuantos jinetes hacían alardes incitando al combate a los romanos, esperando a que éstos los persiguieran y así conducirlos hacia una emboscada.

A la vista de las provocaciones de los vacceos, algunos generales le pidieron a Escipión que les permitiera salir tras ellos para darles un buen escarmiento. Pero el cónsul se limitó a decirles que aguardaran pacientes, y que no se precipitaran. Los generales, seguros de la fuerza de sus hombres tras el duro entrenamiento de los meses pasados, insistían en atacar de inmediato. Escipión tuvo que reprimir con toda su autoridad la impaciencia de sus oficiales.

—Lo que esperan los vacceos es precisamente lo que queréis hacer. Conozco bien la forma de actuar de los hispanos, y siempre es la misma. Procuran atraernos con un puñado de jinetes mientras el grueso de sus tropas aguarda emboscado. Es su forma de combatir, y mientras hemos seguido sus métodos, nos han derrotado. Conocen bien el terreno y se mueven con holgura en escaramuzas de este tipo, pero ya hemos aprendido la lección a base de muchas derrotas.

»Nadie se moverá sin mi permiso, nadie dará un solo paso sin contar con mi aprobación explícita y nadie tomará ninguna iniciativa sin antes consultar personalmente conmigo. Y cuando digo nadie no sólo me refiero a los decuriones y centuriones, sino también a los tribunos, a los legados y a los generales. Si alguno de vosotros desatiende alguna de estas órdenes, será inmediatamente relevado del mando y le auguro una buena temporada en las mazmorras del Pretorio en Roma.

—Pero esos jinetes nos hostigan una y otra vez; deberíamos darles un buen

escarmiento o acabarán considerando que somos unos cobardes —intervino uno de los tribunos de la sexta legión.

El cónsul lo miró con sus ojos penetrantes de halcón y el tribuno bajó la vista arrumbado ante la fiereza de la mirada metálica de Escipión.

—No he debido hablar lo suficientemente claro, tribuno. ¿Tengo que repetirlo de nuevo?

—No, no, cónsul, perdona, perdona —balbució el tribuno.

Durante varios días los jinetes vacceos siguieron incordiando a las avanzadillas del ejército romano. Una y otra vez los oficiales de las legiones tenían que hacer enormes esfuerzos de paciencia para retener a sus hombres, que, alterados por las burlas de sus enemigos, ardían en deseos de salir tras ellos. Varias veces al día, los ligeros jinetes vacceos se acercaban hasta las avanzadillas romanas a un tiro de flecha, largaban una andanada de saetas y se retiraban aullando con grandes alaridos y risotadas.

En una ocasión se acercaron tanto a uno de los campamentos que un atrevido vacceo arrancó con sus propias manos un estandarte de la sexta legión y lo arrastró atado al extremo de una cuerda por el campo, entre el entusiasmo de sus compañeros.

Marco Tulio se presentó ante Escipión.

—Cónsul, ya sé que nos ordenaste que aguantáramos todas las provocaciones de esos bárbaros, pero los hombres están cansados de esta situación. Algunos han llegado a insinuar que... que tienes miedo a luchar.

Escipión miró a Marco, se levantó de su silla de tijera y con toda tranquilidad le dijo a su pariente:

—Pide voluntarios para tina escaramuza. Veamos si hay hombres suficientes que deseen enfrentarse a los vacceos sin que nadie se lo ordene.

Marco Tulio regresó poco después.

—Hay voluntarios suficientes como para formar cuatro escuadrones de caballería, y sólo entre los hombres de la sexta legión. El tribuno Rutilio Rufo se ha ofrecido a dirigirlos.

—De acuerdo. Que estén preparados para combatir en cuanto vuelvan a aparecer los vacceos.

Esa misma tarde un grupo de vacceos salió al descubierto tras las colinas, erguidos sobre sus caballos, aireando al viento sus tocados con plumas de águila. Confiados en que los romanos, una vez más, no responderían a sus provocaciones, alzaron sus lanzas y amenazaron con ellas a los legionarios.

Pero de repente, cuatro escuadrones de caballería que estaban ocultos en una vereda arrancaron a todo galope directos hacia la avanzadilla vaccea. Los hispanos, sorprendidos por la contundente reacción de los romanos, apenas tuvieron tiempo para tirar de las riendas de sus monturas y arrearlas para huir de prisa del ataque de la

caballería que encabezaba el tribuno Rutilio.

Los vacceos escaparon hacia una de las colinas, en cuya ladera estaban escondidos varios destacamentos indígenas. Los jefes iberos sonrieron al ver acercarse a la caballería romana, seguros de que al fin habían caído en la trampa. Pero cuando ésta estaba a punto de entrar en la emboscada, Rutilio ordenó a sus hombres que se detuvieran. Escipión le había ordenado que no penetrara en el bosquecillo que se extendía al pie de la colina, convencido de que los vacceos habían apostado allí a algunos de sus hombres. La intuición del cónsul resultó un acierto, pues en efecto, allí mismo, donde había supuesto Escipión, se habían ocultado varios cientos de infantes armados con arcos y lanzas.

Rutilio contuvo la carga y sus hombres colocaron sus armas en posición de defensa. Aunque habían evitado entrar en el bosque, estaban demasiado cerca de los vacceos y podían ser atacados en cualquier momento. Los vacceos dudaron al advertir que los romanos no avanzaban, pero conscientes de su superioridad, decidieron lanzarse al ataque. Cuando las primeras filas de hispanos salían del bosque para cargar contra los romanos de Rutilio, apareció Escipión con dos escuadrones de caballería. El cónsul ordenó a sus hombres que se acercaran hasta los vacceos, lanzaran sus jabalinas y regresaran de inmediato, dando así un margen de tiempo para que Rutilio pudiera replegar sus tropas.

Con una sangre fría inaudita, Escipión consiguió retirar a todos sus hombres hasta la llanura, donde los vacceos no se atreverían a cargar. Pero el cónsul no había previsto que mientras él avanzaba para socorrer a Rutilio, varios batallones de vacceos se habían deslizado con sumo sigilo hasta interponerse entre el grueso del ejército de Escipión y la avanzadilla que comandaba el cónsul. Los vacceos habían ganado la posición en la orilla fangosa de un río, por lo que Escipión, que pudo descubrir a tiempo la estratagema de los indígenas, tuvo que dar un largo rodeo. Caminaron durante toda la noche de vuelta al campamento principal, bebiendo en pozos de agua amarga y salobre que causó la muerte de algunos hombres y bestias, pero logró devolver al campamento a la mayoría de los legionarios.

Cuando Escipión se reunió con su hermano Fabio y con Marco tras el largo rodeo, los tres convinieron en que los dioses les estaban siendo propicios. Gracias a la perspicacia del cónsul, los romanos habían escapado indemnes de una doble emboscada.

—Los dioses están con nosotros, y los hombres están preparados. Creo que va siendo hora de ir hacia Numancia —asentó Escipión.

»Pero antes debemos dejar nuestras espaldas cubiertas. Daré mi palabra a los de Cauca para que puedan regresar libremente a su ciudad. Es preciso aislar a los arévacos para que no reciban ayuda de ninguna tribu vecina. No obstante, debemos requisar todo el trigo de esta cosecha; hay que evitar que se suministren alimentos a

Numancia.

Los estandartes de la sexta legión y de la sexta gémina se erguían orgullosos ante la tienda del cónsul. Escipión aguardaba a Yugurta, el nieto del rey númida Masinisa, cuya inmediata presencia había sido anunciada. El númida apareció encabezando varias turmas de jinetes, una nutrida hueste de arqueros y honderos y una manada de doce elefantes especialmente entrenados para la guerra.

—El aspecto de esos guerreros númidas es espléndido —comentó Marco.

—Ahora sí; dentro de un par de semanas iremos sobre Numancia. Al fin estamos preparados. Además, tenemos las espaldas cubiertas; los vacceos han sido disuadidos y ya no se atreverán a auxiliar a los arévacos, y su trigo está en nuestros almacenes; los numantinos están solos frente a Roma.

Capítulo 15

Aracos y Briganda jugaban con Abulos en la estancia principal de su casa con unas figuritas de caballos de terracota que el padre le había regalado al niño. Unos golpes sonaron en la puerta, y en el umbral apareció Aregodas con gesto serio.

—Ya vienen.

No hizo falta nada más para que Aracos entendiera que Escipión y todo su poderoso ejército habían puesto rumbo a Numancia desde la tierra de los vacceos.

—¿Cuánto tiempo tardarán en llegar hasta aquí?

—Tres, tal vez cuatro días. Nuestros oteadores aseguran que se trata del más numeroso ejército que jamás han visto reunido. Cuatro legiones, unos cincuenta mil hombres, lo componen, además de las tropas númeras de caballería, arqueros y honderos y doce elefantes.

—Cincuenta y cinco mil... tal vez sesenta mil... Creo que esta vez sí podrán con nosotros —musitó Aracos.

Mientras los dos amigos comentaban este asunto, unas trompas sonaron en el exterior de la casa de Aracos. Cuando salieron a ver de qué se trataba, vieron a Olíndico que se acercaba por la calle vestido con una túnica y un gorro druida y precedido por un faraute, que portaba un estandarte rematado con la cabeza disecada de un lobo, y por dos trompeteros; tras él caminaban dos druidas cubiertos con sus mantos azafrañados y tocados con sendos gorros cónicos, y varios guerreros de la compañía de «los hijos de la luz».

—¡Por todos los dioses! ¿Qué pasa aquí? —exclamó Aregodas.

—Me parece que nuestro amigo Olíndico va a sorprendernos otra vez —comentó Aracos.

Cuando llegó ante ellos, Olíndico se detuvo, alzó la mano y los que le precedían se pararon también. A una indicación suya, los dos trompeteros hicieron sonar sus instrumentos con más vigor si cabe.

—Que Lug esté con vosotros y os colme de bendiciones —dijo Olíndico.

—Que haga contigo lo mismo —repuso Aracos.

—Tal vez os extrañe esta comitiva, pero Lug me ha concedido un bien precioso, una señal de que el triunfo caerá de nuestro lado.

Olíndico extendió el brazo derecho hacia atrás como aguardando la entrega de alguna cosa. Uno de los colegas de «los hijos de la luz» salió de la comitiva y corrió hasta Olíndico con una lanza en la mano, que entregó al caudillo numantino.

Este cogió la lanza, la enarboló señalando al cielo con la punta y dijo:

—Esta pasada noche ha venido Lug a mis sueños y me ha dejado este presente; se trata de una lanza de plata, hecha de luz y de metal, como el mismo dios a quien veneramos. Me ha encargado que encabece la resistencia de Numancia contra los

romanos y que os conduzca a todos a la victoria. Esta lanza es la señal de que Lug está con nosotros, de que su luz nos guía y de que nos ayudará a derrotar a los romanos.

—Llevas el gorro de los druidas —le dijo Aracos.

—Soy un druida —repuso de inmediato Olíndico—; desde esta noche Lug me ha nombrado su intermediario entre él y los numantinos. Esta lanza es la señal, el venablo de luz con el que Lug gobierna los cielos. El senado de Numancia me ha nombrado jefe supremo de esta ciudad.

»Esta noche celebraremos una fiesta; será la última antes de que Escipión se presente ante nuestros muros. ¡Qué iluso ese romano!, no sabe la que le espera.

Olíndico volvió a alzar su lanza y continuó por la calle recorriendo toda la ciudad, entre los cánticos guerreros de la multitud, que lo seguía enfervorizada.

—¿Has visto y oído lo mismo que yo? —preguntó Aregodas con un rictus de escepticismo.

—Sí. Olíndico ha convencido a toda esa gente de que es el enviado de Lug, el salvador de Numancia —repuso Aracos.

—¿Y qué opinas?

—Bueno, Olíndico es un hombre muy extraño. ¿Recuerdas cuando se presentó con sus compañeros de «los hijos de la luz»?; eran poco más de media docena pero él habló como si se tratara del general de toda una legión.

•••

Aracos se reunió durante toda la tarde con los oteadores que habían seguido los pasos del ejército de Escipión durante las últimas semanas. Las cuatro legiones se acercaban a Numancia desde el sur, después de haber realizado un amplio movimiento envolvente desde el norte y el oeste. Habían seguido el curso del Duero hasta la gran curva en la que este río cambia de dirección unas millas al sur de Numancia.

—Prepararemos una emboscada en la garganta donde el río gira hacia el oeste, tal vez...

—Escipión estará preparado para ello —repuso Aregodas.

—Ya lo sé, pero tenemos que hacer todo lo posible para no encerrarnos en estos muros. Creo que Escipión está dispuesto a levantar un cerco hasta que nos rinda por hambre.

Olíndico aceptó el plan de Aracos, pero aseguró que sería mejor esperarlo

parapetados tras las murallas.

—Numancia es inexpugnable. Nos protegen nuestra muralla y el dios Lug; los romanos nada pueden hacer contra ellos —había asegurado el caudillo druida.

—La muralla no está del todo completada; hay zonas en las que ni siquiera existe y en otras no es sino una tapia de piedras y adobes, por eso debemos atacarlos antes de que se presenten aquí —repuso Aracos.

Los hombres de Aracos cayeron sobre la vanguardia del ejército romano, formada por dos cohortes de legionarios y varios escuadrones de auxiliares hispanos. Aracos saltó sobre los primeros legionarios enarbolando su hacha de combate, con la que lanzó terribles golpes con cada uno de los cuales tumbó a un legionario. Sus hombres, con las largas cabelleras al viento y los rostros cubiertos con pintura blanca y negra, le siguieron aullando como lobos hambrientos. La sorpresa del ataque no aterrorizó a los legionarios, como había ocurrido hasta entonces, cuando ante la carencia de instrucciones de sus jefes no sabían qué hacer. Pese a ser sorprendidos, supieron guardar la calma y uno de ellos consiguió hacer sonar un cuerno pidiendo ayuda; al poco tiempo apareció en la garganta el mismísimo Escipión al frente de una turma de caballería a la que apoyaban desde lo alto de la garganta varios escuadrones de jinetes nómadas.

Aracos, sorprendido por la rapidez de la respuesta del cónsul y al observar la enorme superioridad de los romanos, dio a sus hombres la orden de escapar de allí.

—Ha aparecido como un rayo; Escipión ha aprendido de los errores que cometieron sus antecesores, no volverá a caer en una trampa —lamentó un abatido Aracos de regreso a Numancia.

—¡Has observado cuantos eran! Jamás había visto tanta caballería junta, ni siquiera en el asedio de Cartago. En un instante han acudido en ayuda de los que habíamos emboscado no menos de tres mil jinetes, y todos sabían qué tenían que hacer en esa situación —dijo Aregodas.

—Están bien entrenados.

Olíndico apareció vestido con la túnica y el gorro druidas y enarbolando su lanza de plata.

—Os dije que sería mejor esperarlos aquí en Numancia —dijo el caudillo arévaco.

—Escipión ha inculcado a sus hombres una buena dosis de valor y de moral —comentó Aracos—. Son los mismos legionarios a los que tantas veces hemos vencido, pero ahora parecen otros hombres, como si se hubieran transformado. Ya no he visto en sus ojos el terror de antaño, sino la serenidad de los que se creen seguros del triunfo porque confían en el valor y en el genio de su jefe.

—¡Bah!, estas murallas los detendrán; jamás han podido con ellas —aseguró Olíndico.

—Las de Cartago eran más altas, más gruesas y tenían más soldados para defenderlas, y cayeron ante el empuje y el tesón de Escipión —dijo Aregodas.

—Lug no es el dios protector de Cartago, lo es de Numancia; Lug evitará que los romanos ocupen nuestra ciudad. Lug nos hace invencibles —tronó Olíndico.

Capítulo 16

Escipión saltó del caballo y le entregó las riendas a uno de sus ayudantes. Lentamente, como si quisiera disfrutar de cada uno de sus pasos, avanzó ladera arriba de la colina cubierta de hierba y matojos secos. Se detuvo unos instantes, aspiró profundamente y caminó los últimos pasos hasta alcanzar la cima. Al otro lado, tendidas sobre el cerro sagrado de los arévacos, observó las casas y las murallas de Numancia a unas cinco millas de distancia.

Tras el cónsul se alinearon sus principales generales y consejeros, que lo habían seguido también a pie pero unos pocos pasos más atrás. Allí estaban los generales Mario Tulio y Fabio Máximo, hermano mayor del cónsul que acudía a Hispania como legado, el noble Cayo Marco, uno de los que más se habían distinguido en los meses de entrenamiento, el rey Yugurta de Numidia, el joven Cayo, hermano del famoso Tiberio Sempronio Graco, su amigo íntimo el poeta Lucilio, el arrojado y valeroso Rutilio Rufo, gran escritor y notable hombre de leyes, el cuestor Fabio Buteón y los historiadores Sempronio Asellio y Polibio, el principal consejero de Escipión, quien a pesar de haber cumplido ya los setenta años había seguido la marcha del ejército como el más sufrido de los legionarios.

Durante un buen rato Escipión contempló Numancia. El río Duero trazaba un profundo foso paralelo a la ladera oeste del cerro, mientras por la sur corría un pequeño curso de agua, muy mermado a finales del estío. Encerradas tras la irregular muralla de piedra recrecida con un parapeto de adobe se agrupaban a lo largo de calles rectas, como trazadas por un cordel, mil casas, tan apretadas unas a otras que no dejaban otro espacio libre que el que ocupaban las calles empedradas con losas y cantos.

—La recordaba más grande y mejor amurallada —comentó Escipión sin dirigirse a nadie en concreto y sin dejar de mirar hacia Numancia.

—¿Cómo dices, Publio? —demandó Polibio, que no estaba dispuesto a perderse ni una sola de las frases de su pupilo, pues pretendía escribir una historia de aquella guerra.

—Que la recordaba más grande. Hace ya varios años que estuve aquí, y en mi cabeza se habían mezclado imágenes de varias ciudades hispanas. De la suma de todas ellas concebí una Numancia imaginaria, muy grande, poderosa, llena de edificios y templos, como las ciudades hispanas de la Bética. Y en cambio, fijaos, amigos, Numancia es poco más que un poblachón, una gran aldea de modestas casas de piedra con tejados de bálago.

»En la lejanía yo he admirado esta ciudad, y sabía que algún día mi destino y el suyo se cruzarían, pero a la vista de sus muros, todavía la admiro más, y no entiendo cómo no hemos podido conquistarla hasta ahora. Veinte años hace ya que nuestras

legiones sucumben una tras otra ante este villorrio, veinte años en los que nuestras águilas han sido derrotadas y humilladas por un puñado de bárbaros que ni siquiera son capaces de construir un templo digno para sus dioses, veinte años en los que nuestros mejores jóvenes han derramado su sangre en estas vaguadas por la incompetencia de los generales que los mandaban, veinte años que... Pero tanta ignominia, tantas derrotas han llegado a su fin.

»Oídmelo bien, amigos —Escipión se giró hacia sus compañeros—: Juro ante los dioses inmortales de Roma, ante mis antepasados, ante los genios protectores de mi familia y ante vosotros, mis mejores amigos, los varones más nobles y honrados de nuestra gloriosa República, que no me marcharé de aquí sin que Numancia sea conquistada o capitule ante nuestro poder y nuestra fuerza.

»Sabéis bien que jamás he faltado a uno de mis juramentos solemnes. Escipión cruzó sus brazos sobre el pecho y volvió a mirar hacia Numancia.

—¿Qué ordenas, cónsul? —preguntó Marco Tulio.

—Que los hombres se desplieguen por las colinas alrededor de la ciudad, quiero que los numantinos observen que somos tantos que podríamos rodear varias veces su ciudad dándonos la mano unos a otros.

—¿¡Vamos a atacar la ciudad?! —exclamó un sorprendido Fabio Máximo.

—No, hermano, no; vamos a cercarla. Durante estos meses he estado ordenando a las tropas que construyeran empalizadas, levantaran campamentos y cavaran fosos y trincheras una y otra vez; no era sólo para endurecer sus manos, sino para acostumbrarlos a preparar un cerco impermeable. Vamos a construir una cerca que encierre a los numantinos en su propia ciudad.

—Pero, Publio, eso jamás se ha realizado. Fíjate bien en la ciudad; buena parte de su perímetro está rodeado por los cauces y barrancos de los dos ríos, y hacia el norte y el oeste se extiende una amplia llanura de difícil control...

—Levantaremos un rasero con una empalizada y un foso, y varios campamentos alrededor de toda la ciudad, de diez, doce o quince millas de longitud si es necesario. Será un cerco tan tupido que ni siquiera una rata podrá salir de ahí sin nuestro permiso. Ordenad a todos los ingenieros militares que mañana, al amanecer, se presenten en este mismo lugar provistos de pergaminos, tinteros y plumas. Y ahora ordenad a los hombres que se desplieguen rodeando toda la ciudad desde las colinas más próximas y que alcen agitando los estandartes, las espadas, las lanzas y todas las armas que posean. Que los numantinos sepan que estamos aquí y que no nos marcharemos sin que acepten el dominio de Roma.

Mientras parte del ejército se desplegaba ante Numancia, Escipión dispuso la construcción de dos campamentos, uno al norte, donde antes estuvieran los de Nobilior y Marcelo, y otro al sur de la capital de los arévacos; el del lado sur estaría

bajo la autoridad de su hermano Fabio Máximo, y el del norte bajo la del propio Escipión.

•••

Aracos se apoyó en el parapeto de adobe de la muralla; el sol declinaba en el horizonte entre nubes añiles y violetas. Los romanos, al segundo día de su presencia ante Numancia, habían rodeado a unos cuatrocientos pasos de distancia de la ciudad todo su perímetro murado, con estacas de la altura de un hombre, dos por cada paso, que habían clavado en el suelo y habían trabado entre ellas con cuerdas y ramas, trazando un seto impenetrable alrededor de la ciudad.

—¿Qué opinas? —le preguntó Aregodas.

—Que estamos perdidos. Escipión dispone de al menos sesenta mil hombres, además de doce elefantes. Los romanos no habían reunido un ejército tan poderoso desde los tiempos de Aníbal. Además, ya has visto con qué rapidez se han desplegado, cómo han construido esa empalizada y con qué agilidad maniobra su caballería; están bien entrenados y mejor equipados. Ya no son los legionarios inexpertos y desmoralizados con los que nos hemos enfrentado en los últimos años; les ha inculcado moral de victoria. Y por si fuera poco, ahí afuera están los de la sexta, nuestros viejos compañeros de armas, los mejores legionarios del ejército romano, y además cuentan con esa nueva legión armada por el propio Escipión dijo Aracos.

—La sexta... ¡Ah, cómo luchamos en Grecia y en Cartago! Bien, ¿qué hacemos ahora?

—Lo mismo de siempre: resistir. Tú y yo sabíamos que tarde o temprano esto iba a suceder.

—Entonces, lo que hemos hecho hasta ahora, tantas batallas libradas, tanto esfuerzo, tanta sangre derramada... ¿no ha servido de nada?

—Mi viejo amigo... —Aracos cogió a Aregodas por los hombros y lo miró fijamente—. Sí, sí que ha servido, hemos mostrado al mundo la fuerza de la razón. Cuando todo esto acabe y Roma destruya Numancia, el ejemplo de esta ciudad inmolada iluminará a otros pueblos, y será una marea incontenible.

—Pero, ¿y nosotros?

—¿Nosotros? Nosotros no importamos. Probablemente nadie se acordará de nosotros; nuestros nombres no se escribirán en lápidas de mármol ni en placas de bronce y ni siquiera figurarán en la cabecera de tumba alguna, como suelen hacer los romanos. Tal vez nuestros cuerpos queden abandonados en medio del campo de batalla y los buitres los eleven hasta el cielo, o quizás ardan entre las ruinas de

Numancia hasta que el viento disperse sus cenizas. Probablemente no quede nadie vivo para llorarnos, pero nuestra muerte será precisamente nuestro triunfo.

»Fíjate en esos romanos —cambió Aracos de terna—. Están levantando dos campamentos pero mantienen una guardia atenta. Creo que no podremos sorprenderlos como antaño.

Capítulo 17

Aracos se sentía como una fiera enjaulada. Prisionero en la ciudad que había jurado defender, el contrebiense le propuso a Olíndico realizar una salida para atacar a los romanos.

—Debemos reaccionar. Conozco a Escipión y sé cuáles son sus tácticas de asedio. Si dejamos que nos encierre en un círculo impermeable estaremos perdidos. De momento han levantado esa empalizada de estacas y ramas, pero si no la rompemos, detrás de ella aparecerá un muro de piedra y probablemente un foso. No podemos quedarnos inmóviles tras estas murallas mientras los romanos van cerrando el cerco hasta asfixiarnos. Cometemos un error permaneciendo a la defensiva —dijo Aracos.

—Yo creo que nuestras defensas son seguras. Estamos a fines de verano y los romanos podrán mantener el sitio por algunos meses, pero cuando llegue el invierno y todo esto se cubra de nieves y de hielo, su vida será insostenible. He hablado con los ancianos del consejo del senado y me aseguran que, con las provisiones que guardamos en los almacenes de la ciudad y en los de cada casa, podemos resistir durante al menos nueve meses, tal vez diez; y algunos más si conseguimos que nuestros aliados nos envíen suministros —explicó Olíndico.

—¿Y quién va a traernos esos suministros? El trigo vacceño ha sido requisado por los romanos, los belos y los titos no se atreverán a desafiar a Roma, y en cuanto a las demás ciudades arévacas, han sido tan castigadas que apenas tienen trigo para cubrir sus propias necesidades.

—Lug proveerá, Aracos. Nuestro dios protector nunca nos ha desamparado. Él nos protege; mi lanza de plata es el talismán que nos defenderá de Roma y de su ejército.

—Vamos, Olíndico, afronta la realidad. Escipión dispone de sesenta mil soldados mejor preparados que nunca y dirigidos por los generales más capaces de la República. Nosotros apenas podemos enfrentar a todo ese poder a dos mil guerreros, la mayoría cansados de tantas batallas, hartos de vivir pegados a una espada. Hace veinte años que Roma asedia Numancia, veinte años. Los hemos vencido una y otra vez, y aquí están de nuevo; ahora más fuertes y más numerosos que nunca.

—¿Cómo sabes que no ocurrirá lo mismo que en tantas otras ocasiones?, ¿por qué ahora va a ser distinto? —preguntó Olíndico.

—Tú mismo los has visto maniobrar; son miles y parecen un solo hombre: Escipión.

—Pareces admirar a ese romano; te dije que sólo era un hombre —repuso Olíndico.

—Hasta hace unos meses, tal vez; pero ahora Escipión es todo un ejército, un ejército de sesenta mil Escipiones.

—Entonces, propones que realicemos un ataque por sorpresa...

—Sí. Creo que todavía tenemos una posibilidad. Escipión no espera que hagamos una salida contra sus tropas debido a nuestra inferioridad. Pero si conseguimos una victoria, si logramos sorprender a los romanos, bueno, tal vez les entren dudas y desconfíen de su fuerza. Si los vencemos en campo abierto en una escaramuza es probable que su moral se venga abajo y vuelvan a descomponerse.

Olíndico se sentó en un poyete de piedra dejándose caer cansinamente. Su semblante era serio y sus facciones parecían esculpidas en piedra.

—Tal vez tengas razón. ¿Propones algún plan?

—Una salida. Disponemos de pocos hombres y cada uno de ellos es absolutamente necesario para la defensa de la muralla. Propongo realizar una cabalgada con dos centenares de jinetes y atacar a un destacamento romano, pero evitar cualquier enfrentamiento directo que nos produzca bajas. Si los sorprendemos y acabamos con unos cuantos de ellos estará bien, pero si no lo conseguimos..., en ese caso deberemos retirarnos antes de que reaccionen. No podemos perder un solo hombre.

—Bien, hazlo así. Veremos cómo responden esos romanos.

•••

Aracos y Aregodas pasaron revista a los doscientos jinetes agrupados en el interior de la puerta frente a «la bajada al llano». Entre ellos estaban los pocos contrebienses que quedaban vivos de los que habían marchado con Aracos a Numancia varios años atrás, y los miembros de la compañía de «los hijos de la luz».

—Recordad bien mis instrucciones —gritó Aracos. Nadie debe actuar por su cuenta; esperad a que yo dé la orden de atacar.

Aracos había comprobado que cada hora del cómputo romano del tiempo un destacamento compuesto por una cohorte de legionarios y otros tantos auxiliares patrullaba alrededor de la ciudad comprobando si algún numantino pretendía salir de ella. Aracos había dicho a sus hombres que cargarían contra ese destacamento en cuanto estuviera al pie de «la bajada al llano».

Era mediodía cuando la cohorte apareció en el lugar previsto por Aracos para el ataque por sorpresa. El contrebiense enarboló su hacha de combate, se caló el casco, se ajustó las correas y dio la orden de que se abrieran las batientes de madera de la puerta. Como impulsados por un resorte, los doscientos jinetes salieron en tropel gritando y aullando hacia la cohorte de legionarios, descendiendo «la bajada al llano» a todo galope.

En cuanto los vieron venir, los legionarios reaccionaron como un solo hombre,

formaron una «tortuga» con sus escudos y aguardaron parapetados con firmeza, en tanto los auxiliares corrían a desplegarse en dos alas tras los legionarios. Unos jinetes izaron banderas rojas de señales con las que alertaban a Escipión de un ataque numantino.

—¡Alto, alto! —ordenó Aracos.

El contrebiense frenó a los doscientos jinetes levantando su brazo y su hacha.

—¿Qué ocurre Aracos, por qué nos detenemos? —le preguntó Aregodas.

—Están preparados y concienciados para repeler nuestro ataque. ¿Has visto cómo han formado la «tortuga» en cuanto hemos aparecido tras la puerta? En otras ocasiones hubieran huido en desbandada o se hubieran enfrentado a nosotros totalmente desorganizados. En cambio, hoy han respondido con absoluta serenidad. Saben lo que tienen que hacer. Aguardad aquí.

Aracos acicateó a *Viento* y se acercó a un tiro de flecha de los romanos. Con su hacha de combate alzada les conminó a combatir, insultando a Roma, a Escipión y a sus madres, pero ni uno solo de los legionarios movió un ápice una sola de sus armas.

Siguiendo la provocación de Aracos, algunos jinetes numantinos se acercaron hasta medio centenar de pasos de los romanos y profirieron insultos, mofándose de su cobardía y retándoles al combate.

—No responden a nuestras provocaciones —dijo Aregodas un tanto sorprendido.

—No lo harán. Mira. —Aracos señaló hacia su izquierda.

Cerca del curso del Duero, a unos quinientos pasos de distancia, se habían desplegado tres cohortes más.

—Es una trampa —dijo Aregodas.

—No. Si así fuera no hubieran aparecido tan pronto; hubieran permanecido ocultos para sorprendernos por la espalda y cortarnos la retirada a Numancia. Lo han hecho a propósito. Es un claro mensaje de Escipión. «Venid a por nosotros, nos dice, estamos preparados, siempre estaremos listos para el combate.» Sí, eso nos dice ese condenado romano.

—Si es así, lo comprobaremos enseguida —dijo Aregodas.

Y sin mediar otra palabra, el lugarteniente de Aracos besó el medallón de bronce que colgaba de su cuello y, con la espada en posición de carga, arrancó al galope hacia la formación de los romanos.

—¡Aregodas, Aregodas, no, no! —gritó Aracos.

Pero era demasiado tarde, el impetuoso contrebiense cabalgaba hacia los legionarios aullando, con sus cabellos al aire y el brazo derecho al frente empuñando con fuerza su espada larga de doble filo.

Cuando apenas le faltaba una treintena de pasos para alcanzar la «tortuga», los auxiliares hispanos, que se habían mantenido en guardia durante todo el tiempo, lanzaron sobre Aregodas una andanada de flechas; tres de ellas impactaron en su

cuerpo, que cayó hacia atrás como un saco de arena.

—¡No, no! —gritó Aracos.

El guerrero del hacha corrió hacia Aregodas, pero antes de que pudiera llegar hasta su cuerpo abatido los auxiliares hispanos dispararon una segunda andanada que le hizo frenar. *Viento* alzó los cuartos delanteros encabritado, y Aracos comprendió que si seguía hacia delante sólo le esperaba la muerte.

Entre tanto, las tres cohortes apostadas junto al río comenzaron a avanzar hacia los jinetes numantinos al son de atronadores timbales y trompas.

Aracos dudó. No quería dejar allí, en medio del campo, el cuerpo de su amigo, pero tampoco podía exponer a los hombres a su mando a un combate desigual. Calibró sus fuerzas y supuso que podrían aguantar la carga de los legionarios, e incluso causarles algunas bajas antes de retirarse hacia la seguridad de los muros de Numancia. Apretó los dientes impotente por no poder auxiliar a su amigo, cuyo cuerpo yacía inmóvil unas decenas de pasos más adelante, y ordenó a sus jinetes que no se movieran.

Las tres cohortes que venían desde el río se detuvieron a unos doscientos pasos de los numantinos, que ya se disponían para luchar. Los dos bandos enemigos mantuvieron sus posiciones estables durante un buen rato.

Aracos ardía en deseos de atacar para al menos recuperar el cuerpo de Aregodas, que seguía sin moverse, pero los arqueros hispanos, seguramente de las islas Baleares, imaginó el contrebiense, habían demostrado una certera puntería.

Algunos numantinos comenzaron a mostrarse inquietos y agitados, pero entre los romanos nadie movía un dedo. Uno de los jinetes de la compañía de «los hijos de la luz» no pudo aguantar la tensión y, erguido sobre su caballo, agitó una lanza retando a un combate a los legionarios, pero nadie respondió a su envite.

—¿Qué hacemos? le preguntaron algunos hombres a Aracos.

—Aguardad aquí.

Aracos colgó su hacha de combate del cinturón y avanzó despacio hacia el cuerpo de Aregodas con los brazos abiertos en cruz; consiguió llegar hasta él sin que desde el bando romano nadie lo impidiera con una nueva andanada. Saltó de *Viento* de un brinco y se arrodilló ante el cuerpo de su amigo, que yacía boca arriba con el pecho ensartado por dos saetas y el cuello atravesado por una tercera. Había un silencio cómplice y sólo el aire fresco y racheado de los primeros días de otoño soplaba ligero, levantando finas capas de polvo.

Aracos palpó el pecho de su amigo y comprobó que no respiraba. Apretó los puños, se mordió el labio hasta sentir el cálido sabor salado de su sangre, arrancó las saetas de la carne de Aregodas y alzó el cuerpo del compañero muerto. Con toda su fuerza, lo cargó en su hombro y luego lo colocó sobre la grupa de *Viento*, al que acarició las crines y el cuello.

—Ya ves, amigo, tal vez nuestra lucha no haya servido de nada —musitó en voz baja.

Después cogió las riendas de *Viento*, miró sin ira hacia los romanos y muy despacio se dirigió hacia los suyos, que le abrieron paso al pie de la ladera de «la bajada al llano», camino de Numancia. Los doscientos jinetes numantinos lo siguieron ladera arriba mientras las cohortes romanas, sin deshacer su compacta formación, se alejaban despacio.

• • •

—Deberíamos dejar su cuerpo tendido en el campo, para que los buitres coman su carne y eleven su espíritu al cielo —dijo Olíndico a la vista del cadáver de Aregodas.

—Fue un extraordinario guerrero. Murió defendiendo esta ciudad, merece un funeral como lo que fue: un héroe. En una ocasión oí a Polibio, un historiador que siempre acompaña a Escipión en sus batallas, que recitaba un poema de un bardo griego llamado Homero. Eran unos versos muy bellos en los que un soldado lloraba la muerte de su amigo a manos de un poderoso enemigo, casi invencible, que peleaba con la ayuda de los dioses. Aregodas precisa una consideración semejante —repuso Aracos.

—Tienes razón, pero no podemos salir para honrar al cadáver de Aregodas como se merece mientras los romanos nos asedien.

—En ese caso, hagámoslo aquí, en la ciudad que Aregodas defendió con su vida.

Olíndico ordenó a unos hombres que apilasen algunos fajos de leña junto a la puerta de «la bajada al llano»; con ellos formaron una pira sobre la que se colocó el cadáver de Aregodas vestido con una túnica blanca sujeta al hombro con una fíbula de bronce repujada con plata.

El propio Aracos colocó en la mano derecha de su amigo la espada larga con la que había realizado la última carga con su caballo, la misma que empuñaba cuando fue abatido por las flechas del ejército romano. El rostro frío y cerúleo de Aregodas mostraba una serenidad profunda. Aracos se inclinó sobre el pecho de su lugarteniente, y al darle un último abrazo sintió el tétrico frío de la muerte. Cogió la antorcha que le acercó un guerrero y la fue aplicando alrededor de la pira, hasta que la leña ardió por todos los lados, emanando una densa columna de humo blanquecino.

Mientras se consumía el cuerpo de Aregodas, dos druidas recitaron una larga letanía de lamentos en la lengua de los antepasados.

Tuvieron que esperar un cuarto de día hasta que se apagaron todas las brasas. Los druidas comenzaron entonces a recoger los fragmentos de los huesos de Aregodas con unas paletas y los fueron depositando en una urna; lo hicieron con extremo

cuidado, pues los huesos de los muertos eran un tabú para los numantinos. Durante el rito de la incineración dos hombres habían cavado una fosa en el cementerio situado en la ladera sur de Numancia, frente al curso del Duero, apenas a cien pasos de la muralla. Los huesos y las cenizas de Aregodas fueron depositados en la fosa y junto a ellos la fíbula y el medallón de bronce, la espada larga, que Aracos dobló para que nadie pudiera usarla, y unas cuentas de un collar que Aregodas había comprado en un mercado norteafricano durante el asedio de Cartago. La fosa se delimitó con cuatro lajas de piedra y se tapó con una losa. Los druidas repartieron entre los asistentes al enterramiento unos panes que habían consagrado al dios Lug y unos pedazos de queso, y asperjaron sobre la tumba unas gotas de licor de cien hierbas, del que bebieron unos sorbos. Por fin, rezaron unas plegarias antes de que dos guerreros cubrieran la fosa con varias paladas de tierra.

•••

—¿Has visto esa columna de humo blanquecino? —le preguntó Marco Tulio a Escipión.

—Sí, han quemado el cadáver de uno de sus jefes; un loco que atacó él solo a toda una cohorte de legionarios. Mi estrategia está dando los primeros resultados. No esperaban que aguantáramos inmutables a sus provocaciones. Se están poniendo nerviosos, y eso nos favorece.

»Por cierto, me han dicho los oteadores que el cuerpo de ese orate fue recogido por un formidable guerrero que enarbolaba un hacha de combate y que se acercó para recuperar el cuerpo del muerto sin mostrar miedo alguno.

—¡Aracos! Por todos los dioses, ese guerrero del hacha tiene que ser Aracos. ¿Lo recuerdas?; te lo presenté en Cartago; era mi ayudante ibero.

—Claro que lo recuerdo. Su hacha nos hizo muchos favores en otro tiempo, pero ahora nos está causando muchos problemas. Nuestros espías aseguran que es el verdadero jefe del ejército numantino y que dirige toda la estrategia de los guerreros arévacos. Conoce bien nuestros métodos de combate, que tú le enseñaste, Marco —dijo Escipión.

—Yo no podía imaginar que un día mi ayudante nos traicionaría, yo...

—No, no te lo reprocho, primo; yo hubiera hecho lo mismo. Entre ese celtíbero y tú parecía haber una estrecha amistad, ¿qué pasó para que se rompiera?

—Él regresó a su tierra tras la toma de Cartago; quería comprar algunas fincas en su ciudad natal, en Contrebia Belaisca. Unos años después me visitó en mi casa de Roma; vino con una embajada de celtíberos. Me dijo que había dejado sus tierras en Contrebia para unirse a los numantinos. Yo había acordado con él una tésera que

habíamos plasmado en dos manos de bronce. Le devolví la mía y él la guardó en una bolsa junto a la suya. Le dije que el día que nos encontráramos en el campo de batalla, no dudaría en matarlo.

—Pues creo que esa ocasión se va a presentar muy pronto.

Marco contempló Numancia desde el campamento que se estaba construyendo justo al sur de la ciudad de los arévacos, sobre un cerro al otro lado del río que fluía hacia el Duero desde las colinas del este.

Escipión apoyó su brazo en el hombro de su primo y dijo:

—Voy a levantar un cerco alrededor de esa ciudad a través del cual no pueda pasar ni una rata. Mis ingenieros han estado estudiando el terreno, y mira —Escipión se acercó a una mesa, cogió un rollo de piel y lo desplegó ante Marco—: Construiremos siete campamentos bien fortificados en esos siete cerros, rodeando por completo la ciudad, y los uniremos con un foso y un muro; en los cauces de los ríos ubicaremos puentes y torres de madera y peinaremos las aguas con rastrillos de hierro. Nadie podrá entrar ni salir de ese recinto sin nuestro permiso.

Marco observó el plano de las obras dibujadas por los ingenieros del ejército siguiendo las instrucciones de Escipión.

—Nunca se ha hecho nada parecido; será una obra de titanes. Ahora entiendo por qué sometiste a los legionarios y a los auxiliares a aquellos ejercicios de zapadores.

—Mañana mismo empezaremos a cavar el foso, a levantar el muro y a trazar los demás campamentos.

Marco cotejó las fortificaciones trazadas en el plano con el paisaje que se extendía ante sus ojos y se sorprendió ante la monumentalidad de la obra que pretendía ejecutar Escipión.

—Nos llevará meses —dijo el general.

—No importa; tenemos tiempo, mucho tiempo —sentenció el cónsul.

Capítulo 18

Sesenta mil hombres. A comienzos del otoño del año del segundo consulado de Publio Cornelio Escipión, sesenta mil hombres comenzaron a cavar un foso, rodearlo con un muro y a defenderlo con siete campamentos alrededor de Numancia.

Fabio Máximo, que dirigía las obras en el flanco oeste, le comentó a Escipión, durante una de las reuniones que tenían los generales con el cónsul para coordinar los trabajos, que tal vez fuera menos costoso y más rápido atacar Numancia al asalto.

—Hermano, creo que construir semejantes muro y foso nos llevará muchos esfuerzos y demasiado tiempo. Tu consulado acaba dentro de tres meses; si seguimos adelante con este plan habrá acabado tu mando consular antes de que esa ciudad se rinda. En cambio, si lanzamos las legiones al asalto, dudo que esos bárbaros puedan aguantar una semana. Tenemos sesenta mil soldados, cuatro legiones, la caballería nómada y doce elefantes. Ese villorrio no podría resistir un ataque de estas proporciones.

—Querido hermano: el general que se lanza temerariamente al ataque sin que sea estrictamente necesario no es un buen militar; por el contrario, es un buen estratega quien sólo lo hace en caso de necesidad. Un buen general es como un buen médico, que procura curar la herida con fármacos y ungüentos antes que tener que amputar un miembro —alegó Escipión.

—Pero apenas quedan ahí dentro dos mil soldados, ni siquiera uno por cada paso de muralla; si lanzamos todos nuestros efectivos a la carga, Numancia caerá irremediabilmente, y tu triunfo sería mayor —insistió Fabio Máximo.

Escucha, hermano. Esos hombres están desesperados y saben que no les aguarda sino la muerte o la esclavitud. Un guerrero acorralado lucha con el triple de energía y es capaz de realizar hazañas que en estado normal jamás se atrevería a cometer. Es por eso que prefiero cercarlos y rendirlos por hambre. Un soldado acosado morirá luchando por defender su dignidad y se convertirá en un enemigo temible y en un héroe para otros que intentarán emularlo, pero un soldado hambriento y famélico sólo despierta compasión y lástima.

»Recuerda lo que decía nuestro padre, al que yo no llegué a conocer: "Sólo se debe dar la batalla cuando se está en condiciones muy favorables o muy desfavorables". Bien, nosotros todavía no tenemos esas condiciones muy favorables; tras varios meses de asedio, cuando los numantinos hayan agotado sus víveres y su moral haya decaído, entonces habrá llegado nuestra oportunidad.

—Pero...

—No insistas, hermano. ¿Has calculado cuántos de nuestros hombres morirían en un asalto directo a Numancia?

—Yo no... —balbució Fabio.

—Pero yo sí. Entre las trampas, los obstáculos y las flechas caerían no menos de cinco mil antes de alcanzar los muros, otros cinco mil antes de asaltarlos y no menos de diez mil en la terrible lucha cuerpo a cuerpo que se entablaría en las calles y en las casas de la ciudad; por cada guerrero numantino caerían entre ocho y diez de los nuestros. Sí, ya sé que tal vez los historiadores glosarían una batalla así con los mejores elogios hacia mí, y que alabarían mi valor y mi arrojo, pero esas palabras escritas en los anales de la historia no devolverían la vida a uno solo de mis soldados. La principal tarea de un general es vencer batallas y ganar guerras, pero no a costa de perder ejércitos enteros. Yo no puedo regresar a Roma con Numancia en mis manos pero con veinte mil romanos muertos sobre mi conciencia. Espero que lo entiendas; si tú estuvieras al mando, harías lo mismo..., lo que te enseñó nuestro padre.

•••

Aracos y Briganda cenaban en silencio un guiso de conejo con harina de bellota.

—Habrà que empezar a racionar la comida. Escipión ha levantado una cerca de estacas y está construyendo un muro de piedra y un foso. Pretende aislarnos del resto del mundo y esperar a que o nos rindamos, o muramos de hambre o realicemos un ataque suicida.

—¿Y qué piensas hacer?

—Hablar con el cónsul. Quiero proponerle a Olíndico que me envíe al frente de una embajada para dialogar con Escipión.

—¿Crees que servirá de algo?

—Me temo que no. El cónsul es consciente de su superioridad. Sabe que nuestra situación será desesperada en cuanto pase el invierno y comencemos a tener escasez de alimentos.

Abulos comía en silencio, al lado de su madre, como ajeno a lo que sus padres estaban debatiendo. Pero el niño, que acababa de cumplir diez años, preguntó inquieto:

—Vamos a morir, ¿verdad, padre?

—¿Por qué dices eso?

—Me lo ha dicho un niño de la casa de al lado cuando jugábamos esta tarde en la calle. Dice que los romanos son muchos y que han venido hasta aquí para matarnos a todos y para quedarse con nuestras casas, pero yo le he respondido que tú nos vas a defender, que no vas a permitir que nos maten.

—Claro que no, hijo, claro que no. Abulos sonrió a su padre.

Cuando el niño se quedó dormido, Briganda le preguntó a su esposo angustiada:

—Vamos a morir todos, ¿no es así?

—Bueno, hemos sido atacados en otras muchas ocasiones. Éste no es el primer asedio que soporta Numancia. Hemos sobrevivido a los anteriores.

—Pero ese cónsul es diferente a los demás generales, o al menos eso te oí comentar con Aregodas.

—Escipión es un hombre tenaz, pero podemos derrotarlo.

—Vamos, esposo, no me engañes; puedes hacerlo con Abulos, pero yo he visto a los romanos, y son muchos. Sabes que no tenemos ninguna oportunidad.

—Aregodas jamás se rindió.

—Aregodas era un buen hombre, pero murió como un estúpido.

—No digas eso, no hables así de Aregodas. —Aracos cogió a Briganda por los hombros y la zarandeo.

—Perdona, esposo, no quise ofenderte, ni tampoco a la memoria de tu amigo. Lo querías mucho, ¿no es así?

—Lo amaba como a un hermano. Siempre estuvo a mi lado en las batallas, atento a mi espalda... Fue el mejor compañero que guerrero alguno haya podido tener; si los dioses son justos, ahora estará gozando de banquetes deliciosos.

»Él os trajo de nuevo a mí.

Aracos acarició el rostro de su esposa y salió de la casa. Se dirigió hacia la muralla, donde algunos hombres hacían el primer turno de guardia de noche.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

Los soldados lo saludaron al reconocerlo.

—Ninguna, Aracos, ninguna.

El contrebiense subió al muro y desde el parapeto contempló el horizonte, salpicado por decenas de hogueras que los romanos encendían todas las noches para iluminar la base del muro.

—¡Vaya!, un círculo de fuego. Escipión se ha tomado muy en serio su trabajo.

—¿Cuánto tiempo aguantarán ahí? —le preguntó uno de los guardias.

—Creo que esta vez han decidido quedarse —repuso Aracos.

—En cuanto llegue el invierno de verdad, harán como los demás, saldrán corriendo hacia el este.

—Ojalá aciertes en eso, compañero. Buena guardia.

Aracos regresó a casa; Briganda miraba las brasas del hogar mientras canturreaba una vieja canción de cuna.

•••

En apenas treinta días el cerco romano quedó completado. Un muro de piedras y

tierra pisada de ocho pies de espesor y diez de altura, más un parapeto de otros tres pies, serpenteaba por veredas y colinas en una extensión de cincuenta estadios, casi quince mil pasos; estaba defendido por un foso tan ancho como la altura de tres hombres y tan profundo como la de dos y rodeaba Numancia a una distancia media de quinientos pasos de sus murallas, a unas decenas de pasos por detrás de la empalizada de estacas y ramas levantada en los primeros tres días de asedio.

Escipión cabalgaba junto con Fabio Máximo y Marco Tulio alrededor del cerco inspeccionando las defensas. Una vez completado el recinto murado y decidida la ubicación de los nuevos cinco campamentos para complementar los dos ya construidos en las primeras semanas, ordenó que a lo largo del muro se construyeran torres de madera de cuatro pisos de altura con una distancia entre ellas de cien pies, de manera que fue necesario edificar trescientas torres de madera. En cada una de ellas se instaló una catapulta y una ballesta, además de un alto mástil de señales para anunciar mediante banderolas rojas de día y con antorchas de noche un inminente peligro, de modo que desde la mayor parte del recinto se pudiera contemplar la llamada de ayuda de cada uno de los sectores en caso de ataque de los numantinos.

Quedaba por cerrar el cauce de los ríos, sobre todo el del Duero, el más caudaloso. Escipión planeó construir puentes, pero sus ingenieros le hicieron ver que sería muy difícil, pues las aguas del gran río estaban muy crecidas a causa de las lluvias de otoño. Escipión insistió en que había que evitar que la ciudad sitiada recibiera suministros por el cauce de los ríos, y pidió una solución a sus ingenieros. Fue un físico griego quien propuso un sistema muy eficaz que el cónsul aceptó. En ambas orillas del río Duero, en los dos lugares donde la línea del cerco lo cruzaba, se construyeron dos altas torres de madera, a las cuales se ataron unas enormes cuerdas que atravesaban el río. A su vez, de estas cuerdas se colgaron otras de las que pendían unos enormes tablones y troncos ensartados con clavos, cuchillas y estrígilos que peinaban la corriente hasta el fondo del río, para evitar así que alguien pudiera burlar el cerco sobre una barca o buceando.

A principios del invierno quedó completamente acabada la circunvalación: un extraordinario recinto orlado con siete campamentos, quince mil pasos de muros y fosos y trescientas torres defendido por sesenta mil hombres con la orden tajante de no permitir que nada ni nadie entrara o saliera de la colina donde se alzaba, orgullosa todavía, Numancia.

Aracos insistió ante Olíndico para que se realizaran algunas salidas contra el muro, para probar mediante ataques rápidos si era posible abrir una brecha por la que poder salir al exterior y buscar ayuda o víveres. Retógenes Caraunio, a quien todos consideraban como el mejor guerrero de los numantinos, apoyó a Aracos y se ofreció para encabezar los ataques.

Capítulo 19

—Es muy importante romper el asedio por algún flanco. Debemos intentarlo una y otra vez, hasta que consigamos abrir una brecha en esa circunvalación —insistió Aracos.

—Si lo logramos, el espíritu que sostiene a los romanos se vendrá abajo. Han trabajado muy duro y su moral se resquebrajará si atravesamos el cerco. Escipión ha basado toda su estrategia en la solidez de ese muro y en su impenetrabilidad; demostrémosle que también podemos con él como hemos hecho antes con los demás cónsules y generales romanos —reiteró Retógenes.

—Si lanzamos un ataque masivo y por sorpresa sobre un sector del muro, podríamos romperlo y escapar en busca de ayuda —dijo Aracos.

—¿Estás seguro de poder conseguirlo? —preguntó Olíndico.

—No hay nada seguro. El foso es bastante profundo y ancho y el muro parece sólido, pero si actuamos de prisa tal vez lo logremos. Escuchad: lanzaremos un ataque con..., digamos doscientos hombres, sobre el sector norte, donde se unen el Duero y su afluente septentrional. Aguardaremos a que acudan allí las tropas de retén, y de inmediato mil hombres cargarán sobre el flanco noroeste, a la derecha del campamento de Escipión, enfrente de «la bajada al llano». Concentraremos nuestras fuerzas en esa zona. Habrá que ir provistos de escalas y tablones largos para superar el foso y el muro. Bastará con que una docena de hombres salten al otro lado y corran hasta ocultarse en las colinas boscosas del este.

»He calculado que en ese sector hay un romano por cada diez pasos; eso significa que dispondremos de bastante tiempo hasta que puedan concentrar en ese punto los efectivos necesarios para rechazar nuestro ataque.

»Lo haremos dentro de tres días, al atardecer. En ese momento habrá luna nueva, y si alguno de nosotros logra escapar le será más fácil ocultarse en la noche sin luna —concluyó Aracos.

—Los que lo consigan se dirigirán a Lutia, Uxama y Termancia. Allí demandarán auxilio; deberán contar cuál es nuestra situación y prevenirles de que si cae Numancia, las ciudades celtíberas que todavía no han aceptado el yugo romano serán sometidas a esclavitud. Necesitamos ayuda, toda la ayuda que sea posible explicó Olíndico.

Aracos miró a Retógenes. El arrojo y valentía del formidable guerrero numantino le recordaba a Aregodas.

•••

Por fin llegó el día señalado para intentar romper el asedio. Durante toda la jornada los guerreros numantinos afilaron sus armas y desentumecieron sus músculos. Aracos pasó revista uno a uno a todos los que iban a participar en la estratagema, cuyo número era algo más de la mitad de todos los guerreros disponibles.

Al atardecer, cuando el sol comenzaba a declinar, doscientos jinetes cargaron sobre el lugar indicado por Aracos en el flanco del Duero. En cuanto los vieron salir de la ciudad, los atentos vigías de las torres hicieron ondear sus banderolas rojas y tocaron las trompas de guerra. Todos los defensores del sector paralelo al río Duero se encaramaron sobre el muro y empuñaron arcos y ballestas.

Escipión, avisado del ataque numantino, salió de su aposento en el campamento norte y subió corriendo hasta lo más alto de una de las torres.

Desde allí observó la carga de los doscientos jinetes sobre el muro a la altura del Duero.

—¿Mandamos refuerzos, cónsul? —le preguntó uno de sus generales.

—Humm... No. Son pocos. Creo que se trata de una maniobra de distracción. Seguramente esperan que acudamos allí en masa y dejemos desprotegido alguno de los flancos del muro. Marco, ordena a tus hombres de reserva que estén listos para repeler un ataque masivo de numantinos —dijo Escipión a su pariente.

—¿Pero dónde, cónsul?

—En el flanco noroeste, el lugar más débil de nuestro cerco.

Marco Tulio ordenó que tres cohortes de la legión sexta gémina acudieran de prisa para reforzar la guarnición del sector murado de la circunvalación entre el campamento de Escipión y un pequeño campamento situado en la zona más llana de los alrededores de Numancia, justo enfrente de «la bajada al llano».

El propio Escipión le ordenó al encargado de señales de la torre que estuviera bien atento a la puerta norte de Numancia y que en cuanto viera salir por ella a nuevos efectivos, le avisara con un toque de trompa.

Y así ocurrió. En cuanto los doscientos jinetes numantinos consiguieron entablar el combate frente al río y atrajeron la atención de los romanos, mil numantinos salieron a toda prisa de la ciudad y corrieron por «la bajada al llano» para cargar contra el muro del sector noroeste. Iban provistos de escalas y largos tablones para salvar el foso y se mostraban dispuestos a romper el asedio como fuera. Avisados de la inmediatez de la carga, los ballesteros de las torres y los encargados de las catapultas lanzaron una andanada de piedras y flechas que tumbó a un par de docenas de celtíberos, provocando un momento de indecisión entre los demás.

—¡Adelante, adelante! —gritó Aracos al ver dudar a sus hombres, que jamás se habían enfrentado a una fortaleza semejante.

El hacha del contrebiense alzada al aire animó a los atacantes que ya habían alcanzado el foso y mantenían un intercambio de disparos de arco y de honda con los defensores del muro.

—¡Deprisa, deprisa, las escalas, los tablones! —gritó Aracos.

Varios hombres se acercaron al foso protegidos con sus escudos de madera y bronce y lanzaron al otro lado los tablones para poder sortearlo y alcanzar el muro. En ese preciso momento el camino de ronda del muro romano se llenó de legionarios armados con arcos y lanzas que habían acudido prestos desde el campamento cercano. Provistos de garfios, lograron derribar los tablones y las escalas que habían lanzado los numantinos, mientras desde lo alto de las torres más cercanas las catapultas vomitaban piedras, las ballestas disparaban decenas de saetas y los honderos acribillaban a los numantinos que intentaban salvar el foso para acercarse a la base del muro.

Aracos alentaba a sus hombres enarbolando el hacha de guerra, pero comprendió que la sorpresa que pretendía no había funcionado y su estratagema había fracasado.

—¡Retógenes, ordena a tus hombres que se retiren! —gritó Aracos.

—No. Todavía podemos lograrlo —dijo el valeroso numantino.

—¡Mira! Acuden miles de legionarios. —Aracos indicó con el brazo hacia lo alto del muro, a su derecha, a un centenar de pasos hacia el este.

Entre las primeras sombras del atardecer, Retógenes observó a varias cohortes de legionarios que corrían por el camino de ronda hacia el lugar donde estaban atacando los numantinos.

—No. Aún podemos, aún podemos —insistió Retógenes Caraunio, pese a la evidencia.

—Maldita sea, nos van a matar a todos. ¡Vámonos, retirada, retirada! —ordenó Aracos. Retógenes apretó los dientes y dio media vuelta.

—No nos siguen; eso es señal de que podemos abrir brecha. ¡Volvamos, volvamos al muro! —pidió Retógenes.

—No lo entiendes, cabezota. Escipión no pretende librar un combate en campo abierto; espera liquidarnos por hambre. No nos seguirán; saben que nuestra debilidad radica en nuestra desesperación. No tenemos ni medios ni hombres para superar esa barrera mientras esté bien defendida y dispuesta para rechazarnos; sólo podríamos cruzarla si obtenemos la ventaja de la sorpresa, y por ahora la hemos perdido.

Retógenes bajó su espada y retrocedió de mala gana.

De regreso a Numancia, Aracos hizo un recuento de bajas: sesenta hombres habían muerto o habían quedado tumbados en el campo y dos centenares estaban heridos de diversa consideración.

—¿Qué ha pasado? ¿Alguien ha conseguido romper el cerco? —preguntó Olíndico.

—No. Han logrado rechazar todos nuestros ataques. Hay al menos un soldado por cada paso del muro, otro en la reserva y varios regimientos alerta en cada uno de los siete campamentos para acudir al lugar donde se produzca un ataque de nuestra parte. Desde las torres avisan con banderolas rojas del peligro y de inmediato acuden al punto atacado las tropas de retén. Las murallas de Numancia están más lejos del muro de circunvalación que cualquiera de sus campamentos. Si avisan de nuestro ataque en cuanto nos ven salir, dos o tres cohortes pueden llegar a cualquier punto del muro antes que nosotros alcancemos el foso.

»Además, desde las torres se domina un amplio espacio de tiro; en todas ellas hay instaladas al menos una catapulta y una ballesta con las que pueden batir el espacio anterior al foso, lo que dificulta nuestro acercamiento.

»Por lo que pude ver y oír mientras serví en el ejército romano, jamás general alguno había planeado una circunvalación de este tipo y de este tamaño.

—Ya te he dicho que lo mejor es resistir tras nuestras murallas —reiteró otra vez Olíndico.

—Mi querido amigo, nuestras murallas le importan bien poco a Escipión. Mira el estado de algunos lienzos, hasta un niño de pecho podría saltarlos. El cerco sería igual si no dispusiéramos ni de un solo palmo amurallado. Lo que teme Escipión no son nuestras fortificaciones, sino a nosotros, a los numantinos —repuso Aracos.

—Yo opino que debemos atacar otra vez, intentemos de nuevo la sorpresa. No pueden estar permanentemente en guardia, tiene que haber algún momento en el que se relajen, en el que bajen los brazos lo suficiente como para que podamos sorprenderlos. Quebrar este asedio es vital para la marcha de esta guerra intervino Retógenes.

Durante el invierno, a distintas horas y en distintos puntos, los asediados intentaron romper el cerco mediante ataques sorpresa. Pero una y otra vez eran repelidos por los defensores romanos, siempre atentos, siempre preparados para rechazar los desesperados asaltos de los numantinos, que solían acabar con la retirada de los guerreros celtíberos en cuanto varías decenas de muertos quedaban tumbados en el suelo, muchos de ellos sin haber podido alcanzar siquiera el foso.

Capítulo 20

Escipión estaba reunido con su Estado Mayor en el campamento del norte, donde habitaba el cónsul con la «compañía de los amigos», que siempre lo escoltaba velando por su seguridad.

—Hasta ahora hemos logrado rechazar todos los ataques enemigos. Habréis podido comprobar vosotros mismos que cada una de sus cargas es menos convincente y que para nosotros son cada vez más fáciles de repeler. Lo que nos ocurría en campañas anteriores ahora se ha tornado del lado de los numantinos. Su moral decrece en tanto la nuestra aumenta. No obstante, debemos mantener la misma atención que hasta ahora; cualquier relajación sería un tremendo error. Alentad a vuestros hombres para que se mantengan firmes en sus puestos y siempre alerta; cualquier despiste, cualquier error por nuestra parte supondría hacer inútil todo el esfuerzo que hasta ahora hemos realizado.

—¡Cónsul! —El centurión jefe de la guardia irrumpió en la reunión del Estado Mayor sin previo aviso.

—¿Qué ocurre? preguntó Escipión molesto por la interrupción; espero que se trate de algo suficientemente importante como para que entres de este modo.

—Lo es, cónsul, lo es. Delante del muro del campamento, a unos cincuenta pasos, se han detenido tres celtíberos enarbolando unas banderas blancas; parecen desarmados. Uno de ellos ha gritado en latín que desea dialogar con Escipión.

—Vayamos a ver de qué se trata, pero permaneced todos prevenidos, pudiera ser una estratagema más de esos bárbaros.

Erguidos sobre sus caballos, tres celtíberos aguardaban sobre la nieve que cubría los campos una respuesta a su petición de mantener un encuentro con Publio Cornelio Escipión. El del centro era Aracos, que al fin se había decidido a proponer a Olíndico la celebración de una entrevista con Escipión, que el caudillo druida había autorizado.

—Miradlos, ¡cuánto orgullo en su porte pese al desaliñado aspecto que presentan! Es una lástima que sean nuestros enemigos, porque son unos soldados formidables —comentó Escipión al observar desde el parapeto del muro del campamento a las tres figuras que permanecían como ancladas sobre el suelo.

—¡Por todos los dioses!, ¡es Aracos, el del centro es Aracos! —exclamó Marco Tulio.

—¿Aracos?, ¿tu antiguo ayudante hispano?

—Sí, es él, el mismo, ¡el guerrero del hacha!

—Menuda sorpresa. ¡Centurión!, coge a diez hombres armados y llégate hasta esos bárbaros. Dile al que ocupa el centro que lo espero aquí, pero que venga él solo; los otros dos pueden esperarlo ahí mismo. ¡Ah!, y comprueba que no va armado —ordenó Escipión.

Al poco llevaron a Aracos frente a Escipión. La mirada del guerrero del hacha no denotaba odio, sino serenidad.

—Bien, aquí está el famoso Aracos; ¿lo recuerdas, Marco?, creo que hace tiempo fuisteis muy amigos, casi como hermanos —dijo Escipión.

—¿Cómo estás? —le preguntó Marco Tulio a Aracos.

—Cercado por vuestras tropas —respondió el contrebiense—. ¿Y tú?

—Luchando por Roma, como siempre, en el lado que nunca debiste abandonar.

—Ésta es mi gente; tú hubieras hecho lo mismo si Roma hubiera sido amenazada por un enemigo externo —replicó Aracos.

—Roma no es enemiga de tu gente; pretendemos traer la civilización para que salgáis de la barbarie.

—¿Explotando nuestras minas?, ¿recaudando nuestro oro y nuestra plata?, ¿apoderándoos de nuestros cultivos?, ¿sometiendo a la esclavitud a nuestros jóvenes? Vosotros los romanos tenéis un concepto muy peculiar de la civilización —repuso Aracos.

—Bien, dejad para otra ocasión vuestra retórica, y ahora dime, Aracos, ¿qué propuesta te trae por aquí?

—Tengo autoridad emanada del senado de Numancia para ofrecer la paz a Roma —dijo Aracos con toda solemnidad.

—¿La paz? La paz... ¿Sabes cuántos ciudadanos romanos han muerto en Hispania en los últimos veinte años? ¿No?, pues yo te lo diré: más de sesenta y cinco mil, y una cifra aún mayor de auxiliares. Ese número corresponde al menos a quince legiones. ¿Qué paz pretendes alcanzar con tantos romanos muertos sobre estas colinas?

—Una paz duradera, definitiva.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de lo único que entendéis los romanos: a cambio de oro y plata. Si destruyes Numancia sólo conseguirás gobernar sobre un campo de ruinas, pero si permites que esta ciudad siga viviendo...

—¡Basta! No se trata de dinero, osado celtíbero, sino de prestigio y de autoridad. Numancia ha desafiado el poder de Roma y ha dañado la fama de sus generales y de sus ejércitos. Roma quiere ser la dueña del orbe para llevar a todos los lugares de la tierra nuestra cultura superior y nuestras leyes. ¿Por qué crees que estoy aquí, en este perdido e infecto rincón del mundo?, ¿por gusto? No; estoy aquí porque Roma ha requerido mi presencia para recuperar su honor, un honor y un prestigio que sólo se lavará con la conquista de esa ciudad arévaca —dijo Escipión.

—La gente que está dentro de las murallas de Numancia resistirá hasta el fin; muchos romanos morirán si decides atacarnos.

—¿Y qué te hace pensar que vamos a atacar? Tengo mucho tiempo y puedo

esperar aquí durante años, pero ¿y vosotros?, ¿cuánto tiempo podréis resistir nuestro asedio? No habrá paz que no implique una rendición incondicional de los numantinos y una petición de clemencia expresa al pueblo y al Senado de Roma.

—Probablemente estemos atrapados sin salida alguna, pero todavía no hemos perdido la dignidad —dijo Aracos.

—En ese caso, quedaos con vuestra dignidad; pero sabed que os enviaré a la tumba. Roma no admite una paz que no venga precedida de vuestra entrega y rendición incondicional —reiteró Escipión.

—Si hablas así es que no conoces al pueblo celtíbero —repuso Aracos.

—Por el contrario, tú sí conoces al pueblo romano —sentenció Escipión.

El cónsul dio media vuelta y salió de la sala principal del pretorio del campamento norte, donde se había celebrado la entrevista. Marco Tulio acompañó a Aracos de regreso hacia los dos compañeros que lo aguardaban sobre la nieve.

—¿Todavía conservas las téseras? —preguntó el general romano.

—Estuve a punto de arrojarlas a las aguas del Tíber, pero sí, las conservo, las dos manos de bronce, siempre juntas, y también la copa de oro y el collar que me regalaste. Las he traído conmigo, pero tus soldados las han guardado con el pretexto de que podría utilizarlas contra Escipión como si se tratara de un arma.

Marco Tulio pidió al centurión que dirigía la escuadra de escolta de Aracos si sabía dónde estaban las manos de bronce de la tésera. El centurión dio una orden a un legionario y éste trajo un paño en el que estaban envueltas las dos manos. Marco cogió una de ellas, la giró hasta encontrar la palma y leyó:

—«Aracos, de la *gens* de los Urdinocos, hijo de Abulos, de Contrebia Belaisca, hizo esta tésera con Marco Tulio, de la familia Cornelia, ciudadano de Roma. Por siempre.» Una hermosa frase, y una hermosa amistad si no se hubiera consumido —dijo Marco.

—En mi corazón jamás se apagó, aún sigue encendida la llama de tu amistad repuso Aracos.

—Una vez te dije que si nos encontrábamos en el campo de batalla, no dudaría en matarte si peleabas contra Roma. Sigo pensando lo mismo.

—Yo, en cambio, dudo que pudiera hacerte daño; para los celtíberos la amistad es un sentimiento eterno, y cuando se firma una tésera de amistad con alguien, ese pacto es para siempre, por encima de la nación, de la familia y de cualquier otro deber. Así es como me instruyó mi padre.

—Roma está por encima de cualquier sentimiento; Roma es lo único que importa. Así me educó mi familia.

Aracos cogió las dos manos de bronce, las limpió en el paño y le ofreció la mano derecha a Marco.

—Toma, es la tuya —le dijo.

Marco la cogió y la guardó en su cinturón.

—Esto no cambia las cosas —repuso el general.

—Tal vez, pero te ayudará a recordarme cuanto esté muerto.

Aracos dio media vuelta, saltó al otro lado del muro, atravesó el foso y caminó sobre la nieve hacia sus dos compañeros, que se mantenían frente al muro de circunvalación sobre sus caballos.

Uno de ellos ofreció las riendas de *Viento* a Abulos, que lo montó de un ágil brinco. Los tres jinetes arrearon a sus caballos al galope hacia la colina; los cascos de las monturas levantaban una fina columna de polvo de nieve conforme subían la rampa hacia la puerta norte de la capital de los arévacos. Tras el parapeto del muro de circunvalación Marco Tulio los vio alejarse; en su mano tenía el símbolo de bronce de la tésera, que apretó con tanta fuerza que hubiera sangrado de no haber sido porque el tiempo había limado las aristas de metal.

Capítulo 21

[Año 133 a. C.]

El año nuevo romano depositó sobre los campos de Numancia una enorme nevada. Los romanos tuvieron que trabajar duro para dejar despejado el foso y recuperar así la sensación de solidez y altura del muro. Durante varias semanas fue imposible hacer otra cosa que no fuera mantener la vigilancia y procurar que nadie intentara salir del asedio. El control visual era muy fácil, pues aunque algunos hombres hubieran intentado salir vestidos con mantos o túnicas blancas, las huellas en la nieve los hubieran delatado de inmediato.

A mediados del segundo mes, cuando la nieve y el hielo comenzaron a remitir, llegó a Numancia un heraldo romano desde Ocilis. Traía un mensaje del Senado en el que se prorrogaba el imperio militar en Hispania a Escipión, y se anunciaba el nombramiento de los nuevos cónsules Publio Mucio Escévola y Lucio Calpurnio Pisón, y la elección de Tiberio Sempronio Graco como tribuno de la Plebe.

Los legionarios estallaron en vítores cuando conocieron el nombre del nuevo tribuno, pues los soldados romanos eran reclutados entre los varones cuyas rentas eran inferiores a cuatro mil ases, es decir, entre las clases menos favorecidas de la sociedad romana, aquellas a las que defendía Tiberio con sus reformas económicas. Algunos legionarios llegaron a comentar que con el tribunado del mayor de los hermanos Graco las cosas cambiarían y que las enormes diferencias económicas entre la aristocracia y el pueblo disminuirían notablemente.

El mensajero traía también varios paquetes para los generales; entre ellos, un rollo con la última obra de Ennio, el poeta de moda en Roma, que la esposa de Marco le enviaba a su marido. Se trataba de un poema que contenía una profunda reflexión filosófica en verso titulada *Epicarmo*, donde describía el alma humana como una partícula ígnea procedente del sol; el aire era Júpiter, y por sus transformaciones se explicaban los fenómenos meteorológicos. El poema pretendía demostrar la unión cósmica de la naturaleza, el hombre y la divinidad.

Marco lo leyó sentado sobre un poyo de madera, junto al muro de circunvalación en el campamento norte; cuando terminó la lectura miró hacia Numancia, que se extendía al sur, sobre la amplia colina bordeada por el Duero; unas finas columnas de humo salían por encima de los tejados de paja de las casas.

—Pronto se les acabará la leña. Si lo que resta de invierno es tan crudo como acostumbra en estas tierras, algunos numantinos morirán de frío, antes incluso que de hambre.

Marco se volvió hacia Escipión, que se había acercado hasta el general sin que

éste se hubiera apercibido de su llegada.

—¿Cómo sabes que se les acaba la leña? —le preguntó Marco.

—Porque las columnas de humo son cada mañana más finas.

—¿Crees que resistirán mucho más tiempo?

—No aguantarán más allá de finales de primavera. Si no me equivoco, dentro de un mes apenas tendrán víveres y deberán comerse sus caballos si quieren sobrevivir. Una vez que se hayan comido los caballos, bueno, entonces no les quedará otra cosa que el hambre.

—Escuchad —dijo Cayo Sempronio Graco, que apareció de improviso ante los dos generales con un papiro en la mano—, mi hermano Tiberio ha comenzado a aplicar su gran proyecto de reforma agraria. Ha enajenado la tierra de los grandes propietarios y ha comenzado a repartirla entre los campesinos más pobres. ¡Qué gran noticia!, ¿no os parece?

—Así es, joven Graco, así es..., pero me temo que tu hermano, mi cuñado, va demasiado deprisa. La nobleza romana no va a dejar que le quiten sus propiedades sin plantear batalla.

—Y eso qué importa. Nuestros antepasados lucharon para que la República fuera una comunidad de hombres libres, y los privilegios de los grandes propietarios no hacen sino cercenar esa libertad. Mi hermano será recordado como el tribuno que devolvió la dignidad al pueblo de Roma.

—Vaya, hablas como Aracos, el numantino que fuera mi... ayudante —intervino Marco.

—Hablo como un romano orgulloso de sus leyes y de su República —asentó Cayo.

—Vamos, vamos, dejad vuestras rencillas políticas para otra ocasión; ahora todos tenemos el mismo objetivo: doblegar la resistencia de Numancia; que no nos distraiga ninguna otra cosa. Hay mucho trabajo que hacer; para esta misma tarde quiero un informe completo del estado del foso y del muro de circunvalación. Procurad que el foso quede limpio de paja, hierbas o ramas, y que cada día se limpie la nieve para evitar que se acumule y lo inutilice.

•••

Aracos calentaba unos pedazos de carne seca en la escuálida lumbre del hogar. Sobre el lecho de madera y paja, su hijo Abulos tiritaba de frío y tenía una calentura que perlaba su frente de gotitas de sudor.

—Está enfermo, Aracos, muy enfermo. La comida y la lumbre escasean, no hay leche ni queso, y apenas nos queda un poco de trigo, unas tiras de carne seca y un poco de pescado en salazón. Si no se alimenta bien, nuestro hijo va a morir — lamentó Briganda.

—Tú tampoco tienes buen aspecto —dijo Aracos mientras acariciaba la mejilla de su esposa, que había perdido la rigidez y la lozanía de antaño.

—Todos estamos mal, hambrientos, desesperados. Las mujeres merodean por las calles y por los alrededores de la muralla buscando algunas raíces con las que paliar el hambre. Hasta hace unos pocos días los rostros de esta gente rebotaban orgullo y sus ojos estaban lúcidos y brillantes, pero en muy poco tiempo han cambiado. Ayer oí contar a un joven que su padre le había dicho que cuando los romanos desembarcaron en Iberia, hace ya más de ochenta años, derrotaron a algunos pueblos, como a los turdetanos, a los que sometieron a la esclavitud tras arrasar su capital. Decía el joven que los coronaron con guirnaldas de flores para que parecieran más hermosos y así venderlos a mejor precio. Pues bien, hubo algunos numantinos que al escuchar esta historia aseguraron que preferían ser esclavos coronados de flores que cadáveres libres. Si la situación no fuera tan angustiosa, ningún numantino hubiera dicho, ni siquiera pensado, algo semejante.

—Debemos aguantar.

—Esta gente está a punto de derrumbarse; no pueden más, Aracos, no pueden más.

—Los romanos jamás han perdonado a una ciudad que le haya ofrecido una resistencia tan enconada. Si nos entregamos sin condiciones, matarán a los ancianos, a los heridos y a los impedidos, y a los demás nos venderán como esclavos. Abulos ya es un muchacho; seguramente lo separarán de nosotros, y contigo y conmigo harán lo mismo. Yo acabaré mis días pudriéndome en alguna mina de plata en Cartago Nova o en Baécula, y tal vez nuestro hijo también, y en cuanto a ti... sigues siendo muy hermosa; tu cabello rojo sería muy requerido por los clientes de cualquier lupanar de Roma a los que acuden soldados borrachos y mercaderes sebosos. Si nos rendimos, ése será nuestro destino.

—Y si no lo hacemos, no podremos aguardar otra cosa que la muerte. Hay algunos numantinos dispuestos a capitular.

—Ya sabes que yo hablé con Escipión y le propuse una paz honrosa, pero ese romano no quiere la paz, sólo pretende la victoria. Hemos hecho todo lo que hemos podido, hemos intentado romper el cerco una y otra vez, pero siempre nos han rechazado. Esa circunvalación es demasiado fuerte para nosotros; sin ayuda del exterior no la romperemos nunca, nunca.

Aracos se apoyó en el regazo de su esposa, que le acarició los largos cabellos.

—Si tú estás dispuesto a resistir, yo también lo haré —dijo Briganda.

El último mes del invierno discurrió en absoluta calma. Los numantinos habían renunciado a realizar nuevas salidas para intentar quebrar el cerco, y los romanos mantenían la misma atención, la misma disciplina y la misma concentración defensiva que en las primeras semanas del asedio.

Como todos los años, Roma había vuelto a formar aquel año cuatro nuevas legiones, dos de las cuales habían sido ofrecidas por los nuevos cónsules a Escipión para reforzar el asedio a Numancia, pero Publio Cornelio las rechazó alegando que con las fuerzas allí destacadas tenía suficiente para llevar adelante sus planes. En realidad, Escipión quería monopolizar el triunfo, presentándose como el único general capaz de doblegar el férreo espíritu de los numantinos.

Roma formaba todos los años cuatro legiones, dos por cada uno de los cónsules, integradas por varones de diecisiete a cuarenta y seis años. La estructura de una legión repetía siempre un mismo esquema: los soldados más jóvenes e inexpertos formaban el cuerpo de los vélites, unos mil doscientos en cada legión, que luchaban armados con lanza, puñal y escudo redondo. Por su edad y por lo ligero de su armamento atacaban los primeros, arrojando la lanza para retirarse enseguida a la retaguardia. El cuerpo principal de la legión lo integraban tres grupos de seiscientos legionarios cada uno, agrupados en diez cohortes. Los más veteranos y preparados eran los *hastati*, que iban equipados con espada recta al estilo de los celtíberos, gran escudo cuadrado y lanza; después formaban los *principes* y por fin los *triarii*. Cada cohorte se dividía en manípulos de ciento veinte legionarios y cada manípulo en compañías de veinte soldados. Los efectivos de una legión se completaban con unos trescientos jinetes, organizados en diez escuadrones o turmas, y varios miles de auxiliares hispanos, italianos o nómadas. Al frente de cada dos legiones había un cónsul o un procónsul y en cada legión seis tribunos militares.

En cuanto al armamento defensivo, los legionarios llevaban chalecos de cuero rígido con chapas de metal, y sólo los más ricos podían comprarse una cota de malla para protegerse más eficazmente de las flechas. Todos llevaban escudos y cascos de hierro rematados con penachos de plumas rojas o negras.

Escipión había conseguido echar de los campamentos a toda la morralla de gente que alteraba la disciplina del ejército, pero no pudo evitar que merodearan por los mercados comerciantes que hicieron grandes fortunas merced a la gran demanda de productos que una población de sesenta mil soldados requería a diario.

La permanente atención que Escipión exigía a sus hombres no dejaba mucho tiempo para el ocio, aunque les permitía celebrar algunas fiestas sagradas con

banquetes en los que abundaba la carne de cabrito y de cordero y algunas ánforas de vino. No obstante, si alguno se excedía con la bebida o desatendía sus obligaciones, era severamente reprendido y castigado.

Para mantener la atención de los legionarios en sus ratos de descanso, se habilitaron salas para enseñar a leer y a escribir; en una de esas escuelas provisionales aprendió a hablar latín el rey númida Yugurta, que no cesaba de ufanarse de sus doce elefantes, de su magnífica caballería y de los honderos y arqueros que había aportado al cerco.

• • •

El último día del invierno amaneció como una premonición. Una intensa nevada cubrió de nuevo el suelo todavía helado de la región de Numancia. El frío fue tan intenso que al amanecer fueron varios los cadáveres que los numantinos descubrieron entre sus familiares.

Briganda emitió un lamento agudo y chirriante; nada más despertar se dio cuenta de que su hijo Abulos había dejado de respirar. Aracos despertó sobresaltado al oír el amargo quejido de su esposa y lo primero que se le ocurrió fue coger su espada y ponerse en guardia creyendo que los romanos ya habían entrado en Numancia. Pero su gesto se tornó en dolor cuando vio el cuerpo inerte de su hijo en brazos de su mujer.

Cincuenta numantinos, sobre todo ancianos y niños, murieron de frío aquella noche.

Olíndico, que seguía acaudillando a los numantinos, se había vuelto taciturno y esquivo. En una reunión del senado dijo que ya no era posible incinerar a los difuntos, pues apenas había leña para formar las piras funerarias y ordenó que los cadáveres fueran enterrados junto a la muralla. Uno de los asistentes a la reunión comentó que mejor así, pues no tardarían mucho tiempo en necesitarlos. Nadie le reprendió, porque todos eran conscientes de que en un par de semanas más no habría otra cosa que comer que a los propios muertos.

Aracos, con los ojos todavía acuosos por la muerte de su hijo, propuso realizar una nueva salida, pero no un ataque masivo como habían hecho en algunas ocasiones, sino mediante una pequeña partida de hombres, no más de media docena, que amparados en la oscuridad de la noche pudieran romper el asedio y acudir a las ciudades arévacas en busca de ayuda.

—No tenemos otra oportunidad que recabar la ayuda de nuestros hermanos

arévacos; sólo con apoyo exterior es posible salvar Numancia.

El valeroso Retógenes se ofreció voluntario, y junto a él se levantaron varios compañeros dispuestos a cumplir el plan. Tras un acalorado debate, Olíndico sometió a votación la propuesta de Aracos, que resultó vencedora por abrumadora mayoría, aunque algunos dijeron que sería mejor rendir de inmediato la ciudad a Escipión para evitar más muertes y acabar con tantos meses de sufrimiento.

Seis hombres se prepararon para romper el cerco, entre ellos Aracos y Retógenes Caraunio. Olíndico les dijo que si conseguían atravesar la circunvalación romana fueran directos a la ciudad de Lutia, donde los numantinos tenían los mejores amigos, y desde allí a otras ciudades arévacas como Uxama o Termancia.

El día elegido para la salida amaneció brumoso y amenazaba con caer una nueva nevada. Al atardecer, una capa de nubes bajas se fijó sobre Numancia y una densa neblina se extendió por toda la comarca.

—Los dioses están con nosotros. Fijaos en esa neblina, parece hecha a propósito para proteger nuestra huida.

—Bien, escuchad —dijo Aracos—. Saldremos de Numancia por la puerta del sur; allí la ladera es muy escarpada pero el río Duero tiene un vado de fácil paso. Llevaremos seis caballos, uno por cada uno de nosotros, a los que cubriremos los cascos con trapos para que no hagan ruido al caminar sobre las rocas. Una vez vadeado el río, subiremos por la vaguada que se extiende entre los dos campamentos del oeste. Cruzar el foso y el muro será lo más difícil. Con nosotros vendrán cinco hombres para cubrir nuestra retirada o para defender nuestra huida. Llevaremos cuatro largos tablones, de modo que unidos dos a dos podamos alcanzar desde este lado del foso el parapeto del muro; por allí subiremos los caballos una vez que cuatro de nosotros hayan alcanzado lo alto del muro escalándolo.

—¿Cómo empalmaremos los tablones? —preguntó Retógenes.

—Como lo vi hacer en Grecia. Mirad. —Aracos les mostró dos enormes aros de hierro de una anchura de dos pies—. Engastaremos cada uno de los extremos de los tablones en estos aros; los probamos ayer sobre una de las calles y resisten el peso de un hombre y un caballo. Una vez sobre el muro habrá que saltar al otro lado; la altura es de ocho pies, pero no hay ningún foso al exterior. Cuando estemos fuera de la circunvalación montaremos en los caballos y cabalgaremos de prisa hacia Lutia. Aunque reaccionen a tiempo y pretendan seguirnos, con esta neblina no nos encontrarán jamás.

A medianoche la neblina seguía agarrada a los campos numantinos y comenzó a descargar una copiosa nevada, tan densa que impedía la visión más allá de unos pocos pasos.

Los seis jinetes más los cinco peones que iban a proteger su huida salieron por la puerta sur y descendieron la ladera hasta el Duero. Cruzaron el río por el vado

sumergidos hasta la cintura, helados de frío pero evitando hacer el menor ruido. La visibilidad sólo alcanzaba una veintena de pasos delante de sus ojos, pero a lo lejos podían oír el murmullo de los legionarios y las voces de los guardias que anunciaban de vez en cuando que todo estaba tranquilo.

Por fin vislumbraron el muro de piedra y decidieron atacarlo en un tramo entre dos de las torres de madera. Aracos y Retógenes se arrastraron atravesando el foso hasta el pie del muro y lo escalaron utilizando sus cuchillos. Una vez sobre el parapeto, se lanzaron sobre dos guardias legionarios a los que degollaron antes de que pudieran dar la voz de aviso. Los demás acudieron a toda prisa portando dos de los tablones, que lanzaron hacia el muro; allí los recogieron Aracos y Retógenes y asentaron un extremo en el parapeto con la ayuda de otros dos compañeros. Otros dos hombres unieron con los aros de hierro los extremos de esos dos tablones con los otros dos que habían quedado en este lado del foso, formando así un plano inclinado por el que subieron uno a uno los seis caballos. Una vez arriba, Aracos fue el primero en saltar al otro lado, tirando de las riendas de *Viento* para que lo siguiera; tras él fue Retógenes y después los otros cuatro jinetes, justo cuando los caballos comenzaron a relinchar despertando la atención de los guardias de las torres, que hasta entonces habían confiado en que no pasaba nada porque no habían oído ninguna llamada de aviso de sus compañeros destacados en ese tramo de muro, que a causa de la niebla no podían ver desde sus puestos.

Cuando los guardias hicieron sonar sus trompas, los seis celtíberos cabalgaban hacia el oeste envueltos en la bruma y la ventisca.

•••

Escipión, pese a lo avanzado de la noche, se presentó en el lugar de la circunvalación por donde habían escapado los seis jinetes. Apoyado en el parapeto todavía estaba uno de los dos pares de tablones empalmados, y los cuerpos degollados de los dos guardianes de ese tramo aún calientes.

—¿Cuántos eran? —preguntó Escipión a uno de los vigías de la torre.

—No pudimos verlos, general, pero tal vez cuatro o cinco.

—Nos han burlado, tanto trabajo para que en un momento de descuido de unos vigías todo se pueda venir abajo.

—General —gritó uno de los guardias—, hemos atrapado a uno de ellos. Debió de tropezar y creo que se ha roto la pierna, porque no puede andar y se queja como un demonio.

—Traedlo aquí —ordenó Escipión.

El numantino era uno de los cinco que habían acudido a ayudar a sus compañeros

en la huida sujetando los extremos de los tablones anclados en tierra en el foso. Al subir el último de los caballos, dos tablones se habían vencido hacia él y le habían golpeado con tanta fuerza que le habían partido la pierna. Los soldados que habían acudido con antorchas lo habían localizado arrastrándose, intentando ocultarse tras unos matorrales.

—¿Entiendes mi idioma? —le preguntó Escipión. El numantino no contestó.

—Yo hablo la lengua de los arévacos, general —dijo un decurión.

—Bien, pues pregúntale qué pretenden sus amigos, dónde han ido y cuántos son.

El decurión tradujo las preguntas del general, pero el numantino se negó a responder.

—Torturadlo hasta que confiese lo que le he preguntado.

No hizo falta demasiado tiempo ni demasiadas torturas para obtener del celtíbero capturado la información que demandaba Escipión. Antes de que amaneciera, el conquistador de Cartago ya sabía que los que habían logrado romper el cerco se dirigían a las ciudades de Uxama, Termancia y Luna para pedir ayuda y que eran seis hombres con seis caballos.

—Los perseguiremos hasta dar con ellos, y evitaremos que esas ciudades arévacas se unan para defender a Numancia.

»Marco, ordena a tus oficiales de la sexta legión que dispongan seis cohortes y tres turmas de caballería para salir en un par de días hacia las ciudades arévacas que ha mencionado el celtíbero. Creo que con dos mil quinientos hombres será suficiente para abortar cualquier intento de rebelión.

Capítulo 22

Entre tanto los romanos preparaban ese cuerpo expedicionario, los seis jinetes numantinos se entrevistaron con miembros de los senados de Termancia y Uxama, las dos ciudades arévacas más importantes después de Numancia; en ambas fueron rechazadas sus peticiones de ayuda alegando que Roma les había advertido que actuaría contra ellos si ayudaban a los numantinos. Aunque los romanos creían que los vínculos de sangre y de tribu tenían una gran ascendencia entre los celtíberos, en realidad las etnias carecían de un mismo objetivo y las grandes decisiones se tomaban según los intereses de cada ciudad, por encima de la tribu, que para los celtíberos era una mera referencia simbólica, sin apenas valor práctico.

Sólo en Lutia, la más pequeña de las tres ciudades, encontraron acogida. El senado de la ciudad se reunió en sesión urgente y decidió apoyar a los numantinos. Fueron los jóvenes quienes defendieron esa ayuda con mayor vehemencia, pues la mayoría de los ancianos alegó que nada podrían hacer contra el formidable ejército desplegado por Escipión. La asamblea de Lutia se convirtió en un verdadero foco de conflictos, con acusaciones cruzadas entre los jóvenes y los ancianos; los más vehementes de entre los jóvenes clamaban por declarar de inmediato la guerra a Roma y se avergonzaban por haber permitido que se llegara a semejante extremo, acusando a los mayores de cobardía al preferir la esclavitud a la libertad.

Cuando el debate alcanzaba su mayor encono, Aracos se dirigió a Retógenes en voz baja:

—Hemos fracasado. Termancia y Uxama han rechazado ofrecernos cualquier tipo de ayuda y hemos metido a la gente de Lutia en un conflicto de difícil solución. Creo que los romanos han logrado lo que se proponían, lo mismo que vienen provocando desde hace decenios: la división entre los habitantes de Iberia, el enfrentamiento entre pueblos hermanos y el fracaso de cualquier solución pactada a su presencia en esta tierra.

—No te rindas aún, Aracos, y fíjate en esos jóvenes; tienen ansia de guerra, de luchar por la defensa de su libertad, como nosotros. Ellos pueden avivar el fuego de la libertad que nosotros encendimos y que mantenemos vivo en Numancia repuso Retógenes.

Mientras los dos celtíberos comentaban la trifulca que se había levantado con su petición de ayuda a los hombres de Lutia, un oteador irrumpió en la sala donde se celebraba el acalorado consejo anunciando que un ejército romano compuesto por más de dos mil hombres se acercaba a la ciudad.

—Mirad lo que habéis logrado, numantinos —clamó uno de los representantes de los ancianos, dirigiéndose a Aracos y Retógenes—. Estábamos en paz con Roma y ahora un ejército se dirige hacia aquí: habéis traído la muerte y la desolación a

nuestro pueblo.

—¡Condenado cobarde! —gritó uno de los jóvenes—. Los romanos están aquí para quitarnos cuanto es nuestro; los numantinos han de ser nuestro ejemplo. Roma acabará por conquistar todas nuestras ciudades una a una y por someter a todas las tribus de Iberia, pero si nos unimos no podrá con nosotros. ¡Todos con Numancia, todos como Numancia!

—¡Calma calma! —pidió el caudillo de Lutia—. Los romanos están a media jornada de nuestra ciudad, debemos decidir de inmediato qué hacer. Propongo una votación y que su resultado sea acatado por todos.

Dos miembros de la asamblea trajeron una gran vasija y unas cajas de madera con bolitas blancas y negras que se repartieron entre los asistentes en su condición de ciudadanos de Lutia.

—Como acostumbramos, la bola blanca significa que ayudaremos a los numantinos contra los romanos, mientras que la bola negra supone el rechazo a su petición.

Durante un buen rato, los presentes con derecho a voto en la asamblea fueron depositando una de las bolas en la vasija, cuya boca permanecía cubierta por un paño de lino. Una vez acabada la votación, el caudillo levantó el paño y ordenó que se procediera al recuento.

La votación fue favorable a ayudar a los numantinos, pero sólo por tres votos de diferencia.

—¡Gracias, hermanos, gracias! —se apresuró a decir Retógenes—; jamás dudamos de vuestra generosidad ni de vuestro valor.

—Ya lo habéis visto; Lutia ayudará a Numancia, pero ahora es tiempo de que os marchéis de aquí, pues los romanos no tardarán en presentarse ante estos muros.

—De acuerdo —repuso Aracos—. Esperaremos ocultos en los bosques a que los romanos regresen a sus campamentos de Numancia, y una vez que eso ocurra discutiremos la manera de organizar vuestra ayuda.

—Yo me quedo —dijo Retógenes—; uno de nosotros debe permanecer aquí.

Escipión se presentó ante los muros de Lutia con sus seis cohortes desplegadas en posición de ataque. Una delegación del senado se apresuró a entrevistarse con el jefe romano y, traicionando el resultado de la votación, le informó que querían la paz con Roma, aunque le delató que había ciertos jóvenes «insensatos» que preferían la guerra. Escipión les conminó a que le entregaran a los cabecillas de ese grupo de belicosos, pero le dijeron que no estaban allí. Escipión insistió en la entrega de los cabecillas, ya que en caso contrario aseguró que arrasaría la ciudad.

Cuatrocientos jóvenes fueron conducidos ante el general romano, denunciados por sus propios conciudadanos.

—Esta es la justicia de Roma —anunció Escipión.

Ante los horrorizados ojos de las gentes de Lutia, los legionarios cortaron la mano derecha a los cuatrocientos jóvenes. La primera en ser cercenada fue la de Retógenes, que fue conducido ante Escipión acusado de ser el numantino instigador de la revuelta, confiando así en que la ira de los romanos cayera solamente sobre él. Y sin esperar a que se produjera reacción alguna, el general romano regresó a la carrera ante Numancia con las cuatrocientas manos como macabro trofeo de guerra y con Retógenes atado a la cola de un caballo.

• • •

Aracos y sus cuatro compañeros regresaron a Lutia dos días después de que se marchara Escipión. Ya sabían lo que había ocurrido, por lo que se limitaron a insultar desde el exterior de los muros a los ancianos, llamándoles cobardes y traidores, sin recibir ninguna respuesta.

—¿Qué hacemos ahora, Aracos? —le preguntó uno de los numantinos fugados.

—No podemos pedir ayuda a nadie más; si las ciudades arévacas nos han rechazado, imaginad qué no harán las demás ciudades celtíberas. Algunas son fieles aliadas de Roma y todas temen a Escipión. Y lo mismo ocurre con las vacceas. Tal vez los cántabros y los astures..., quizás esas tribus podrían ayudarnos.

—Olvídate de ellos. Son gente muy extraña con los que nunca hemos tenido contacto. Viven en sus brumosas montañas del norte aislados del resto de Iberia y del mundo. Hace unos años quisimos entablar un pacto con ellos para que permitieran pastar en sus ricos prados a nuestros ganados trashumantes durante el verano, pero no consintieron siquiera en que nos acercáramos a discutirlo.

—En ese caso, no nos queda nadie a quien recurrir. Bien, nosotros cinco hemos logrado evadir el cerco, y somos libres, proscritos de Roma pero libres... por el momento. Marchad hacia el oeste y tratad de ocultaros en alguna aldea perdida en la llanura o en la sierra, quizás así logréis pasar inadvertidos para los romanos.

—¿Y tú, dónde vas a ir?

—Yo regreso a Numancia —aseguró Aracos.

—No puedes hacerlo, en cuanto te apresen, los romanos te matarán.

—Allí me espera mi esposa; además, no tengo ningún otro sitio adonde ir.

—También nosotros tenemos familia.

—Pero allí no tenéis ningún futuro. Ahora sí que Escipión ha vencido. Nadie va a impedir que conquiste Numancia. Vamos, estáis a tiempo, marchad y procurad pasar inadvertidos. Inventad cualquier excusa que sea creíble cuando lleguéis a alguna aldea que os agrade para permanecer allí. Que los dioses os acompañen.

—Que ellos te sean propicios, Aracos.

Los cinco compañeros de fuga se despidieron entre abrazos. Aracos arreó a *Viento* y corrió hacia el este, en dirección a Numancia.

Capítulo 23

Unas pocas millas antes de llegar a la ciudad se fabricó una larga vara con la rama de un árbol, la sujetó a su espalda con su cinturón y colocó en la punta un gran paño blanco.

Una patrulla romana lo detuvo enseguida y lo llevó ante Escipión.

—No creí que tuvieras el valor de regresar —le dijo el general.

—No tenía otro sitio mejor al que ir.

—¿Y tus otros cuatro compañeros?

—Marcharon hacia el sur, o hacia el norte, ¿quién sabe? Nos despedimos ante los muros de Lutia; no sé nada más de ellos.

Marco Tulio estaba junto a Escipión, inmóvil, escuchando con atención a sus dos viejos amigos.

—¿Y qué pretendes, presentándote aquí de esta manera?

—Que me permitas ir a encontrarme con mi destino en Numancia. No creo que un guerrero de más quebrante tus planes para conquistar esa ciudad.

—¿Tú qué opinas, primo? —le preguntó Escipión a Marco.

—Creo que su sitio está en Numancia; te pido que lo dejes ir con su gente.

—Yo había pensado cortarle la cabeza y ponerla bien alto en la punta de una lanza; este bárbaro nos ha causado muchos problemas —aseveró Escipión.

—Le debo la vida. En una ocasión me salvó de morir a manos de unos guerreros arévacos sobre los muros de una ciudad hispana; si le permites marchar, estaremos en paz. Déjame que pague mi deuda con ese celtíbero.

—De acuerdo, tu deuda está saldada; ya no le debes nada a este bárbaro. Dejadle que vaya a reunirse con los demás bárbaros —ordenó Escipión a los guardias, mientras se retiraba sin siquiera mirar a Aracos.

—Te agradezco tu intercesión.

—Te lo debía, pero la próxima vez que nos encontremos te mataré —aseguró Marco.

—Dudo que puedas hacerlo.

Aracos cogió las riendas de *Viento*, que un soldado romano no soltó hasta que Marco se lo ordenó con una contundente señal con la cabeza.

—Adiós, Marco.

—Espera... ¿Tu familia...?

—Mi hijo murió de hambre y de frío hace unos días; lo enterramos junto a la muralla. Mi esposa está en Numancia. ¿Y tus hijos, y tu esposa?

—Están bien.

—Me alegro por ellos dijo Aracos.

Aracos extendió la mano hacia Marco, que se la estrechó cogiéndola por la

muñeca.

—Adiós, amigo —susurró Marco.

Aracos saltó sobre la grupa de *Viento*, brincó al interior de la circunvalación entre los gritos de admiración de los romanos y cabalgó ladera arriba hacia las murallas de Numancia. No pudo evitar un gesto de rabia cuando advirtió sobre un tramo del muro de la circunvalación romana varios centenares de tóricos trofeos colgando de unas cuerdas tendidas entre dos de las torres de madera: eran las manos derechas de los jóvenes de Lutia.

• • •

Olíndico corrió hacia la puerta en cuanto le avisaron de que Aracos regresaba montado sobre *Viento*.

—¿Qué ha ocurrido? Desde que os fuisteis no hemos tenido ninguna noticia.

—¿Y Retógenes? —preguntó Aracos—. Los romanos lo capturaron en Lutia.

—Nos dejaron su cadáver al pie de «la bajada al llano». Tenía cortada la mano derecha, y le habían atravesado el corazón con una espada.

—¿Entonces no sabéis nada de nuestra misión?

—Sólo que lograsteis escapar los seis jinetes y que capturaron a uno de los cinco infantes que os ayudaron con los tablones. Y que habían dado muerte a Retógenes.

Aracos le contó a Olíndico todo cuanto había pasado durante su huida y el rechazo a prestarles ayuda de todas las ciudades, salvo la de los jóvenes de Lutia.

—Ahora me explico por qué colgaron ahí esas manos; no entendíamos qué significaba ese gesto.

»Y a ti, ¿por qué te han dejado regresar a ti?

—Es una larga historia; pero puede resumirse en que uno de los generales del ejército romano me debía la vida. Permitirme volver aquí es su manera de pagar esa deuda.

—No lo entiendo, pues perdonándote la vida y dejándote regresar a Numancia te envía a una muerte segura.

Así de extraño es el código de honor de los romanos.

—Los romanos no tienen ningún código de honor —dijo Olíndico.

—Algunos, a su manera, sí.

—Y ahora me gustaría ir con mi esposa.

—Aguarda un momento. Tu esposa se encuentra mal, como la mayoría de nosotros; apenas hay que comer y está enferma.

Aracos salió corriendo hacia su casa, muy cerca de la puerta de “la bajada al llano” y entró llamando a gritos a su esposa.

Briganda estaba recostada en el banco de tierra y yeso frente al hogar, en el que hacía ya algunos días que no ardía ningún fuego.

—¡Briganda, Briganda! —gritó.

—¡Aracos, has vuelto! —exclamó Briganda sin apenas alzar la voz, que parecía un mero susurro a punto de apagarse definitivamente.

—¡Estás pálida, y te quema la frente!

—Voy a morir, Aracos, no puedo aguantar más. Si nos rendimos ahora, tal vez...

—No. Briganda, no, saldremos de ésta, resiste, resiste...

Briganda murió cuatro días después. Su cuerpo otrora contundente se había reducido a poco más que unos cuantos huesos cubiertos por una piel reseca y pálida. Aracos la enterró con sus propias manos junto a la muralla, al lado de donde había sido inhumado unas semanas antes el hijo de ambos.

Capítulo 24

Mediada la primavera Escipión ya no dudaba de que su triunfo sobre Numancia estaba muy próximo.

El único problema que amenazaba su plan era la situación que se había producido en Roma a causa de la campaña que algunos senadores y terratenientes habían desencadenado en contra de las leyes de reforma agraria propuestas por el tribuno Tiberio Sempronio Graco. Para oponerse a la enajenación de sus tierras y al reparto de las mismas entre los campesinos pobres, los patricios propietarios de grandes latifundios pretextaban que sus campos eran sagrados porque albergaban las tumbas de sus antepasados. Sostenían que la grandeza de Roma se había basado en la propiedad privada y que la redistribución de la tierra en la forma que planteaba Tiberio traería la ruina de la República. El animoso tribuno de la Plebe reaccionó con contundencia a la oposición de la oligarquía a acatar sus leyes y organizó una marcha sobre Roma en el mes de abril en la que participaron varios miles de campesinos en apoyo de las leyes de reforma agraria.

Cuando Escipión supo esto en el cerco de Numancia, se sorprendió de tal modo que no se retuvo en criticar en voz alta y en público las maniobras políticas de su cuñado Tiberio, ante el desacuerdo de su otro cuñado, Cayo, que respondió a las críticas de Escipión defendiendo la política de reformas agrarias de su hermano mayor asegurando que la grandeza de Roma no era sólo cuestión de los patricios, sino también de los plebeyos, y que él siempre había luchado bajo un estandarte en el que se leía la inscripción EL SENADO Y EL PUEBLO ROMANO.

Conforme llegaban las noticias de Roma, los campamentos de Numancia hervían en debates políticos. La inmensa mayoría de los legionarios aplaudía las reformas de Tiberio, en tanto los oficiales y los generales aseguraban que era una barbaridad limitar por ley a mil las yugadas de tierra que un romano podía poseer, pues era el espíritu de ganancia de tierras el que había hecho grande a Roma. Pero Tiberio estaba dispuesto a que su ley se cumpliera por encima de todo, y llegó a dictar una disposición por la que se anulaban los poderes del otro tribuno de la Plebe, que apoyaba el veto del Senado a la ley Sempronia, como todos conocían a los decretos para la reforma agraria.

La trifulca que por ello se montó en el Senado fue la mayor que hasta entonces se recordaba. Cuando el actuario estaba leyendo los capítulos de la ley, el segundo tribuno de la Plebe le ordenó detenerse; fue entonces cuando los senadores comenzaron a insultar a Tiberio, quien, haciendo caso omiso de todos ellos y de su colega el otro tribuno, consiguió de los Comicios de los tribunos, los encargados de velar por la elección de este cargo, que su compañero fuera depuesto. Nombrado un otro tribuno para acompañar en su función a Tiberio, la ley fue aprobada, y el propio

Sempronio Graco propuso que fuera un triunvirato compuesto por su suegro Apio Claudio, su hermano Cayo y él mismo el organismo encargado de aplicarla y de repartir las tierras enajenadas.

En aquellos días de primavera, Roma se convirtió en una ciudad impregnada por la agitación política. No había día que no se celebrara algún debate en el Senado, y varios políticos pronunciaron conferencias y discursos en la Columna Rostral, arengando a las masas a favor o en contra de la ley.

Los senadores, celosos de sus privilegios, difamaban a Tiberio haciendo correr el rumor de que lo que en verdad pretendía era proclamarse rey de Roma y gobernar el Estado como los antiguos tiranos de Grecia y de Siracusa, actuando con las masas como los demagogos que habían llevado a la ruina a ciudades otrora opulentas como Esparta o Corinto. Pero pese a los insultos y a las amenazas, Tiberio no se amedrentaba lo más mínimo y respondía a todos sus detractores con encendidos discursos que eran seguidos con veneración por sus partidarios.

—Tu hermano el tribuno de la Plebe te reclama en Roma; hoy ha llegado un correo en el que te nombra miembro del triunvirato que ha de aplicar la nueva ley agraria. Te ordena que te incorpores de inmediato a tu nuevo puesto. —Escipión había llamado a Cayo Sempronio Graco y le comunicaba la orden recién llegada de Roma.

—Me hubiera gustado aguardar aquí a tu lado hasta que esta ciudad se hubiera rendido al gran Escipión —dijo Cayo.

—Espero que asistas a mi triunfo en Roma, no más tarde del próximo verano.

—Allí estaré. Creo que, con la nueva ley de mi hermano y con Numancia derrotada, se avecinan grandes días para Roma.

—Ojalá no te equivoques —deseó Escipión.

Cayo abandonó el asedio de Numancia y partió de inmediato hacia Roma. En el momento de marchar, el historiador Polibio, que cada día escribía algunos párrafos de su «Historia de la conquista de Numancia», le aseguró a Cayo que le reservaría algunas páginas en su libro.

•••

El primer día de mayo amaneció despejado, con un sol luminoso y brillante. El frío viento del norte que los días anteriores había azotado Numancia roló hacia el sur y trajo un aire cálido y sereno.

En el interior de Numancia ya no había nada que comer; los pocos caballos que

los sitiados conservaban con vida con la vana esperanza de que los romanos acabarían por cansarse de esperar y se marcharían de allí antes de que todos los numantinos murieran de hambre, comenzaron a ser sacrificados. Unos días antes algunos celtíberos desesperados se habían acercado hasta el mismo límite del foso para recoger forraje para los caballos y raíces para ellos mismos. Escipión ordenó a sus legionarios que les dejaran recoger cuanta hierba quisieran, pues convenía que se mantuvieran unos cuantos con vida, pues así acabarían antes con las pocas provisiones que pudieran quedarles.

Ante la carencia de alimentos, algunos numantinos dijeron que su resistencia había llegado al límite y propusieron a Olíndico que enviara una comitiva para que se entrevistara con Escipión y le ofreciera la rendición.

Olíndico convocó una asamblea en el edificio del senado a la que acudieron todos los hombres, con excepción de los que tenían guardia en la muralla, cuyos turnos se seguían respetando escrupulosamente pese a que durante meses ni un solo romano se había acercado más allá del recinto de la circunvalación.

Avaros, el cabecilla de los que defendían la rendición, tomó la palabra.

—Hermanos numantinos: hace ya nueve lunas que estamos sometidos al mayor asedio que pueda imaginarse. Hemos resistido como ninguna otra ciudad lo hubiera hecho, sin ayuda exterior y sin fisuras aquí dentro, pero ya no podemos más. No disponemos de un solo grano de trigo y apenas nos quedan tres caballos que sacrificar. Si no nos rendimos, en diez o doce días habremos acabado con todo y ya no habrá nada que comer.

»Propongo que acudamos ante Escipión y le ofrezcamos nuestra rendición.

—No conoces a ese romano. Recuerda que hace unos meses, cuando nuestra situación no era tan desesperada, ya le ofrecimos la capitulación a cambio de una paz justa, pero él sólo admitía una rendición incondicional. Su actitud, te lo aseguro, Avaros, no ha cambiado en absoluto —intervino Aracos.

—Dejadme que acuda ante él; a mí no me conoce, tal vez... —suplicó Avaros.

—No tenemos nada que perder. Si la asamblea está de acuerdo... —La mayoría aceptó por acatamiento la propuesta de Olíndico—. En ese caso, ve a ver a Escipión y ofrécele nuestra rendición, pero sólo a cambio de un nato honroso.

Avaros se presentó ante Escipión acompañado por cinco de sus hombres. Le dijo al general romano que se entregarían si prometía tratarlos bien. Avaros aludió a la libertad de la patria y pidió al general romano que perdonara a un pueblo que había demostrado tanto valor. Pero Escipión se limitó a decir que no admitía otro acuerdo que una rendición sin condiciones, antes de dar media vuelta y dejar con la palabra en la boca a Avaros.

De regreso a Numancia, Avaros intentó convencer a sus conciudadanos para que se entregaran, alegando que había atisbado buenas intenciones en las palabras de

Escipión. Pero uno de los compañeros de Aracos desmintió a Avaros, y dijo que había oído una conversación en la que Avaros había dicho que procuraría salvar a sus seguidores aun a costa de traicionar a los demás numantinos, y que iba a proponerle a Escipión la entrega del sector de la muralla que defendían sus partidarios, si el romano prometía salvarlos a ellos, en caso de que antes no consiguiera convencer a todos los demás para que capitularan.

Estalló entonces una violenta discusión entre los partidarios de Avaros y los que preferían seguir resistiendo hasta el fin, entre acusaciones de traición. Algunos llegaron a empuñar las armas y se formó una colosal pelea en la que los partidarios de Avaros fueron reducidos tras una dura pugna.

—¡Esto es lo que pretendías! —le gritó Olíndico—, ¡vendernos! Avaros estaba retenido por dos hombres que le sujetaban los brazos con fuerza.

El caudillo druida enarboló su lanza de plata y le atravesó los intestinos; los otros cinco emisarios que habían acompañado a Avaros y algunos de sus más comprometidos partidarios también fueron ejecutados allí mismo.

Capítulo 25

El último caballo en ser sacrificado fue *Viento*. Antes de cortarle la yugular, Aracos lo acarició con suavidad y le dijo al oído que estuviera tranquilo, que no tardarían en volver a encontrarse en unas praderas infinitas cubiertas de hierba fresca y abundante, y que cabalgarían juntos hacia el sol poniente.

Viento pareció entender lo que su amo le decía, y miró a Aracos con sus profundos ojos acuosos. Durante unos días más, todavía cocieron las pieles de los últimos caballos sacrificados, buscaron raíces incluso por debajo de las piedras y masticaron las escasas maderas que quedaban intentando obtener algún jugo.

Por fin, algunos desesperados comenzaron a comer la carne cocida de los muertos, entre lamentos terribles que llegaban hasta los campamentos de los romanos. Y cuando no hubo muertos, fueron devorados algunos heridos y enfermos; y sólo entonces la desesperación y el horror quebraron la conciencia de los más fuertes.

Olíndico convocó a una última asamblea a los numantinos.

—Ahora sí; ha llegado el final. En los últimos días nos hemos convertido en bestias horribles capaces de devorar a nuestros hijos y a nuestros padres. Hemos hecho cuanto hemos podido por conservar nuestra libertad, pero si seguimos así sólo conseguiremos que queden dos de nosotros y uno de los dos mate al otro para devorar su carne.

»Han logrado convertirnos en bestias; los romanos han acabado con la dignidad que teníamos como pueblo libre.

»Yo no puedo obligaros a cada uno de vosotros a que os entreguéis. He hablado de esto con Aracos, el contrebiense que vino a nosotros hace años para pelear por nuestra libertad. Quiero que sea él quien os diga qué podemos hacer.

Aracos se levantó de su banco del senado, colocó sus manos en el cinturón de cuero y habló:

—Hace tiempo que soy un numantino, como vosotros. En esta tierra yacen mi esposa y mi único hijo; he derramado mi sangre por su libertad y no deseo vivir sin ella. Para un guerrero celtíbero el mayor honor es morir empuñando su arma en el combate; yo prefiero morir así. Por eso, mañana, atacaré a los romanos. Los que quieran acompañarme que estén preparados junto a la puerta norte a media mañana, y que sepan que los que allí nos encontremos no regresaremos vivos; ha sido honroso combatir a vuestro lado. En cuanto a los demás... —Aracos cedió la palabra a Olíndico.

—Los que quieran darse muerte ellos mismos que lo hagan en sus casas; primero

los niños, luego las mujeres y por fin los hombres. Y en cuanto a los que deseen entregarse a los romanos... que sepan que los impedidos y enfermos serán asesinados, y los demás vendidos como esclavos.

•••

Aracos se despertó al amanecer. Bajó a la bodega y cavó un agujero en el que ocultó la mano de bronce de la tésera que había acordado con Marco Tulio, la cadena y la copa de oro que le entregara en su día su amigo romano, cuando intercambiaron los regalos al despedirse en Roma. Mediada la mañana, salió de su casa vestido con su coraza de cuero y de placas de hierro, su casco cónico, botas de cuero con grebas de hierro, un escudo redondo de madera colgado a su espalda con correas y su hacha de combate. Poco antes había buscado algo que llevarse a la boca en la alacena y en la bodega, pero no encontró nada. Al llegar ante la puerta norte le aguardaban tres docenas de guerreros bien equipados con sus armas. Los saludó uno a uno y en cada rostro reconoció a los jóvenes que antaño había adiestrado en el manejo de la espada o del hacha.

Allí estaban algunos supervivientes de la compañía de «los hijos de la luz» y los seis únicos compañeros que quedaban de la partida de contrebienses que trece años antes decidió acudir a defender Numancia a sus órdenes. Todos los demás habían muerto. Aracos recordó entonces a su amigo Aregodas.

—No saldremos por la puerta. Saltaremos desde lo alto de la muralla y correremos directos hacia el campamento de Escipión. Lo haremos como en los viejos tiempos, sin cascos que protejan nuestras cabezas ni corazas que defiendan nuestros pechos, con nuestros cabellos ondeando al viento; atacaremos sólo con nuestros escudos, nuestras espadas, nuestras lanzas y nuestras hachas. Coged unas cuerdas o unas tiras de cuero y atad el mango de vuestras armas a vuestras muñecas, de modo que todo el que caiga en el combate las conserve a su lado. —Aracos se quitó la coraza y el casco y los arrojó a un lado.

»Si algún compañero es abatido ante vosotros antes de alcanzar el muro romano, olvidaos de él y seguid corriendo, agitando vuestros cabellos al viento, gritando con toda la fuerza que vuestros pulmones sean capaces de emitir. Y reíd, que los romanos entiendan que vais contentos a la batalla.

»Si alguno consigue alcanzar el muro, que trate de escalarlo, y si lo logra, que cargue con toda su ira contra los romanos que encuentre en su camino; que en cada golpe concentre la fuerza de todos nosotros, la de todos nuestros muertos.

»Recordad que agonizar postrado en casa no es digno de un guerrero celtíbero y que nuestros antepasados aconsejaban a los ancianos ineptos que se dieran muerte ellos mismos. Morir en combate nos conducirá derechos al estado placentero y eterno de la inmortalidad. Somos los elegidos de los dioses. Los que mueran, hoy mismo, a mediodía, estarán bebiendo cerveza, comiendo cordero asado y cantando canciones en las praderas celestiales en compañía de Lug.

Unos guerreros comenzaron entonces a bailar una danza ritual que solía celebrarse antes de las batallas y a cantar canciones dedicadas a Tentates, el dios de la guerra, que hablaban de victorias y triunfos mientras seguían a Aracos hasta lo alto de la muralla.

Aracos contempló el tramo norte de la circunvalación, justo en el lugar donde se levantaba el campamento de Escipión.

—Es una obra magnífica —comentó—, pero al menos en una ocasión pudimos burlarla.

El contrebiense observó a sus compañeros, poco más de una treintena al fin, se ajustó las correas de sus botas, soltó al viento sus cabellos, empuñó el escudo, apretó con fuerza la empuñadura de su hacha de combate, la alzó al aire, gritó un alarido terrible que resonó como un trueno por los campos de los alrededores de Numancia, saltó al otro lado de la muralla y corrió ladera abajo hacia la muerte.

Capítulo 26

Olíndico observó la matanza desde la muralla. Batidos desde el muro y los torreones por las ballestas, las catapultas y los arqueros, ni uno solo de los compañeros que atacaron el muro romano con Aracos consiguió alcanzar ni siquiera el foso. El guerrero del hacha fue uno de los últimos en caer, y aún pudo arrastrarse malherido unos pasos, hasta que su corazón dejó de latir apenas a diez pasos de la base del muro que unas semanas antes había escalado burlando el cerco.

Olíndico se vistió con su túnica y su gorro de druida y le comunicó a Escipión que al día siguiente se entregarían. Esa jornada la emplearon en prepararse para morir los que habían optado por suicidarse.

La mayoría de los numantinos decidió quitarse la vida en sus propias casas; los padres degollaron a sus hijos y esposas y luego se abrieron el vientre con la espada, todavía empapada con la sangre de sus familiares. Un terrible lamento de muerte y horror se extendió por toda la ciudad.

A la mañana siguiente, los supervivientes se presentaron en el lugar convenido por Olíndico y Escipión, justo al pie de «la bajada al llano», donde los aguardaban seis cohortes, perfectamente formadas tras sus orgullosos estandartes. Escipión estaba flanqueado por todos sus generales, por su hermano Fabio Máximo, por Marco Tulio, por el poeta Lucilio y por el historiador Polibio. El antiguo cónsul llevaba sobre los hombros el manto púrpura de su dignidad consular, aunque hacía ya unos meses que había sido sucedido en ese cargo.

La comitiva que descendía por la ladera norte de Numancia, encabezada por Olíndico, parecía una comparsa de espectros recién llegados del averno. Hombres, mujeres y niños aparecieron con los cabellos largos y greñosos, cubiertos de harapos infectos que olían a muerte y a podredumbre, los ojos enrojecidos por el llanto y el horror, los labios cortados y llagados, los dientes mellados y amarillentos y las encías amoratadas y sangrantes, las uñas largas pero quebradas, como garras de fieras desesperadas. Arrastraban los pies deformados por el frío, llenos de mugre, envueltos en un olor tan fétido que algunos oficiales romanos, pese a estar acostumbrados a la hediondez de los campamentos, tuvieron que hacer esfuerzos para no vomitar de asco.

Todo en aquellos numantinos era inhumano; todo menos su mirada, que aunque derrotada y perdida expresaba un odio eterno y terrible, y parecía encerrar el cruento recuerdo de tener que haberse comido a sus propios parientes y amigos.

—Esto no es digno de Roma —comentó Polibio en voz alta para que lo oyera el propio Escipión.

—Puede que no lo sea para un estoico como tú. Ya sé que crees que todos los hombres somos hermanos, pero Roma debe dar un escarmiento a cuantos se enfrenten

a ella; así es como la autoridad romana se ha extendido por el mundo, y así ha de seguir siendo.

Marco Tulio intentó identificar entre aquellos mugrientos numantinos a Aracos, pero Escipión, al contemplar la inquietud de su primo, le dijo:

—Tu amigo no está entre esos desgraciados; el guerrero del hacha cayó en el grupo de locos que atacó hace dos días nuestro campamento. Ordené que quemaran su cuerpo y arrojaran sus cenizas al Duero.

Marco apretó los dientes y acató la decisión de Escipión con una inclinación de cabeza.

—¿Y ahora? —preguntó Fabio Máximo.

—Apresad a esa chusma. Liquidad a los viejos, a los heridos y a los muy enfermos, los que puedan ser recuperados que se laven en el río y que coman las sobras de los legionarios; hay que procurar que mejoren de aspecto para que cuando los vendamos como esclavos nos proporcionen algún beneficio. Con esa pinta nadie daría ni un sextercio por todos ellos.

»Tú, querido hermano, selecciona a los cincuenta hombres que tengan mejor planta, los llevaremos a Roma para certificar nuestro triunfo.

—¿Y qué hacemos con la ciudad?

—Saquead todo cuanto de valor contenga y al resto prendedle fuego.

—Pero general —alegó Marco Tulio—, no tenemos autorización del Senado para destruir Numancia.

Escipión se volvió hacia su pariente, le lanzó una mirada fulminante y le dijo:

—Aquí la única autoridad válida es la mía; no lo olvides, Marco, no lo olvides jamás.

Tras ser saqueada Numancia, las murallas y muchas casas fueron derribadas y los legionarios prendieron fuego a lo que quedó de la antaño orgullosa ciudad de los celtíberos. Sus tierras fueron repartidas entre las ciudades vecinas, las mismas que durante el asedio habían aprovisionado a los romanos y habían rechazado ayudar a los numantinos.

•••

Escipión dejó al mando del ejército a su pariente Marco Tulio, encargándole que levantara los campamentos y abandonara Numancia retirando al ejército hacia los cuarteles de invierno del valle del Ebro. Él tenía prisa por llegar cuanto antes a Roma para anunciar a todos su triunfo sobre Numancia.

El general Marco Tulio, una vez acabado el trabajo y mientras las legiones se marchaban por el camino del oeste alejándose de la humeante Numancia, se acercó

hasta la orilla del Duero. Se agachó, y con la mano cogió un poco de agua con la que se humedeció la cara; después sacó de una bolsa su mano derecha de bronce con el texto de la tésera y lo leyó por última vez. Desenvainó su cuchillo del cinturón y se hizo un pequeño corte en la palma de la mano; cuando la sangre empezó a manar, empapó la tésera con su propia sangre y la arrojó con fuerza al centro del río.

—Mi querido Aracos —susurró—, ésta es la única manera de que una parte de mí se quede aquí contigo. Por siempre.

Epílogo

El tribuno de la Plebe Tiberio Sempronio Graco fue asesinado en el mes de *quintilis* (julio) del año 133 a.C. mientras celebraba una asamblea con algunos de sus partidarios; sus restos fueron arrojados al Tíber y nunca se encontraron.

Su hermano Cayo Sempronio Graco regresó de Hispania enemistado con Escipión, quien no condenó el asesinato de su cuñado y amigo Tiberio. Cayo se propuso vengar a su hermano; fue elegido tribuno de la Plebe e intentó retomar la reforma agraria que Tiberio no había podido sacar adelante. Abandonado por todos, ordenó a uno de sus esclavos que lo matara. Tras su muerte, tres mil ciudadanos fueron ejecutados y la casa de los Graco fue arrasada. Con los Graco acabaron los intentos de reforma agraria de la República.

Publio Cornelio Escipión celebró su triunfo en Roma en el año 132 a.C., donde se presentó con los cincuenta celtíberos que se había reservado tras la toma de Numancia; por esa conquista se le concedió el honor de ser llamado «Numantino». En el año 129 a.C. estallaron nuevos tumultos en Roma a causa del reparto de la tierra. Escipión se había retirado a su casa lleno de salud y vigor para preparar unas alegaciones a la ley de reforma agraria, que tenía que defender al día siguiente. Esa misma noche murió en la cama de un ataque al corazón. Algunos dijeron que había sido envenenado por su esposa Sempronia, la hermana de los Graco. No se abrió ninguna investigación sobre su muerte.

Tras la conquista de Numancia, una comisión de diez senadores reorganizó la región de Celtiberia, que quedó anexionada a la provincia de Hispania citerior.

En el siglo siguiente Roma se convirtió en el mayor imperio que hasta entonces se había conocido en toda la Tierra.

Nota del autor

Tras ser conquistada por Escipión en el año 133 a.C., la ciudad de Numancia estuvo deshabitada por algún tiempo, pero poco a poco se instalaron algunos pobladores, hasta que en tiempos del emperador Augusto, un siglo después de su destrucción, volvió a recuperar su aspecto urbano. Una nueva ciudad, algo mayor, se construyó sobre las ruinas de la celtibérica, ahora con calles más anchas, casas más grandes y lujosas y con muchas mejoras urbanísticas, pero con las crisis del Bajo Imperio Romano comenzó a despoblarse, manteniendo una pequeña población residual en época visigoda y altomedieval.

Durante la Alta Edad Media se perdió la memoria de su ubicación y su emplazamiento fue un misterio, llegando a ser confundida con Zamora en el siglo x y con Soria en el xv. Identificada en el siglo xvi con los restos arqueológicos de la colina de Garray, cerca de Soria, el primer plano de Numancia no se publicó hasta el siglo xviii. El arqueólogo alemán Adolf Schulten comenzó las excavaciones arqueológicas en 1905, delimitando el plano de la ciudad y la ubicación de los campamentos romanos de su entorno.

La epopeya que protagonizó la ciudad celtíbera inspiró numerosas obras literarias e históricas a diversos autores griegos y romanos. El historiador Polibio, testigo ocular de los hechos, escribió un libro titulado *Guerra Numantina*, que se ha perdido, como también han desaparecido las *Historias* de Rutilio Rufo, de hacia el año 141 a.C., y las del cónsul Postumio Albino, de las mismas fechas. La *Historia romana* del historiador Apiano es la principal fuente para la guerra de Numancia; hay abundantes noticias sobre Celtiberia y los celtíberos en Dión Casio (*Historia romana*), Diodoro Sículo (*Biblioteca histórica*), Floro (*Epítome*), Tito Livio (*Ab Urbe condita*), Plinio el Viejo (*Historia natural*), Polibio (*Historias* y *Períocas*), Ptolomeo (*Geografía*), Estrabón (*Geografía*) y Tácito (*Anales*), entre otros menos relevantes. Todas esas fuentes han sido utilizadas en esta novela.

En los últimos siglos, grandes autores han recreado la epopeya trágica de los numantinos; el mismísimo Miguel de Cervantes escribió una tragedia titulada *Numancia* y a principios del siglo xix se publicaron en Alemania varias composiciones poéticas en las que se ponía a Numancia como ejemplo de resistencia nacional para estimular a los alemanes contra la invasión de Napoléon.

La bibliografía contemporánea sobre el mundo hispanorromano y sobre los celtíberos es abrumadora, incluyendo congresos, cursos, seminarios y revistas especializadas; no menos de mil de estos títulos han sido consultados para escribir este libro. Además, el autor ha participado en varias excavaciones arqueológicas en yacimientos celtibéricos.

Desde hace siglos Numancia ha sido un mito de referencia para los pueblos que

han luchado por su independencia y su libertad.

•••

La mayor parte de los personajes que aparecen en esta novela son rigurosamente históricos, tanto los romanos como los indígenas. Lo son los romanos PUBLIO CORNELIO ESCIPIÓN EMILIANO AFRICANO NUMANTINO (185-129 a.C.), hijo adoptivo de Escipión el Africano y hermano de Fabio Máximo, cónsul dos veces en 147 y 134 a.C., conquistador de Cartago en 146 a.C. y de Numancia en 133 a.C., y uno de los romanos más prestigiosos de la época republicana. También lo son los hermanos TIBERIO y CAYO SEMPRONIO GRACO, ambos tribunos de la Plebe e impulsores de la gran reforma agraria que fracasó por presiones de la aristocracia terrateniente romana. Son históricos los reyes MASINISA y YUGURTA de Numidia, ambos aliados de Roma y principales defensores de los intereses romanos en el norte de África. Son asimismo históricos los caudillos lusitanos CÉSARO, VIRIATO y TÁULALO y los celtíberos CARO de Segeda, AMBÓN, LEUCÓN, LITENNO, TIRTANOS, OLÍNDICO, AVAROS y RETÓGENES CARAUNIO de Numancia.

Por el contrario, son imaginarios los dos protagonistas, el celtíbero ARACOS y el romano MARCO CORNELIO TULIO; también lo es AREGODAS, amigo de Aracos, y todos los demás contrebienses, como ABULOS y BRIGANDA, padre y esposa de Aracos respectivamente.

•••

Todas las ciudades que aparecen en la novela responden a localidades históricas citadas en las fuentes del siglo II y del siglo I a.C. Algunas han sido claramente identificadas con ciudades actuales, otras son despoblados y algunas no se han podido localizar por el momento. Entre las más importantes de las mencionadas destacan *Arcóbriga* (Monreal de Ariza, Zaragoza), *Ástigi* (Écija, Sevilla), *Baécula* (Bailén, Jaén), *Beligio* (Azuara, Zaragoza), *Bílbilis* (Valdeherrera, en Calatayud, Zaragoza), *Bursao* (Borja, Zaragoza), *Cartago Nova* (Cartagena), *Carteia* (Algeciras, Cádiz), *Cauca* (Coca, Valladolid), *Cástulo* (Linares, Jaén), *Centóbriga* (sin localizar, por el valle medio del Jalón, Zaragoza), *Contrebia Belaisca* (Cabezo de las Minas, en Botorrita, Zaragoza), *Contrebia Leukade* (Inestrillas, La Rioja), *Damianu* (Hinojosa de Jarque, Teruel), *Gades* (Cádiz), *Grachurris* (Alfaro, La Rioja), *Hispalis* (Sevilla), *Intercatia* (Villalpando, León), *Lutia* (Cantalucía, Soria), *Nertóbriga* (Cabezo de El Tejar, en Calatorao, Zaragoza), *Numancia* (Cerro de Garray, Soria), *Ocilis*

(Medinaceli, Soria), *Palantia* (Palencia), *Salduie* (Zaragoza), *Secontia* (Langa de Duero, Valladolid), *Segeda* (Poyo de Mara, Zaragoza), *Segisamo* (Sasamón, Burgos), *Segóbriga* (Cabezo del Griego, en Saelices, Cuenca), *Segovia* (Segovia), *Segia* (Ejea, Zaragoza), *Tarraco* (Tarragona), *Termancia* (Termes, Soria), *Turiaso* (Tarazona, Zaragoza) y *Uxama* (Osma, Soria).

En algunos topónimos se ha respetado su forma antigua, como los ríos *Anas* (Guadiana) y *Betis* (Guadalquivir), o la cordillera de *Idubeda* (Sistema Ibérico); otros se han transcrito con su nombre actual, como los ríos Duero y Tajo o el monte Moncayo. También se han respetado los nombres históricos de regiones como *Celtiberia* (las tierras del Sistema Ibérico), *Carpetania* (Castilla-La Mancha), *Galaecia* (Galicia y norte de Portugal), *Sedetania* (valle del Ebro) o *Turdetania* (valle del Guadalquivir).

• • •

En los pesos y medidas se ha empleado la misma metrología que estilizaban los romanos. Una milla correspondía a la distancia de mil pasos, unos 1.400 metros; un estadio eran 125 pasos, unos 175 metros; un paso equivalía a 1,4 metros y un pie a unos 30 centímetros. Un talento era la medida de peso equivalente a 26 kilos.

• • •

La unidad básica del ejército era la legión. Cada una estaba compuesta por unos efectivos de 4.200 a 6.000 ciudadanos romanos de diecisiete a cuarenta y seis años, reclutados entre los que tenían menos de cuatro mil ases de renta, además de otros tantos auxiliares de otras nacionalidades. El cuerpo básico de la legión lo formaban los vélites, un cuerpo de unos mil doscientos soldados jóvenes y poco experimentados equipados con un armamento ligero, y tres grupos de legionarios de unos seiscientos hombres cada uno: los *hastati*, los *principes* y los *triarii* en ese orden de categoría. Cada legión estaba dividida en diez cohortes, cada cohorte en tres manípulos y cada manípulo en dos centurias, que formaban en filas de veinte hombres en columnas de a seis, ordenadas según esas tres clases de legionarios. Un cónsul mandaba dos legiones; y al frente de cada una de ellas había un general y seis tribunos; cada Centuria la mandaba un centurión y cada decuria un decurión.

La legión disponía además de un grupo de caballería de unos trescientos jinetes divididos en diez turmas o escuadrones, y cada turma en tres decurias.